



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
CAMPO DE CONOCIMIENTO: SOCIOLOGÍA

CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL RIESGO DE DESASTRES EN EL
MUNICIPIO DE PIEDECUESTA, SANTANDER (COLOMBIA):
DIMENSIONES SOCIO-REPRESENTACIONALES

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTORA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

PRESENTA:
DEYSI OFELMINA JEREZ RAMÍREZ

TUTORA PRINCIPAL:
DRA. SERENA ERÉNDIRA SERRANO OSWALD
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS

COMITÉ TUTORAL:
DRA. MÓNICA GUTIÁN GALÁN
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES -UNAM
DRA. MARTHA LILIA DE ALBA GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA – IZTAPALAPA

CIUDAD DE MÉXICO, MAYO 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el apoyo brindado durante mi proceso de doctorado.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, máxima casa de estudios de esta nación, y al Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales por permitirme hacer parte de esta institución.

Mi eterno agradecimiento a mi tutora Dra. Serena Eréndira Serrano Oswald por su asesoría y apoyo incondicional, por su voto de confianza y por compartir camino durante este mágico y creativo proceso de investigación.

A la Dra. Mónica Guitián Galán y Dra. Martha Lilia de Alba González, miembros del comité tutorial, mi admiración por su labor académica y su gran calidad humana. Sus obras han guiado la escritura de esta tesis, así como sus palabras han despertado un gratificante sentimiento de fraternidad.

A los miembros del sínodo: Dra. Cristina Amescua Chávez y Dr. Simone Lucatello, por los saberes compartidos que han sido indispensables para la conclusión de este trabajo en equipo.

A la Dra. Clarilza Prado de Sousa por su generosa disposición durante mi estancia de investigación en la Pontificia Universidade Católica de São Paulo, una experiencia que ha fortalecido mi formación académica.

Al Dr. Juan Luis Hernández, por los momentos compartidos.

A MIS HERMANAS Y HERMANOS, familia y amigos en Colombia, porque desde la distancia siguen tan presentes como siempre.

A mis amigos en México, mi segunda casa.

Al Ing. Jaime Pinzón, admirado profesional y gran amigo, y a su familia. Gracias por tanto.

Extiendo este agradecimiento a la Alcaldía Municipal de Piedecuesta y especialmente a Julián Arismendy por su disposición y apoyo durante mi trabajo de campo.

*Dedicado a mis adorados padres,
Olegario y Edelmira,
fuerza e inspiración*

RESUMEN

El enfoque de las ciencias sociales ha logrado visibilizar la limitación analítica que supone reducir los desastres solamente al ámbito de un fenómeno natural. Por ello, este enfoque reconoce al desastre como la confluencia de factores ambientales y componentes socioculturales; de igual manera, el riesgo es entendido como una entidad conceptual dinámica, polisémica y cuestionable; no inerte, no unívoca, no inequívoca. El riesgo, específicamente, supone una construcción social que depende tanto de procesos cognitivos como socioculturales, mismos que median en la apropiación de la realidad. Bajo esta premisa, la presente investigación indaga en los elementos de susceptibilidad social y riesgo, por ser condiciones resultantes de la dinámica y de la percepción colectiva, sin dejar de lado el evento en sí.

El objetivo de esta investigación es caracterizar los procesos de construcción social del riesgo de desastres en el municipio de Piedecuesta (Colombia), desde la Teoría de las Representaciones Sociales (TRS) y en el marco del enfoque social de los desastres.

El trabajo se ha validado mediante una metodología cualitativa que incluye la triangulación de datos obtenidos mediante: trabajo de campo, entrevistas a profundidad, cuestionarios de asociación libre y cartografía social. Las dimensiones de identidad y [socio] territorio funcionan aquí como ejes transversales de la estrategia metodológica que, además, operará en tres niveles de tiempo-espacio: lo micro, lo meso y lo macro.

Para caracterizar la construcción social del riesgo de desastres ha sido necesario abordar las Representaciones Sociales (RS) como contenido, es decir, como una forma particular de conocimiento que está ligado directamente a la cotidianidad, así como a las experiencias individuales y colectivas de los sujetos.

El presente trabajo se ha enfocado en los significados diversos que puede adquirir la noción de riesgo en un espacio y tiempo determinado, intentando rastrear el origen social de su naturaleza y la función que cumple en la configuración de conocimientos y prácticas resilientes. No obstante, para identificar y entender dicho contenido específico ha resultado de gran interés el proceso por el cual se generan las RS sobre riesgo.

Se advierte así el rasgo distintivo de la investigación: abordar el proceso –no únicamente el contenido– de una temática que, si bien se puede ubicar dentro de las pesquisas que sobre ambiente se han realizado desde la teoría moscoviciana, requiere de un planteamiento analítico innovador. Lo anterior, teniendo presente que el riesgo de desastres es un tema que cuenta con elementos teóricos, conceptuales y metodológicos ya definidos, aspectos que reiteran al desastre como fenómeno social y, por tanto, como área susceptible de ser estudiada desde la TRS.

El diálogo propuesto entre teorías (enfoque social de desastres y TRS) ha dado como resultado un esquema de integración teórico-conceptual, es decir, una especie de tejido analítico entre los elementos que configuran cada uno de los enfoques seleccionados. Como corolario, las categorías analíticas de la investigación se han construido en torno a tres dimensiones principales, a saber: sociocognitiva, socioestructural y socioterritorial. Es importante señalar que las RS del riesgo de desastres, bajo estas tres grandes temáticas, son narrativas continuas de un discurso compartido por el total de la población piedecuestana que, empero, presentan características distintivas por grupo de estudio (periferia, sector rural y urbano).

ABSTRACT

The social approach has made visible the analytical weak point that means to only reduce the disaster to the scope of a natural phenomenon. Therefore, this approach recognizes disaster as the confluence between environmental factors and socio-cultural components; similarly, risk is understood as a dynamic, polysemic and questionable conceptual entity; not inert, not univocal, not unequivocal. Risk, specifically, involves a social construction that depends on both cognitive and sociocultural processes, the same ones that mediate in the appropriation of reality. Under this premise, we have investigated the elements of social susceptibility and risk, as the things derived from the dynamics and collective perception, without leaving aside the event itself.

The objective of this research is to characterize the processes of social construction of disaster risk in the municipality of Piedecuesta (Colombia), from the Social Representations Theory (SRT) and in the framework of the disasters social approach.

The work was validated through a qualitative methodology that includes the triangulation of data obtained through: fieldwork, in-depth interviews, free association questionnaires and social cartography. The dimensions of identity and [socio] territory serve here as transversal axes of the methodological strategy that, in addition, will operate in three time-space levels: micro, meso and macro.

To characterize the social construction of disaster risk it has been necessary to address Social Representations (SR) as content, that is, as a form of knowledge that is directly linked to everyday life, as well as to individual and collective experiences of the subjects.

The present work has focused on the diverse meanings that the notion of risk can acquire in a specific space and time, trying to trace the social origin of its nature and the function it fulfills in the configuration of knowledge and resilient practices. However, to identify and understand this specific content, the process by which SR of risk are generated has been of great interest.

The distinctive feature of the research is thus evident: address the process –not only the content– of a subject that, although it can be located within the researches that on the environment has been made from the Muscovician theory, requires an

innovative analytical approach. The above-mentioned, considering that disaster risk is a subject that has already defined theoretical, conceptual and methodological elements, aspects that reiterate disaster as a social phenomenon and, therefore, as an area that can be studied from the SRT.

The proposed dialogue between theories (disasters social approach and SRT) has resulted in a theoretical-conceptual integration scheme, that is, a kind of analytical tissue between the elements that make up each of the selected approaches. As a corollary, the analytical categories of research have been built around three main dimensions, namely: socio-cognitive, socio-structural and socio-territorial. It is important to point out that the SR of disaster risk, under these three main themes, are continuous narratives of a discourse shared by the total population of Piedecuesta that, however, present distinctive characteristics by study group (periphery, rural and urban sector).

CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL RIESGO DE DESASTRES EN EL MUNICIPIO DE PIEDECUESTA, SANTANDER (COLOMBIA): DIMENSIONES SOCIO-REPRESENTACIONALES

INTRODUCCIÓN.....	2
CAPÍTULO I “MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL: LAS REPRESENTACIONES SOCIALES EN EL ESTUDIO DEL RIESGO”	12
1. EL RIESGO COMO CONCEPTO	12
1.1 Efectos involuntarios de la acción: El riesgo y la incertidumbre en el pensamiento sociológico.....	13
• El análisis sociológico y la modernidad: Una introducción elemental.....	14
1.2 El concepto del riesgo desde el estudio social de los desastres: La interacción vulnerabilidad-amenaza.....	17
1.3 La sociogénesis del riesgo.....	21
2. TEORÍA DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES	25
2.1 Antecedentes teórico-conceptuales de la Teoría de las Representaciones Sociales.....	25
2.2 El modelo de Serge Moscovici.....	28
• El enfoque funcionalista en el estudio de la influencia social.....	28
• El enfoque genético en el estudio de la influencia social.....	30
2.3 Hacia un concepto de representaciones sociales.....	32
2.3.1 Funciones de las representaciones sociales.....	34
2.3.2 Estructura, niveles de manifestación y procesos de conformación de las representaciones sociales: Polos de abordaje de la teoría de las RS.....	35
• Escuela estructural.....	36
• Escuela sociológica.....	38
• Escuela procesual.....	39
2.4 Estudios sobre representaciones sociales del medio ambiente.....	42
3. SOPORTES CONCEPTUALES: IDENTIDAD Y TERRITORIO	43
3.1 La identidad y las representaciones sociales.....	43
3.2 La socio-territorialidad del riesgo.....	46
CAPÍTULO II “METODOLOGÍA PARA EL ESTUDIO DEL RIESGO DE DESASTRES DESDE LA TRS Y EL ENFOQUE SOCIAL”	52
1. MOMENTOS METODOLÓGICOS	54
1.1 Primer momento metodológico.....	57
• Método de investigación sobre el terreno.....	57
• Entrevistas semi-estructuradas a profundidad.....	60
• Métodos asociativos.....	67
1.2 Segundo momento metodológico.....	70
• Cartografía social.....	71
• Diagnóstico vulnerabilidad-amenaza.....	78
CAPÍTULO III “CONTEXTO DE ESTUDIO: MUNICIPIO DE PIEDECUSTA”	81
1. CARACTERIZACIÓN DEL MUNICIPIO	82
1.1 Breve historia del municipio de Piedecuesta.....	82
• Narrativas históricas: Territorio y población.....	85
1.2 Geografía y localización geopolítica del municipio.....	91
1.3 Perfil poblacional y características de habitabilidad.....	96
1.4 Componente socioeconómico del municipio.....	103

• Condiciones de vivienda, educación y salud en el municipio.....	103
• Contexto económico en Piedecuesta.....	111
• Contexto participativo: Organismos de Acción Comunal.....	114
1.5 Componente ambiental.....	116
• Uso del suelo.....	118
• Recurso hídrico.....	120
2. DIAGNÓSTICO VULNERABILIDAD AMENAZA.....	123
• Caracterización de la zona rural (área muestra).....	124
• Caracterización de la periferia (área muestra).....	128
• Caracterización de la zona urbana (área muestra).....	132
CAPÍTULO IV “ANÁLISIS DE LAS DIMENSIONES SOCIO-REPRESENTACIONALES”	139
1. INTERACCIÓN TEÓRICO-CONCEPTUAL DEL ENFOQUE SOCIAL Y LA PERSPECTIVA MOSCOVICIANA.....	141
1.1 Categorías, elementos integradores y contenido básico.....	148
2. DIMENSIONES ANALÍTICAS.....	153
2.1 Dimensión sociocognitiva.....	154
2.1.1 Los residentes piedecuestanos y su saber-hacer común ante el riesgo de desastres...	154
• Representaciones del riesgo de desastres de la población periurbana: ¿qué sabe?, ¿cómo sabe? y ¿desde dónde sabe?.....	157
• Representaciones del riesgo de desastres de la población urbana y rural: ¿qué sabe?, ¿cómo sabe? y ¿desde dónde sabe?.....	162
• Representaciones sociales del riesgo de desastres de los funcionarios institucionales...	169
2.1.1.1 Riesgo de desastres: Anclaje social y relaciones de objetivación.....	175
• La temporalidad y causalidad del riesgo de desastres.....	175
2.2 Dimensión socioestructural.....	180
2.2.1 El elemento natural: ¿Amenaza o recurso?.....	181
2.2.2 Vulnerabilidad y riesgo.....	191
• Vulnerabilidad representada.....	192
2.3 Dimensión socioterritorial.....	200
2.3.1 Socioterritorialidad del riesgo de desastres en la periferia de Piedecuesta.....	200
2.3.2 Socioterritorialidad del riesgo de desastres en el área rural de Piedecuesta.....	206
2.3.3 Socioterritorialidad del riesgo de desastres en el área urbana de Piedecuesta.....	210
CONCLUSIONES.....	214
ANEXO 1. Guía temática de entrevistas.....	221
ANEXO 2. Población por Sexo Según Rango de Edad.....	223
BIBLIOGRAFÍA.....	224

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Algunos conceptos de riesgo.....	20
Figura 2. El riesgo como construcción social. Enfoques de estudio.....	23
Figura 3. Funciones de las representaciones sociales.....	34
Figura 4. Estructura de las representaciones sociales.....	36
Figura 5. Self identitario.....	45
Figura 6. Espiral identitaria.....	46
Figura 7. Momentos metodológicos.....	55
Figura 8. Tipos de preguntas implementadas en las guías de entrevista.....	66
Figura 9. Ejemplo de carta de asociación libre.....	70
Figura 10. Mapa de actores y de relaciones clave.....	80
Figura 11. Localización geográfica del Municipio de Piedecuesta con relación al Área Metropolitana de Bucaramanga.....	91
Figura 12. División política del municipio de Piedecuesta.....	93
Figura 13. División política urbana del casco urbano del municipio de Piedecuesta.....	94
Figura 14. Localización de los asentamientos precarios del municipio de Piedecuesta.....	100
Figura 15. Estructura de la acción comunal en Colombia. Clasificación de Organismos de Acción Comunal.....	115
Figura 16. Desplazamiento de los pisos climáticos en Colombia.....	117
Figura 17. Zonificación ambiental (Uso del suelo).....	119
Figura 18. Demanda hídrica nacional del sector pecuario y piscícola por subzonas hidrográficas.....	121
Figura 19. Mapa de actores del área rural.....	128
Figura 20. Mapa de actores del área periurbana (asentamientos ilegales).....	131
Figura 21. Mapa de actores del área urbana.....	136
Figura 22. Diagnóstico de vulnerabilidad-amenaza del municipio de Piedecuesta.....	138
Figura 23. Modelo ecológico y los niveles de abordaje de las RS.....	143
Figura 24. Integración teórico-conceptual.....	147
Figura 25. Encuadre analítico y categorías principales.....	148
Figura 26. Carta de asociación libre, habitante del sector de Nueva Colombia.....	160
Figura 27. Carta de asociación libre, habitante de vereda el Duende (rural).....	165
Figura 28. Carta de asociación libre, actor institucional.....	173
Figura 29. Temporalidad del riesgo de desastres como línea de anclaje.....	176
Figura 30. Nociones de frecuencia, proximidad y exposición del elemento natural (amenaza/recurso).....	183
Figura 31. Procesos globales con manifestación local y problemas socioambientales del municipio.....	196
Figura 32. Vulnerabilidad representada. Red asociativa.....	199

ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

Foto 1. Avalancha Curos – Boquerón (19 de mayo de 2011). Imagen tomada del Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres, 2013.....	6
Foto 2. Avalancha Q. Platanal - Vereda La Cabrera – Pescadero (17 de mayo de 2011). Imagen tomada del Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres, 2013.....	6
Foto 3. Sesión del Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres. Alcaldía de Piedecuesta.....	59
Foto 4. Recorrido por sector rural.....	59

Foto 5. Recorrido por los asentamientos.....	59
Foto 6. Entrevistas a profundidad con población piedecuestana.....	60
Foto 7. Entrevistas a profundidad con población piedecuestana.....	62
Foto 8. Entrevistas a profundidad con actores institucionales.....	63
Foto 9. Cuestionarios de asociación libre con población piedecuestana.....	67
Foto 10. Taller de cartografía social con la población periurbana.....	71
Foto 11. Taller de cartografía social en el sector de Nueva Colombia (periferia).....	74
Foto 12. Taller de cartografía social en la vereda el Duende (rural).....	75
Foto 13. Taller de cartografía social en el barrio Barro Blanco (urbano).....	75
Foto 14. Iglesia San Francisco Javier (derecha) y Palacio Municipal. Parque La Libertad.....	86
Foto 15. Área urbana. Municipio de Piedecuesta. Fuente: [maps.google.com] modificado.....	87
Foto 16. Establecimientos comerciales que rodean el Parque La Libertad.....	88
Foto 17. Lugar en donde se ubicó la antigua cárcel y la alcaldía municipal.....	88
Foto 18. Fuente del parque de La Libertad.....	89
Foto 19. Procesiones por el parque central durante la Semana Mayor en Piedecuesta.....	90
Foto 20. Viviendas de autoconstrucción.....	105
Foto 21. Amenaza por laderas inestables (Sector Nueva Colombia).....	105
Foto 22. Filtros de agua donados por el Club Rotario Calgary South de Canadá y el Club Rotario Bucaramanga Ruitoque.....	107
Foto 23. Tanques de almacenamiento.....	107
Foto 24. Cisterna o aljibe.....	108
Foto 25. Canalización de aguas.....	125
Foto 26. Obstrucción y represamiento del agua.....	125
Foto 27. Incendios forestales.....	125
Foto 28. Bombeo de agua.....	125
Foto 29. Vivienda en la periferia municipal.....	129
Foto 30. Sector de Nueva Colombia.....	129
Foto 31. Muro de contención diseñado al inicio del proyecto de vivienda. (http://www.vanguardia.com).....	133
Foto 32. Desarrollo de la obra. Muro de contención del barrio Barroblanco. (http://www.vanguardia.com).....	133
Foto 33. Nota periodística del 14 de septiembre de 2017 (http://www.vanguardia.com).....	135
Foto 34. Cartografía social, vereda el Duende (sector rural).....	185
Foto 35. Cartografía social, sector Nueva Colombia (periferia).....	187
Foto 36. Cartografía social, barrio Barroblanco (sector urbano).....	189
Foto 37. Cartografía social, sector Nueva Colombia (periferia); pequeños cultivos y crianza de animales.....	204
Foto 38. Cartografía social, sector Nueva Colombia (periferia); equipamiento urbano (ruta de bus, alumbrado público y cancha de fútbol).....	205
Foto 39. Cartografía social, sector Nueva Colombia (periferia); equipamiento urbano (ruta de bus, alumbrado público y cancha de fútbol).....	205
Foto 40. Cartografía social, vereda el Duende (sector rural); delimitación de predios, trayectoria de ríos y carreteras.....	207
Foto 41. Cartografía social, vereda el Duende (sector rural); delimitación de predios, trayectoria de ríos y carreteras.....	207
Foto 42. Salto del Duende, cartografía social y registro fotográfico.....	208
Foto 43. Salto del Duende, cartografía social y registro fotográfico.....	208
Foto 44. Cartografía social, vereda el Duende (sector rural).....	209

Foto 45. Colegio Holanda- Sede E el Duende.....	209
Foto 46. Cartografía social, barrio Barroblanco (sector urbano). Principales problemas.....	212

ÍNDICE DE GRÁFICAS

Gráfica 1. Regiones, departamentos y municipios colombianos afectados por la ola invernal 2010-2011.....	5
Gráfica 2. Desastres relacionados con fenómenos hidrometeorológicos y actividad geológica en el municipio de Piedecuesta (1967-2014).....	7
Gráfica 3. Muestra para la aplicación de las entrevistas; perfil de personas entrevistadas.....	64
Gráfica 4. Actores comunitarios e institucionales; perfil de personas entrevistadas.....	64
Gráfica 5. Información del padrón de vecinos de la Provincia de Girón, 1773.....	82
Gráfica 6. Pirámide poblacional del municipio de Piedecuesta.....	96
Gráfica 7. Proyección de población rural y urbana del municipio de Piedecuesta 2005-2016.....	98
Gráfica 8. Población rural y urbana del municipio de Piedecuesta 1938-1997.....	99
Gráfica 9. Déficit de vivienda en el municipio de Piedecuesta.....	104
Gráfica 10. Material predominante de las paredes exteriores.....	105
Gráfica 11. Material utilizado en las viviendas.....	106
Gráfica 12. Servicios públicos por vivienda en Piedecuesta.....	106
Gráfica 13. Nivel educativo de la población residente en Piedecuesta.....	109

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro 1. Influencia social: modelos funcionalista y genético.....	31
Cuadro 2. Productos de investigación e instrumentos metodológicos.....	56
Cuadro 3. Perfil general de las personas entrevistadas en el municipio de Piedecuesta.....	65
Cuadro 4. Momentos de la organización territorial, política y administrativa de Piedecuesta.....	85
Cuadro 5. Matriz de datos.....	151
Cuadro 6. Causas y factores asociados al riesgo de desastres por desabastecimiento de agua en el sector rural de Piedecuesta.....	166

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Porcentajes máximos de gasto de ingresos de libre inversión municipales y distritales para funcionamiento e inversión.....	95
Tabla 2. Piedecuesta. Producción agrícola.....	112
Tabla 3. Área de producción pecuaria en el municipio.....	113

INTRODUCCIÓN

Por mucho tiempo el riesgo se ha reducido a una simple desviación “incalculada” de los procesos de modernidad. Su origen ha tratado de ubicarse en las externalidades del ambiente, natural o construido, que operan de forma independiente al actor social y a sus intencionalidades. Esta noción de alguna manera fue trasladada al campo de estudio de los desastres que, desde el enfoque fisicalista, reconoce en los fenómenos naturales con graves consecuencias para el desarrollo humano y con una alta probabilidad de ocurrencia, una manifestación empírica de lo que podría determinarse como riesgo.

Respecto a la disertación de los desastres como inevitables o no, existe hoy un vasto historial de investigaciones que se han ocupado de la temática, haciendo énfasis principalmente en el análisis de escenarios de vulnerabilidad. El presente trabajo se ha enfocado más hacia los significados diversos que puede adquirir la noción de riesgo en un contexto y tiempo determinado, intentando rastrear el origen social de su naturaleza y la función que cumple en la configuración de conocimientos y prácticas resilientes.

Empezaríamos por reconocer al desastre como la confluencia entre factores ambientales y componentes socioculturales, y al riesgo como una entidad conceptual dinámica, polisémica y cuestionable; no inerte, no unívoca, no inequívoca. En esta lógica, el riesgo de desastres se examinará como una construcción social en estrecha relación con las experiencias, sentimientos, saberes y acciones –individuales y grupales– que se generan desde la interacción cotidiana con condiciones de vulnerabilidad y amenaza. El riesgo recreado en la intersubjetividad se conecta con otras conciencias, se dialoga, circula por entre los discursos y la praxis social, se ancla en la psiquis humana y retorna al contexto en donde también se generó. Es a todas luces un fenómeno representacional–afirmación versada no únicamente desde la teoría, sino además desde el trabajo de campo que sustenta este documento– que para este caso ha sido abordado desde la teoría moscoviciana (Teoría de las Representaciones Sociales), en el marco de un estudio social de los desastres –en repuesta a la hegemonía del paradigma naturalista– y sobre los soportes conceptuales de identidad y territorio.

En referencia a estos soportes es necesario clarificar que tanto el elemento identitario como el territorial, marcaron una direccionalidad específica, aunque

complementaria y conexas, a la investigación. El primero como proceso que recrea el punto intermedio “entre el mundo real y el de las ideas” (Serrano; 2010: 72) y el segundo como el marco natural, social y cultural que opera como componente de primer orden en la configuración de relaciones cognitivas, simbólicas, físicas y materiales de la interacción sociedad-entorno. El elemento propio del discurso teórico moscoviciano (identidad) y el elemento innovador que surge de la particularidad que adquiere la representación social en el estudio de los riesgos y los desastres (el territorio).

“CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL RIESGO DE DESASTRES EN EL MUNICIPIO DE PIEDECUESTA, SANTANDER (COLOMBIA): DIMENSIONES SOCIO-REPRESENTACIONALES” se presenta como una investigación de base cualitativa-interpretativa, complementada en diferentes momentos con trabajo de corte cuantitativo-descriptivo. La tesis se compone de cuatro capítulos, además de las conclusiones, que resultan ser la capitalización de las preguntas resueltas, los objetivos alcanzados, la cuestión expuesta y la hipótesis [en este caso] corroborada. Estos ítems han sido desarrollados en esta sección introductoria, no sin antes detallar la estructura del documento.

Cabe resaltar que el tejido capitular se ha construido pensando en la sensación armónica y conexas que debe ofrecer todo corpus de investigación ante la mirada curiosa de un posible lector, esperando sean muchos. Por esta razón, el producto final se organiza desde la lógica de la relación: base [teórica]- medio [metodológico]- sujeto/objeto [ubicado en un contexto]- búsqueda [analítica] y reflexión [conclusiva], fragmentos argumentativos que encuentran sentido en su continuidad.

Así entonces, el primer capítulo (I) Marco teórico-conceptual: Las representaciones sociales en el estudio del riesgo, introduce las coordenadas teóricas que posibilitan el tratamiento del concepto del riesgo desde una visión sociológica que corresponde, además, al nuevo paradigma de estudio de los desastres. El presente apartado revisa los antecedentes, funciones y escuelas de la Teoría de las Representaciones Sociales (TRS), eje principal de la tesis, para finalizar con el planteamiento de los soportes conceptuales que articulan los diferentes elementos de estudio, a saber: la identidad y el [socio] territorio.

En el segundo apartado (II) Metodología para el estudio del riesgo de desastres desde la TRS y el enfoque social, presenta el procedimiento y los instrumentos que se han diseñado para abordar la particularidad que reviste la temática. La metodología comprende en específico dos momentos que se han unificado a fin de analizar el fenómeno representacional, tanto en contenido y proceso, así como los factores conceptuales que se derivan de los trabajos sobre desastres en Latinoamérica (enfoque social).

El tercero, Contexto de estudio: Municipio de Piedecuesta, se enfoca en la caracterización de la base social amplia a partir de un diagnóstico binivel que comprende el contexto global del municipio y el contexto particular de las áreas de estudio (rural, urbana y periurbana). Para el primero, interesa el componente histórico, geográfico, poblacional, socioeconómico y ambiental del territorio piedecuestano, con el fin de generar una imagen completa de las dinámicas estructurantes. Respecto al segundo nivel, destacan tanto las particularidades de la interacción vulnerabilidad-amenaza en el marco del ámbito local, como el entramado relacional entre actores sociales, aspectos fundamentales en la recopilación de información relevante sobre problemáticas asociadas al riesgo.

En el cuarto capítulo (IV) Análisis de las dimensiones socio-representacionales, los hallazgos de investigación están organizados en dos líneas: primero, el conjunto de características del fenómeno representacional a luz de las principales categorías analíticas (sociocognitiva, socioestructural y socioterritorial); y segundo, la integración teórico-conceptual por la cual se ha llegado a la identificación de dichas categorías y de sus diferentes niveles analíticos, ejercicio que representa un aporte en sí mismo.

Finalmente, la última sección expone algunas consideraciones conclusivas que abordan los elementos de análisis más destacados en relación con las preguntas, los objetivos y los resultados de la tesis.

Planteamiento del problema: ¿A qué nos enfrentamos?

Es evidente cómo en las últimas décadas la temática de desastres se ha incorporado con fuerza en la agenda política mundial. Diversos esfuerzos conjuntos de cooperación internacional, que se rastrean desde principios de los noventa, fungen como testimonio de la premura por desarrollar medidas efectivas y a gran escala para la mitigación de efectos y la configuración de sociedades resilientes. En este

aspecto, las cifras mundiales sobre desastres parecen dar mayor claridad sobre esta preocupación.

En 2016, se presentaron 24,2 millones de nuevos desplazamientos asociados a desastres en 118 países y territorios. El desplazamiento provocado por esta causa fue más de tres veces mayor al desplazamiento generado por conflictos (IDMC, 2017). De acuerdo con el informe mundial sobre desastres de 2015 de la FICR, para el año 2014 fueron registrados 271 desastres en 94 países, siendo el continente asiático el de mayor afectación (FICR, 2015). En 2013 se presentaron aproximadamente 100 millones de personas damnificadas. El 87% vive en países en desarrollo. Las amenazas por fenómenos hidrometeorológicos como las inundaciones y las tormentas causaron las mayores cifras de muerte por exposición a peligros naturales, un 44% y 41%, respectivamente (FICR, 2014).

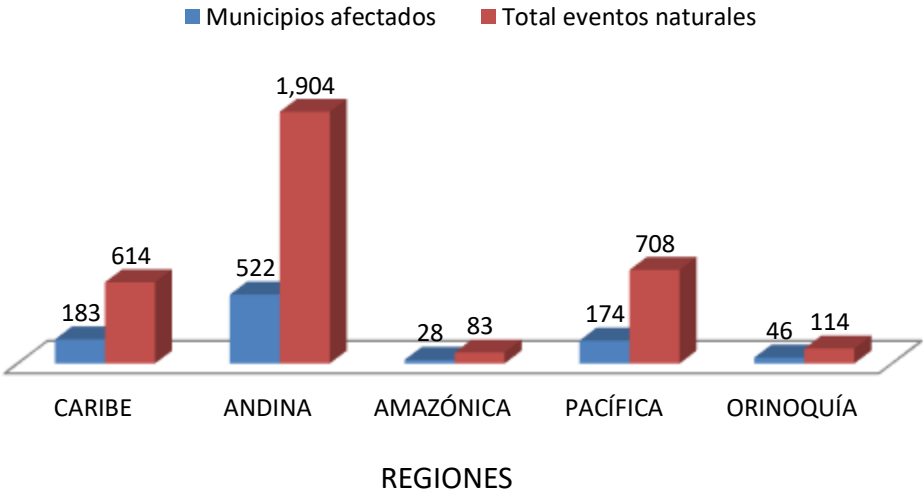
Desde este panorama, el pronóstico sobre los desastres no parece mejorar. Los diversos estudios e informes desarrollados sobre la problemática sugieren analizar estos datos en el marco de un cambio ambiental global, condición que muy seguramente aumentará la vulnerabilidad de las poblaciones e intensificará la frecuencia y efectos de las amenazas.

Desafortunadamente Colombia no representa una excepción a esta realidad. Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), las poblaciones que se ubican en las partes altas de la cordillera colombiana se encuentran expuestas a fenómenos de erosión y deslizamiento de tierras como consecuencia de la inestabilidad de los suelos. De igual forma se prevé la reducción de hasta un 30% de las precipitaciones en diversas zonas de la geografía nacional, lo cual podría generar condiciones de estrés hídrico que, sumadas al cuadro de vulnerabilidad social, intensificarían los procesos de migración interna, desigualdad y violencia gamonal. Caso contrario es el escenario climático que se bosqueja para las zonas costeras del país, territorio configurado por vastas superficies inundables que se verían afectas por el aumento del nivel del mar, la propagación de enfermedades y la reducción de la frontera agrícola (PNUD, 2010).

La historia reciente de Colombia también evidencia el grado de exposición al que se enfrenta la población cotidianamente. El sismo de Popayán ocurrido en 1983 y la avalancha de armero de 1985 dejaron un saldo cercano a 23, 230 fallecidos, además de cuantiosas pérdidas económicas y miles de damnificados. El desarrollo

de estos dos recordados antecedentes exigió el inmediato replanteamiento de las entonces medidas de atención y socorro, así como la formalización de directrices para la prevención.

Ya con una normativa modificada desde 1989, que antecedió la Ley 1523 de 2012, el territorio nacional sufrió las consecuencias de un nuevo evento desastroso, esta vez de mayor prolongación espacio temporal. El evento cronológicamente cercano de la ola invernal 2010-2011, catalogada como la peor en su tipo desde hace 60 años, se manifestó mediante diversos fenómenos (inundaciones, vendavales, avalanchas y deslizamientos) en comunidades rurales y urbanas, activando las alarmas de emergencia en 953 municipios colombianos –87% del total de municipios nacionales–.



Gráfica 1. Regiones, departamentos y municipios colombianos afectados por la ola invernal 2010-2011. Elaboración propia con datos de Jerez, 2014.

La población nacional que resultó afectada por la ola invernal se estimó en 3,681,836 personas para el segundo semestre de 2011, aproximadamente 8.2% del total de la población nacional, cifra que corresponde a 729,829 hogares damnificados según información del Registro Único de Damnificados, REUNIDOS (DANE, 2011).

Piedecuesta fue una de las administraciones territoriales más afectadas por el desarrollo de la temporada invernal. Se presentó un colapso generalizado del sector agrícola, tanto en las actividades de producción como en el transporte de alimentos y mercancías, por la inundación de vastas extensiones territoriales y la obstrucción

de varios corredores viales (CMGRD, Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres, 2013).



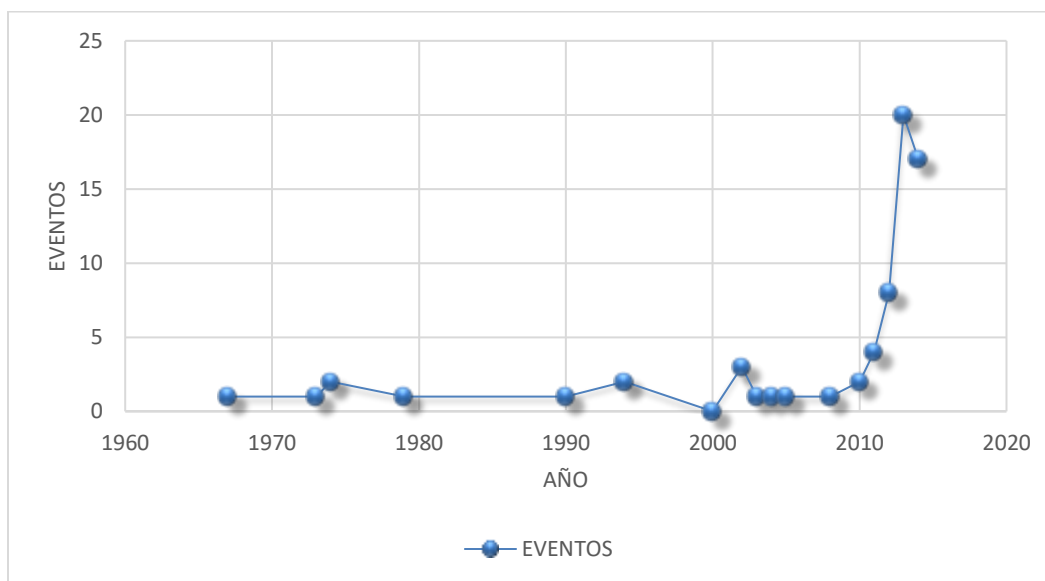
Foto 1. Avalancha Curos – Boquerón (19 de mayo de 2011). Imagen tomada del Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres, 2013.



Foto 2. Avalancha Q. Platanal - Vereda La Cabrera – Pescadero (17 de mayo de 2011). Imagen tomada del Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres, 2013.

Tal como lo muestra la gráfica 2, en el territorio piedecuestano la ocurrencia de eventos hidrometeorológicos y geológicos se ha incrementado casi de manera exponencial a partir del año 2010, marcando una tendencia que sobresale en el rastreo histórico de amenazas naturales, tendencia que al parecer se mantendrá

durante las siguientes décadas como consecuencia de la interacción simultánea de vulnerabilidades sociales y de propiedades geo-climáticas del lugar –teniendo presente los efectos del cambio climático–.



Gráfica 2. Desastres relacionados con fenómenos hidrometeorológicos y actividad geológica en el municipio de Piedecuesta (1967-2014). Elaboración propia con datos de LA RED, *Software*, 2016.

Ante este pronóstico, las autoridades nacionales y locales se han adherido al esfuerzo de los organismos internacionales para hacer frente a la situación, conociendo de antemano el impacto de los desastres en la dinámica y cotidianidad de una población determinada. En este punto ha interesado especialmente la base conceptual que acompaña las medidas de resiliencia y afrontamiento.

El consenso sobre una definición de riesgo de desastres se presenta como un aspecto elemental para la consolidación de metas y objetivos comunes. Empero, el concepto que se encuentra institucionalizado mediante normas, programas y proyectos de gobierno, no necesariamente coincide con las percepciones de las comunidades hacia las que dichas disposiciones están dirigidas. Este hecho ha podido influir significativamente en el rol pasivo adoptado por [además de asignado a] la ciudadanía en los procesos de toma de decisiones y en las experiencias fallidas que han resultado de estrategias construidas de manera unilateral. La descalificación de saberes, conocimientos y prácticas alternativas a la perspectiva institucional restringe las oportunidades de abordaje de la problemática, al mismo tiempo que se perpetúan los efectos de daño en la vida

humana, y en los bienes materiales y productivos –sobre todo en los sectores con mayores carencias–.

Cabe aclarar, en este punto, que no se intenta enfatizar en la distinción entre sujetos cognoscentes y tipos de conocimiento (institucional, académico o lego). El enfoque representacional resalta el hecho de que las acciones sociales nacen de un sentido común que, al presentarse asertivo en la consecución de fines y compatible con el sistema de creencias y valores, precede y sustenta el ejercicio de concepción y actuación social. Más bien se apela a una aproximación a partir de la verbalización de las categorías representacionales (sociocognitiva, socioestructural y socioterritorial), buscando en el discurso colectivo aquellos elementos figurativos que más predominan.

Preguntas y objetivos de investigación

Tal como se expone en el planteamiento del problema, los desastres y el riesgo asociado a su desarrollo es una cuestión-problema de incidencia mundial, cuyas repercusiones locales presentan ciertas características y particularidades que requieren ser estudiadas. Desde esta reflexión inicial surgen múltiples preguntas de conocimiento que han guiado a la investigación. Entre estas se ha seleccionado como pregunta central la siguiente: ¿cómo se caracterizan los procesos de construcción social del riesgo que se consolidan en entornos de vulnerabilidad y amenaza, los cuales determinan los conocimientos y las prácticas implementadas por la población para el afrontamiento de desastres en el municipio de Piedecuesta?

Otras preguntas relacionadas con la cuestión de interés son: ¿cuáles son los contenidos representacionales que se movilizan, desde la lógica de la cotidianidad, para la construcción social del riesgo de desastres?, ¿cuáles son los procesos de la construcción social del riesgo que constituyen sistemas de afianzamiento del saber-hacer común frente a los desastres?, ¿cómo estas prácticas y conocimientos cobran significado en función o relación a los contextos de exposición y vulnerabilidad, abarcando cargas emotivas, afectivas, valorativas y racionales que permean la memoria colectiva?, ¿cuál es la experiencia práctica y significativa de los actores sociales frente al riesgo de desastres?

Justificación: ¿Por qué representaciones sociales en el estudio del riesgo de desastres?

El impacto de los desastres en el desarrollo social, económico y político de los territorios nacionales es un debate histórico que ha cobrado fuerza en las últimas décadas, dado el aumento de damnificados y de los costos de la recuperación, principalmente en los países en vías de desarrollo. Diversos instrumentos de cooperación internacional y estrategias de política pública, en las diferentes administraciones territoriales, han adoptado la gestión del riesgo de desastres como un asunto prioritario en sus agendas de trabajo. Empero, el esfuerzo por establecer rutas alternativas y medidas integrales en el abordaje del problema, no ha sido del todo efectivo.

En la generación de información sobre el tema, el dato que hace referencia al sujeto social generalmente es de carácter cuantitativo, normalizando el anonimato de los grupos vulnerables en las diferentes etapas de gestión, dígame: la caracterización de daños (diagnóstico), el diseño de propuestas y el seguimiento de acciones.

El enfoque instrumental de aplicabilidad inmediata del cientificismo metodológico ha contribuido ampliamente en la “conceptualización que confunde los fenómenos naturales con los desastres” (Rodríguez, 1998: 22) y al riesgo con la posibilidad de ocurrencia de daños, dejando de lado los elementos cognitivos, sociales, culturales, económicos y políticos que, al igual que el componente físico, influyen directamente en los procesos de desastre.

La iniciativa que se ha materializado en esta investigación de corte cualitativo-interpretativo, surge de la necesidad de contar con estudios que superen la dimensión material del riesgo, enfocándose, particularmente, en los sistemas de afianzamiento de conocimientos y prácticas útiles o adversos para la construcción de resiliencia. Para este objetivo resulta particularmente interesante el enfoque de representaciones sociales propuesto por Moscovici.

El estudio del riesgo desde la teoría moscoviciana permite una aproximación a las dinámicas sociocognitivas, estructurales y territoriales que integran las RS del riesgo al sistema de sentido común, incorporando las dimensiones de amenaza y vulnerabilidad desde su expresión representacional. En tanto, la posibilidad de indagar en la pluralidad de elementos-procesos que intervienen en el saber-hacer común, da claridad respecto de aquellos recursos psicosociales que son

movilizados por el sujeto cognoscente para la interpretación del fenómeno representacional. La intención investigativa radica en los significados diversos que puede adquirir el riesgo desde su origen social.

Así entonces, la comprensión del riesgo como una construcción colectiva remite a los saberes que se comparten en las interacciones cotidianas, las formas de ocupación espacial que se definen desde esta trama relacional y la configuración identitaria que se manifiesta en la praxis social, principalmente en escenarios de exposición. Este tipo de abordaje abre el debate en lo referente a las deficiencias que exhiben las actuales políticas de gestión del riesgo, tanto en Colombia como en Latinoamérica, para incorporar aquellos esquemas sociales y culturales que favorecen la comunicación entre actores y la consolidación de soluciones efectivas de prevención.

Objetivos

a) General

Caracterizar los procesos de construcción social del riesgo en el municipio de Piedecuesta, desde la teoría de las representaciones sociales y en el marco del estudio social de los desastres.

b) Específicos

- Identificar los contenidos representacionales que se movilizan, desde la lógica de la cotidianidad, para la construcción social del riesgo de desastres.
- Analizar los procesos de la construcción social del riesgo que constituyen sistemas de afianzamiento del saber-hacer común frente a los desastres.
- Reflexionar respecto al contenido emotivo, afectivo, valorativo y racional que permea la memoria colectiva desde las prácticas y conocimientos que cobran significado en función a los contextos de exposición y vulnerabilidad.
- Recuperar la experiencia práctica y significativa de los actores sociales frente al riesgo de desastres en el municipio.

Hipótesis de investigación

Las representaciones sociales del riesgo de desastres están asociadas a dimensiones de tipo sociocognitivo, socioestructural y socioterritorial, en donde la identidad, como sistema espacio temporal, cumple un papel determinante.

I. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL: LAS REPRESENTACIONES SOCIALES EN EL ESTUDIO DEL RIESGO

1. EL RIESGO COMO CONCEPTO

En la actualidad el conocimiento del riesgo se presenta como una prioridad en el desarrollo de políticas económicas, ambientales, sociales y tecnológicas. La elaboración de diagnósticos, procedimientos y herramientas administrativas, técnicas y operativas, dirigidas a la prevención y a la consecución de estados ideales de certidumbre, parte de una preconcepción de lo que se determina como “riesgoso”, categoría en la que se ha inscripto el problema de los desastres.

El concepto de riesgo se relacionó inicialmente con ciertas contingencias implícitas en el proceso de desarrollo tecnológico. Los tratamientos químicos implementados en la producción agrícola, la contaminación atmosférica e hídrica originada por el funcionamiento de industrias, el transporte de mercancías, el consumo de energía y la propagación de enfermedades son algunos de los riesgos asociados a la actividad humana. Los instrumentos de control ejecutados en este tipo de desarrollo se vieron superados por la inseguridad de dichas condiciones, razón por la cual el avance en términos de exactitud y perfeccionamiento pronto se convirtió en una necesidad que buscaba ser resuelta desde herramientas matemáticas como la estadística y la probabilidad. Esta visión se reflejó en los conceptos que sobre el riesgo se desarrollaron a mediados del siglo XX.

Mary Douglas en su obra sobre «La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales» hace referencia a la definición que, por ejemplo, para la evaluación de toxicidad de los productos químicos utilizó la Organización de Naciones Unidas: el riesgo como concepto estadístico se relaciona con “la frecuencia esperada de efectos indeseados que nacen de la exposición a un contaminante” (Organización Mundial de la Salud, 1978, citado por Douglas, 1996: 44). Otra definición muy aceptada entre los trabajos de la época es aquella que determina el riesgo como la relación entre la probabilidad de suceso del evento y la gravedad del daño ($R = P \times D$). Este producto se puede expresar desde la lógica de riesgo-beneficio de Starr (Douglas, 1996), mismo que incorpora la variable de riesgo aceptable o voluntario.

El análisis del binomio seguridad-riesgo, el cálculo probabilístico del error –Douglas (1987) relaciona el concepto con la teoría de probabilidades que fue desarrollada en Francia en el siglo XVII– y la valoración de nuevas tecnologías (Paulus, 2004) son temáticas que caracterizaron el debate en este primer período, permaneciendo el estudio de la cuestión en el ámbito de las ciencias básicas.

La transversalidad del riesgo en diversos ámbitos de la vida social se hizo entonces evidente. El riesgo financiero –de inversión y crédito–, los factores de riesgo en sanidad, el riesgo laboral, social y biológico, fueron tipologías que rápidamente popularizaron el concepto y que marcarían una trascendencia en las investigaciones dedicadas [y que se dedicarían] a hacerle frente.

Pese a que es imposible negar el desarrollo de contingencias en las culturas antiguas y medievales, el riesgo parece estar fuertemente ligado a la historia de la modernidad –sin entrar en el debate de los devenires y procesos que para algunos autores han sugerido nuevas designaciones como posmodernidad (ver por ejemplo Lyotard, 1987 y Ballesteros, 1989) o posmaterialismo (ver Diez-Nicolás, 1994) – en donde la incertidumbre y el escepticismo, al igual que las mercancías, se producen en serie. Los conflictos sociales derivados de los peligros tecnológicos permitieron que, entre la década de los ochenta y los noventa, el vocablo riesgo penetrara las disertaciones de importantes representantes de las ciencias sociales tales como Beck y Luhmann, dos referentes obligados en la materia que comparten la matriz del pensamiento sociológico: las reflexiones post-ilustración.

1.1. Efectos involuntarios de la acción: El riesgo y la incertidumbre en el pensamiento sociológico

La dupla modernidad-riesgo ha sido un tópico ya muy discutido y estudiado desde diversos autores y tipos de literatura. Empero, lo que ha carecido de este mismo grado de atención ha sido la codificación epistémica que sin lugar a dudas ha permitido la configuración de esta relación: el pensamiento sociológico.

Cuando Guitián (2008) afirma que es necesario encontrar en el tema del riesgo la novedad que representa una etapa socio-histórica (modernidad), sin romper con las aristas del pensamiento heredado, establece de manera muy clara que no se puede estudiar el riesgo o la incertidumbre en las sociedades modernas, lejos de los interrogantes sociológicos que dieron origen a dicha cuestión. Así entonces, las nociones de acción, consecuencias no deseadas y futuro, que surgen de las

trayectorias reflexivas del discurso sociológico, permitirán entender las particularidades que se le atribuyen al riesgo en el contemporáneo. De esto nos ocuparemos a continuación.

- **El análisis sociológico y la modernidad: Una introducción elemental**

El advenimiento de ciertos cambios sustanciales en la visión tradicional de la edad media, como la secularización del orden social, el proceso de individualización – correspondiente a la visión antropocentrista de la época– y la domesticación de la naturaleza, marcó el paso de una sociedad premoderna a una moderna. Fue precisamente en la reflexión de la incertidumbre, el riesgo y la zozobra que trazaban dichas transformaciones, en que el discurso sociológico se abrió paso. Para Luhmann, la sociología nace de un discurso post-ilustrado –el post del desencanto que tanto inquietó a Beck– con tonos reflexivos ante el proyecto fallido de una revolución política y cultural gestada en la Europa del siglo XVIII.

El pacto social de Rousseau, Hobbes y Locke, como armonizador de individualidades, fue puesto en cuestionamiento. La complejidad del producto social ya no se podía explicar desde la mera sumatoria de voluntades particulares. Atendiendo a ello, el interés sociológico fue centrándose con mayor ímpetu en los sistemas de interacciones que se generaban en el marco de una estructura social, desde y en función del contexto. Las explicaciones sociológicas parecían inmersas en el dilema del huevo y la gallina, pese a la importancia que el concepto de individuo había adquirido en las coyunturas sociales, políticas y culturales de la ilustración.

Las fuerzas, convenciones, regularidades y directrices de la estructura que condicionan la acción del individuo fueron tópicos analizados por autores como Marx, Engels, Weber y Mauss, en debate a las cualidades que Descartes, Kant y Malebranche, por mencionar algunos, otorgaron a la utopía filosófica del individuo:

[...] “clásicos” de las ciencias sociales (cada quien a su manera) han cuestionado: identificar la experiencia del sujeto individual, su “mentalidad” o “psicología” con la certeza del mundo y confundir el “mundo de las ideas” con los hechos. El intento de creer que es la conciencia la que condiciona el mundo social tuvo sus reacciones en torno al problema de cómo se explica lo social (Torres, 2011: 39).

Durkheim también simpatizó con la ponderación de la estructura sobre el curso individual. Dicha orientación se puede atisbar en diversos esfuerzos conceptuales desarrollados por el autor, como por ejemplo el de representaciones colectivas –de especial interés para el presente trabajo–, concepto formulado con el objetivo de discernir claramente entre [las formas de conocimiento de] los elementos y el todo, a saber, entre las representaciones individuales y las colectivas. Sobre estas últimas Durkheim señaló:

[...] si el hombre concibe ideales, si ni siquiera puede prescindir de concebirlos y apearse a ellos, es porque es un ser social. La sociedad lo impulsa o lo obliga a elevarse así por encima de sí mismo, y es ella también la que le proporciona los medios para hacerlo [...] La sociedad no puede construirse sin crear ideales [...] Pero estos ideales no son abstractos, frías representaciones intelectuales, desprovistas de toda eficacia. Son esencialmente motores, pues detrás de ellos hay fuerzas reales y activas: las fuerzas colectivas, las fuerzas naturales (Durkheim, 2000a, citado por Vera, 2002: 111).

Es precisamente en el examen de este concepto –representaciones colectivas– en que Moscovici (1976; 1979) logró desarrollar su más grande aporte a partir de la incorporación de la *agency* en el desarrollo de una nueva teoría del conocimiento. La acción humana –el actor-agente– como noción fundamental sería rescatada, a mediados del siglo XX, de entre un cúmulo de discursos estructuralistas que pretendían mantener el enfoque de los clásicos, especialmente el durkheimiano. Tanto Giddens (1993) y Bernstein (1976), desde la sociología, como Moscovici (1976), desde la psicología social, resaltaron la capacidad reflexiva y creativa del actor social –ya no simplemente el individuo de la filosofía– ante las disposiciones del entorno estructural. Este agente por medio de la acción humana podría intervenir no únicamente en el tiempo inmediato de la realidad social, sino además en el tiempo futuro, a través de las repercusiones de sus actos; se trata de una temporalidad en donde las consecuencias son más difíciles de controlar y predecir debido al horizonte de posibilidades que se re-crea. Ya en su momento Weber planteó la anterior cuestión en las reflexiones respecto a los efectos no deseados de la acción razonada –idea emparentada con las nociones de “efectos perversos” de Boudon (1980), “consecuencias no intencionadas” de Merton (1980), “efecto colateral” de Beck (2002) y “consecuencias no buscadas de la acción” de Guitián (2008) –.

Como bien señalaba Weber, la acción social se caracteriza por realizarse en referencia a otros. Es decir, el actor al elegir un camino de acción calcula las consecuencias posibles y el efecto de las reacciones previsibles de los otros en el logro de sus fines. Pero los

actores, individuales o colectivos, difícilmente prevén el efecto que la repetición de sus acciones podría tener en la forma de organización o la normatividad vigente en el contexto inmediato de la acción, o en la sociedad en su conjunto. Esto lleva a que socialmente se produzcan consecuencias no previstas por los actores cuando diseñaron su estrategia de acción [...] (Grediaga, 2000: 170).

Así entonces, al retomarse en el discurso sociológico –que como ya se señaló, es en sí mismo un discurso de la modernidad– las categorías de agente y acción, se incorporan además las nociones de consecuencia y futuro, el efecto-tiempo en donde la incertidumbre y el riesgo por lo “no controlado” se acrecientan. Concretamente, la modernidad ha fluctuado entre la desilusión y la esperanza – tránsito anímico suscitado en el pensador social–, entre el individuo y la sociedad, entre la certeza y la incertidumbre, estados de dualidad que han generado múltiples y sustanciales implicaciones en la teoría social contemporánea del riesgo.

Luhmann (1992), por ejemplo, reflexiona el riesgo desde la acumulación de decisiones tomadas al interior de la sociedad industrial por las instancias de poder y control, enfatizando en la autonomía que ha adquirido el sistema con respecto de los individuos que le integran. De acuerdo con Ramos (2006), el planteamiento luhmanniano reflexiona el riesgo en referencia a aquellos daños eventuales que resultan “del modo en que se ha actuado y son imputables a quien, obrando de una determinada manera, hubiera podido hacerlo de forma distinta” (p.8).

Beck (2002), por su parte, resalta la incertidumbre que ha caracterizado el tránsito de una sociedad industrial a una sociedad del riesgo, cuyos instrumentos oficiales de análisis y evaluación se han visto sobrepasados (Paulus, 2004). La desarticulación, funcionalización y especialización de los diferentes sistemas, llámense productivos, políticos, sociales o económicos, han generado diversos vacíos auditivos en donde la información para la prevención no se reproduce. En consecuencia, los efectos colaterales que derivan de los cursos del desarrollo no han sido reflexionados en un espacio de racionalidad global. Desde esta perspectiva, es muy probable que la trayectoria tomada por “la modernización” no necesariamente responda al deseo del colectivo.

Es importante señalar que tanto para Beck como para Luhmann, el riesgo puede ser corregido por que nace en las prácticas, actitudes y decisiones sociales; empero, su pronóstico y prevención únicamente se logrará mediante la integración del nuevo orden sistémico. A partir de este análisis podemos identificar varios elementos que caracterizan la definición de riesgo dentro de esta etapa del estudio

sociológico: 1) el riesgo se mantiene en constante movimiento y transita por todos los ámbitos de la sociedad moderna; 2) se relaciona con las actividades humanas y el desarrollo de estas en el ambiente; y 3) su configuración depende en gran medida de factores como el poder de decisión y la comunicación de efectos colaterales.

Las observaciones sociológicas del riesgo han sustentado ampliamente el estudio social de los desastres. El enfoque social, a diferencia del paradigma fiscalista, rescata la importancia de la agencia en la construcción de medidas de prevención, cuestiona los problemas del modelo socioeconómico imperante y reconoce la posibilidad de intervención en condiciones de vulnerabilidad mediante la acción humana organizada. Estos son aspectos que reiteran, más que nunca, al desastre como fenómeno social.

1.2. El concepto de riesgo desde el estudio social de los desastres: La interacción vulnerabilidad-amenaza

Los desastres al interpretarse históricamente como eventos fortuitos, dependientes de los devenires naturales, se han relacionado con condiciones de riesgo precisamente por la incertidumbre e inseguridad que desdibujan los límites de tiempo y espacio ante el posible suceso: “difícil de predecir en dónde y cuándo ocurrirá, imposible de evitar”. Sin embargo, el enfoque social de los desastres –que ha adoptado para su análisis las reflexiones sobre acción-decisión del discurso sociológico– se ha propuesto revitalizar la noción de agente social y de sistema a partir del vínculo riesgo-vulnerabilidad, sin dejar de lado el evento físico en sí (la amenaza).

El abordaje del riesgo en el estudio de los desastres relacionados con fenómenos naturales es de data relativamente reciente. La evaluación de eventos geofísicos e hidrometeorológicos, desde el paradigma fiscalista¹, confundía al riesgo con la amenaza (fenómeno natural) y otorgaba mayor relevancia a las actividades de estimación de daños, monitoreo, seguimiento y medición estadística, ante la imposibilidad humana de prevenir procesos naturales con consecuencias desastrosas. El llamado paradigma fiscalista fue abordado principalmente en estudios de riesgo que desarrollaron académicos de las áreas de geofísica, geología y meteorología.

¹ Se sustenta en la materia física, campo de las ciencias naturales, como objeto de estudio.

“La mayor aplicación de los métodos y conceptos de esta postura tuvo lugar entre la década de los cincuenta y setenta por las ciencias ingenieriles” (Preciado, 2007: 18), tendencia que se reprodujo en varias disposiciones y documentos que expidieron organismos internacionales, como por ejemplo los Resúmenes Anuales sobre Desastres Naturales² que desde 1966 elaboró la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Cruz Roja, 1985). No obstante, la evidencia tácita de la relación desastres-modelo económico favoreció la configuración de una nueva corriente de estudio con un enfoque más social que naturalista (Jerez, 2014).

Los antecedentes del estudio social de los desastres como área de investigación se rastrean hasta los trabajos pioneros de 1940 realizados por el geógrafo Gilberto White, en los Estados Unidos (Maskrey, 1993). De igual forma, los documentos de autores como Henry Quarantelli, Dynes y Britton, de la década de los sesenta, se presentan como un referente del análisis social que subyace en el actual concepto de desastre. El debate terminológico se visualizó más allá de un simple ejercicio semántico; fue la oportunidad de involucrar aspectos socioculturales a la construcción de un nuevo esquema de estudio, permitiendo concebir el desastre como resultado de un proceso multidimensional que “se compone de la interacción sucesiva y prolongada de una serie de elementos del orden físico, social y ambiental” (Jerez, 2014: 136).

Los efectos de este naciente debate se reflejan en posteriores trabajos en donde ya se comenzaba a incorporar los conceptos de vulnerabilidad y desarrollo a la interpretación de causas, como «Shelter after Disaster» (Davis, 1978) y «Disasters and Development» (Cuny, 1983). También se resaltan escritos de O'Keefe, Westgate y Wisner (1976), Hewitt (1983) y Anderson y Woodrow (1989).

En América Latina solamente fue hasta la década de los ochenta en que el estudio del impacto socioeconómico generado por los desastres empezó a tener eco en documentos académicos y gubernamentales de la región. Emergencias como las inundaciones y sequías relacionadas con el Fenómeno del Niño que perjudicaron países de América del Sur entre 1982 y 1983, el terremoto de México en 1985 y

² “Desastre natural” era una categoría reservada para las olas ciclónicas, los tsunamis, las erupciones volcánicas y los terremotos. Aunque las sequías también se consideraban desde esta lógica fiscalista un desastre natural, no fueron incluidas en estos estudios e informes por la dificultad de establecer los periodos exactos de inicio y finalización.

los eventos de 1983 y 1985³ en el territorio colombiano, por mencionar algunos, incentivaron la organización y el despliegue de una serie de investigaciones asistidas desde centros de desarrollo e investigación como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (La Red).

La producción académica latinoamericana adoptó en su mayoría un enfoque sistémico, que además incorporaba el desarrollo de tres dimensiones conceptuales: la vulnerabilidad, la amenaza y el riesgo.

La noción de vulnerabilidad social fue incorporada por Lavell (1996; 2004) para dar cuenta del contexto previo –antecedentes del desastre– de necesidades y carencias que particularizan una estructura social. Un aporte fundamental en el análisis de esta dimensión fue el Planteamiento de Vulnerabilidad Global de Wilches-Chaux (1993), el cual, respaldado en una perspectiva holística, pone el acento en diferenciar las diversas manifestaciones de incertidumbre y susceptibilidad del sistema –vulnerabilidad física, ecológica, cultural, social, económica, educativa, política, institucional, técnica e ideológica–. La idea de categorías de vulnerabilidad también fue implementada en la obra «Rising from the ashes. Development strategies in times of crisis» de Anderson y Woodrow (1989). Los investigadores resaltan en esta obra la configuración de tres dimensiones formuladas como tipos compuestos de vulnerabilidad: (i) lo social y lo económico; (ii) lo físico y estructural; y (iii) lo cultural y lo político, tipologías que a su vez se relacionan con otros términos más específicos contruidos para el estudio y la intervención en entornos de crisis. Los aportes de Lavell, Wilches-Chaux y Anderson & Woodrow, permiten identificar aquello que puede considerarse como “condición de vulnerabilidad”, dentro del universo de factores significativos para el desarrollo de los desastres, razón por la cual son enfoques conceptuales de gran utilidad para los propósitos de la presente tesis.

Por otra parte, la amenaza corresponde al evento físico que puede ser de tipo biológico, geológico, hidrometeorológico, tecnológico o socio-natural, de temporalidad y espacialidad fija. De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas, la amenaza se denota como “un fenómeno, sustancia, actividad humana o condición peligrosa que pueden ocasionar la muerte, lesiones u otros impactos a la

³ El terremoto de Popayán y la avalancha de Armero.

salud, al igual que daños a la propiedad, la pérdida de medios de sustento y de servicios, trastornos sociales y económicos, o daños ambientales” (ONU, 2009: 5). Así, las variables que conforman la evaluación de amenazas o peligros son el fenómeno⁴, la proximidad [a] y [de] la amenaza –en relación con la ubicación y dinámica de la población y de la fuente, así como la dinámica del evento/ ESPACIO–, el nivel de exposición y la frecuencia del evento –magnitud esperada y no esperada/ TIEMPO–.

Finalmente, el riesgo se ha conceptualizado –desde este enfoque– como la síntesis de la interacción entre estas dos dimensiones, es decir, vulnerabilidad y amenaza. Surge así la expresión matemática $R = A \times V$ –Riesgo es igual a Amenaza por Vulnerabilidad–, así como una serie de variantes que fueron acompañando el concepto, tales como riesgo específico (*Specific Risk*), riesgo total (*Total Risk*) y elementos bajo riesgo (Cardona, 1993).

Cabe señalar que algunos autores de la teoría social se han ocupado del desarrollo de sus propias definiciones (ver figura 1).

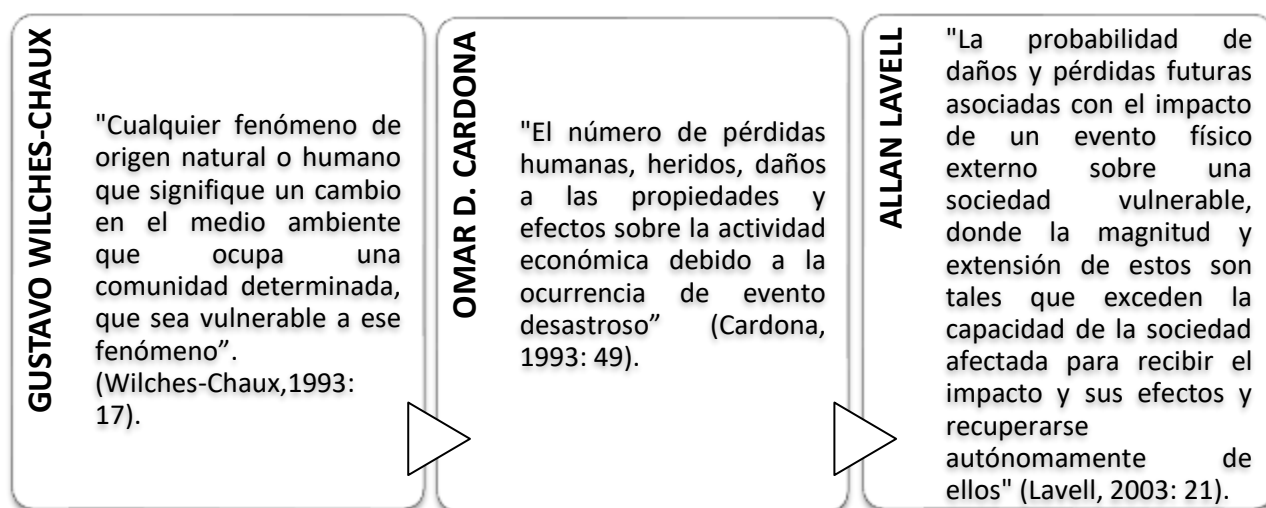


Figura 1. Algunos conceptos de riesgo. Elaboración propia con datos de Wilches- Chaux, 1993; Cardona, 1993 y Lavell, 2003.

⁴ Inundación, deslizamiento, avenida torrencial, incendio forestal, lluvia, sismo, vendaval (amenaza natural o siconatural); microorganismos patógenos, toxinas o sustancias bioactivas (amenazas biológicas); contaminación industrial, derrame de desechos tóxicos, ruptura de represas, accidentes viales, explosiones de fábricas o incendios (amenazas tecnológicas).

Pese a la diversidad de interpretaciones, el riesgo trascendió como una dimensión subjetiva, dinámica y en constante movimiento, una condición socialmente adoptada, características muy cercanas al enfoque luhmanniano que permitieron distinguir al riesgo de la amenaza (Ramos, 2006).

La objetividad y la independencia del hecho con respecto al sujeto cognoscente son condiciones del peligro (*Hazard*) que no explicaban *per se* las diversas formas en que el riesgo se reconocía y manifestaba; en consecuencia, a la par del interés que se generalizó por los trabajos de cuantificación de daños socioeconómicos por desastres y los estudios sobre el modelo hegemónico, se desarrollaron una serie de investigaciones que retomaron un interrogante ya planteado a inicios de los ochenta: ¿es el riesgo una construcción social asociada a la percepción?

1.3. La sociogénesis del riesgo

Los contenidos que se hacen explícitos en una determinada definición de riesgo se relacionan directamente con el contexto social del cual derivan, en otras palabras, el riesgo presenta un contenido sociogénico. Esta afirmación podría determinarse como un principio metateórico en los estudios de naturaleza social desarrollados sobre la temática, razón por la cual las variantes históricas y culturales han sido incorporadas a los ejercicios analíticos de las últimas décadas. Trabajos como los de Patrick Peretti-Watel (2000) y Hoffman & Oliver-Smith (2002), son claros ejemplos del tratamiento psico-sociológico y antropológico que ha recibido este concepto, una alternativa al sentido de objetividad adoptado en las primeras etapas de disertación de las ciencias básicas.

Muchos de estos trabajos se remiten a la idea de la construcción social del riesgo, cuyos antecedentes se encuentran en la literatura francesa de mediados de los ochenta. La obra titulada «La société vulnérable», editada por Fabiani y Thyès (1987), logró compilar los trabajos de más de una treintena de autores de áreas tan diversas como las ciencias políticas, el derecho, la sociología, la biología, la medicina, la antropología, la economía y los sistemas de seguridad, en torno a diferentes temáticas asociadas al riesgo. La construcción social como estructura conceptual se explora con mayor detalle en el segundo capítulo del libro, mismo que estuvo a cargo de Denis Duclos.

La noción de construcción social fue utilizada por los investigadores sociales franceses como sinónimo de Percepción del Riesgo (PR), término incorporado al

lenguaje científico por la antropóloga británica Mary Douglas quien, en colaboración de Aaron Wildavsky, publicó en 1982 el escrito «Risk and Culture». Es en este documento en donde logra labrar su propia definición de percepción del riesgo: “Un producto de la construcción cultural de las sociedades en su devenir histórico” (García, 2005: 15, en relación con el concepto dado por Douglas).

La antropóloga, influenciada por el postulado durkheimiano que reconocía el origen social del pensamiento humano, se propuso interpretar los determinantes culturales que subyacen en la imagen colectiva del riesgo y los procesos simbólicos que intervienen en dicha construcción. En su obra de 1985 –editada en español en 1996– Douglas cuestiona los métodos de medición del riesgo que ignoran el marco sociocultural, como por ejemplo el método riesgo-beneficio de Starr (1969) –muy cercano al análisis económico de costo-beneficio que incorpora las categorías de riesgo voluntario y riesgo involuntario– y el enfoque ecológico de White –adopta el peligro como la dimensión independiente y la respuesta o adaptación del individuo como la variable dependiente–.

De acuerdo con Douglas (1996): “La evaluación de las probabilidades combinadas de que se dé un caso y la magnitud de sus consecuencias son una forma de cálculo demasiado especializado como para ser útil cuando se piensa sobre las percepciones de la persona ordinaria” (p.50). El cálculo de probabilidades se presentaba entonces como un esquema lineal, el cual no permitía distinguir e interpretar los tintes simbólicos que, según la perspectiva de las ciencias sociales, guardaban las diversas apreciaciones de riesgo público. Los grupos sociales elaboran nociones respecto de la aceptabilidad del riesgo y de las distintas posibilidades para enfrentarlo. Estas nociones obedecen a factores culturales, económicos, históricos y políticos, no tanto a la estimación de probabilidades.

La percepción del riesgo como subdisciplina ampliaba sus horizontes al campo de la antropología, la historia, la sociología y la psicología –individual y social–. Es así como en la segunda revisión de la Royal Society británica, Pidgeon y colaboradores (1992) enfatizan en el estudio de los comportamientos y atributos psico-sociales de los individuos, tales como actitudes, dogmas, valores y sentimientos, así como en los determinantes culturales que operan en las respuestas colectivas y particulares frente a las amenazas del ambiente. En consecuencia, el ejercicio de objetivación de la variable riesgo pronto se vio superado por un enfoque más social

que resaltaba la relatividad que adquiriría el término de acuerdo con la experiencia individual y el contexto social.

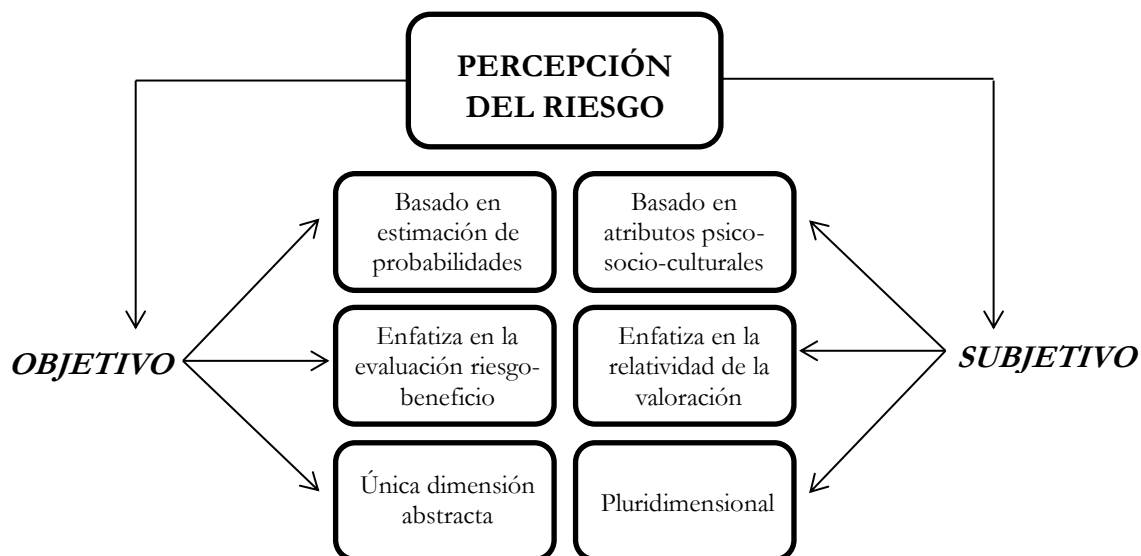


Figura 2. El riesgo como construcción social. Enfoques de estudio. Elaboración propia con información de Douglas, 1996 y Puy, 1994.

Los marcos teóricos y metodológicos de los estudios sobre desastres no tardaron en adaptarse a estas propuestas de análisis, razón por la cual el enfoque de percepción social es uno de los conceptos más utilizados en investigaciones de este corte.

Juan Carlos Ruiz (2005) comenta en torno a la teoría social del riesgo:

[...] las investigaciones han logrado establecer, a manera de convención, que la principal causa de los desastres, entendidos como procesos y no como eventos disruptivos, se encuentra en la sociedad, en sus prácticas y representaciones, esto es, en la construcción social de riesgos y en las condiciones de vulnerabilidad históricamente acumuladas. Así, el riesgo construido socialmente y el aumento de la vulnerabilidad deben ser entendidos como desastres en potencia o en vías de realización, los cuales se manifiestan plenamente por efecto de eventos extremos o por el arribo de la sociedad a situaciones de daño generalizado a la vida de sus integrantes (p.102).

Trabajos como los de Evans (1994), Panza & Wiesenfeld (1997), Puy & Aragonés (1997), Echeverri (2000), Cortés (2003) y Camacho & Ramírez (2005) exploraron el campo de las percepciones sociales en busca de nuevos ángulos de observación que les permitieran aproximarse, desde un enfoque heurístico, a las condiciones de riesgo y desastre. Las investigaciones mencionadas se valieron de instrumentos psicométricos, análisis de tipo comportamental y de ajuste, diseños emergentes y

elementos de interpretación temporal, entre otros, para identificar los factores que intervienen en las dimensiones cualitativas de la percepción, mismos que determinan la adaptación y respuesta ante condiciones “riesgosas”.

Tal como lo plantea Puy & Aragonés, ya no es una mera “percepción física de estímulos objetivos” (1997: 7), sino de una percepción social, la cual tampoco puede reducirse a la suma de psicologías individuales o a la recolección de datos biográficos descontextualizados. Si bien las representaciones de la realidad se encuentran en el psiquismo humano, no necesariamente tienen su origen único en este. No obstante, recientemente los estudios del campo de la percepción han centrado interés en los productos cognitivos de la construcción social mediante experimentos de memoria, estrés y cuantificación de variables psicológicas, situación que se visualiza cada vez con mayor facilidad en las nuevas y diversas definiciones que se han desarrollado en torno a la percepción del riesgo.

Si bien el enfoque de la PR surge del reconocimiento tanto de los aspectos mentales como de elementos sociológicos y culturales, no logra encontrar el puente intersubjetivo entre la actividad cognitiva y el constructo social, puente que para Denise Jodelet se halla en el **proceso** mediante el cual los sistemas de ideas se forman, se transforman y circulan entre los agentes sociales (Serrano, 2010). En este sentido, la percepción se abordará –al igual que las creencias, valores, opiniones, imágenes y juicios– como parte de la representación y no como concepto analógico que le pueda sustituir.

La presente tesis parte de tres elementos clave de discusión que son interdefinibles: 1) el producto de la construcción social del riesgo; 2) el proceso mediante el cual se genera; y 3) la base social amplia que le sostiene. La construcción social del riesgo como objeto de estudio requiere del análisis de los factores emocionales, interactivos, de objetivación, anclaje y externalización que permiten el intercambio entre percepción y constructo colectivo. Una interacción dialéctica entre lo individual y lo social. Bajo estas circunstancias se acudirá al concepto de **representaciones sociales** desarrollado por Moscovici –que reconoce tanto el componente cognitivo como el socio-contextual– y especialmente a los aportes de la escuela procesual liderada por Jodelet, en un intento por abordar la totalidad de elementos que configuran el contenido sociogénico de los conocimientos y prácticas ante desastres.

2. TEORÍA DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES

El riesgo no solamente ha ganado presencia en el lenguaje científico. El término riesgo ha calado además en los contenidos, discursos, prácticas e interacciones del cotidiano, asumiendo connotaciones particulares y usos específicos que denotan aquellos elementos representacionales que le subyacen. Atendiendo a la complejidad del objeto de estudio, nos apoyaremos en la teoría de las representaciones sociales en busca de identificar, con mayor claridad, los procesos que permiten conocer, interpretar y comunicar la realidad –en este caso la realidad del riesgo ante desastres construida por la comunidad piedecuestana–.

2.1 Antecedentes teórico-conceptuales de la Teoría de las Representaciones Sociales

El concepto de representaciones sociales (RS) ha sido implementado en multiplicidad de estudios que no únicamente obedecen a la psicología social, campo que le vio nacer, sino que además se ha incorporado en ciencias y disciplinas tan diversas como la antropología, la sociología, el trabajo social, la medicina, la pedagogía, entre otras. Temáticas como la maternidad (Serrano, 2010), la enseñanza de ciencias (Pozo y Gómez, 1998), la ciudad (De Alba, 2004), la infancia (Casas, 2006), la pobreza (Ceirano, 2000), la salud pública (Wiesner-Ceballos *et al.*, 2006) y ahora el riesgo de desastres, son áreas de investigación que se han valido de los instrumentos teórico-conceptuales construidos por Moscovici.

Sus antecedentes se encuentran anclados en la tradición de la psicología francesa de la década de los sesenta, una alternativa al individualismo del paradigma hegemónico norteamericano –fundamentado en el positivismo de Mach y de Avenarius (Mora, 2002) – y a “la perspectiva colectiva totalizante” (Serrano, 2010: 33) del socioconstructivismo.

A partir del concepto de representaciones colectivas creado por Durkheim, la Teoría de las Representaciones Sociales (TRS) surge con Serge Moscovici y su trabajo titulado «La psychanalyse, son image et son public» de 1961, en donde se indagó sobre las formas en que una red de conocimiento se construye, arraiga, transforma y comparte dentro de un colectivo social específico. Esta obra fue su tesis doctoral.

La investigación de Moscovici se centró en la imagen que diversos grupos de opinión tenían del psicoanálisis como producto científico y práctica terapéutica. La manera en que el grupo interpreta sus propias experiencias. Lo anterior a partir del análisis de prensa y del desarrollo de entrevistas con colectivos que constituían, según el autor, la pluralidad más representativa de las ideologías que coexistían para ese momento en la sociedad francesa: la iglesia católica, el partido comunista y el periodismo militante (Serrano, 2010).

Moscovici, a través de su obra, retomó el concepto sociológico de “representaciones colectivas” expuesto en 1898 por Émile Durkheim, imprimiéndole la intersubjetividad y el dinamismo del componente psicológico – respecto de la distinción entre psicología experimental y psicología social o etnopsicología propuesta por Wundt–. El concepto de RS caracteriza a las sociedades modernas y posmodernas en donde, de acuerdo a Farr (citado por Mazzitelli y Aparicio, 2010), las representaciones no son tan compartidas como fue sugerido en un primer momento por Durkheim.

Moscovici señala:

En el sentido clásico, las representaciones colectivas son un mecanismo explicativo, y se refieren a una clase general de ideas o creencias (ciencia, mito, religión, etc.), para nosotros son fenómenos que necesitan ser descritos y explicados. Fenómenos específicos que se relacionan con una manera particular de entender y comunicar – manera que crea la realidad y el sentido común–. Es para enfatizar esta distinción que utilizo el término "social" en vez de colectivo [...] (Moscovici, citado por Perera, 1999: 5-6).

La interacción dialógica entre fundamentos sociológicos y psicológicos, la “doble textura” (Nuño, 2004: 14) de la Teoría de las Representaciones Sociales, fue adoptada por Moscovici para explicar el pensamiento social cotidiano, la forma en que este pensamiento se relaciona con otros ordenes de conocimiento y cómo las experiencias de diversos grupos sociales matizan los comportamientos y prácticas colectivas. El componente antropológico, aunque poco reconocido por los estudiosos de Moscovici, también ha representado una unidad esencial si se tiene en cuenta el interés del autor en las interacciones de los grupos socioculturales.

Ya en su trabajo revisado de 1976, la influencia de sociólogos como Berger y Luckmann (1966) se hizo evidente desde la propuesta de “construcción social del

conocimiento”, así como algunos aportes teórico-conceptuales provenientes del interaccionismo simbólico⁵.

En este marco general resulta también importante destacar la influencia de Lenoble en el planteamiento del concepto. “Tanto el término “representación” como su vinculación con el conocimiento procedente de la experiencia en contextos del sentido común, Moscovici los derivó del Ensayo del Concepto de Experiencia de 1943 del Padre Lenoble” (Serrano, 2010: 36). El trabajo de dicho autor resaltaba el papel del saber popular en la comprensión del mundo, los límites simbólicos que ofrece la experiencia y el colonialismo que se ejercía desde las ciencias mecánicas en menoscabo del sentido común.

En una retrospectiva más amplia, los antecedentes de la TRS pueden rastrearse hasta los trabajos desarrollados en 1918 por William Thomas & Florian Znaniecki sobre «El campesino polaco en Europa y América» –reeditado en 1958–, así como en los estudios con desempleados de una comunidad austriaca realizados por Jahoda, Lazarsfeld y Zeisel, en la década de los treinta. La importancia de incorporar los componentes de la estructura sociocultural a los estudios de comportamiento, y no solamente los mecanismos cognitivos de respuesta individual, se presentó como un elemento interpretativo común en los resultados de estas investigaciones. Además, se empezó a configurar un nuevo concepto de actitud, mismo que operó como una alternativa a la noción individualista heredada de los estudios de G.W. Allport (Gil Lacruz, 2007).

Es precisamente en el análisis crítico de términos como actitud y representaciones colectivas, y bajo la influencia de discursos conceptuales tales como experiencia, realidad simbólica y pensamiento ordinario⁶, en que Moscovici elaboró su propuesta teórica de representaciones sociales y modelo genético. De esto se hablará en las siguientes líneas.

⁵ George H. Mead se enfocó en aquellos actos sociales que únicamente se manifestaban en los espacios interactivos culturales, no biológicos. Fue así como el concepto de realidad simbólica, susceptible de ser creada y re-creada –idea que fue compartida por Berger, Luckmann, Schutz y Garfinkel–, terminó fundamentando posteriores estudios que abordaron el tema de la realidad social desde su carácter simbólico y significativo. Entre dichos estudios se encontraba el trabajo de Moscovici.

⁶ Concepto desarrollado por F. Heider en sus estudios sobre psicología del sentido común.

2.2 El modelo de Serge Moscovici

Émile Durkheim interesado en los planteamientos de psicología experimental y etnopsicología de Wundt, académico con quien tuvo un primer acercamiento en su visita a la universidad de Leipzig entre 1885 y 1886 (Mora, 2002), se propuso encontrar las diferencias más distintivas entre representaciones colectivas y representaciones individuales. Para el autor, el conocimiento adecuado de la cuestión le permitiría a su vez establecer los campos de intervención específicos tanto para la sociología como para la psicología: “A la primera le correspondía analizar todo acerca de las representaciones colectivas y a la segunda lo propio de las representaciones individuales” (Mora, 2002: 6).

Es así como se definía el campo de la psicología social, área a la que Durkheim faculta para el estudio de las reglas que rigen la ideación colectiva, según lo expone en su obra «Las reglas del método sociológico».

Haría falta averiguar, con la comparación de los temas míticos, las leyendas y tradiciones populares, las lenguas, de qué manera las representaciones sociales se interpelan o se excluyen, se fusionan unas en otras o se separan, etc. Ahora bien, aunque este problema se merece la curiosidad de los investigadores, apenas podemos decir que lo hayan abordado: y mientras no se hayan descubierto algunas de estas leyes, es obvio que será imposible saber con seguridad si repiten o no las leyes de la psicología individual (Durkheim, 2001: 25).

Según Durkheim, las representaciones colectivas revelan los conceptos y realidades producidas colectivamente. Es la forma en que la conciencia del grupo se manifiesta en torno a las interacciones con los fenómenos y objetos que le afectan. Estas son premisas con las que Moscovici coincide, sobre todo si se tiene en cuenta el marcado interés de ambos por resaltar el enfoque sociológico de la psicología social. No obstante, fue en la crítica a la tradición behaviorista norteamericana y al modelo funcionalista de Durkheim en donde se gestarían las principales propuestas del creador de la TRS.

- **El enfoque funcionalista en el estudio de la influencia social**

El modelo funcionalista enfatizó en tres premisas valorativas: 1) la influencia social asociada al poder de las mayorías; 2) las minorías como receptoras de esta influencia; y 3) la conformidad colectiva inducida por el control social. La influencia social desde este planteamiento no es reconocida como factor de cambio.

La presión que ejercen grupos con poder genera conformidad social, o en forma negativa, se presenta como inductora de desviación y marginación; el aislamiento social o huida física que Moscovici interpreta perfectamente a partir de las palabras de Hirschman (véase capítulo IV en Moscovici, 1996). La tensión que subyace en un sistema conformado por intereses diversos y múltiples modos de acción busca ser resuelta por los organismos sociales (individuos o grupos), aquellos que disponen de recursos de influencia mediante la imposición de control social, por lo cual las minorías solamente pueden ser receptoras de información normativa, nunca generadoras de esta (Moscovici, 1996).

La rigidez de esta postura radica precisamente en la estrecha relación que se le atribuye a la fuente de influencia social con el poder. El “poder, por definición, no provoca cambios, los evita y los reconduce a y refuncionaliza para servir a su propia pervivencia y a la de sus objetivos” (González-Anleo, 1996: 12). En consecuencia, la influencia social, como recurso o capacidad ligada al poder, asimétricamente distribuida, se ejerce unilateralmente (Moscovici, 1996) y su disposición antecede la interacción con las entidades sociales receptoras (Pérez & Mugny).

Moscovici (1996) señala:

La consecuencia de esta asimetría fundamental es que el punto de vista de la mayoría goza del prestigio de la verdad y de la norma, y expresa el sistema social en su conjunto. Correlativamente, el punto de vista de la minoría, o cualquier opinión que refleje un punto de vista diferente, se considera producto del error o de la desviación. De ahí la definición que conoce todo estudiante: «El desviante es un individuo que se comporta de manera diferente de lo previsto por el grupo o por la cultura en la que se desenvuelve» (p. 34).

El conformismo social o la adaptación lograda es lo que se espera del grupo o individuo influenciado, por lo que una respuesta diferente que no se someta a los cánones normativos de la mayoría será catalogada como una inadaptación que habrá que corregir.

La delimitación estricta entre emisor y receptor de influencia fue al aspecto que más inquietó a Serge Moscovici del modelo funcionalista. La premisa que respaldaba el hecho de que únicamente un grupo pudiera generar algún tipo de efecto sobre otro, sin reciprocidad alguna, llevó al estudio de conceptos como fuente, blanco y direccionalidad en el libro de Psicología de las minorías activas (Moscovici, 1996) –título original en inglés: *Social influence and social change*–, en

donde Moscovici también presentó un modelo alternativo para el abordaje de la influencia social (modelo genético).

- **El enfoque genético en el estudio de la influencia social**

Este modelo diverge de la propuesta funcionalista en la nueva perspectiva que le imprime al análisis de elementos como la influencia social, el individuo o grupo, el conflicto, la transferencia de información y el sistema.

Se considera a la influencia social como factor de cambio y al sujeto o grupo como fuente y receptor, potencial y simultáneo, de persuasión. El control social y la adaptación dejan de ser puntos centrales para dar paso a los procesos de producción y resolución de conflictos –objetivo fundamental de la de influencia social– que surgen del constante movimiento de la información (transferencia). Esto en un sistema ahora catalogado como abierto.

La amenaza que genera la posibilidad de un conflicto, ante la manifestación del desacuerdo, gesta un ambiente de incertidumbre que puede operar [o no] como el germen del cambio social. En este escenario, la transmisión de información se convierte en un proceso fundamental para la negociación, la confrontación de puntos de vista y la eventual búsqueda de soluciones consensuadas (Moscovici, 1996). Los procesos de influencia social se encuentran directamente relacionados con el desarrollo y la resolución de conflictos, campo en el que el sujeto investigador social interesado en las formas de construcción del conocimiento y la influencia social genética debería enfocar su estudio.

El modelo moscoviciano proporciona simetría a la relación fuente-receptor, así como al vínculo sujeto que representa/objeto representado. “Para Durkheim la representación colectiva es la forma en que el grupo piensa en relación con los objetos que lo afectan” (Perera, 1999: 5); Moscovici en su concepto de representaciones sociales enfatiza en dicha interacción, pero reconociendo también la autonomía e independencia del agente social (Serrano, 2010).

Las últimas preposiciones del modelo genético se centran en el análisis de los estilos de comportamiento como factor de éxito –entendiendo el comportamiento como una fuente intrínseca de información–, así como en los tipos de influencia social que pueden manifestarse de acuerdo con el contexto (normalización, conformidad e innovación). Los estilos de comportamiento se vinculan más a la

influencia social que el concepto de adaptación, el cual permanece ligado a los esquemas de autoridad de los cuales Moscovici logra prescindir en su planteamiento.

La forma en que se organizan o estructuran los contenidos del comportamiento desde sus semblantes simbólicos e instrumentales, definen los estilos que pueden caracterizar la firmeza o intensidad con que estos se manifiestan. El autor es explícito en señalar como la objetividad, la consistencia, la autonomía y la equidad de la conducta, combinados con un margen aceptable de rigidez, pueden modificar las normas independientemente del estatus atribuido a la entidad social –sean considerados grupos mayoritarios o minoritarios–.

Es importante señalar que el conformismo en el que se centra el estudio funcionalista no puede explicar por sí solo los procesos de transferencia de información en su conjunto. Por lo anterior, Moscovici puntualiza en dos modalidades de influencia social adicionales: normalización e innovación. Estas modalidades se podrían relacionar con la aceptación de compromisos y la invención de nuevas normas, respectivamente. Es así como en el modelo genético el individuo o grupo minoritario pasa de un rol adaptativo a uno transformador, el cual le permite apropiarse simbólicamente y ejercer control sobre su medio.

Cuadro 1. Influencia social: modelos funcionalista y genético

	Modelo funcionalista	Modelo genético
Naturaleza de las relaciones entre la fuente y el blanco	Asimétricas	Simétricas
Objetivos de la interacción	Control social	Cambio social
Factor de interacción	Incertidumbre y reducción de la incertidumbre	Conflicto y negociación del conflicto
Normas determinantes de la interacción	Objetividad	Objetividad, preferencia, originalidad
Modalidades de la influencia	Conformidad	Conformidad, normalización, innovación

Fuente. Álvaro & Garrido, 2003.

2.3 Hacia un concepto de representaciones sociales

En un momento dado Moscovici llegó a la conclusión de que “si bien es fácil captar la realidad de las representaciones sociales, no es nada fácil captar el concepto” (Ibáñez, 1988: 32). Este es el rasgo común que parece guardar la noción de riesgo y de RS.

En efecto, la definición de representación social es uno de los temas más debatidos dentro del campo de estudio psicosocial y han sido múltiples los autores que, desde la aparición del término en la escena académica, buscaron aproximarse a partir de un concepto a la esencia de lo que comúnmente simboliza (Jodelet, 1986; Raiter, 2001; Farr, 1984; Carugati & Palmonari, 1991 (ver Perera, 1999); Di Giacomo, 1981).

Analizaremos algunas de estas aproximaciones conceptuales, empezando por la del propio Moscovici:

Por representaciones sociales nosotros entendemos un conjunto de conceptos, enunciados y explicaciones originados en la vida diaria, en el curso de las comunicaciones interindividuales. En nuestra sociedad se corresponden con los mitos y los sistemas de creencias de las sociedades tradicionales; incluso se podría decir que son la versión contemporánea del sentido común (Moscovici, 1981; citado por Perera, 1999: 10).

El origen de las representaciones de tipo social está determinado por el hecho de que somos sujetos sociales que requieren de la interacción comunicativa para que cada objeto o fenómeno, sucedido en la realidad, sea incorporado y articulado con los demás elementos que conforman nuestro sentido común. Las RS son sistemas contextualizados (Nuño, 2004) que se expresan a partir de códigos compartidos y de una práctica lingüística que reduce la posible ambigüedad en la descripción e interpretación del mundo, creando nuevas representaciones.

A partir de esta primera noción, que en realidad es una versión mejorada de la definición de sus primeros trabajos, surgen diversos interrogantes cuyas reflexiones fueron agregando, paulatinamente, aspectos complementarios al estudio y conceptualización de lo debía entenderse como una representación social: ¿qué es en realidad?, ¿qué no es?, ¿por qué es?, ¿por qué no es?, ¿qué elementos le componen?

Para Carugati y Palmonari, por ejemplo, las representaciones sociales son:

[...] un conjunto de proposiciones, de reacciones y de evaluaciones sobre puntos particulares, emitidos por el “coro” colectivo que aquí o allí, durante una charla o conversación. “Coro” colectivo del que se quiera o no cada uno forma parte. Se podría hablar de “opinión pública”, pero de hecho estas proposiciones, reacciones, evaluaciones se organizan de modo muy distinto según las culturas, las clases y los grupos en el interior de cada cultura. Se trata pues de universos de opiniones bien organizadas y compartidas por categorías o grupos de individuos [...] (Carugati y Palmonari, 1991, citado por Perera, 1999: 11).

Farr (1984), por su parte, se centra en explicar las diferencias que existen entre el concepto moscoviciano y otros productos encontrados en la cotidianidad. Nos habla de las opiniones, imágenes y actitudes que ciertamente son nociones de menor complejidad y de una alta dependencia respecto a los estímulos del entorno: las representaciones sociales se tratan de “[...] sistemas cognoscitivos con una lógica y un lenguaje propios. No representan simplemente “opiniones acerca de”, “imágenes de” o “actitudes hacia” sino “teorías o ramas del conocimiento” con derechos propios para el descubrimiento de la organización de la realidad” (Farr, 1984, citado por Araya, 2002: 28).

Finalmente, Jodelet (1986) concibe las RS como “[...] una manera de interpretar y de pensar nuestra realidad cotidiana, una forma de conocimiento social” (p. 473) que no únicamente materializa un factor constitutivo de la realidad, sino que además se manifiesta como un elemento integrador, unificador y comunicativo entre el universo interno y el externo. En este sentido es acertado definir el fenómeno representacional como una conciencia colectiva transformada por la memoria individual, que influye en y es influenciada por la naturaleza de la relación cognición-realidad. Desde esta perspectiva, identificar las funciones que se le han atribuido a las RS, la estructura que les organiza, los niveles de análisis y los procesos desde donde se originan –características que muy seguramente aludirán a la complejidad de su definición–, ha permitido visualizar con mayor detenimiento algunos rasgos que particularizan las representaciones sociales entre el universo de conceptos que han sido construidos con el fin de aproximarse a una teoría social del conocimiento.

2.3.1 Funciones de las representaciones sociales

De acuerdo con Moscovici, la finalidad que se evidencia en el concepto de RS son dos: orden y comunicación. La función de orden corresponde a la lógica de reconocimiento o marco de referencia que permite al agente social situarse en un determinado contexto físico-simbólico. La comunicación, por otra parte, se reconoce como la función que facilita los procesos interactivos mediante los cuales los sistemas de ideas circulan y se comparten a partir de un código o lenguaje común (Serrano, 2010). Es importante mencionar que, en el estudio del riesgo de desastres, el orden y la comunicación, además de ser funciones de las RS, también se capitalizan en conjunto como fuentes de información y conocimiento incorporadas en las estrategias individuales y colectivas que forman conductas resilientes.

Autores como Nuño (2004) y Perera (1999) resaltan otras funciones complementarias que fueron identificadas inicialmente por Jean-Claude Abric, a saber: la función de conocimiento, la función identitaria, la función de orientación y la función justificadora.

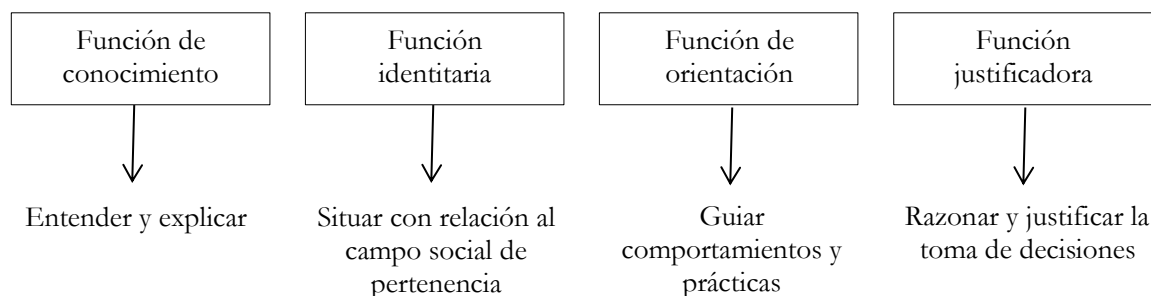


Figura 3. Funciones de las representaciones sociales. Elaboración propia con información de Nuño (2004); Perera (1999) y Mazzitelli *et al.*, 2009.

La función de saber o conocimiento permite asimilar, entender y explicar el mundo circundante desde la coherencia cognitiva y la referencia de valores personales. La internalización del conocimiento y la objetivación de los otros saberes –lo desconocido en familiar y lo imperceptible en perceptible– forman parte del corpus de sentido común al que el sujeto tendrá acceso para reconocer y apropiarse de nueva información. Esto sucede por supuesto en un contexto sociocultural al cual las representaciones sociales no son ajenas. En consecuencia, el campo representacional cuenta, además, con una finalidad identitaria que permite situar a

la persona y a los grupos en el escenario social en el que se desenvuelven, interrelacionando la función cognitiva de entender y explicar con la capacidad de “elaborar una identidad social y personal gratificante” (Nuño, 2004: 34).

En lo que respecta a la finalidad orientadora, esta se relaciona con el marco que proporciona el sistema pre-codificado representacional, mismo que opera como guía de los comportamientos y prácticas que nacen de un conocimiento a priori. Así entonces, las representaciones sociales intervienen en el reconocimiento de una situación, en la identificación de relaciones que son pertinentes al individuo en esa situación específica y en la selección de la formación cognitiva a emplear. De esta manera la “representación permite conformar un sistema de anticipaciones y expectativas; constituyendo por tanto una acción sobre la realidad” (Perera; 1999: 19). Ello se acopla funcionalmente a los códigos normativos que rigen toda respuesta o conducta social.

Jean-Claude Abric nos habla finalmente, desde las palabras de Nuño (2004) y Perera (1999), de la función desde la cual se justifican las prácticas, comportamientos y posiciones adoptadas. La función justificadora de alguna manera exhibe, al igual que la función de conocimiento, finalidades explicativas [a posteriori] que ahora se centran en opiniones y conocimientos adoptados como propios. Desde la justificación se manifiestan las compatibilidades y discrepancias respecto de tal o cual opinión, en donde las RS son comunicadas desde argumentos que niegan o afirman, justifican o cuestionan (Rodríguez, 2001).

2.3.2 Estructura, niveles de manifestación y proceso de conformación de las representaciones sociales: Polos de abordaje de la teoría de las RS

Para hablar de las representaciones sociales, tanto de la estructura que las organiza y de los niveles que les interrelaciona, así como del proceso que las genera, será necesario remitirnos a las diferentes formas de apropiación teórica desde donde se han asumido los contenidos de las RS. Son tres enfoques, también llamados escuelas, que siguieron alimentando la obra de Moscovici. Se hace referencia a la escuela estructural, la escuela sociológica y la escuela procesual.

- **Escuela estructural**

La denominación estructural otorgada al enfoque que en la década de los ochenta Abric, Codol y Flament desarrollaron en Aix-en-Provence, deduce tanto el objeto como el objetivo de interés de esta escuela, a saber: la estructura de las representaciones sociales (el objeto) y la creación de una teoría abocada hacia lo que las RS constituyen en sí mismas (objetivo) y no como se constituyen en sí. En otras palabras, en la representación como producto y no como proceso (Serrano, 2010).

El polo estructural se ha valido del método experimental, de los elementos de asociación libre (cuestionarios, cartas asociativas) y de los complejos análisis multivariados para identificar la organización de las representaciones sociales y la jerarquización de sus ítems o partes. La teoría del núcleo central fue resultado de las primeras reflexiones que Moscovici realizó en torno a la heterogeneidad de los fenómenos representacionales, planteamiento que Abric dedujo de la siguiente manera: “La organización de una representación social presenta una característica específica: se organiza alrededor de un núcleo central constituido por uno o varios elementos que le da significado a la representación” (Abric, 1976, citado en Abric, 2001a: 43).

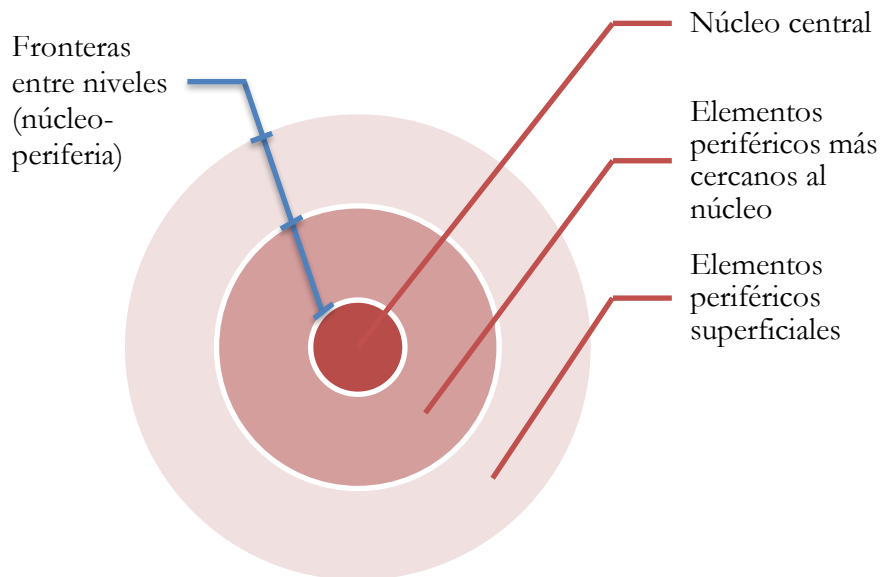


Figura 4. Estructura de las representaciones sociales. Elaboración propia con datos de Abric, 2001a; Serrano, 2010 y Banchs, 2000.

La naturaleza diversa de las RS descansa en las distintas finalidades que cumplen tanto el núcleo como la periferia. En el sistema central o núcleo, por ejemplo, se encuentran los contenidos más estables y resistentes al cambio de la representación⁷, mediante los cuales se proporciona estabilidad y sentido al resto de la estructura, pese a la influencia que genera constantemente la dinámica del entorno inmediato. De acuerdo con Petracci y Kornblit (2007), el núcleo se compone de elementos cognitivos no negociables, que a su vez sirven como filtro en el reconocimiento de lo que puede ser aceptado o no como parte de la memoria colectiva que sirve en la organización de la realidad. El contenido estructurante desempeña así dos funciones: primero, generar y dotar de significado a la representación; y segundo, organizar los elementos circundantes (Petracci y Kornblit, 2007; Serrano, 2010). Dentro de este orden de ideas, los contenidos representacionales se podrán definir entonces como esquemas rígidos y estables, pero a su vez dinámicos, flexibles y hasta contradictorios, moldeables por el contexto inmediato desde los niveles periféricos.

El sistema periférico “que circunscribe al núcleo central, es más directamente accesible” (Serrano, 2010: 55) y permite incorporar a la representación la historia individual y la heterogeneidad del grupo que la construye. Se configura como un puente entre la realidad concreta y el nivel central. Los elementos periféricos funcionan como la protección o defensa de los contenidos estructurales y se jerarquizan en relación con la proximidad o distancia respecto al núcleo representacional, teniendo más importancia aquellos que se encuentren más cercanos. Cumplen además otras funciones como la de regulación y adaptación a condiciones y prácticas concretas –esto sin llegar a transformar la unidad básica de sentido–, la modelación y la síntesis [de la representación] para la comunicación y transferencia. Es necesario señalar que las funciones tanto del nodo central como de la periferia, aunque disímiles, se presentan complementarias en la medida en que equilibran y a la vez dinamizan la sustantividad de la representación social.

La división del sistema representacional en centro y periferia, enfatizada por la escuela de Aix-en-Provence, posibilita la concreción metodológica del estudio de las RS. La complejidad que demarca su concepto se atenúa a partir de la idea de una estructura organizada que permita su identificación, descripción, estudio e

⁷ Bajo dicha premisa, la escuela estructural propone el nivel nuclear como el campo de estudio en la comprensión de eventos transformadores, generalizadores y de réplica.

intervención. No obstante, el polo estructural encuentra su crítica más aguda en la noción cognitiva que sintetiza las representaciones, mismas que han sido situadas, por los seguidores de esta escuela, solamente en la psiquis del individuo (Serrano, 2010). Por su parte, los enfoques más sociológicos –entre los que se encuentran la escuela de Ginebra y la escuela procesual– han buscado cuestionar esta contracción teórica del objeto de estudio, rescatando el carácter social de la representación y la importancia de los elementos ideológicos, valorativos e identitarios.

- **Escuela sociológica**

También llamada escuela de Ginebra, cuyo principal representante es Willem Doise –además de otros exponentes como Alain Clemence, Fabio Lorenzi Cioldi, Gabriel Mugny, Dario Spini, entre otros– recoge el planteamiento interaccionista para relacionar lo cognitivo y la práctica social, al individuo y a la sociedad. La representación social visualizada como ese campo o contexto intermedio que permite recrear lo objetivo en lo subjetivo, y viceversa.

De acuerdo con Doise (1991), las representaciones sociales son “principios organizadores de posiciones que se adoptan respecto a referencias comunes, y a menudo permiten una gran variación entre los individuos” (p. 198). Bajo este concepto, la escuela sociológica hace énfasis en niveles más amplios de manifestación de las RS, más allá de la psiquis humana, en las relaciones interpersonales, en la dinámica grupal y en el macrosistema de regulación del pensamiento social: nivel intra-personal; nivel inter-personal y micro-grupal; nivel inter-personal y macro-grupal, y nivel societal-ideológico (ver Doise, 1986; citado por Serrano, 2010).

Su análisis se ha centrado principalmente en las condiciones de producción, reproducción y circulación de los fenómenos representacionales, bajo el estudio cuantitativo –dato curioso– de los niveles mencionados *ut supra* (Serrano, 2010), con miras a la configuración de modelos y técnicas experimentales que filtren y recreen el entramado de la realidad social (Doise y Mugny, 1991). El enfoque sociológico busca la construcción de conceptos básicos que den cuenta de la

multiplicidad de procesos que configuran el metasistema [y la metateoría]⁸ de las representaciones sociales.

- **Escuela procesual**

El polo procesual, clásico (Curiel, 2012), de aproximación dinámica, compleja o cualitativa –denominación última cuestionada por Banchs, 2000– es la escuela de representaciones sociales que ha mantenido la complejidad de contenidos, técnicas, instrumentos y abordajes pluridisciplinarios propuestos por Moscovici. Está complementado además por la sistematización teórica de Jodelet (1986), misma que prioriza el abordaje de tres dimensiones de las RS a partir de las siguientes preguntas: ¿quién sabe y desde dónde sabe?, ¿qué y cómo se sabe? y ¿con qué efecto se sabe de forma integradora?, manteniendo las clásicas oraciones interrogativas ¿por qué y para qué? (Jovchelovitch, 2007 [2002], citado por Serrano, 2010: 57).

La escuela procesual reconoce tanto el componente cognoscitivo como el componente socio-interaccional de los fenómenos representacionales. En palabras de Jodelet: “Debemos tener en cuenta de un lado el funcionamiento cognitivo y el del aparato psíquico, del otro el funcionamiento del sistema social, de los grupos y las interacciones en la medida en que ellas afectan la génesis, la estructura y la evolución de las representaciones” (Jodelet, 1989a, citado por Banchs, 2000: 3.3). Esta afirmación abarca dos cuestiones fundamentales: primero, el origen de las representaciones sociales es dual y esta condición se atribuye por las fronteras interactivas que se comparten entre mente y realidad; y segundo, las RS no pueden, en consecuencia, ser abordadas únicamente como “productos” situados en un lugar específico (Banchs, 2000; Serrano, 2010; Rizo, 2006), psíquico o contexto; son en realidad procesos que aseguran la circulación permanente de los elementos simbólicos que componen el conocimiento y la praxis común.

La representación como símbolo y sentido –noción compartida con la antropología simbólica de Turner y Geertz–, y como texto que requiere de un esquema o marcha de escritura que resulta tan importante para el lector como su propio contenido. Se retoma la hermenéutica, la literatura foucaultiana, la

⁸ Aunque el trabajo de Moscovici es considerado una teoría social y del conocimiento, es la complejidad de su temática, así como la multiplicidad de procesos y elementos que agrupa –muchos de estos considerados como una elaboración teórica en sí mismos–, lo que sugiere el abordaje de las Representaciones Sociales como una metateoría.

lingüística y el análisis de contenido (Serrano, 2010; Banchs, 2000), además de los enfoques que sirvieron como antecedentes a la obra moscoviana: el constructivismo social y el interaccionismo simbólico –ver en este capítulo el numeral 2.1–. De igual forma, el acercamiento etnográfico ha sido por mucho tiempo el instrumento metodológico más utilizado en los estudios de este corte, considerando la importancia de la información que, ante la mirada distante, se solapa con los rasgos más distintivos.

El polo procesual considera la representación social en su carácter global, en la pluralidad de elementos-procesos que le componen, así como en el abordaje heurístico que le compete. Enfatiza en la relación objeto-sujeto-cognición y realidad (Serrano, 2010), distinguiendo los procesos de objetivación y anclaje que, de acuerdo con la elaboración dialéctica formulada por Moscovici, originan las representaciones sociales.

- ✓ **Objetivación:** Es el proceso mediante el cual una noción abstracta o un objeto novedoso se proyecta en una forma objetiva. La representación social adquiere entonces una apariencia y un cuerpo “al definirse una imagen global del objeto que modela y materializa el concepto” (Flores, 2001: 9). Se establece así una relación entre la entidad novedosa y otra pre-existente en el sistema de significación. La objetivación consiste en la construcción mental concreta de una acción de pensamiento. En palabras de Moscovici: “Es reabsorber un exceso de significados materializándolos” (Moscovici, 1976; citado por Serrano, 2010: 49). Este proceso se desarrolla a partir de tres fases (Flores, 2001): la primera de ellas es la selección y organización de la información en función del nuevo objeto representado y desde el marco socio-normativo. En la siguiente fase, la de esquematización, la estructura conceptual es representada en una imagen construida a partir de atributos valorativos que se organizan en el núcleo figurativo. Finalmente, la tercera fase o de naturalización permite acabar la imagen concreta que objetivará la nueva información en nuestra mente, la cual, mediante un significado acabado y estable, ancla la representación social.
- ✓ **Anclaje:** Proceso en donde los contenidos de las representaciones sociales se enraízan en y ligan con el sistema de saber pre-existente. Permite incorporar, apropiarse y reapropiarse –si se consideran aspectos transformados de la realidad que son devueltos al sujeto como información

novedosa— de elementos o conjunto de elementos (prácticas, creencias, valores, relaciones) existentes en la realidad objetiva. Además, posibilita la actualización de esquemas sociocognitivos de conocimiento. El anclaje no se reduce al acto de retomar del medio el mensaje y adherirlo al sistema de pensamiento tal cual como fue dilucidado. El proceso de enraizamiento representa en sí mismo una significación y reinterpretación que involucra estados emocionales, psíquicos, sociales y culturales. Se vale de las fases de inserción cognitiva, de interpretación e instrumentalización del objeto para conferirle una ubicación —entorno representacional—, un significado y una utilidad (Jodelet, 2008, Flores, 2001; Serrano; 2010). Es en este punto en donde se resalta la categoría de agencia social, retomada de Giddens (1993), hacia la que se aboca el modelo moscoviciano⁹.

Tanto el anclaje como la objetivación son procesos sociocognitivos que, si bien se generan al interior del sujeto —procesos internos—, se nutren, de forma simultánea, de la red de sentido socialmente compartida. En consecuencia, el anclaje y la objetivación suponen un encuentro entre el hecho significativo y el sujeto que lo significa, siendo además procesamientos determinantes en la elaboración y formación de las representaciones, así como en la configuración de su estructura y contenido.

La escuela procesual se ha valido de dicho enfoque multidimensional que contempla el análisis sociocultural, interaccional y de agencia social (Curiel, 2012), abordaje funcional en el desarrollo de estudios que [como este] pretenden identificar el proceso, el vínculo y las características del conjunto conocimiento-práctica. El enfoque procesual se interesa en descifrar y explicar qué hace la representación.

Se amplía así el campo de estudio, prestando especial atención a las relaciones mundo-psiquis que se generan a partir de la circulación de las RS. Ya no solamente enfocado en la representación en sí misma.

⁹ La “agency” de Giddens es otro claro ejemplo del declive, a mediados del siglo XX, de las explicaciones estructuralistas que desestimaban la capacidad del individuo para influir en sus propias acciones y de aquellas ciencias y disciplinas que enfatizaban en la división estricta entre sujeto y objeto.

2.4 Estudios sobre representaciones sociales del medio ambiente

La construcción social del riesgo de desastres involucra las representaciones sociales que el grupo posee sobre el entorno (natural y social) con el que interactúa y dentro del cual se relaciona, a diferentes niveles, con otros grupos y sujetos. Las representaciones sociales del riesgo de desastres ha sido un tema desarrollado por escasas investigaciones (Joffe, 2003; 2012), por lo que no representa aún una categoría en sí misma en el marco de la TRS. Es por este motivo que se ha abordado el objeto de investigación como parte de los estudios de RS sobre medio ambiente, un ámbito de vasta producción académica (Martha de Alba, 2004; Calixto, 2008; González & Valdez, 2012; Molfi, 2000, entre otros) que expone, mediante la implementación de diversas metodologías y técnicas de análisis, resultados relevantes para la comprensión de la forma en la que los diferentes grupos adquieren, construyen y socializan sus propias ideas sobre el entorno que habitan.

Para este caso se destaca la influencia que ha tenido la obra de Marcos Reigota (1990) y en específico las tipologías de RS que el académico propone. De acuerdo al autor, las representaciones sociales del medio ambiente se pueden clasificar en tres tipos:

- naturalista, en relación a los elementos y procesos naturales que involucran la fauna y flora;
- antropocéntrica –clasificadas en utilitarias y pactadas según Andrade *et al.*, 2004–, referente a la instrumentalidad de los recursos naturales para la vida humana y;
- globalizante, que opera en la interacción de los aspectos naturales y sociales.

Los estudios sobre RS del medio ambiente aparecen a partir de la década de los noventa, relacionados fundamentalmente al campo de la educación, en países como España, Brasil y México (ver González & Valdez, 2012). En el conjunto de estas pesquisas se identifican diversos aspectos de interés como modelos mentales construidos en torno al tema, procesos de toma de decisión, prácticas colectivas y sistemas de relaciones socioambientales.

Bajo este escenario, los profesores y estudiantes han constituido el principal sujeto de estudio en los trabajos desarrollados a nivel de educación básica, media superior y superior, por lo que autores como González & Valdez (2012) destacan la

importancia de ampliar el ámbito de investigación a otros grupos y actores que también se consideran importantes en los procesos de educación ambiental y en la construcción social del entorno. La búsqueda de nuevos sujetos y contextos de estudio puede conllevar no únicamente al replanteamiento de los esquemas metodológicos, sino además a la configuración de categorías de análisis alternativas a las tipologías tradicionalmente implementadas, como ha sido el caso del presente trabajo.

Se rescata la relevancia de la relación sujeto-medio, buscando ir más allá de las disposiciones de los sujetos hacia el medio ambiente. En este punto es conveniente indagar en nociones como identidad y territorio, soportes conceptuales que permitirán entender, por un lado, la correlación entre los niveles intra-individuales (consciente, subconsciente e inconsciente), grupales (familia, comunidad) y socio-ideológicos y, por otro, el vínculo individuo-entorno /sociedad-entorno.

La identidad y el territorio serán retomados como principios organizadores en el análisis del fenómeno representacional, que además dará cuenta del tiempo y espacio en que el riesgo de desastres debe estudiarse: el tiempo identitario y el espacio físico-simbólico.

3. SOPORTES CONCEPTUALES: IDENTIDAD Y TERRITORIO

3.1 La identidad y las representaciones sociales

Tal como el concepto de territorio ha configurado el contenido teórico de los estudios sobre riesgo de desastres, el aspecto identitario es sin lugar a duda un componente fundamental, cada vez de mayor relevancia, en los trabajos sobre representaciones sociales (véase Banchs, 2000; Vasilachis de Gialdino, 2003; García 2008; Serrano, 2010).

El término identidad recrea una paradoja contenida precisamente en la dualidad que representa la noción de unidad –me identifico– y unicidad –me caracterizo– de acuerdo con García (2008), el si-mismo y el otro –asimilación-diferenciación– según Serrano (2010), y el atributo distintivo y la pertenencia social que señala Giménez (1997).

La construcción identitaria es permanente e inicia en la infancia con las primeras interacciones socializadoras. Continúa en la adolescencia –ajuste de conductas con modelos de referencia que sobrepasan el ámbito familiar– y se sigue en la vida adulta como un curso interminable que fluctúa entre la afirmación, el cambio, la acomodación y el enriquecimiento. Se relaciona con la configuración del *yo* individual que me permite distinguirme y del *nosotros*, este último con relación a los procesos de referencia que van acercando al individuo a uno o varios grupos. La identidad es a su vez una transferencia cultural producto de las interacciones que emanan “de nuestra infancia, de nuestra historia familiar, de nuestro trayecto de socialización y de nuestro medio ambiente actual” (García 2008). La mirada hacia el vínculo consigo mismo, con los otros y con el entorno.

Estas dimensiones identitarias –el yo y el nosotros, ella o él y el aquello–, aparentemente diferentes, no se contraponen ni entran en conflicto. Más bien se enfatiza en un diálogo entre niveles que corresponde a la identidad individual y la social, ambas presentes en un tiempo y espacio determinado, sin olvidar por supuesto la diacronía que debe acompañar el estudio de las mismas –en dos tiempos: pasado y presente–.

Se parte entonces de la idea de la identidad como una dimensión inacabada. Más específicamente un proceso que manifiesta continuidad en el tiempo y que, a su vez, es susceptible al cambio y maleable por los aspectos cognitivos, emotivos y del entorno. Estos definen en gran medida su configuración. La identidad se ha vinculado al estudio de las RS como “sistema de representaciones” (Serrano, 2010: 69), proceso dado en el campo psico-socio-cultural y unidad vinculante entre la idea y la práctica social, y ahora en torno a la construcción social del riesgo. En referencia a esta última cuestión se señalará lo siguiente: la formación del contenido del sentido común que permite categorizar, seleccionar, interpretar y nombrar algo como “riesgoso”, precisa de información a la que únicamente se podrá acceder mediante la resolución de cuestiones elementales como ¿quién soy?, ¿quién es el otro/otra?, ¿cuál es mi relación con el otro/otra y lo otro? y ¿en dónde me sitúo?; es decir, de disertaciones identitarias. Estas disertaciones finalmente corresponderán a los niveles elementales revisados por Serrano (2010) en relación con el concepto de identidad:

- ✓ La identidad como proceso, relación, contexto-entorno e historia (diacronía-sincronía).

- ✓ La identidad en las circulaciones representacionales que se configuran a partir del anclaje y la objetivación.
- ✓ La identidad como unidad vinculante entre la periferia y el núcleo figurativo y, a su vez, como elemento intermedio entre el conocimiento [que regula] y la práctica [que materializa]: pienso, siento, reconozco, relaciono y actúo.
- ✓ La identidad presente en el plano intra-individual –inconsciente, subconsciente y semiconsciente– que se nutre de las relaciones socioculturales –inter-individuales, intra-grupales, inter-grupales y societal/ideológico– (Doise, 1986).

Las manifestaciones identitarias (individuales y colectivas) parten de las representaciones sociales y se devuelven a ellas para reconfigurarlas. Como corolario, para que se pueda ubicar una nueva información o conocimiento dentro de nuestro sistema de sentido es necesario remitirnos al self que nos permite identificar y asignar en relación con un yo y otro (ver figura 5), y con un micro, meso y macro nivel (ver figura 6).

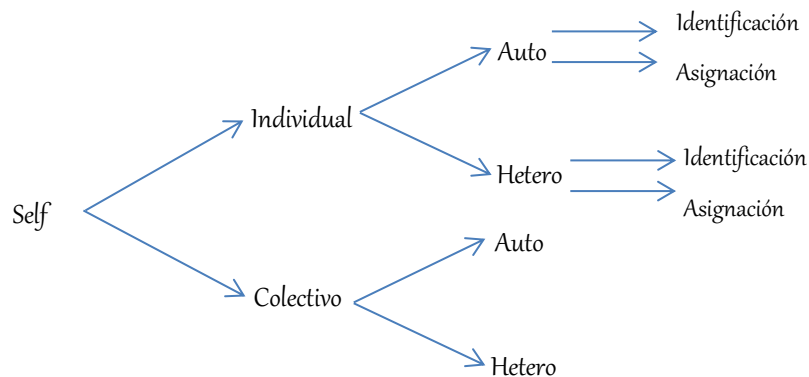


Figura 5. Self identitario. Elaboración propia con información de Serrano (2010).

La espiral diseñada por Serrano (2010) busca esquematizar la relación de los procesos identitarios y representacionales con los niveles semiconscientes, subconscientes e inconscientes que circulan hacia afuera y se comunican desde un arquetipo socio-ideológico. Nos habla así de un self individual, dado en los niveles más profundos e íntimos de la (in) consciencia humana –el cual interpreta en un marco cercano a nuestra particularidad–, pero también nos remite al self colectivo con un fuerte arraigo a la base social amplia que dicta los contenidos del sentido

común que más se repiten –ubicados en el núcleo figurativo con una alta resistencia al cambio–.

A diferencia de la estructura propuesta por la escuela de Aix-en-Provence en donde el núcleo figurativo y la periferia solamente interactúan en los espacios fronterizos –donde acaba un nivel y empieza otro–, la espiral identitaria recrea un despliegue interactivo permanente de las representaciones e identidades, una circulación de arriba hacia abajo que facilita los encuentros entre niveles, no únicamente de la conciencia, sino también de la realidad. Los tiempos identitarios del pasado y presente se entretrejen con la noción de futuro –rescatando el modelo básico de pasado-presente-futuro–, tiempo cercano al riesgo; la incertidumbre de lo desconocido que adopta diferentes matices desde la noción de territorialidad.

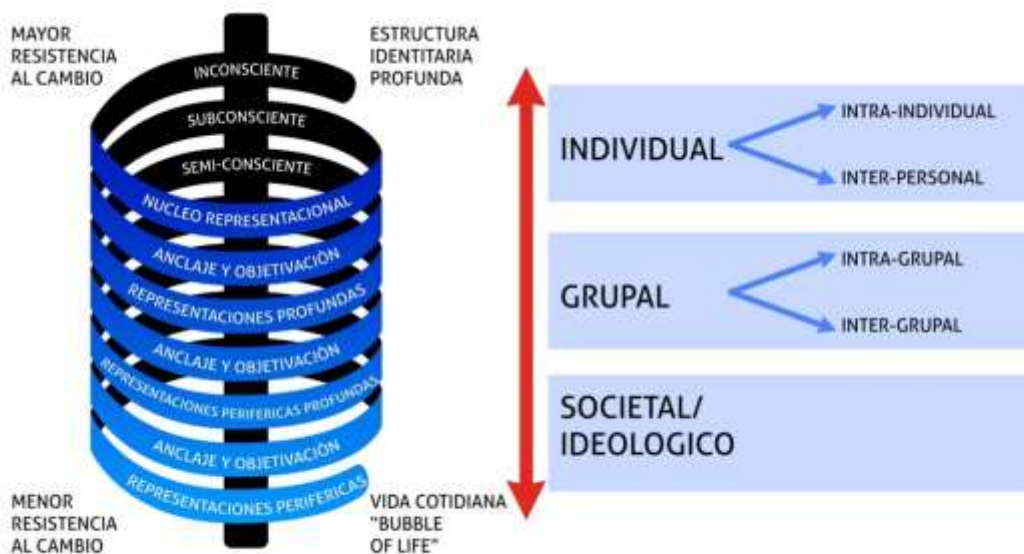


Figura 6. Espiral identitaria, Serrano (2010).

3.2 La socio-territorialidad del riesgo

Ya abordada la identidad como concepto específico que entretreje las singularidades de una experiencia representacional, encausaremos ahora la reflexión hacia la configuración de lo que en este trabajo representa el concepto totalizante-integrador (siguiendo a Haesbaert, 2011) de los diversos elementos que componen la construcción social del riesgo, es decir, el territorio.

El desastre como proceso se compone de la interacción sucesiva y prolongada de una serie de elementos del orden físico, social y ambiental, razón por la cual es poco probable que [el desastre] se presente como un evento repentino, sin la manifestación de señales desde donde se advierta su pronto desarrollo. Estas señales determinan el contexto en el que se puede intervenir antes de la ocurrencia de un evento natural. En consecuencia, al igual que el desastre no se puede desligar de la existencia de dichas interacciones, su prevención no puede desvincularse del reconocimiento del tiempo y sobre todo del espacio-entorno en que se desarrolla.

La definición del escenario natural y social en donde se generan e interactúan los componentes de amenaza, vulnerabilidad y riesgo ha sido una prioridad en el estudio de dicha problemática, esto por motivo de la importancia que para la generación de diagnósticos y soluciones representa la comprensión de las expresiones territoriales de los detonantes, daños y pérdidas.

Es conveniente señalar que el concepto de territorio se presenta en este tipo de investigaciones de manera diferenciada de acuerdo con el enfoque que le subyace.

Desde la noción tradicional fisicalista, el territorio se deduce como “un dato de la realidad sobre el cual se sobrepone una población, unas relaciones sociales, una infraestructura” (Ramírez, 1996: 39). La espacialidad considerada únicamente desde su dimensión física que justifica la priorización de medidas técnicas de monitoreo y seguimiento, muy distante a una verdadera intervención sociopolítica.

El enfoque social, por otra parte, cuestiona la inercia que desde el paradigma naturalista se le ha atribuido a la relación naturaleza-sociedad, enfatizando más en un territorio que se define como la traducción espacial de la inter-correspondencia que existe entre la población, el producto social y el entorno (ver Ramírez, 1996; Gómez & Ruiz, 1997 y Petit-Breuilh, 2004). No solamente un dato empírico, cuantificable y concreto, sino la manifestación situada de las relaciones que le conforman.

El concepto de territorialidad también se implementa en lo que respecta a la direccionalidad de la intervención: de lo nacional a lo local o medidas centralizadas; de lo local hacia lo local o descentralización de funciones. De igual forma en lo que respecta al ámbito de gestión o a la respuesta normativa: internacional, regional, nacional y local.

De acuerdo con Lavell (2002):

La naturaleza compleja del riesgo y de los procesos que intervienen en su construcción encierra las motivaciones y decisiones de múltiples actores sociales funcionando de acuerdo con intereses sectoriales diversos y con puntos de referencia e influencia territoriales variados. La intervención en la problemática de la reducción del riesgo exige una consideración y movilización de actores sociales en distintas jurisdicciones territoriales. Lo local, lo regional, lo nacional y lo internacional representan esferas diferentes, con roles y funciones distintos en la búsqueda de esquemas integrados y eficaces de reducción, previsión y control del riesgo asociado con múltiples amenazas físicas (p.146).

La territorialidad, estudiada desde el enfoque social, recoge y acoge, por tanto, la comprensión de los desastres y de las medidas que pretenden ocuparse de la mitigación de sus efectos, en la necesidad de anexar dimensiones socio-ecológicas a la conceptualización biológico-natural.

Parece claro entonces que el concepto de territorio es sin lugar a duda un factor de gran importancia para los estudios de gestión de riesgo. Teniendo lo dicho en consideración, se señala la relevancia que se le ha atribuido a la dimensión de territorio, esto como respuesta a las particularidades de un trabajo que pretende incorporar al análisis del tema (riesgo de desastres) un enfoque más complejo que aquel que proporciona el planteamiento de percepción.

El riesgo, abordado como un fenómeno representacional que deriva en una construcción social, se encuentra ligado a procesos que poseen una manifestación territorial innegable –desde sus dimensiones físicas y simbólicas– y que, por tanto, influyen directamente en los factores que generan dicha construcción. El riesgo se remite al entendimiento de los saberes, conocimientos, visiones y cosmovisiones vinculados a la noción territorial.

En la íntima naturaleza humana, indisoluble de su entorno, el riesgo guarda una estrecha relación con el diálogo que se ha desarrollado históricamente entre el medio y sus habitantes; una cotidianidad que le permite al individuo en comunidad identificar los acontecimientos que pueden poner en peligro o alterar esta comunicación, tal como es el caso de los desastres, procesos que –vuelvase a decir– son el resultado de la interacción territorial de amenazas y vulnerabilidades, mismos que a su vez son transformadores de estas relaciones a partir de la modificación temporal o permanente del territorio.

Se resalta así el vínculo desastre-riesgo-territorio y, en consecuencia, en los siguientes párrafos se intentará construir un concepto sobre socioterritorialidad desde algunas consideraciones que se inscriben en el ámbito cultural y geográfico.

De los conceptos manejados por Castilleja (2007) como lugar, región o paisaje – una diferenciación recuperada de la escuela francesa de geografía humana (Benedetti, 2011) –, el término territorio fue adoptado para este caso en particular no simplemente porque puede referirse, en un momento dado, a una delimitación específica de las fronteras geo-administrativas entre localidad, departamento (estado) o nación –muy útil al momento de definir, por ejemplo, los alcances de una política pública–. De todos los vocablos que guardan relación con el espacio, el territorio es el que se moviliza con mayor facilidad entre las nociones materiales e ideales, entre las ambientales y las socioeconómicas. Nos refiere tanto a las materialidades como a las subjetividades territoriales, a las características del entorno natural como a las particularidades de organización social, económica y política, a las formas de apropiación y uso de los recursos, a la escena de interacción colectiva y a la memoria compartida que convierte la manifestación material del espacio en una narrativa del tiempo (Castilleja, 2007).

Las representaciones sociales son líneas del texto territorial. Los saberes cotidianos que generan cosmovisión intervienen directamente en los conocimientos y las prácticas que particularizan los procesos de apropiación, transformación y uso de los medios territoriales, acciones sociales que igualmente pueden inferir en la configuración de los desastres: erosión de los suelos por la tala de bosques, extensión indiscriminada de la frontera agropecuaria, invasión de las cuencas hídricas, irrupción arbitraria en hábitats de otras especies, etc.

El territorio organiza y controla. Es “un referente de primer orden en la comprensión y formas de apropiación del espacio” (Castilleja, 2007:525), así como en la identificación de aquellas fronteras físicas o simbólicas que facilitan o restringen las prácticas humanas, por lo cual se relaciona con connotaciones duales básicas como público/propiedad y movilidad/límites. Asimismo, el entorno hace parte del corpus de conocimiento personal ante la necesidad de orientación e identidad con los patrones de la vida comunitaria. “Las fronteras que supuestamente delimitan al individuo con respecto a su medio son mucho menos definidas y concretas de lo que normalmente se piensa” (Wilches-Chaux, 1997: 115), por lo que el actor social resulta ser parte y gestor del ambiente en que se

desenvuelve, atributo que le permite identificar con relativa facilidad los cambios que se asocian con condiciones de riesgo. Se retoman así los planteamientos ya expuestos desde la geocrítica, mismos que han debatido los axiomas propuestos por el método cosmográfico: “La configuración territorial o configuración geográfica, tiene pues existencia material propia, pero su existencia social, es decir, su existencia real, solamente le viene dada por el hecho de las relaciones sociales” (Santos, 2000: 54).

Visto así, el análisis se sustenta desde dos acepciones fundamentales:

- 1) el territorio no puede, *per se*, ser objetivado. La materialización de la espacialidad depende en gran medida de la configuración de subjetividades, de patrones de relación y nociones de identidad;
- 2) tampoco puede ser subjetivado al punto de desdibujar su existencia. Plantear tal vez la materialidad del territorio es reconocer que el pensamiento social del desastre y la reflexión –individual o colectiva– del riesgo posibilitan procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización, muestra del dinamismo que precede nuestro vínculo con el entorno.

La “des-re-territorialización” (Herner, 2009: 171) aboca al conjunto de términos que buscan explicar una serie de fenómenos geosemánticos, analizados en el marco del agenciamiento y de las relaciones de poder que se expresan espacialmente. La territorialización es entendida como el “proceso de identificación, definición y producción de un espacio como territorio, realizado por un actor geográfico sea individual o colectivo (Monnet, 1999, citado por Beraún & Beraún, 2009: 113). Se habla del ejercicio de ordenación material y simbólico producido como una acción identitaria de control sobre el entorno.

Ya Moscovici advertía de la capacidad transformadora de los sujetos y grupos (modelo genético), más allá de un rol adaptativo. Bajo este tenor, el control y el poder ejercido territorialmente descansan en la capacidad creativa de transformar mediante procesos de apropiación sociocognitivos¹⁰.

En contraste, el concepto de desterritorialización describe la pérdida de dichos atributos (control y poder sobre el territorio), lo cual se relaciona además con

¹⁰ Dicha perspectiva evita encasillar la temática en los esquemas autoritarios o de represión con los que frecuentemente se vincula las nociones de control y poder. La idea es visibilizar la capacidad de agencia del actor (sujeto y grupo) y reivindicar el carácter activo del conocimiento y del comportamiento social.

expresiones de desarraigo cultural e identitario¹¹ (Ianni, 1998, citado por Beraún & Beraún, A.J, 2009) ante contextos de riesgo social, ambiental, económico y político. Cabe destacar que, siguiendo a Haesbaert, la desterritorialización no responde necesariamente al desgaste total de las bases culturales o materiales, así como tampoco a la ausencia plena de vínculos socioespaciales –con relación al territorio perdido o habitado–. La anterior afirmación se sustenta desde la noción de reterritorialización, es decir, el reposicionamiento físico y simbólico del territorio que se concibe como un proceso conexo a la territorialización y desterritorialización, configurando “un movimiento que se repite” (Herner 2009: 167) sobre el espacio regulado por el sentido y la pertenencia.

El desastre y la experiencia del riesgo nos recuerdan más que nada que el territorio –como dimensión, materia, pensamiento y práctica– existe en un estado de continua reinención. Para simplificar, el territorio se encuentra en lo cognitivo, en los comportamientos, en los grupos y comunidades, así como en lo societal-ideológico; al mismo tiempo, contiene todas estas dimensiones bajo la noción de totalidad e interconexión. Es este territorio global y localizado, híbrido e interrelacionado, a multiescala y diverso (Haesbaert; 2011), el que unifica los principales componentes para el análisis de la construcción social del riesgo.

¹¹ El concepto de desterritorialización es implementado por autores como Octavio Ianni para caracterizar el proceso de individualización y desarraigo que se fomenta en las actuales sociedades globales.

II. METODOLOGÍA PARA EL ESTUDIO DEL RIESGO DE DESASTRES DESDE LA TRS Y EL ENFOQUE SOCIAL

Existe una pregunta fundamental que, a juicio personal, marca la trayectoria inicial de toda investigación que se aventura en el enfoque moscoviciano: ¿es mi tema de interés objeto de estudio de representaciones sociales?

La resolución de esta interrogante requiere de los criterios de delimitación que el propio Moscovici consideró necesarios para simplificar dicha labor de reconocimiento. El primero de estos criterios es la cuantificación, esto es que el fenómeno u objeto estudiado tenga relevancia colectiva, al ser considerado una información importante. El segundo criterio se relaciona con la producción de esta información, la cual se requiere sea representativa en términos de cantidad, aun cuando se presente contradictoria.¹² Finalmente, el tercer criterio es la funcionalidad, es decir, la posibilidad de que los sujetos puedan tomar postura frente al objeto analizado (Serrano, 2010; Palmonari 1998).

Así entonces, se someterá el tema de interés de la presente investigación a estos tres criterios:

- *Del criterio de cuantificación.* Los desastres son procesos-acontecimientos que han sido parte de la historia del ser humano, por tal razón, casi como una explicación evolutiva, la supervivencia de la especie ha dependido en gran parte del entendimiento, interpretación y comunicación de estos sucesos. La construcción social del riesgo de desastres se nutre de conocimientos y actitudes que orientan las prácticas frente a las amenazas y vulnerabilidades que manifiesta el medio, por lo cual ha permeado como elemento fundamental en los sistemas de sentido cotidiano que responden a los cambios del entorno.
- *Del criterio de producción.* La producción se valida precisamente en los atributos cambiantes del medio. Dada la dinámica de la relación individuo-entorno, la información que se genera –colectivamente– respecto al riesgo de desastres es abundante, y en este exceso se puede presentar información

¹² La valoración de calidad en el estudio de las representaciones queda supeditada a la pertinencia de los instrumentos metodológicos implementados, más que a la valoración que se le pueda atribuir a los datos proporcionados por los sujetos informantes.

contradictoria que, no obstante, responde a una base social-ideológica compartida (trabajos como los de Wilches-Chaux (1993), Rodríguez (1998) y Lavell (2000), evidencian que tanto en el desarrollo del desastres como en la comunicación del riesgo, intervienen y se combinan elementos psicosociales, religiosos, educativos, económicos, culturales y tecnológicos).

- *Del criterio de funcionalidad.* El riesgo se relaciona con las diversas maneras en que el individuo o los grupos se posicionan ante la incertidumbre que genera la exposición, temporal o prolongada, a procesos que alteran la cotidianidad. En este sentido, el riesgo –como construcción social– genera posturas y actitudes en torno a diversos elementos de la realidad que, bajo el criterio sociocognitivo, representan vulnerabilidad y peligro, de tal forma que las múltiples opiniones que configuran la conceptualización del fenómeno representacional lo complejizan.

Los criterios de delimitación también nos llevan a reflexionar respecto de la relevancia de nuestro estudio en correspondencia con varios problemas sociales que requieren ser solucionados. Atendiendo a este punto, es claro que el abordaje académico del riesgo de desastres, como tarea colectiva, representa un desafío contemporáneo.

Generalmente las políticas y programas sobre prevención de desastres parten del análisis de prácticas que pueden [o no] categorizarse como riesgosas. Sin olvidarnos de la importancia que constituye para las etapas de preparación el establecer una serie de comportamientos esperados o deseables, resultaría conveniente pasar del ¿qué hacer? al ¿por qué se hace? Transitar del hecho al sentido, o mejor todavía, encontrar la relación entre estos. Cabe reseñar que la aprehensión de esta relación no supone una tarea fácil para la investigación, debido a que en ella median una serie de elementos que requieren de herramientas e instrumentos específicos para su análisis. Aquí se encuentran, entonces, los desafíos metodológicos que se ciernen en relación con dos cuestiones: a) la recolección de datos; y b) el análisis de los mismos.

El presente capitulado se ha ocupado del primer asunto, enfocándose en las estrategias de aproximación empírica que han sido diseñadas para el reconocimiento del fenómeno representacional.

1. MOMENTOS METODOLÓGICOS

Dada las particularidades que manifiesta el estudio del riesgo de desastres desde las representaciones sociales, el trabajo metodológico se ha fundamentado en una triangulación de instrumentos y técnicas a desarrollarse en dos momentos¹³:

- El primer momento que busca analizar en profundidad el fenómeno representacional, como contenido y proceso, desde las dimensiones sociocognitiva, socioestructural y socioterritorial. Esta primera etapa se compone de métodos interrogativos y asociativos tales como la entrevista a profundidad y la carta asociativa.
- El segundo momento que abarca elementos propios del estudio de los desastres, mediante técnicas propias de este enfoque, como lo es la cartografía social y el diagnóstico de vulnerabilidad-amenaza (observación y mapeo de actores). El objetivo de esta fase es identificar cómo estas dimensiones se insertan en el sistema de sentido que opera y se moviliza en la construcción social del riesgo, influyendo simultáneamente a partir de la generación de experiencias que contienen cargas afectivas, emocionales, racionales y valorativas –aspectos que también se han abordado desde los instrumentos sugeridos por la TRS–. En este sentido, la evocación [“lo recuerdo”], la información [“lo conozco”], la actitud [“lo siento”] y la imagen [“lo expreso”], son nociones fundamentales para la recolección de datos.

Las dimensiones de identidad –como tiempos identitarios– y territorio funcionan como ejes transversales de la estrategia metodológica que, además, opera en tres niveles de tiempo-espacio: lo micro, lo meso y lo macro.

¹³ Se habla de momentos metodológicos con el fin de establecer el conjunto de instrumentos que se han seleccionado dependiendo de cada enfoque teórico, a saber: la TRS y el estudio social de los desastres; no obstante, son fases que se han desarrollado de forma simultánea durante el trabajo de campo.

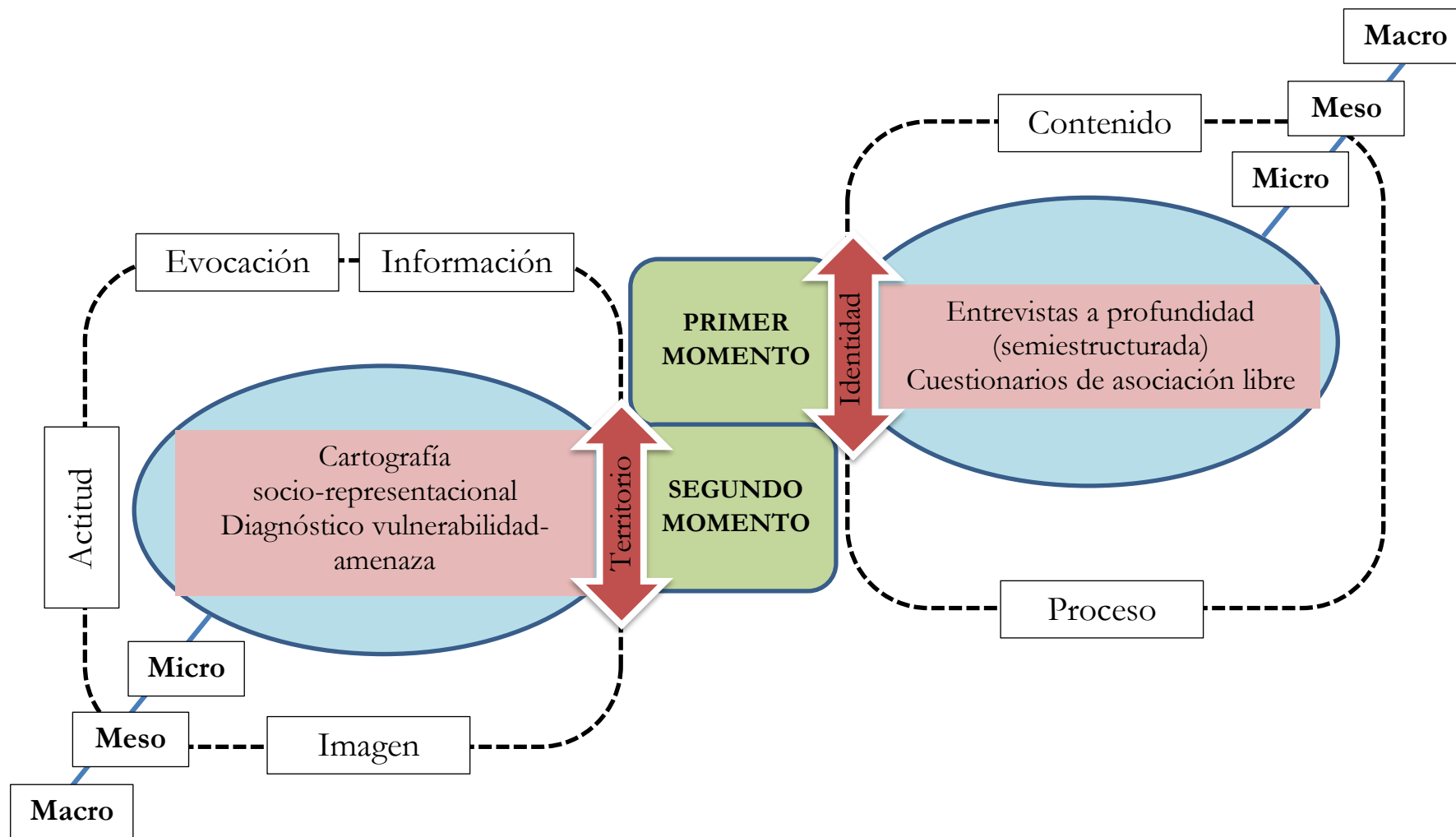


Figura 7. Momentos metodológicos. Elaboración propia.

Así, guiados por las preguntas y objetivos de investigación y bajo el sustento del marco teórico, la etapa metodológica se ha desarrollado en busca de los siguientes propósitos¹⁴:

Cuadro 2. Productos de investigación e instrumentos metodológicos

Producto de investigación	Técnica	Instrumento
Elementos del marco representacional (contenido y proceso de las RS)	Grupales e individuales	Guiones de entrevistas, cuestionarios de asociación libre y guía del taller cartográfico
Descripción de los grupos sociales de interés	Observación, mapeo de actores y técnicas individuales	Diario de campo y guiones de entrevistas
Caracterización general del municipio	Investigación documental y observación	Fichas bibliográficas y diario de campo
Caracterización específica de las áreas de estudio (diagnóstico vulnerabilidad-amenaza)	Observación, mapeo de actores, técnicas grupales e individuales	Diario de campo, guía de talleres y guiones de entrevistas
Contenido básico de las categorías analíticas	Observación, mapeo de actores, técnicas grupales e individuales	Diario de campo, guía de talleres, guiones de entrevistas y cuestionarios de asociación libre

Fuente. Elaboración propia.

Teniendo presente que este trabajo cuenta con el apoyo de la alcaldía municipal y es un hecho que debe ser conocido por la comunidad, la comunicación de los roles que la investigadora desempeña ha sido un ejercicio relevante, en miras de no generar falsas expectativas. Dichos roles son:

- ✓ persona que investiga con un interés académico;
- ✓ persona que investiga con una relación institucional, pero que no es parte de dicha institución; y
- ✓ persona que escucha y se interesa por lo que la población comunica.

¹⁴ Los propósitos metodológicos son los productos esperados del desarrollo e implementación de las diversas técnicas e instrumentos de recolección de datos. No pueden confundirse con los objetivos de investigación, aspectos que son de mayor alcance y complejidad.

1.1. Primer momento metodológico

Aceptado el riesgo de desastres como fenómeno representacional, cabe resaltar que “la pluralidad de aproximaciones de la noción y la pluralidad de significados que vehicula, hacen que sea un instrumento de trabajo difícil de manipular” (Doise, 1990, citado por Cabrera, 2004: 14), tal vez por el hecho de que no se relaciona solamente con una forma de conocimiento o con un único sujeto cognoscente.

A razón de lo anterior se ha buscado combinar los enfoques metodológicos, principalmente cualitativos –aunque complementados con trabajo cuantitativo-descriptivo–, que han sido diseñados e implementados por las diferentes escuelas de representaciones sociales (ver apartado 2.3.2 del capítulo I). Hasta aquí hablamos de una primera fase del trabajo de campo, cuyos tiempos metodológicos han estado marcados por el desarrollo de: 1) entrevistas semi-estructuradas a profundidad; y 2) cuestionarios de asociación libre.

El diseño de los instrumentos de recolección ha considerado particularmente aquellos requerimientos que surgen del abordaje, consciente y metódico, del contenido y proceso de las representaciones sociales, ámbitos cuya comprensión requiere del acote del fenómeno de interés, la selección de los sujetos y la delimitación del contexto socio-cultural, que para este caso corresponden, en ese orden, al riesgo de desastres, a la población piedecuestana y al área municipal (zona urbana, rural y periurbana).

Interesa, entonces, cada uno de los métodos e instrumentos de investigación que corresponden a esta primera etapa, no sin antes explicar las particularidades del trabajo de campo desarrollado.

- **Métodos de investigación sobre el terreno**

El trabajo de campo, como método y etapa de investigación, resulta fundamental en el estudio de aspectos que requieren del abordaje global del dato. Para este caso en particular, la recolección directa de información, complementada con investigación documental, ha sido parte de la estrategia metodológica en miras a la construcción de un producto en particular: la caracterización del área de estudio (ver capítulo III).

En este sentido, el trabajo de caracterización socioespacial se ha orientado desde la posición del actor –quien ostenta el acervo de símbolos y significados desde donde se construye y sintetiza la realidad– y de las interacciones –de distinto orden– que traspasan y modifican los cursos estructurales.

Bajo ese tenor, y reconociendo el carácter [socio]simbólico del riesgo, los procedimientos de campo de esta tesis se han desarrollado bajo los principios de relación de confianza (*rappori*) e introspección interpretativa-participativa (*verstehen*), herramientas de acercamiento a la realidad en donde la empatía ha jugado un papel fundamental. Asimismo, se ha tenido en cuenta tanto la orientación de puntos de vista múltiples (Angrosino, 2012) de la teoría crítica –en donde se privilegia la dialéctica sobre los ejercicios de homogenización del discurso–, como la problematización de las condiciones de vida social impulsada por el enfoque feminista¹⁵ (Castañeda, 2010).

El trabajo de campo se ha constituido de todas aquellas actividades que se han realizado en el terreno de estudio para la recolección de información relevante, mismas que, por implicaciones de orden metodológico, han sido divididas en tres tipos:

1. Recorridos para el reconocimiento físico del municipio, es decir, los desplazamientos al interior de los límites municipales en compañía del coordinador de Apoyo Técnico-Logístico del CMGRD –Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres–. En total han sido cuatro recorridos realizados entre los meses de junio y julio de 2014, cuyo objetivo principal ha sido la observación y documentación, escrita y fotográfica, de los espacios públicos, los entornos naturales, la infraestructura urbana, las viviendas y la población.
2. Acciones previas de acercamiento a la comunidad como la asistencia a reuniones de las Juntas de Acción Comunal (JAC's) y sesiones del CMGRD. El tiempo en que se ha realizado la observación participativa corresponde al período entre junio de 2014 y julio de 2015, con previo consentimiento de la población participante.
3. Aplicación de los instrumentos de recolección de datos. Para este caso fueron las entrevistas a profundidad, los cuestionarios de asociación libre y

¹⁵ Sin realizar distinciones de género en la tesis, se rescata la habilidad del sujeto investigador para relacionar los contextos observables con estructuras de dominio y poder presentes en el meso y macro nivel.

los talleres de cartografía social. Estos instrumentos son considerados, a su vez, como elementos de los diferentes momentos metodológicos –primer y segundo momento metodológico– por estar relacionados con productos de investigación específicos.



Foto 3. Sesión del Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres. Alcaldía de Piedecuesta.



Foto 4. Recorrido por sector rural.



Foto 5. Recorrido por los asentamientos.

Es necesario señalar que los datos de campo para la caracterización del área de estudio han estado complementados con un trabajo documental que implica el acceso a material bibliográfico, acceso logrado por medio de la interacción con actores sociales como funcionarios institucionales, presidentes de las JAC's, docentes y escritores. Los documentos identificados como fuentes de soporte son: informes del CMGRD, cartografía urbana, mapas de amenaza, plan municipal de desarrollo, documentos históricos del municipio, estudios de impacto y riesgo ambiental, entre otros.

El trabajo de campo implica precisamente una introspección en el contexto de análisis, así como el desarrollo de habilidades comunicativas y la aplicación de conocimiento táctico por parte del sujeto investigador. Estos son elementos sin los cuales sería muy difícil “aprehender” la complejidad que caracteriza a los fenómenos representacionales.

- **Entrevistas semi-estructuradas a profundidad**



Foto 6. Entrevistas a profundidad con población piedecuestana.

La entrevista, como parte de la investigación interactiva, es una técnica predominante en la investigación cualitativa que por mucho tiempo configuró una

“herramienta capital” (Abric, 2001b: 55) para los estudios de representaciones sociales, junto con las técnicas de asociación. Es un diálogo entre entrevistador(a) y entrevistad(a), iniciado por el primero ante el requerimiento de datos que den cuenta de una situación-problema específica, en donde el segundo actúa como informante de primera mano. Con la entrevista se pretende tocar aquellas fibras significantes que se rastrean a partir de la verbalización de experiencias, ideas, sentimientos y opiniones. Es la búsqueda amplia de detalles en los que se transita una y otra vez, de ida y vuelta, mediante el estímulo interrogativo que incentiva la conversación. Así entonces, resulta conveniente revisar las habilidades pragmáticas que Garfinkel y Sacks (1970, citado por Arfuch, 1995: 49) resumen en el proceso que denominan “formulating” (formulación), a saber:

- lograr claridad en el planteamiento de las preguntas;
- repreguntar;
- direccionar la conversación hacia temas o asuntos a profundizar;
- glosar —evitando la interrupción abrupta en la narración de los sujetos informantes—;
- retomar y aprovechar elementos emergentes e inesperados que se presenten relevantes, aunque estos no se contemplen en las guías de entrevista; y
- hacer avanzar el diálogo intentando anular los silencios prolongados —sin dejar de rescatar los significados ocultos del silencio—.

La entrevista resulta una técnica de gran utilidad en el aprovechamiento de sus características más sobresalientes. Como diálogo libre, fluido, pero estructurado, que permite analizar no solamente los contenidos de las frases, sino además la corporalidad que acompaña el discurso (gestos, expresiones, posturas). Lo que se omite con las palabras, pero se revela en el lenguaje no verbalizado. La entrevista es palabra, escucha y silencio. Éste último elemento muy difícil de apreciar en el desarrollo de otras técnicas como la encuesta o los cuestionarios, en donde la necesidad de síntesis y abstracción acota el espacio de la reflexión.



Foto 7. Entrevistas a profundidad con población piedecuestana.

De acuerdo con Corbetta (2003), son tres las modalidades o tipos de entrevista: no estructurada, semi-estructurada y estructurada. Otros autores nos hablan de entrevistas directas, indirectas y mixtas (Grados & Sánchez; 2007), sin olvidar las entrevistas no dirigidas y las clínicas. La división por categorías se ha realizado con base al grado de estandarización, es decir, al nivel de inferencia por parte del investigador, a la forma en que la entrevista será dirigida, a la especificidad y profundización en los propósitos explorados y a la libertad en la extensión de las respuestas.

Para los objetivos que aquí nos competen, teniendo en cuenta el tipo de información requerida y la naturaleza del fenómeno social estudiado, se ha implementado la entrevista semi-estructurada a profundidad; un instrumento de carácter abierto, adaptable y flexible que, no obstante, se ha direccionado en miras a ahondar en los conocimientos relacionados con un tema en específico: el riesgo ante desastres. La entrevista a profundidad requiere de un reconocimiento entre interlocutores, una relación de cercanía y confianza (*rapport*) que únicamente se

logra en niveles aceptables mediante interacciones previas –en diversos espacios y actividades comunitarias– que reduzcan la formalidad de los encuentros. Bajo este propósito, la intervención desde la observación participante en reuniones y secciones de gestión del riesgo, así como en actividades de diferente índole¹⁶, antes de la realización de las entrevistas, ha sido un primer paso fundamental en el trabajo de campo. Se ha logrado de esta manera, mediante el acercamiento previo, identificar a aquellas personas que se requerían como parte de la muestra, procurando el inicio de un diálogo que desencadenara múltiples encuentros.

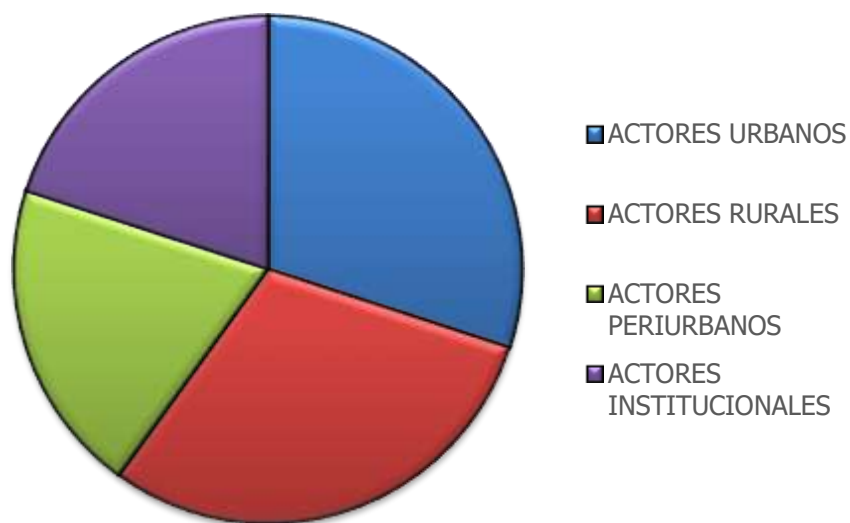


Foto 8. Entrevistas a profundidad con actores institucionales.

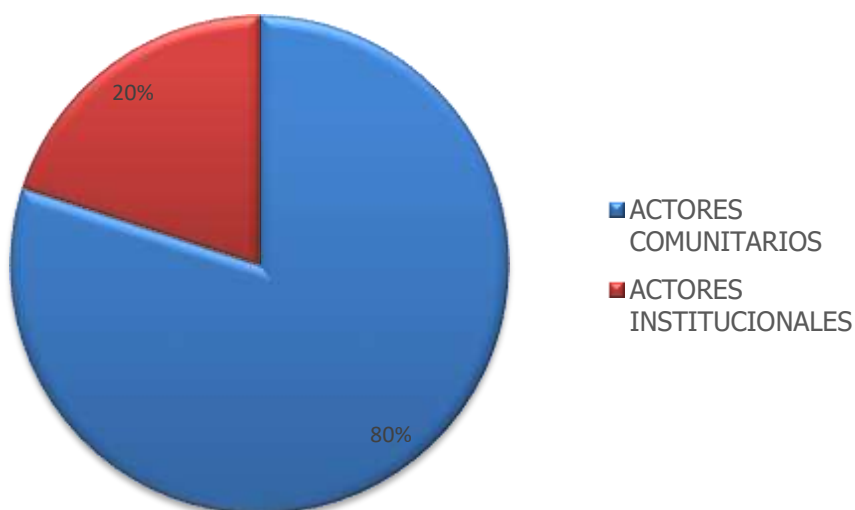
Las entrevistas fueron individuales; empero, pese a que se recurre a los materiales biográficos evocados por los sujetos informantes, se parte de la idea de que “a través de la recogida de un conjunto de saberes privados” (García, 2002: 91-92) se posibilita la identificación de significados colectivos, mismos que han sido triangulados con los datos de la caracterización y la información de las técnicas grupales. Por consiguiente, la muestra final ha quedado constituida por un total de 10 personas entrevistadas: 3 habitantes de la zona rural, 2 de la periferia, 3 del área

¹⁶ Las actividades comunitarias en las que se ha participado son novenas navideñas, fiestas parroquiales, ceremonias religiosas, actividades deportivas y reuniones de las Juntas de Acción Comunal (JAC).

urbana y 2 actores institucionales¹⁷. Cabe destacar que la aplicación del instrumento se ha desarrollado en ambientes conocidos para el sujeto informante, como son los salones comunitarios, las viviendas o los parques aledaños. En el caso de los funcionarios se ha seleccionado espacios laborales y no laborales.



Gráfica 3. Muestra para la aplicación de las entrevistas; perfil de personas entrevistadas. Elaboración propia.



Gráfica 4. Actores comunitarios e institucionales; perfil de personas entrevistadas. Elaboración propia.

¹⁷ Se tenía contemplado la realización de algunas entrevistas con actores empresariales de la región; empero, pese a la insistencia, no fue posible acceder a sus testimonios.

A continuación, se presenta el perfil general de las personas entrevistadas, aclarando que solo algunos sujetos participantes se han identificado por su nombre real.

Cuadro 3. Perfil general de las personas entrevistadas en el municipio de Piedecuesta

Sujeto	Edad	Residencia	Tipo de actor
Julián	36	Zona urbana	Institucional
Alfredo	60	Zona urbana	Institucional
Manuel	78	Periferia	Comunitario
Eudora	65	Periferia	Comunitario
Edinson	30	Zona urbana	Comunitario
Leonardo	43	Zona urbana	Comunitario
Martha	53	Zona urbana	Comunitario
Gustavo	73	Zona rural	Comunitario
Gloria	58	Zona rural	Comunitario
Hernando	56	Zona rural	Comunitario

Fuente. Elaboración propia.

Es importante enfatizar aquí en los referentes transversales que han guiado los momentos metodológicos, a saber: los tiempos identitarios y el territorio. Al respecto, cabe destacar que el proceso de entrevista se ha abordado como un espacio de muchos tiempos. La narrativa del “yo” y del “ahora” –que alimenta y significa hacia adelante y hacia atrás– en función de la memoria y de las [in]certidumbres. En consecuencia, el hecho de no utilizar un método longitudinal no impide identificar la posición del sujeto en relación con el pasado, presente y futuro. Bajo estos parámetros, las guías de entrevista se han constituido de preguntas de temporalidad (históricas-biográficas), además de aquellas señalizadas por Patton (Rodríguez, *et al.*, 1996; citado por García, 2002: 94): preguntas demográficas/territoriales –lo que ha permitido vincular la dimensión territorial en esta fase metodológica–, preguntas sensoriales, preguntas de experiencia/conducta, preguntas sobre sentimientos y preguntas de conocimiento/opinión.

Preguntas de temporalidad	→	Se centran en la narración de eventos, experiencias y sentimientos en diferentes tiempos.
Preguntas demográficas	→	Relacionadas a aspectos de identificación de los sujetos.
Preguntas sensoriales	→	Indagan respecto a lo que los sujetos participantes perciben a partir de sus sentidos.
Preguntas de experiencia/conducta	→	Describen las actuaciones, prácticas y conductas relacionadas con el tema de interés.
Preguntas sobre sentimientos	→	Se orientan a la expresión de sentimientos y reacciones, permitiendo indagar en las respuestas emotivas.
Preguntas de conocimiento/opinión	→	Exploran en la información que el sujeto posee respecto al tema, así como en el sistema de valores y opiniones que se construye en torno a dicho conocimiento.

Figura 8. Tipos de preguntas implementadas en las guías de entrevista. Elaboración propia con datos de García, 2002.

Al reconocer la diversidad de dimensiones que interactúan con el riesgo de desastres, así como la gran variedad de situaciones que se recrean desde su narrativa, ha sido primordial realizar ejercicios de selección y depuración de los ejes temáticos que, finalmente, han constituido el instrumento, actividad que no solamente requiere de tiempo, sino además de experimentación.

La guía de entrevista (ver anexo 1) ha quedado constituida por preguntas abiertas, manejadas como preguntas base –11 en total–, que pueden derivar en nuevos interrogantes para así transitar hacia diferentes temáticas, de acuerdo en lo que se

deseo profundizar durante el diálogo. La idea de este esquema es que el sujeto informante tenga libertad de expresar todo aquello que desee comunicar a partir de un estímulo inicial (pregunta base), preguntas que indican en la guía lo temas principales que han sido abordados como secciones de la entrevista: I. Datos personales; II. Estructura familiar; III. Vivienda y entorno habitacional; IV. Identidad y territorio; y V. Percepciones, prácticas y experiencias. A su vez, estas categorías surgen de la combinación de preguntas diseñadas para indagar en las siguientes nociones teórico-conceptuales: riesgo y desastre, niveles intra-inter personal e intra-inter grupal, estructura sociocognitiva, base social amplia, relación conocimiento-práctica, territorialidad y tiempos identitarios.

- **Métodos asociativos**



Foto 9. Cuestionarios de asociación libre con población piedecuestana.

El hablar de métodos asociativos en el estudio de las RS remite principalmente a la escuela estructuralista, corriente encabezada por el psicólogo social Jean-Claude Abric. La postura estructuralista ha puesto especial atención en las formas metodológicas por las cuales se puede acceder, de manera rápida y fácil, desde la espontaneidad, a “los elementos que constituyen el universo semántico del término o del objeto estudiado” (Abric, 2001b: 59). La asociación consiste en un ejercicio

de evocación cuyo estímulo principal es un término o grupo de términos inductores en torno al cual el sujeto participante, previa solicitud, producirá una cantidad específica de palabras, adjetivos o expresiones que le vengan a la mente. La idea de los métodos asociativos es identificar aquellas dimensiones implícitas que, existiendo en el campo semántico-significativo del individuo, pueden camuflarse durante el proceso de elaboración discursiva, como en el caso de las entrevistas.

Para algunos autores, la finalidad de este conjunto de técnicas es poder separar los elementos básicos de la RS de aquellos considerados superficiales o periféricos. En la presente investigación, siguiendo el esquema de Serrano (2010), la asociación se ha desarrollado como parte de un ejercicio de triangulación, con énfasis en el contenido representacional –más que en el control de la centralidad–, condición que busca complementar y profundizar en los hallazgos del conjunto metodológico.

Para llevar a cabo los procedimientos de asociación se ha implementado la carta asociativa.

Una de las dificultades de la asociación libre, que necesita precisamente de la utilización de técnicas complementarias, tiende a la dificultad de interpretación de los términos producidos por los sujetos. Si sabemos que el término producida es en afecta un elemento de la representación y su significación en cambio no aparece, es por falta de contexto semántico. La presencia de un mismo término puede tener así significaciones radicalmente diferentes para el sujeto. Si por ejemplo el término «jerarquía» es asociado a la palabra inductora «hospital», que significa jerarquía para el sujeto: ¿Qué hay demasiada jerarquía? ¿Insuficiente? ¿Que la jerarquía plantea un problema? ¿Qué es necesaria a útil? Para mitigar al menos parcialmente esa dificultad hemos empezado a utilizar un nuevo método de asociaciones libres, inspirado en la técnica de la carta mental de H. Jaoui (1979), que identificamos bajo el nombre de carta asociativa (Abric, 2001b: 61-62).

Este instrumento ha sido aplicado al total (10) de las personas entrevistadas, y adicionalmente a otro grupo de 20 personas que han complementado la muestra final de 30 sujetos participantes. El ejercicio se ha iniciado con el término inductor “riesgo de desastres”, generando una primera serie asociativa mediante evocaciones espontáneas en entorno al objeto de estudio. Luego se ha buscado obtener una segunda serie a partir de las cadenas de la secuencia 1, hasta llegar a una tercera serie en donde se ha relacionado, por enlaces asociativos, el global de los términos producidos. Cada secuencia de evocación, tal como lo recomienda

Abrić (2001b), se ha realizado con base a la asociación de la serie inmediatamente anterior, no en relación con el último elemento. Así, por ejemplo, si en la primera serie el término riesgo de desastres es asociado con los elementos de precaución, actuación y organización, las cadenas que desarrollen las siguientes asociaciones serán:

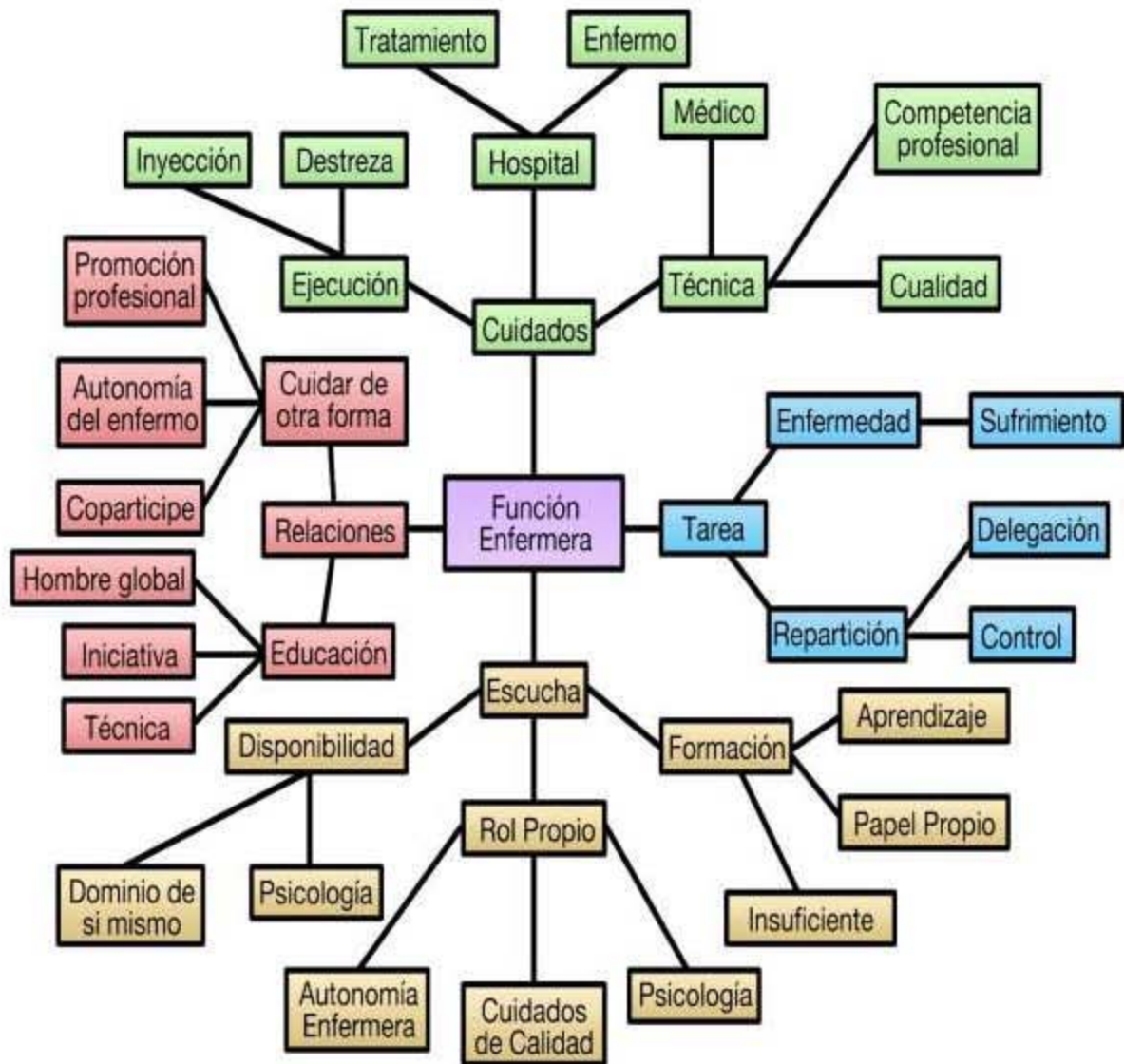
Riesgo de desastres – precaución – ¿?

Riesgo de desastres – actuación – ¿?

Riesgo de desastres – organización – ¿?

En el análisis se ha trabajado tanto con las series asociativas (grupo de cadenas) como con el cuadro de frecuencia de los términos, es decir, el número de veces que una palabra ha aparecido en los instrumentos. Ello ha permitido: a) reconstruir la organización relacional y el universo significativo de las diferentes categorías temáticas que han surgido en la recolección de información (triangulación); y b) identificar un vocabulario base (lista de referencias) utilizado cotidianamente por la población ante la evocación del término inductor –se ha trabajado desde el hipotético de que los individuos poseen y comparten un número limitado de significados relacionados a un determinado ente representacional (Cárdenas, *et al.*, 2007)–.

El objetivo de este método es la comprensión de la relación semántica-significativa que configura el contenido del objeto de investigación, en relación con la praxis social –dimensión que ha sido abordada desde los métodos interrogativos y las técnicas grupales– que se gesta en [a la vez que nutre] el fenómeno representacional.



Ejemplos de cadenas asociativas

- Función enfermera → Tarea → Repartición → Delegación
- Función enfermera → Escucha → Formación → Insuficiente
- Función enfermera → Escucha → Papel propio → Cuidados de calidad
- Función enfermera → Relaciones → Cuidar de otra forma → Promoción profesional

Figura 9. Ejemplo de carta de asociación libre, Abric (2001b).

1.2. Segundo momento metodológico

En el segundo momento metodológico se ha abordado con mayor profundidad las dimensiones de amenaza y vulnerabilidad, propias del estudio del riesgo de desastres, a partir del desarrollo de talleres de cartografía social y del análisis crítico de la base social amplia en la que se insertan todos estos elementos. La herramienta de cartografía social es propuesta con el fin de capturar las geo-representaciones producidas en la experiencia del vínculo sociedad-entorno/identidad-territorio. Por otro lado, el análisis crítico de la base social, fundamentado en el enfoque de vulnerabilidad global (Wilches-Chaux, 1993), se orienta hacia la reflexión a multiescala de las problemáticas que, en relación con la temática de investigación, afectan las tres áreas de estudio.

De esta forma, la combinación de la cartografía social con un análisis global de las condiciones de susceptibilidad y exposición, ha generado el diagnóstico de vulnerabilidad-amenaza, producto que hace parte del capítulo de caracterización.

Las técnicas y sus respectivos instrumentos serán descritos a continuación.

- **Cartografía social**



Foto 10. Taller de cartografía social con la población periurbana.

El trabajo cartográfico se ha desarrollado como una práctica histórica del ser social ante la necesidad de situar-se y ubicar-se (en un tiempo y en un espacio); recolectar información que permita dibujar límites, fronteras y caminos, en otras palabras, que posibilite la certeza de la orientación y la identidad –funciones que parece compartir con la noción de representaciones sociales–.

La lectura positivista de la información cartográfica que predominó por mucho tiempo en la opinión general, estuvo encausada en la producción de imágenes factuales de la realidad geomorfológica y la generación de soluciones territoriales mediante la matemática aplicada (Mora y Jaramillo, 2003). El adelanto de nuevas tecnologías acompañó la reconquista gráfica del territorio, buscando rectificar datos históricos, a la vez que validaba los modernos procesos de recolección, sistematización y archivo de información geoespacial. Empero, la interpretación pos-positivista de la realidad como un constructo social, sustentando en la experiencia de los sentidos y el universo de significados, daría una nueva interpretación al ejercicio cartográfico.

Para Habegger y Mancila (2006) es muy difícil que el mapeo de entornos, territorios o localidades, pueda prescindir de la subjetividad gestada en las vivencias y emociones tanto del cartógraf(a) como del lector(a). En este sentido, el producto cartográfico no solamente es diverso, sino además dinámico, cambiante y significativo. Estas premisas dieron paso a la construcción de nuevos conceptos y metodologías que buscaron indagar en las formas de organización y representación del territorio. Así, de la mano de la investigación-acción-participativa (IAP), la cartografía social (CS) se fue configurando como una metodología alternativa desde la cual la población podía reflexionar, planificar y transformar su entorno a partir del reconocimiento de los saberes cotidianos.

El ejercicio cartográfico social puede tener propósitos diversos en cuanto a la generación de una información en específico (mapas temáticos). Lo realmente importantes es que este conocimiento no es generado como una externalidad; por el contrario, es producido y consensuado desde las vivencias, experiencias, narrativas y sentimientos que comparten las y los habitantes del contexto estudiado. Tal como lo plantea Mora y Jaramillo, la CS “considera como uno de sus principios fundamentales la participación de las personas en todo el proceso. No es una planeación centralizada y tecnocrática, es una planeación desde las

localidades de abajo hacia arriba y democrática con la participación de los actores locales” (2003:10).

Esta metodología se vale de recorridos, talleres, entrevistas o grupos de discusión, en donde el mapeo es, a la vez, instrumento, producto y espacio motivador. La cartografía social estimula procesos de comunicación y revela las redes comunitarias que se han desarrollado sobre y a partir del espacio-tiempo.

En los últimos años, las características y bondades de la CS le han valido un lugar relevante entre los trabajos sociales del desastre (PREDECAN, 2009). El reconocimiento y la gestión del territorio son aspectos que se han identificado como elementos clave en el estudio de la vulnerabilidad, la interacción individuo-amenaza y la percepción del riesgo. Así entonces, la participación social en el diseño de diagnósticos y estrategias de resiliencia se ha logrado a partir del acercamiento holístico a la cosmovisión comunitaria, tarea en la que el método de cartografía social se ha especializado.

La utilidad de los mapas mentales y del dibujo como técnica de representación también ha sido reconocida en las investigaciones de RS (Milgram & Jodelet, 1976; De Alba, 2004). La no verbalidad, como forma de expresión, debe interpretarse como un espacio lexical que no únicamente recurre a la memoria; además involucra la imaginación y creatividad de las personas participantes. El dibujo no es una combinación al azar de componentes (yuxtaposición), “sino un conjunto estructurado y organizado alrededor de elementos o significaciones centrales” (Abric, 2001b: 58), en tanto como un trazado de contenido artístico, emocional, valorativo y crítico, en donde muchas veces la oralidad se hace más fluida cuando se precede de un momento lúdico.

Siguiendo esta línea, se han realizado talleres de cartografía social con la población de las tres áreas de estudio (urbana, rural y periurbana) –1 taller por cada área–, zonas que representan formas particulares de territorialidad: el barrio Barro Blanco, la vereda el Duende y el asentamiento de Nueva Colombia.



Foto 11. Taller de cartografía social en el sector de Nueva Colombia (periferia).

En compañía del encargado de la gestión del riesgo de la alcaldía municipal, la convocatoria a los talleres se ha realizado por medio de los presidentes de las Juntas de Acción Comunal o para el caso de Nueva Colombia, mediante los líderes comunitarios de la zona. Para la realización de esta técnica grupal se ha construido previamente una guía de cartografía social, la cual ha operado, simultáneamente, como un instrumento para el diagnóstico de vulnerabilidad-amenaza¹⁸.

¹⁸ La información de la cartografía social también ha sido empleada en la elaboración del diagnóstico vulnerabilidad-amenaza de las áreas de estudio, especialmente en el mapeo de relaciones sociales.



Foto 12. Taller de cartografía social en la vereda el Duende (rural).



Foto 13. Taller de cartografía social en el barrio Barro Blanco (urbano).

Se ha pretendido caracterizar, de manera participativa y colectiva, la representación social del espacio que se construye de acuerdo con las percepciones, sentimientos y conocimientos de los sujetos participantes en torno a la temática de riesgo. Para este propósito, se ha solicitado la elaboración colectiva de un dibujo que representara el lugar habitando –los límites territoriales fueron determinados por los propios sujetos–, evitando utilizar palabras como mapa, plano u otro término que restringiera el formato en que sería presentado el producto cartográfico, pero haciendo énfasis en la identificación de vulnerabilidades y amenazas.

Así, el protocolo de los talleres ha estado conformado por las siguientes actividades:

- 1) presentación;
- 2) introducción a la cartografía social (indicaciones para el desarrollo del taller y entrega de materiales);
- 3) evocación del territorio (aproximación sensible);
- 4) realización del dibujo e identificación de riesgo de desastres;
- 5) explicación de la cartografía por parte de los sujetos participantes; y
- 6) reflexión final.

Cabe destacar que el producto cartográfico no ha sido por sí mismo el objeto de análisis. La evocación del territorio y la interpretación del dibujo por parte de cada uno de los grupos, ha configurado un ejercicio de gran riqueza para la generación de contenido básico –insumo de las categorías analíticas–. Por ejemplo, el punto 3 (evocación del territorio) se ha enfocado en estimular la memoria de la colectividad en busca de obtener una narrativa del territorio en tres tiempos: lo que era, lo que es y lo que será, ejercicio que se ha aproximado a aquellas particularidades de los procesos de des-re-territorialización y del sistema relacional-identitario.

Finalmente, la explicación dada por las personas ha permitido la verbalización de los símbolos y del contenido en general del producto cartográfico, dando paso a las reflexiones de cierre (se han expuesto opiniones y propuestas para la solución de las problemáticas planteadas durante el taller).

GUÍA PARA CARTOGRAFÍA SOCIAL

OBJETIVO GENERAL

Caracterizar de manera participativa el territorio habitado, en referencia a la identificación de amenazas y vulnerabilidades, de acuerdo a las percepciones y prácticas cotidianas.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Identificar la trama de relaciones entre actores sociales que habitan o intervienen en la dinámica del lugar
- Establecer los límites territoriales del sector (acordados por los sujetos participantes)
- Identificar los fenómenos naturales que, de acuerdo a la población, representan amenazas o peligros
- Identificar referentes de vulnerabilidad (conflictos permanentes y latentes)
- Reconocer y ubicar las prácticas cotidianas
- Propiciar la oralidad del tiempo identitario en el espacio

ACTIVIDADES A DESARROLLAR

1. Presentación
2. Introducción a la cartografía social (indicaciones para el desarrollo del taller y entrega de materiales)
3. Evocación del territorio (aproximación sensible)
4. Desarrollo del ejercicio cartográfico (dibujo del lugar habitado)
5. Exposición del grupo para explicar el producto cartográfico
6. Reflexión final

ACTIVIDAD	TIEMPO	TEMAS A TRATAR

OBSERVACIONES

- **Diagnóstico vulnerabilidad-amenaza**

La sistematización e interpretación de los datos, como parte del proceso investigativo, también representa, *per se*, una estrategia metodológica. Así, el diagnóstico vulnerabilidad-amenaza desde el análisis crítico de la base social, se presenta como un enfoque metodológico a seguir durante la identificación, comprensión y estudio de las representaciones, percepciones y actitudes que se reproducen en escenarios de exposición y riesgo.

Este enfoque se sustenta de la noción de vulnerabilidad global impulsado por los estudios sociales de desastres –trabajos desarrollados durante las dos últimas décadas del siglo pasado– y enfatiza en la explicación sistémica que subyace a las emergencias socioambientales. Se entiende la vulnerabilidad como la interacción de diversos elementos propios de la dinámica social que, en confluencia con los procesos naturales, figura un estado de susceptibilidad para una población determinada. Desde esta lógica, el análisis crítico de la base social amplia, propuesto desde esta investigación, pretende rastrear las particularidades del contexto piedecuestano, sin desligarlas de la lectura del sistema sociopolítico, del modelo económico imperante y del entramado cultural.

El proceso de diagnóstico, de carácter cualitativo, implica la identificación de los elementos de vulnerabilidad y exposición que interactúan en tiempo y espacio, cuya relación se analiza desde la información recopilada por medio de los instrumentos aplicados en el trabajo de campo, especialmente de la cartografía comunitaria.

De esta forma, a partir de la identificación espacial de los peligros y la reflexión sobre las múltiples problemáticas sociales que se relacionan con el riesgo de desastres, se posibilita un primer acercamiento a las condiciones de la base social amplia, marco que permite identificar:

- ✓ las características de la interacción sociedad-entorno;
- ✓ la trama de relaciones sociales que intervienen en la construcción social del riesgo (mapa de actores y relaciones clave);
- ✓ las preocupaciones colectivas; y
- ✓ los conflictos que aparecen y desaparecen en el marco de ciertos detonantes contextuales (conflictos latentes o emergentes).

El diagnóstico vulnerabilidad-amenaza, parte del capítulo de caracterización municipal, ha permitido establecer los rasgos situacionales que dan contexto a los elementos [socio]cognitivos, [socio]estructurales y [socio]territoriales que han surgido en el análisis del contenido representacional, centrando el interés en las particularidades de las áreas de estudio seleccionadas (periferia, rural y urbano).

Un subproducto del ejercicio diagnóstico es el mapa de actores (MA) clave. Esta herramienta consiste en la implementación de esquemas para graficar el entramado de las relaciones que se han establecido entre los diferentes agentes sociales – aquellos que habitan la zona o que intervienen en esta–.

De acuerdo a Ortiz (*et al.*, 2016):

El MA permite entonces, crear una referencia rápida de los principales actores involucrados en un tema o conflicto. Permite trascender la mera identificación o listado de los mismos, para indagar, por ejemplo: sus capacidades, intereses e incentivos. También facilita distinguir áreas de acuerdo y desacuerdo; clarificando los canales de influencia entre ellos, identificando el esquema general de alianzas y coaliciones, y los espacios de poder de los cuales participan (p.3).

Para el caso de estudio, el mapa de actores se ha construido a partir de la identificación de los sujetos que intervienen en la realidad estudiada, el campo en el que se ubican estos sujetos (puede ser al interior o fuera de la zona de referencia) y el tipo de relaciones que se manifiestan entre ellos (conflicto, autoridad, intermitente, colaboración, desconfianza o tensión, ausente o sin información). Es importante destacar que el MA se ha construido a partir de la información recabada de la misma población y de la observación participante realizada en los diferentes grupos



Figura 10. Mapa de actores y de relaciones clave. Elaboración propia con datos de Ortiz *et al.*, 2016.

La importancia de esta herramienta, en las etapas iniciales de la investigación, radica en la posibilidad de generar información relevante tanto para la contextualización del fenómeno representacional (riesgo de desastres), como para el desarrollo de estrategias relacionadas a la selección de la muestra y a la recolección de datos en campo. Para este caso en particular, el mapa de actores y de relaciones clave ha representado, además, un insumo fundamental en el desarrollo de una de las categorías de análisis: la dimensión socioterritorial.

III. CONTEXTO DE ESTUDIO: MUNICIPIO DE PIEDRECUESTA

La riqueza en la subjetividad del dato representacional requiere de un posicionamiento en el tiempo y en el espacio, a fin de que el sujeto investigador pueda identificar el universo relacional que opera entre el discurso y la práctica.

El tratamiento de lo social en el estudio del riesgo de desastres se nutre de la multiplicidad de dimensiones que atraviesan el nicho intra-interpersonal y agente-entorno –nivel micro, meso, macro–, razón por la cual el trabajo de campo desarrollado para este estudio no puede reducirse a la descripción de condiciones geomorfológicas o climáticas; más bien es la reconstrucción analítica de la base social amplia en la que las RS circulan, se entrelazan y cristalizan.

Bajo este tenor, uno de los principales objetivos del presente capítulo es comprender las dinámicas sociales, económicas, culturales y ambientales que subyacen a la construcción social del riesgo y que configuran, simultáneamente, los escenarios de exposición (amenaza) y de vulnerabilidad –elementos fundamentales del enfoque social–. Para ello se ha utilizado parte de la información documental con el fin de dar un contexto a las categorías analíticas (sociocognitiva, socioestructural y socioterritorial), producto que se ha analizado a profundidad solamente hasta el capítulo cuarto. Así entonces, mediante herramientas como la cartografía social, el diagnóstico vulnerabilidad-amenaza y las entrevistas a profundidad, se han rastreado tanto datos duros que pueden caracterizar el área de estudio, como información cualitativa –del tipo sistémica– que permite identificar las cargas afectivas, emocionales y racionales que acompañan el [discurso-práctica del] riesgo.

El presente apartado ha sido dividido en dos secciones: la primera, en donde se expone el componente histórico, geográfico, poblacional, socioeconómico y ambiental del municipio; y la segunda, que corresponde a un análisis holístico generado una vez que los diferentes elementos temáticos, identificados en la primera parte, son relacionados entre sí –diagnóstico de vulnerabilidad-amenaza– para cada área de estudio, a saber: sector periurbano (asentamientos ilegales), rural y urbano.

Esta división se justifica por la trayectoria que ha adoptado finalmente el ejercicio de contextualización; a la par de que se iba desarrollando una lectura de la base social amplia, se indagaba respecto a componentes fundamentales como temas globales asociados al riesgo de desastres, actores sociales, relaciones clave, zonas vulnerables y peligros. En este sentido, el trabajo de campo ha permitido el retorno hacia aquellos aspectos que se perfilaban como categorías emergentes, buscando profundizar con base en los rasgos contextuales que han orientado la búsqueda.

1. CARACTERIZACIÓN DEL MUNICIPIO

1.1 Breve historia del municipio de Piedecuesta

*En medio de este vergel iluminado por un sol radiante aparece
Piedecuesta, extendiendo sus casas a la sombra de las arboledas,
por encima de las cuales sobresalen las torres de dos templos
contiguos.*

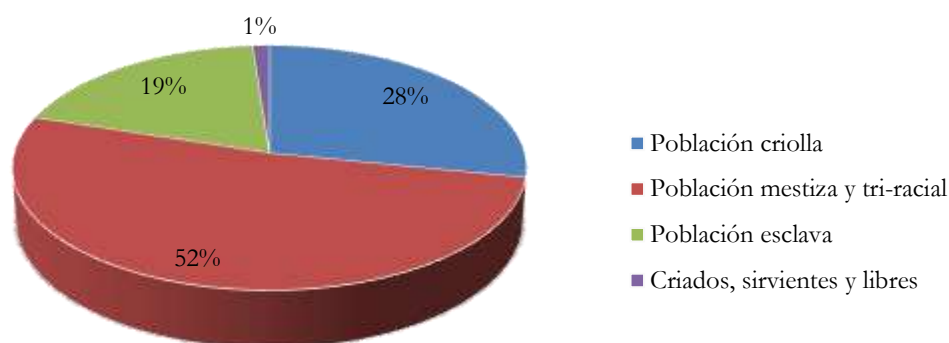
Ancízar. Peregrinación de Alpha

El pasado de un lugar no es menos importante que su presente o futuro, y para el sujeto piedecuestano, tal como lo recordó un antiguo habitante, la historia de su tierra va marcada en la piel.

El llano de San Francisco, antiguo territorio Guane, fue el lugar que en 1763 cobijó el asentamiento de los denominados “vecinos de la Provincia de Girón”, residentes en el sitio de Pie de la Cuesta. Posteriormente, en 1774, a petición de las feligresas y los feligreses del lugar y por reconocimiento de los representantes españoles en Nueva Granada, obtendría la denominación de “Parroquia¹⁹ de San Francisco Xavier” –se segrega de la jurisdicción de la Parroquia de San Juan Bautista de Girón—. Un hecho ligado a este acontecimiento es lo que ha permitido tener datos respecto al número de familias que habitaron en ese momento el valle y sus alrededores (Los Santos y Palo Gordo).

¹⁹ Modelo hispano de ocupación del territorio provincial. De jurisdicción eclesiástica, bajo la autorización y el poder secular que, desde las reformas borbónicas, buscó reafirmarse sobre el religioso.

Con motivo de la petición para erigirse como parroquia, se realizó en el año de 1773 un padrón de residentes que sería anexado como evidencia ante la Real Audiencia de Santa Fe, mostrando el número de personas que, en beneficio espiritual, respaldarían la construcción de la capilla, uno de los requisitos, junto con la edificación de la cárcel, el cabildo y la horca, para definir nuevos límites territoriales y jurisdiccionales. La pieza documental que hace parte del archivo del Arzobispado de Pamplona habla de 55 familias asentadas en la zona, de las cuales el 70% (39 familias) ocupaban el valle del Pie de la Cuesta y el otro 30% se dividía entre el vecindario de Palogordo (9 familias) y la quebrada de los Santos (7 familias). Los grupos familiares de mestizos y pardos (también llamado tri-racial) constituían el mayor porcentaje de habitantes: 65% (Pérez, 2012).



Gráfica 5. Información del padrón de vecinos de la Provincia de Girón, 1773. Elaboración propia con datos de Pérez, 2012.

Tal como lo manifiesta Pérez (2013), la consolidación de la parroquia representó en su momento un interés no solamente religioso, sino además político y administrativo. Si bien las parroquias eran un esquema ya reconocido en las disposiciones del Concilio de Trento, a fin de continuar la misión evangelizadora, con las reformas borbónicas estos territorios se relacionaron de forma directa “con el éxito de las nuevas prácticas en la administración, justicia y hacienda de los virreinos españoles” (Pérez, 2013: 298).

Además de la caña, la economía de Piedecuesta ha dependido de forma histórica de la planta del tabaco. Así, en los tiempos de la Colonia, el estanco de este producto llenaba gran parte de las arcas reales, razón por la cual el mantenimiento

de dicho enclave tabacalero, hacia donde fue trasladada la oficina y las bodegas de la Real Factoría de Tabacos del Reino, despertó el interés de las autoridades españolas. Estas terminaron apoyando el deseo de las personas moradoras del también llamado “valle del señor” (Valenzuela; 1996: 28).

Tres décadas después, por razones no muy diferentes²⁰ a las mencionadas *ut supra*, y al pago de mil pesos fuertes por el título nobiliario (Valenzuela; 1996), el Rey Fernando VII concedió a la Parroquia de San Francisco Xavier el título de “Villa de San Carlos”, mediante cédula real del 16 de agosto de 1810; empero, la insurrección iniciada en el mes de julio retrasó la llegada de las noticias reales, por lo cual la condición municipal de “villa” fue otorgada realmente por la Junta de Gobierno de los Federalistas de Pamplona. La formalización como villa se dio en los tiempos de la República –República Constitucional de Colombia– por la ley del 25 de junio de 1824.

Ya con la nueva denominación de distrito parroquial de Piedecuesta y con una población de 3,500 habitantes –censo de 1843–, la cabecera municipal llegó a ser capital de la recién formada Provincia de Soto (Ancizar, 1853), según se señala en la Ley del 27 de abril de 1850; aunque solamente cuatro años después, para descontento de sus residentes, la sede pasaría a Floridablanca.

Cabe señalar que esta ocasión no sería la última vez en que Piedecuesta ostentaría el título de capital. A razón de las diversas reformas territoriales que caracterizaron la organización política y administrativa de la República, entre los siglos XIX y XX, Piedecuesta estaría contemplada como cabecera de cantones, circuitos, provincias y municipios a razón de la prosperidad de sus actividades económicas, la abundancia de sus recursos naturales y su favorable ubicación. Finalmente, en la década de los ochenta –mediante el Decreto 0332 de 1985– el municipio haría parte del Área Metropolitana de Bucaramanga, jurisdicción a la que pertenece hasta el día de hoy.

²⁰ El mantenimiento de la factoría de tabaco propulsó la ascensión política-administrativa de Pie de la Cuesta a villa, ante las necesidades de educación, alimento y empleo que el título de parroquia no proporcionaba *per se*.

Cuadro 4. Momentos de la organización territorial, política y administrativa de Piedecuesta

Año	Denominación	Disposiciones vinculadas	Sistema
1857	Capital del Circuito de Piedecuesta (municipio federal)	Ley del 23 de diciembre de 1857	Federal
1905	Capital de la Provincia de Los Santos	Decreto 1191 de octubre de 1905	Centralista (reformas de la Constitución Política de 1886)
1910	Capital de la Provincia de Piedecuesta		Centralista
1941	Capital de la Provincia de Río de Oro		Centralista
1976	Municipio ampliado en su jurisdicción político-administrativa	Ordenanza No. 24 de 1976 (Artículo 3)	Centralista
1985	Municipio del Área Metropolitana de Bucaramanga	Ordenanza No. 048 de 1984 Decreto 0332 de 1985	Centralista

Fuente. Elaboración propia con datos de Pérez, 2012.

- **Narrativas históricas: Territorio y población**

El vertiginoso ascenso político y administrativo del valle, desde su fundación en el siglo XVI, fue atribuido en parte al carácter y espíritu del sujeto piedecuestano, también conocido como garrotera y garrotero, evocando la leyenda del garrote:

El legítimo garrote es un palo largo con nudos y una argolla de cuero en el extremo superior para manejarlo. También se usó como arma uno de 15 centímetros de largo que se llevaba en la cintura o en la axila con el fin de que las autoridades no lo descubrieran [...] muchos recuerdan que para un encuentro de lucha entre vecinos de Girón y Piedecuesta, se habían ubicado en el sitio de El Limonal, un participante cuenta que cuando ya estaba lista la pelea, una heroína piedecuestana al estilo de Manuela Beltrán se subió en un promontorio de tierra, desde allí miraba las fuerzas girondinas y en un arranque de soberbia arengó contra los gironeses con frases tan deprimentes y agresivas que los obligó a volver la espalda y regresar muy compungidos y tristes al alero patrio (Valenzuela, 1996: 61).

Manuel Ancízar (1853) resalta en sus crónicas la singular laboriosidad de sus moradores, amantes de la música y la poesía, del observar silencioso y pausado, del ocio discreto con repentinos arrebatos de algarabía. Dueños de un temperamento que le han hecho fama y, sin embargo, deseosos del trato ajeno. Estas cualidades

las encontramos entre sus personajes más distinguidos que son [muchos]: Victoriano de Diego y Paredes, Vicente Arenas Mantilla, Carmenza Mantilla, Balbino García Arenas, Daniel Mantilla Orbegozo, Joaquín Quijano, entre otros (Valenzuela, 1996).

A los garroteros –como comúnmente se le conoce a la población de Piedecuesta– siempre les ha gustado apropiarse desde su cotidianidad de los parajes más representativos del pueblo, por ello no es extraño verles varias veces al día en la iglesia principal o cerca a la fuente del parque La Libertad. Es un lugar de encuentro de las viejas amistades y de los “conocidos”, que cada vez son menos por el acelerado crecimiento de la urbe.

El plano ajedrezado del municipio evidencia los rasgos urbanísticos de una ciudad colonial, tal como se dispuso en las Ordenanzas de Descubrimiento y Población decretadas por Felipe XI en 1573 (ver el trabajo de Heineberg, 1996). Alrededor de una plaza rectangular se construyeron los principales edificios del poder seculares y eclesiástico como el ayuntamiento, la parroquia, el consejo municipal y la cárcel –dependencia que funcionó hasta mediados del siglo XX en la carrera 6, entre calles 9 y 10–. Por un tiempo, en 1956, también se estableció allí el cuartel de policía (Valenzuela; 1996). Esta zona, el centro del pueblo, fue el eje en torno al cual se asentaron las familias más opulentas y prestigiosas de la localidad –familia Barco Sorzano y Sorzano González–, procurando el esquema de segregación centro-periferia que se reprodujo en la mayoría de las colonias latinoamericanas.



Foto 14. Iglesia San Francisco Javier (derecha) y Palacio Municipal. Parque La Libertad.

Pese a ello, el crecimiento urbanístico en los periodos posteriores a la fundación de Pie de la Cuesta no conservó el estricto modelo de cuadrícula, ya que se modificó hacia un crecimiento lineal que seguía el curso de la vía de paso, con el fin crear establecimientos comerciales para los viajeros. Posteriormente, con la construcción de la autopista Piedecuesta-Bucaramanga, el esquema se modificó de nuevo. Se fue generando una expansión vertical más alejada del centro durante el desarrollo de nuevos barrios y complejos habitacionales en el lugar antes conocido como el “potrero de los Sorzano”.



Foto 15. Área urbana. Municipio de Piedecuesta. Fuente: [maps.google.com] modificado.

Bajo la narrativa de uno de sus habitantes salen a relucir los sitios más emblemáticos de los alrededores del parque central, en donde por mucho tiempo se ubicó la plaza de mercado, antes de la construcción de la casa en donde ahora se reúnen los campesinos para hacer su venta –legumbres, frutas, panela, cuajada, queso, artesanías–. El atrio es un punto de referencia, frente al cual se alzan la iglesia principal, la alcaldía y la otra iglesia, como le llama nuestro informante, que en realidad es el templo del Perpetuo Socorro.

“Enfrente del parque es donde queda la iglesia, la alcaldía, la otra iglesia y todas las dependencias de la alcaldía. Y aquí a lo último queda la iglesia principal (San Francisco Javier). Porque aquí había otra iglesia (Perpetuo Socorro); pero la cerraron porque ahí hubo un muerto” (Gustavo, AC-Ru; 73, vereda Barroblanco).

El centro es un sector comercial en donde las grandes casas familiares fueron reemplazadas por cafeterías, farmacias, supermercados, bancos y almacenes de ropa. Sin embargo, el recuerdo de la Pie de la Cuesta del siglo pasado, sigue latente.



Foto 16. Establecimientos comerciales que rodean el Parque La Libertad.



Foto 17. Lugar en donde se ubicó la antigua cárcel y la alcaldía municipal.



Foto 18. Fuente del parque de La Libertad.

Las calles empedradas de la antigua plaza estaban inundadas de gente y animales de carga en los días de mercado. El despacho del alcalde, ahora instalado contiguo a la Iglesia San Francisco Javier, funcionaba en el segundo piso de una vieja casona sobre la carrera 6, compartiendo espacio con la cárcel municipal. En la calle 9, entre carreras 6 y 7, existía una pila pública en donde durante el día los habitantes y visitantes del sector se abastecían de agua ante la ausencia de un acueducto, y en donde por las noches se lamentaba la famosa “la llorona”. Otra bocatoma, alimentada también por el río de Oro, bajaba por la calle 10 –porque en Piedecuesta no faltaba el agua– muy cerca de la famosa “esquina de los varados” o desempleados del pueblo.

“Aquí era –en referencia a la esquina de los varados– donde todo el mundo que no tenía nada que hacer, se paraba en esta esquina; entonces el hacendado, el dueño de la hacienda, como cuando eso el fuerte de la economía de este pueblo era la panela. Entonces el hacendado llegaba aquí a contratar [...] todo el personal que necesitaba para la labor de la molienda” (Gustavo, AC-Ru; 73, vereda Barroblanco).

Los residentes de Piedecuesta siempre disfrutaron de los grupos de música y de la venta de guarapo, actividades solamente desplazadas, como acto solemne, por la

Semana Santa, una de sus fiestas más importantes. La celebración de la Semana Mayor se considera aún como el evento religioso, cultural y turístico emblemático del municipio, tiempo en el que se realiza un magno despliegue procesional y artístico organizado por la alcaldía y dirigido por la iglesia de San Francisco Javier.



Foto 19. Procesiones por el parque central durante la Semana Mayor en Piedecuesta.

1.2 Geografía y localización geopolítica del municipio

En medio de este vergel iluminado por un sol radiante aparece Piedecuesta, extendiendo sus casas a la sombra de las arboledas, por encima de las cuales sobresalen las torres de dos templos contiguos; paisaje admirable, siempre bello y fresco, ya se le mire desde la escarpada elevación de Jerira o desde la culminante altura de Granadillo, sobre la serranía de Juan Rodríguez.

Ancízar. Peregrinación de Alpha

El municipio de Piedecuesta, con una extensión territorial de 481 kilómetros cuadrados, hace parte del departamento de Santander y se localiza en la zona “oriental de Colombia a 6°59’06’’ de latitud norte y 1°01’17’’ de longitud al este del meridiano de Bogotá” (Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres-PMGR, 2013: 34).



Figura 11. Localización geográfica del Municipio de Piedecuesta con relación al Área Metropolitana de Bucaramanga. Plan de Desarrollo de Piedecuesta, 2012.

El municipio de Piedecuesta se encuentra muy cerca de la capital del departamento, Bucaramanga, a unos 17 km, por lo cual hace parte de su área metropolitana junto con los municipios de Floridablanca y Girón. La morfología del territorio se caracteriza por diversidad de montañas, valles, colinas y mesetas que determinan la variada climatología de la región y la principal actividad económica de la zona: “la agricultura” (cultivo de maíz, arveja, trigo, cebolla, hortalizas, arracacha, distintos pastos, verduras, algunos frutales, plátano, yuca, tomate, tabaco, mora y caña de azúcar).

Hacen parte de Piedecuesta “las cuencas hidrográficas de los ríos Lato y Quebrada Grande, parte media y alta del río de Oro, la mayor parte del área de Piedecuesta del río Manco, cuenca baja del río Umpalá, cuencas altas de las quebradas La Lejía y la Honda y parte del río Chicamocha” (PMGR, 2013: 34). De igual forma hacen parte del territorio municipal 15 quebradas que funcionan como fuentes de agua potable, extracción de arena, sistemas de regadío para cultivos y transporte de aguas residuales, actividades con un fuerte impacto ambiental. La abundante hidrografía del municipio lo sitúa en la zonificación de recursos nacionales como un territorio productor de agua, esto por su ubicación en la Cordillera Oriental.

Piedecuesta limita al norte con el municipio de Tona y Floridablanca, al occidente con Girón, al oriente con la localidad de Santa Bárbara y al sur con los territorios de Guaca, Cepita, Aratoca y Los Santos; “límites que a su vez demarcan las fragmentaciones del relieve municipal por la falla de Bucaramanga al oriente, el nudo sísmico y la falla de los Santos al sur, la falla del río Suárez al occidente y las fallas de Ruitoque y río de Oro por el norte” (PMGR, 2013: 34). Respecto a la división política, el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC) reconoce como veredas geográficas de Piedecuesta a 40 fracciones territoriales (Pérez, 2012), sectores que en su mayoría se encuentran segmentados en Juntas de Acción Comunal (JAC) rurales, mismas que a partir de la constitución de 1991 son reconocidas como organizaciones veredales visibilizadas en los Planes de Ordenamiento Territorial.

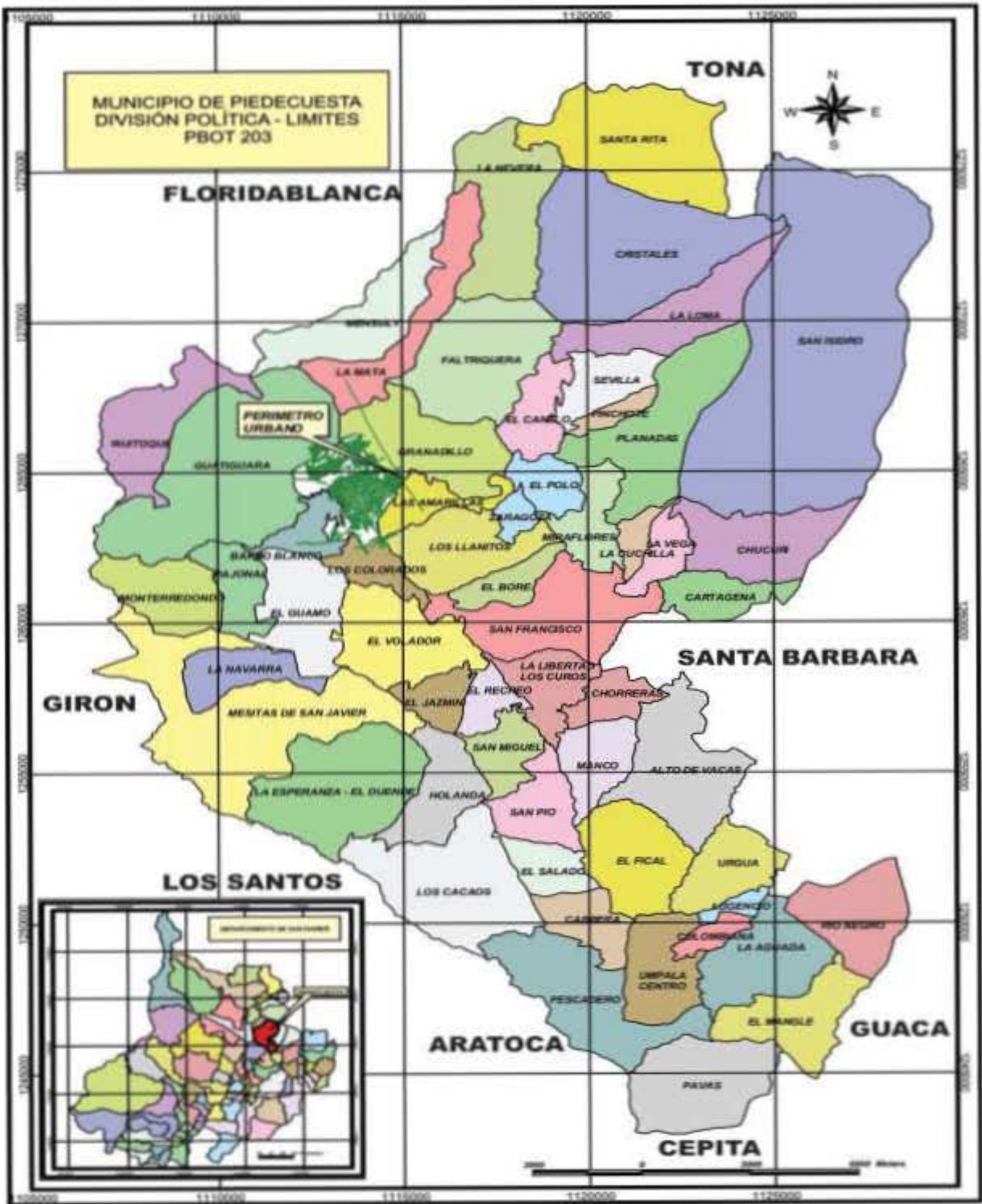


Figura 12. División política del municipio de Piedecuesta PMGR, 2013.

El área geográfica que representa el casco urbano de Piedecuesta está configurada por 192 divisiones territoriales que se identifican como barrios, urbanizaciones, conjuntos residenciales y condominios campestres. Esta división política exime asentamientos irregulares conformados principalmente por población desplazada de departamentos o localidades cercanas, víctimas de violencia o de los efectos de algún desastre, que ascienden para la fecha a un total de 10 sectores no legalizados ni reconocidos por la Administración Municipal.

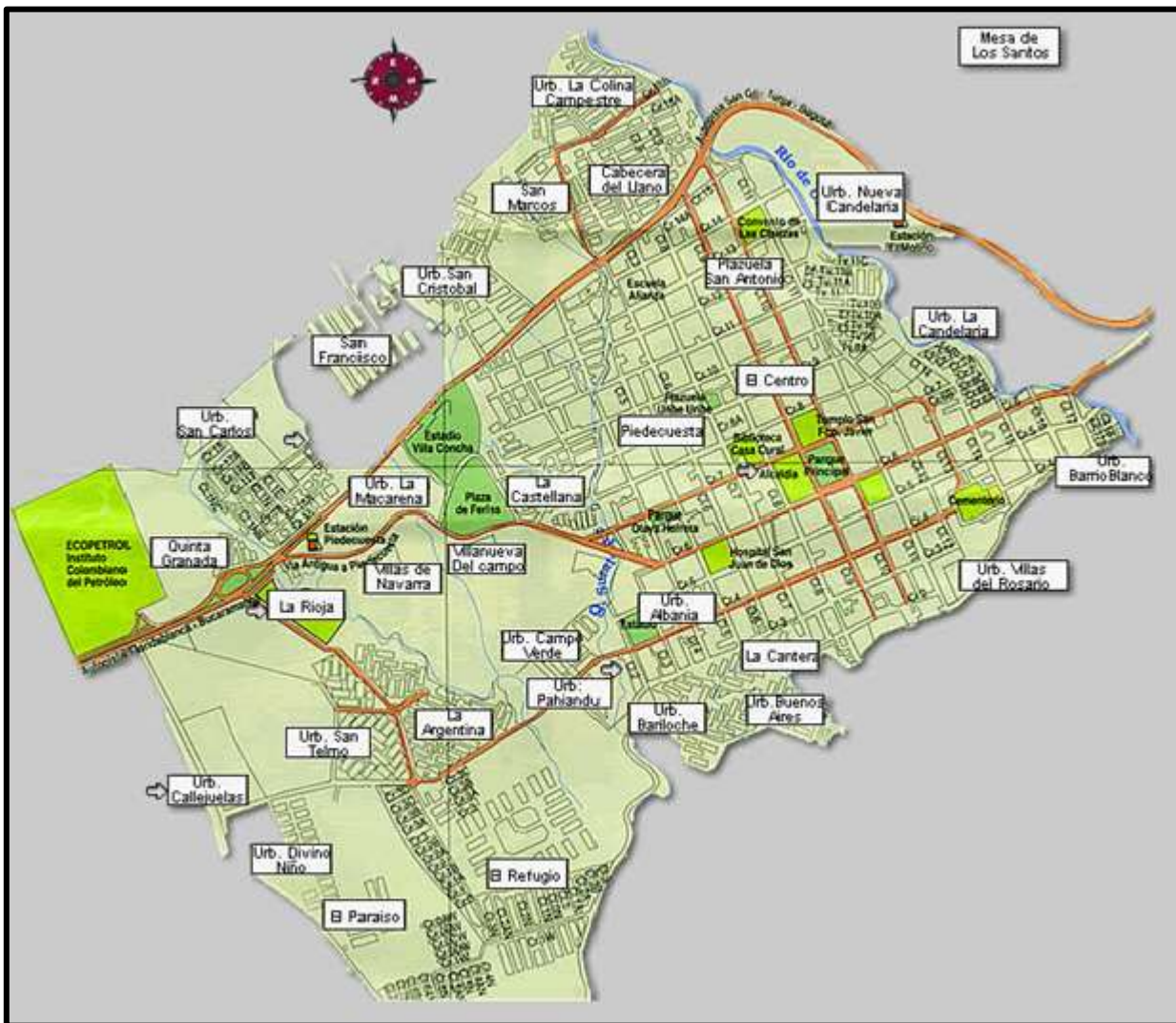


Figura 13. División política urbana del casco urbano del municipio de Piedecuesta.

Los procesos de descentralización y autonomía local marcan características territoriales y administrativas importantes que representan particularidades a tener en cuenta desde el análisis físico-social. Para el año de 2007 Piedecuesta ya hacía parte de los municipios de primera categoría, según lo establecido por la ley 617 de

2000 –con modificación de la ley 1551 de 2012– respecto a eficiencia fiscal, número de población e ingresos corrientes de libre destinación; es decir, recaudos por impuesto predial y otros tributos. El cambio de categoría requiere de un ajuste de los porcentajes de ingresos propios asignados para el gasto de funcionamiento e inversión, asegurando un límite al capital dirigido hacia el primer ítem (funcionamiento) y un aumento de los recursos destinados para el segundo (inversión). Ver tabla 1.

Tabla 1. Porcentajes máximos de gasto de ingresos de libre inversión municipales y distritales para funcionamiento e inversión

Categoría	Población	Ingresos corrientes de libre destinación anuales	Límite de porcentaje asignado para funcionamiento	Porcentaje asignado para reinversión
Especial	Superior o igual a los 500,001 habitantes	Superiores a 400,000 salarios mínimos legales mensuales vigentes (Smlv)	50%	50%
Primera	100,001 - 500,000 habitantes	Superiores a 100,000 y hasta 400,000 Smlv	65%	35%
Segunda	50,001 - 100,000 habitantes	Superiores a 50,000 y hasta 100,000 Smlv	70%	30%
Tercera	30,001 - 50,000 habitantes	Superiores a 30,000 y hasta de 50.000 Smlv	70%	30%
Cuarta	20,001 - 30,000 habitantes	Superiores a 25,000 y hasta 30,000 Smlv	80%	20%
Quinta	10,001 - 20,000 habitantes	Superiores a 15,000 y hasta 25,000 Smlv	80%	20%
Sexta	Igual o inferior a 10.000 habitantes	No superiores a 15,000 Smlv	80%	20%

Fuente. Elaboración propia, con información de la Ley 617 de 2000 y 1551 de 2012.

Cabe resaltar que dentro de la inversión pública o social se encuentra contemplada la temática de gestión del riesgo, por lo tanto, el aumento de este tipo de inversión puede reflejar una mayor capacidad económica para afrontar los procesos de desastre, al mismo tiempo que facilita la interacción directa entre la autoridad municipal y las Juntas de Acción Comunal (JAC), organizaciones que en los territorios de primera categoría (grandes municipios) pasan a ser registradas y controladas por la municipalidad²¹.

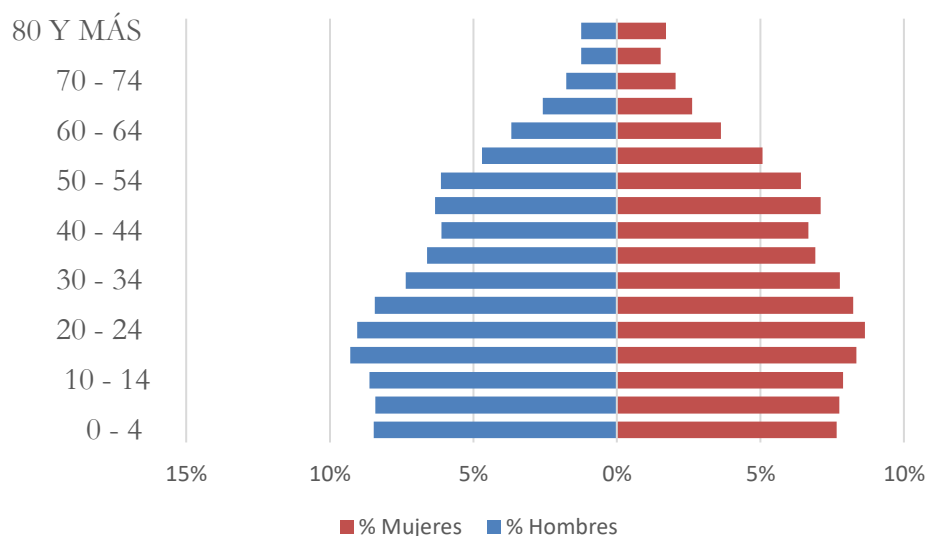
²¹ En los municipios de categoría intermedia estas organizaciones son registradas y controladas por el gobierno departamental.

1.3 Perfil poblacional y características de habitabilidad

En 1850 fallecieron 181 personas, es decir, una por cada 80,3 de la población total, y nacieron 333, que corresponden a una por cada 43,6 individuos; así la población aumenta con rapidez, particularmente en las bellas estancias de Guatiguará, donde todos son inmediatos parientes, todos propietarios y por rareza se hallará un débil o contrabecho.

Ancizar. Peregrinación de Alpha

El municipio de Piedecuesta cuenta con una población de 159,760 habitantes, según las proyecciones de 2005-2020 (DANE, 2018).



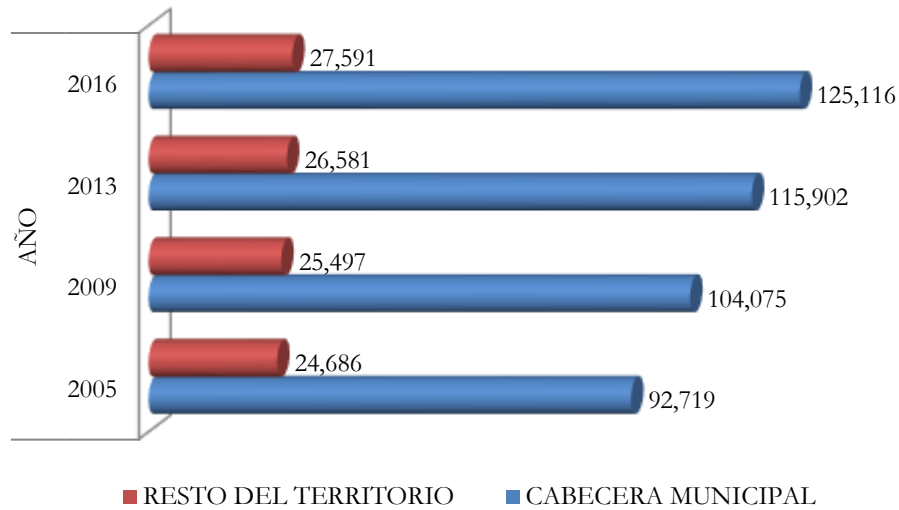
Gráfica 6. Pirámide poblacional del municipio de Piedecuesta. Elaboración propia con datos del Plan de Desarrollo de Piedecuesta, 2016.

La pirámide demográfica que representa la estructura de la población por sexo y edad en el municipio (ver gráfica 6), evidencia que gran parte de la población piedecuestana se concentra en el rango de edad de 20 a 24 años, con porcentaje de 8.83% (9.04% de hombres y 8.64% de mujeres) respecto al total del tamaño de la población municipal. Los siguen en representatividad los hombres y mujeres de edades entre 15 y 19 años, con porcentaje de 8.81% (9.29% y 8.35% en cada variable, respectivamente). Un comportamiento contrario, es decir, con una baja

representatividad en el tamaño total de la población, son los hombres y mujeres en edades entre los 75 y 79 años, con porcentaje de 1.4% (hombres= 1.2%; mujeres= 1.5%). Los grupos correspondientes a los rangos entre 30 a 39 años, aunque constituyen un tamaño mayor que los grupos poblacionales que exceden los 60 años, presentan un menor porcentaje que los individuos de 15 a 19 años y de 20 a 24 años, situación que puede ofrecer información respecto a la tendencia migratoria de la población potencialmente activa, sobre todo en el caso de los hombres (ver anexo 2).

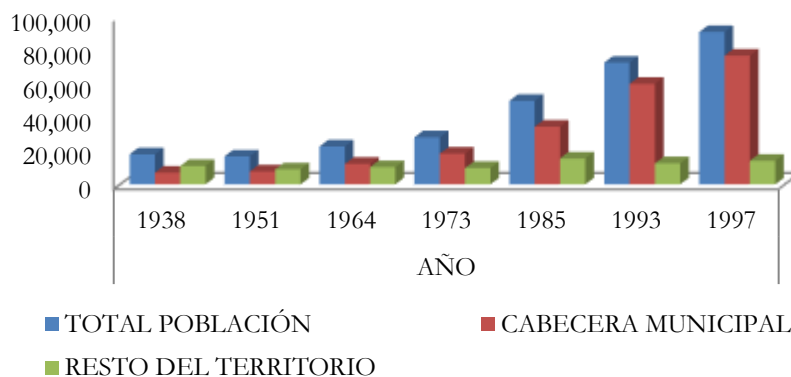
La simetría de la pirámide muestra que el porcentaje de mujeres en edad potencialmente activa de los 30 a los 59 años, es superior al porcentaje de hombres en este mismo rango. De igual forma, en las categorías de mayor edad las mujeres presentan un número ligeramente superior a los hombres, excepto en el grupo de 60 a 64 años, en donde el porcentaje es el mismo (3.6%) –ver anexo 2–. Otro aspecto importante se relaciona con el decrecimiento de la tasa de natalidad que se revela para el municipio en los últimos 10 años, condición manifiesta en la gradual disminución de la base piramidal. No obstante, pese a las modificaciones que se han develado en la tasa de natalidad, los embarazos en adolescentes –con los factores de riesgo físico, psicológico, social y económico que estos conllevan– siguen presentándose como un fenómeno social que requiere de la atención de las autoridades competentes, así como de acciones conjuntas que busquen el desarrollo de programas especializados en la atención de infancia y adolescencia.

De acuerdo con los datos manejados por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), el municipio de Piedecuesta presentó en el año 2016 un total de 152,707 habitantes, cifra representativa para un territorio que alberga aproximadamente el 80% de su población en el casco urbano (ver gráfica 7), con una densidad poblacional cercana a 283 habitantes por kilómetro cuadrado. El casco urbano solamente representa el 3.3% del territorio municipal.



Gráfica 7. Proyección de población rural y urbana del municipio de Piedecuesta 2005-2016. Elaboración propia con información de base DANE (junio, 2018).

Esta tendencia de concentración poblacional se muestra como uno de los tantos males de la rápida urbanización, proceso que para el caso colombiano se intensificó a partir de mediados del siglo XX con los proyectos de industrialización, la acelerada recuperación demográfica y el recrudescimiento de la violencia en el campo (Rueda, 1999). El territorio piedecuestano ha experimentado, tal como lo muestra la gráfica 8, la precipitada reducción de la sociedad rural que ha migrado hacia el pueblo, generando una alta presión sobre el espacio del casco municipal, pese al alto potencial de reurbanización que presenta la localidad.



Gráfica 8. Población rural y urbana del municipio de Piedecuesta 1938-1997. Elaboración propia con información de base DANE, censos de población y vivienda (1938-1997).

Simultáneo al éxodo del campo a la ciudad, el acelerado ritmo de urbanización en Piedecuesta responde a dos importantes fenómenos de emplazamiento poblacional. Por un lado, la población urbana atraída por la cercanía del municipio con el centro administrativo, político, económico y de servicios del departamento (Bucaramanga), ante la saturación física de otras localidades como Floridablanca y Girón²². Este fenómeno se relaciona con el aumento de proyectos urbanísticos en el territorio piedecuestano.

Por otro, la población víctima del desplazamiento forzado que proviene de diversos municipios de Santander –Magdalena Medio Santandereano, Soto Norte y Rionegro– y de departamentos (estados) cercanos –Norte de Santander, Arauca, Bolívar y sur del Cesar–, aquejados por la violencia del conflicto armado interno o el desarrollo de desastres (PMGR, 2013: 40). Los asentamientos irregulares de alta precariedad que conforman este último grupo de población se ubican, de acuerdo con la alcaldía, en un 88% en laderas y en un 12% en planicie estable (ver figura 14).

²² Las constructoras han encontrado en Piedecuesta un sector atractivo para el desarrollo de proyectos privados de casas y apartamentos. En consecuencia, la oferta de vivienda en esta zona ha crecido en relación con otros municipios como Floridablanca y Girón.

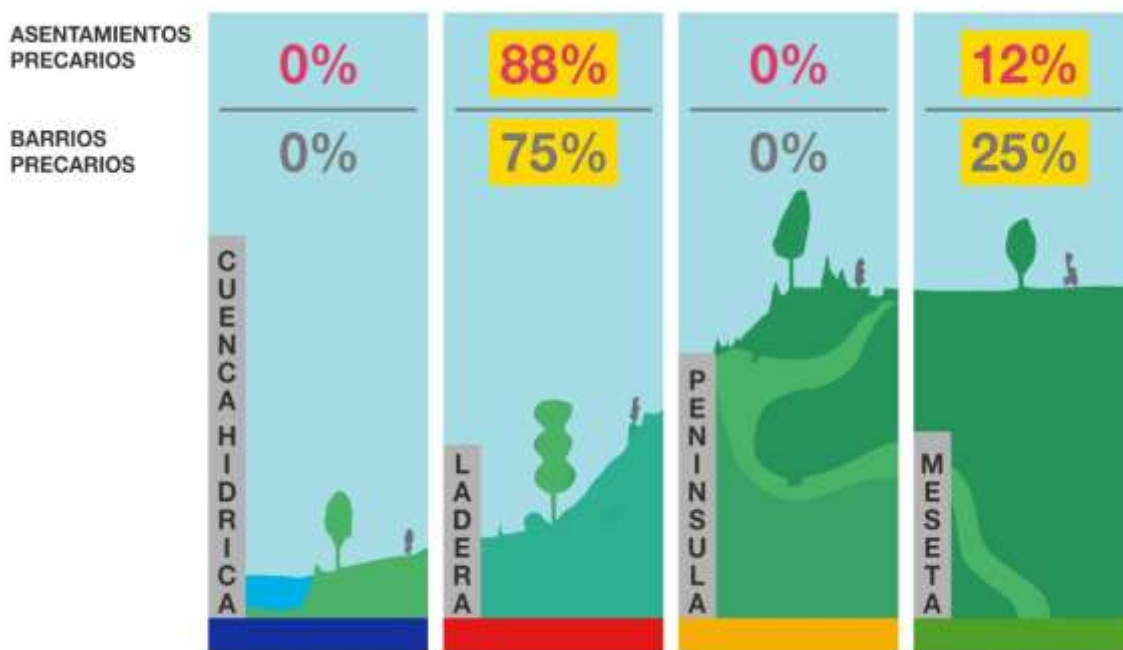


Figura 14. Localización de los asentamientos precarios del municipio de Piedecuesta, PMGR, 2013.

Cabe resaltar que estos sistemas de asentamientos precarios pueden distinguirse a su vez en dos categorías que, aunque presentan condiciones de habitabilidad similares, obedecen a dinámicas de asociación y origen muy diferentes.

- ✓ Barrios precarios: Formas de crecimiento que se sustentan en el aprovechamiento de suelo rústico o urbano que pueden ser la extensión de sectores legales, pero debido a las dinámicas de propiedad, las características del medio natural, los aspectos de construcción y la limitada cobertura de los servicios públicos, no cumplen con las condiciones necesarias para la habitabilidad digna, segura y adecuada.
- ✓ Asentamientos precarios: Conglomerado de unidades de vivienda carente de los componentes integrales de habitabilidad que se originan por medio de ocupación o invasión de terrenos –rural, periférico o urbano, públicos o privados–, y que pueden continuar poblándose mediante la compra-venta ilegal de predios. La ocupación se da, generalmente, como una alternativa ante diversos tipos de presiones externas del orden social, económico y/o

ambiental (Observatorio de Precariedad Urbana del Área Metropolitana de Bucaramanga, 2013).

Se estima que un 8.2% (10,315 habitantes) de la población vive en asentamientos periurbanos pobres, así como un 9.2% (11,522 habitantes) se sitúa en barrios precarios, llegando a conformar casi el 18% del total de los residentes urbanos municipales para 2016 (Observatorio de Precariedad Urbana del Área Metropolitana de Bucaramanga, 2013).

El sector sur-occidente del casco municipal se ha convertido, en los últimos 10 años, en zona de emplazamiento de infravivienda como son las comunidades de “Cerros del Mediterráneo, Brisas de Primavera I y II, Los Cedros, Villa Mar, Los Cisnes y San Silvestre” (Alcaldía de Piedecuesta, 2008: 111). Los asentamientos precarios se han ubicado principalmente en la escarpada de la mesa de Ruitoque que da al Valle de Guatiguará, zona en la que se establecieron las comunidades de Nueva Colombia y Altos de Guatiguará con un total de 1,200 viviendas (Alcaldía de Piedecuesta, 2008). A su vez, en Guatiguará se registran tres asentamientos de desplazados: “Nueva Colombia” –comunidad con la que se realizó talleres de cartografía social–, “La Vega”, y “Altos de Guatiguará” con aproximadamente 860 familias.

Las zonas de laderas, de acuerdo con los estudios de zonificación sismogeotécnica indicativa desarrollados por la CDMB²³ e Ingeominas, presentan comportamientos geotécnicos desfavorables y difícilmente podrán soportar las actividades de tala y remoción de vegetación para la construcción de infraestructura habitacional, destacando que las características de este tipo de terreno apenas pueden ser mitigadas por medidas y obras de carácter ingenieril. En consecuencia, los asentamientos irregulares en Piedecuesta se enfrentan a fenómenos de remoción en masa, erosión y avenidas fluviotorrenciales –los tipos de amenazas y las características físicas del territorio serán especificadas en el apartado de contextualización ambiental del municipio–. De igual forma se han identificado diversos problemas asociados a las condiciones de precariedad, tales como el consumo de sustancias psicoactivas, la prostitución, la violencia intrafamiliar, la delincuencia y la inseguridad generalizada. La situación parece agravarse ante el

²³ Corporación Autónoma Regional para la Defensa de la Meseta de Bucaramanga.

incremento de la compra-venta ilegal de predios, principal modalidad de ocupación de asentamientos periurbanos pobres, que expone cada vez más personas a las amenazas y vulnerabilidades ya mencionadas.

“[...] Pero si uno se va a mirar, por ejemplo, en las grandes invasiones, son carteles de esas invasiones. Hoy invaden ese cerro ¿cierto? Y uno va y mira, llega, y los líderes son [...] ya identifica esos líderes; pero va de pronto, hay invasión en otro lado, y de pronto le da por algún motivo a ir y mirar y hacer los estudios, allá están los mismos líderes; entonces que hacen esos, son carteles que llegan y le dicen, reúnen cierta cantidad de gente y dicen aquí podemos meter 50 o 60, reunámoslos y los traemos y los hacemos que se metan aquí a las malas y hagan aquí sus cambuches [rancho o vivienda precaria], y hagan sus cosas ¿cierto? Ellos a la par, como ven que eso es manejable, entonces lo hacen y después empiezan a vender sus propiedades, sus mejoras” (Alfredo, AI; 60, jefe de operaciones de Bomberos Voluntarios de Piedecuesta).

Los sectores reconocidos por la administración pública, que son identificados plenamente en los planes de ordenamiento territorial y en donde se han emplazado las familias tradicionales de la localidad y la población proveniente de otras urbes, responden a ciertas formas particulares de apropiación del espacio y producción del hábitat, relacionados con dinámicas comunitarias, ambientales y económicas que dan cuenta de la complejidad del territorio. Se habla entonces de barrios originados en la época de la colonia, modernos complejos residenciales desarrollados en los últimos 30 años por el sector de la construcción y barrios que han sido producto de las Organizaciones Populares de Vivienda (OPV).

El casco urbano de Piedecuesta está conformado por 16,500 viviendas organizadas en aproximadamente 720 manzanas o cuadrantes (espacio urbano delimitado por calles). Los sectores residenciales que cuentan con un mayor número de viviendas –y por ende de población– son: San Carlos, Cabecera I y II, San Rafael, Centro, La Feria, San Cristóbal, San Francisco, La Argentina y El Refugio. Estos barrios se encuentran en un rango de 500 a 1,300 viviendas, mismas que registran un promedio de 7 individuos por unidad habitacional. El global de esta área cubre 7,583 hogares y una población cercana a los 53,000 habitantes (Alcaldía de Piedecuesta, 2008), cifra correspondiente a más del 30% del total de la población municipal.

Por otra parte, el sector Centro, integrado por los barrios El Molino, La Tachuela, Suratoque, Albania, La Feria, Hoyo Chiquito, San Rafael, San Antonio, El Trapiche, Monserrate y Hoyo Grande, se presenta como la zona más densa con aproximadamente 25,000 habitantes en 4,000 viviendas. Lo anterior como consecuencia de la transformación de antiguas residencias familiares –que se caracterizaban por el tamaño de sus lotes– en edificios y viviendas colectivas. “Este sector mantiene un índice de ocupación superior al 0.9 y un índice de construcción de 3.0. Teniendo como consecuencia una densidad poblacional de 230 hab/ha o lo que es igual a 37 viviendas/ha, con un índice de 0.88 m²/persona de áreas verdes en el sector” (Alcaldía de Piedecuesta, 2008: 111).

1.4 Componente socioeconómico del municipio

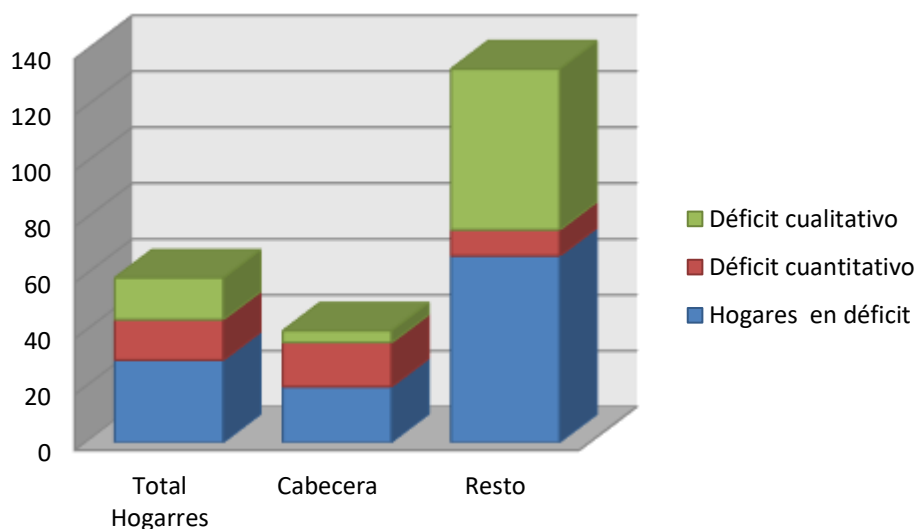
Cuando las actividades económicas de una localidad se ven afectadas por el desarrollo de un fenómeno natural o antropogénico, las expectativas de ingreso y calidad de vida disminuyen considerablemente, acrecentando así el nivel de vulnerabilidad de las poblaciones damnificadas. En este sentido, la relación amenaza, riesgo y vulnerabilidad se hace cada vez más evidente y la elaboración de esquemas analíticos que permitan reconstruir la dimensión social, económica y política del territorio se presenta indudablemente necesaria. A razón de lo anterior, valiéndose del trabajo de campo y de la investigación documental, se ha elaborado el siguiente diagnóstico social del municipio.

- **Condiciones de vivienda, educación y salud en el municipio**

A junio de 2012, según datos del DANE (2012), las personas en condiciones de necesidades básicas insatisfechas en Piedecuesta representaron un 14.3% del total poblacional, 8.3% en la cabecera urbana y 36.9% en el resto del municipio. Este dato se relaciona con carencias a nivel de vivienda, servicios sanitarios, educación básica e ingreso mínimo, problemáticas que, de acuerdo con las observaciones hechas por los residentes, requieren una pronta respuesta por parte del gobierno local.

Referente a las condiciones de vivienda, la información del último censo nacional revela cifras alarmantes en cuanto al déficit cuantitativo y cualitativo de los hogares piedecuestanos. De un total de 29,487 hogares, el 29.5% (8,704 hogares) presentan algún tipo de carencia en materia de vivienda, especialmente los hogares de la zona

rural (66.8%). Para el caso del déficit de tipo cualitativo –“paredes sin carencia en su estructura (paredes estables), pero con piso de tierra, hacinamiento mitigable y/o carencia de algún servicio público domiciliario” (ONU-Hábitat, 2006; 29)–, el casco urbano presenta un 4.23%, mientras en el resto del municipio el porcentaje de esta variable se eleva a 57.5% (DANE, 2005).



Gráfica 9. Déficit de vivienda en el municipio de Piedecuesta. Elaboración propia con datos del Censo, 2005.

“El esquema urbano del Municipio de Piedecuesta se ha incrementado aproximadamente en 15,566 viviendas en los últimos años” (Alcaldía de Piedecuesta, 2012: 57), destacando que la mayoría de estos domicilios corresponden al estrato 2 –un estimado de 8,183 viviendas–.

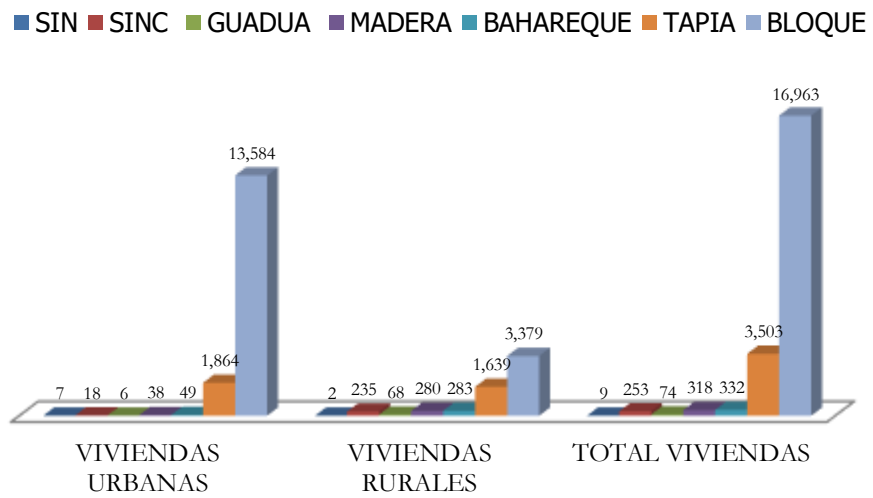
Los materiales que más predominan en la edificación de paredes son el bareque, la tapia y el bloque; la baldosa, el cemento y la tierra o arena son los elementos más utilizados en la construcción del resto de la vivienda. Cabe resaltar que las estructuras habitacionales que presentan una mayor vulnerabilidad física son edificaciones de autoconstrucción moradas en su mayoría por la población de la periferia, así como las antiguas construcciones de la zona rural que también manifiestan una mayor exposición a fenómenos naturales.



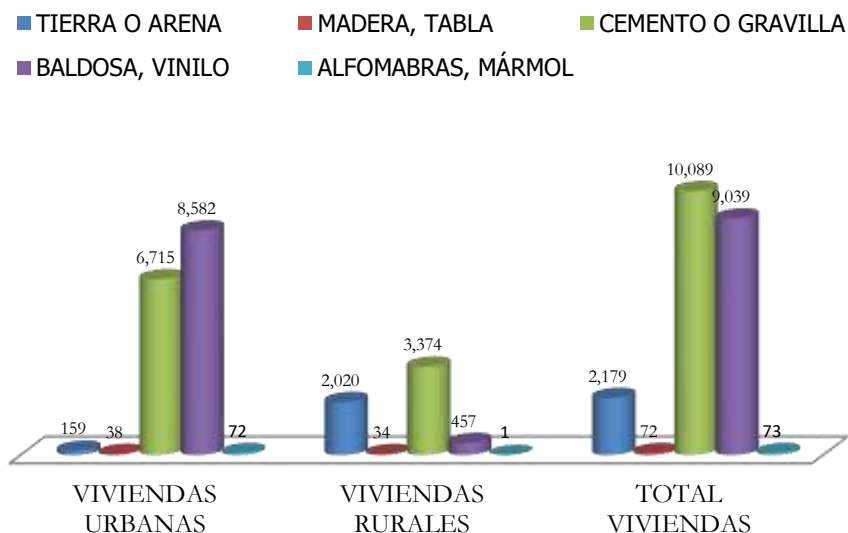
Foto 20. Viviendas de autoconstrucción.



Foto 21. Amenaza por laderas inestables (Sector Nueva Colombia).

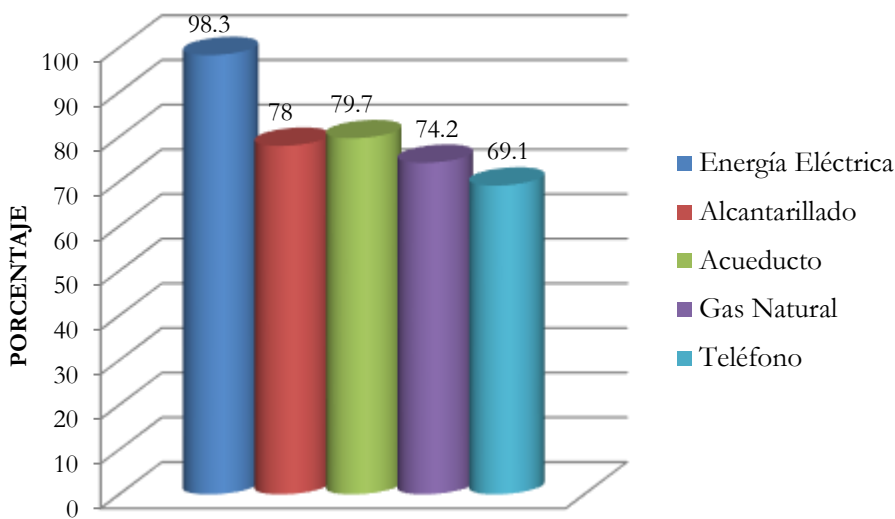


Gráfica 10. Material predominante de las paredes exteriores. Plan de Desarrollo de Piedecuesta, 2012.



Gráfica 11. Material utilizado en las viviendas. Plan de Desarrollo de Piedecuesta, 2012.

En lo que respecta a la cobertura de servicios públicos, del total de viviendas en el municipio, el 98% tiene conexión a energía eléctrica, el 78% y el 79% cuentan con acceso a servicios de alcantarillado y acueducto, respectivamente. Las viviendas con conexión telefónica únicamente representan el 69% de los hogares del municipio (DANE, 2010). De acuerdo con el DNP, para el año 2015, la cobertura total de acueducto para Piedecuesta aumentó a 84% (Plan de Desarrollo de Piedecuesta, 2016).



Gráfica 12. Servicios públicos por vivienda en Piedecuesta. Elaboración propia con información de base DANE, Perfil Municipal, 2010.

No obstante, si la cobertura de servicios se caracteriza por zonas rurales y urbanas, estos datos varían considerablemente. Tomamos como ejemplo el perímetro sanitario cubierto por los servicios de agua potable y alcantarillado:

- el abastecimiento de agua potable en el casco urbano es de 98% y el servicio de saneamiento básico beneficia al 99% del total de los usuarios. El 2% y 1% restantes corresponden a tres sectores urbanos conocidos como Halcón de Granada, San Pedro-Granadillo parte alta y Villa San Juan parte alta;
- para la zona rural la cobertura de agua potable disminuye a un 53% y las actividades de saneamiento básico solamente cubren un aproximado del 58% del total de usuarios (Plan de Desarrollo de Piedecuesta, 2012 y 2016). Estos servicios son reemplazados por acueductos veredales –con fallas en la distribución y captación del recurso–, la implementación de cisternas, filtros de agua potable, tanques de almacenamiento y pozos profundos –medidas insuficientes durante el llamado “tiempo seco” o de bajos niveles de precipitación–, así como con la construcción de pozos sépticos que pueden causar graves daños en la salud humana y el medio ambiente.



Foto 22. Filtros de agua donados por el Club Rotario Calgary South de Canadá y el Club Rotario Bucaramanga Ruitoque.



Foto 23. Tanques de almacenamiento.



Foto 24. Cisterna o aljibe.

El sector de la educación también manifiesta cifras interesantes. La tasa de analfabetismo en Piedecuesta es de 7%. El 6% de la población total urbana no sabe leer ni escribir y más del doble, es decir, 13% de los sujetos de la zona rural son analfabetas. En el área urbana las personas de 3 a 24 años que asisten a un establecimiento educativo formal representan el 65.8%. La cifra de infantes y jóvenes matriculados en educación preescolar, básica y media vocacional corresponde, para el año de 2013, a 31,338 estudiantes; el 79% de esta demanda está cubierta por instituciones públicas. El 40.4% de los residentes municipales ha alcanzado el nivel de básica primaria y el 33.5% secundaria; el 5.1% se encuentra titulado en estudios profesionales y únicamente el 0.9% ha realizado estudios de especialización y posgrados. Aquellos habitantes sin ningún nivel educativo corresponden al 8.7%. (DANE, 2010).

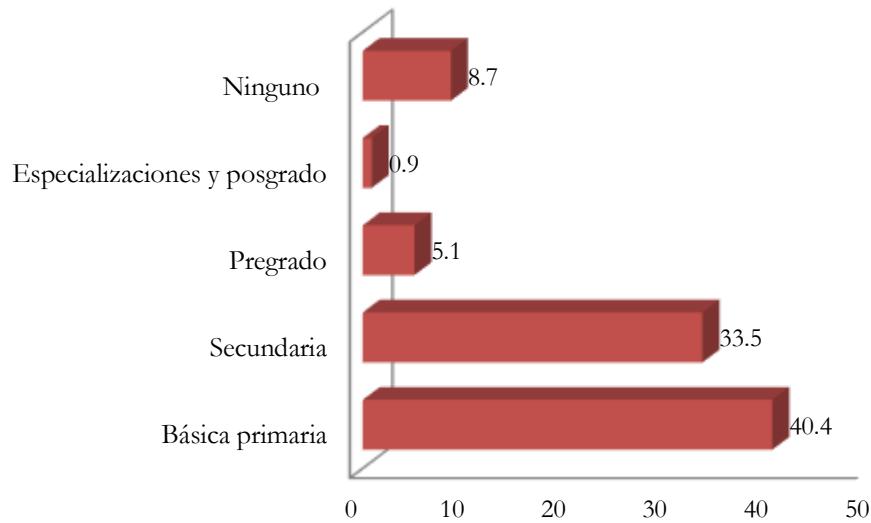


Gráfico 13. Nivel educativo de la población residente en Piedecuesta. Elaboración propia con datos del DANE, Perfil Municipal, 2010.

Para los servicios de salud pública el municipio cuenta con un hospital local, el cual presta consulta externa, urgencias y hospitalización. Los principales problemas de este centro de salud se relacionan con la constante sobresaturación del servicio, la falta de personal especializado y, en muchos casos, la carencia de instrumentos necesarios para el desarrollo de este tipo de estudios, razones que obligan a los potenciales usuarios a trasladarse a la ciudad de Bucaramanga ante la necesidad de diagnósticos y tratamientos específicos. Para el caso de las pobladoras y los pobladores rurales el acceso a servicios de salud se complica aún más, ya que la distancia entre muchas de estas comunidades con respecto al casco urbano y el mal estado de algunas vías alternas de comunicación, dificultan el traslado de enfermos y heridos, poniendo en riesgo la vida de las personas. Estas emergencias (traslado de enfermos y heridos) son atendidas principalmente por el cuerpo de bomberos del municipio, resultando en el 2015 el tercer tipo de solicitud más frecuente para esta entidad, después de los accidentes de tránsito y los incendios forestales (entrevista Riaño, 2016).

En el municipio también se encuentra la Clínica Piedecuesta, establecimiento de carácter privado que presta servicios similares a los del hospital.

Actualmente el modelo de salud en el país está presentando cambios significativos en su estructura como consecuencia de la Ley Estatutaria 1751 de 2015. Uno de los principales motivos de la reforma ha sido las dificultades en la relación Fondo

de Solidaridad y Garantía (reemplazada por la Administradora de los Recursos del Sistema General de Seguridad Social en Salud (SGSSS) ADRES), entidades promotoras e instituciones prestadoras de salud (FOSYGA- EPS- IPS), en detrimento del bienestar del usuario²⁴, sobre todo de aquel que hace parte del desfinanciado régimen subsidiado. En Piedecuesta, según registros de la Alcandía, el número de instituciones prestadoras de servicios de salud (IPS) presentes en el municipio asciende a 5 IPS (activas) para el año 2015.

De conformidad con la base de estadísticas del SISBEN el municipio de Piedecuesta se encuentran con una distribución de las personas sisbenizadas discriminadas en 88,891 mujeres y 56,028 hombres; un total de menores de 7 años de 18,077; un total de mayores de 7 y menores de 18 de 18,933; mayores de 18 años 77,909; discapacitados 2,639; víctimas del conflicto 6,720; menores infractores 184, adultos mayores asilados 146, menores con discapacidad asilados 69. Menores asilados 50, pacientes psiquiátricos 16 y habitantes de calle 43 (Plan de Desarrollo de Piedecuesta, 2016: 42).

Un estimado de 45,803 personas se encuentran vinculadas al Régimen Subsidiado en Salud, conformado en su gran mayoría por familias en situación de desplazamiento y población vulnerable.

Piedecuesta, de conformidad con lo dispuesto por la Ley 715 de 2001, no es un municipio certificado en salud, razón por la cual los servicios de salud prestados a la población no afiliada son desarrollados mediante la Secretaría de Salud de Santander (nivel departamental). Bajo este esquema de operación, Piedecuesta no recibe, ni maneja recursos para la atención en salud de los grupos más vulnerables, condición que dificulta la temprana y eficiente resolución de las solicitudes y demandas presentadas por esta población.

Los programas de salud que se prestan directamente por la alcaldía son coordinados desde la Secretaría de Desarrollo Social. Dentro de los objetivos principales de este órgano municipal se encuentra el fomento de programas en nutrición, saneamiento y ambientes sanos, estrategias ejecutadas especialmente con población infantil, misma que presenta una importante prevalencia de malnutrición que se ha manifestado en problemas de desnutrición aguda (4.6%), retraso en crecimiento (3.4%), sobrepeso (19.5%) y obesidad (4.4%) –según información de PMGR respecto a prevalencia de malnutrición en menores de 5 años

²⁴ Las causas del colapso del sistema de salud colombiano son muchas y el escenario de crisis es complejo. Empero, con el fin de no desviarnos del tema de investigación, no será un campo para profundizar en este trabajo.

correspondientes al tercer trimestre del 2013—. Otra situación de salud pública resaltada por las autoridades y la población municipal, especialmente del área urbana y periurbana, son las adicciones y sus problemáticas asociadas, como por ejemplo la delincuencia (robos, homicidios, abuso sexual, prostitución). El expendio de drogas a menores de edad con el fin de inducirlos al consumo es una modalidad que se ha incrementado con el fin de aumentar la demanda local de sustancias psicoactivas como la marihuana (77%), las píldoras tranquilizantes o “pepas” (49%), y la cocaína (36%), sustancias de mayor consumo por población que oscila entre los 10 y los 25 años, según reportes de algunas fundaciones presentes en el municipio (Vecino, 2009).

Este contexto social también encuentra referencia en la naturaleza de las principales actividades económicas de la región. Las actuales características, oportunidades y amenazas que experimentan dichas actividades en relación con la dinámica del mercado nacional, permiten dimensionar el global de factores que configuran la vulnerabilidad del municipio.

- **Contexto económico en Piedecuesta**

Piedecuesta, pese a la paulatina reducción de las tierras destinadas para el cultivo y al crecimiento de la frontera urbana, sigue siendo un municipio principalmente agrícola y esto se evidencia en la importancia que mantienen las actividades del sector primario en la economía de la zona –2,043 ha destinadas a la actividad agrícola—. La producción histórica del municipio se relaciona con la siembra de caña de azúcar, hortalizas, mora, fique, café y algunas frutas (banano, naranja, mandarina, papaya y mango), alimentos que en su mayoría son destinados al consumo de los residentes del pueblo y que pueden ser adquiridos en la plaza de mercado. Se exceptúa el caso del tabaco, producto que ha logrado representatividad en el comercio nacional e internacional, gracias a la labor de pequeñas y medianas empresas que han mantenido a Piedecuesta como un territorio “autónomo tabacalero”.

Tabla 2. Piedecuesta. Producción agrícola

Piedecuesta (2011)	Área sembrada (ha)	Área cosechada (ha)	Producción (t)	Rendimiento (t/ha)	% participación en producción municipal	Tipo de cultivo
Maíz	72	72	150	2,1	0,90%	Transitorio
Limón	20	20	200	10,0	1,2%	Permanente
Mora	695	695	9.035	13,0	54,4%	Permanente
Tomate	55	55	1.650	30,0	9,9%	Transitorio
Frijol	52	52	104	2,0	0,6%	Transitorio
Habichuela	55	55	413	7,5	2,5%	Transitorio
Cacao	85	70	35	0,5	0,2%	Permanente
Café	460	414	213	0,5	1,3%	Permanente
Caña panelera	163	148	1.332	9,0	8,0%	Permanente
Tabaco negro	20	20	30	1,5	0,2%	Transitorio
Plátano	80	75	600	8,0	3,6%	Permanente
Yuca	132	130	1.300	10,0	7,8%	Transitorio

Fuente. Estudio de Perfil Productivo Rural y Urbano del Municipio de Piedecuesta, departamento de Santander, PNUD *et al.*, 2013.

No obstante, el global de las actividades agrícolas ha sufrido fuertes pérdidas en las últimas décadas a raíz de una serie de eventos y factores ambientales, sociales, económicos y políticos, entre los que se pueden mencionar: la intensidad y frecuencia de algunos fenómenos naturales que han afectado el rendimiento de los cultivos, los tratados de libre comercio bajo condiciones de negociación desiguales, los bajos precios de los productos tradicionales, el difícil acceso a créditos y la carencia de políticas agropecuarias orientadas a beneficiar el desarrollo del campo.

Estas condiciones del sector primario han favorecido la ampliación de los terrenos destinados a proyectos privados de vivienda y las actividades de construcción, cuyo porcentaje de licencias concedidas representa el 16.6%, solamente por debajo de Bucaramanga (28.3%). La drástica disminución de las hectáreas destinadas al

cultivo, principalmente de caña de azúcar, ha llevado a la implementación de diversas estrategias de desarrollo rural lideradas por la Secretaría de Planeación para el mejoramiento de la producción y la competitividad (Alcaldía de Piedecuesta, 2012).

Otras actividades que también son de gran importancia para la economía del municipio son las llamadas prácticas pecuarias, entre las que se encuentran “la ganadería, porcicultura, avicultura, piscicultura y la explotación de otras especies pecuarias como la caballar, asnal, mular, cunícola, ovinos y caprinos” (PNUD *et al.*, 2013: 51). La extensión total del territorio pecuario es de 6,607,577 ha y se ubica principalmente al nororiente del casco urbano.

Tabla 3. Área de producción pecuaria en el municipio

Actividad	Área utilizada (ha)
Avicultura	6,582,500
Codornices	150
Ganadería	12,787
Porcicultura	11,550
Caprinos	590

Fuente. Elaboración propia con datos del Plan de Desarrollo de Piedecuesta, 2012.

En la cuantificación de las hectáreas usadas para cada una de estas actividades (ver tabla 3) se evidencia la relevancia de la avicultura para la localidad y aun para el propio departamento (estado), ya que, de acuerdo con el último censo agropecuario de 2014, Santander es el primer productor de aves comerciales del país (26.7% de la producción nacional). Con relación a este tema, cabe señalar que en Piedecuesta operan 335 granjas productoras, 25 de postura y 310 de engorde, así como dos plantas de sacrificio –aproximadamente 1,500,000 aves sacrificadas por semana, según datos de PNUD *et al.*, 2013—. La alta producción demanda grandes cantidades de agua destinadas tanto para el consumo animal, como para los oficios de limpieza de galpones, instalaciones de sacrificio y del producto en sí. Esto ha llevado a que algunos dueños y administradores de granjas opten por el acaparamiento de agua como una medida paliativa ante la falta de un acueducto

que cubra la demanda del servicio en la zona rural. Las malas prácticas agropecuarias constituyen un conflicto social latente que se agudiza en tiempo de sequía, según señala la población del sector.

Por su parte, los avicultores también han denunciado desde FENAVI (2015a; 2015b) una serie de problemáticas a las que se enfrenta el gremio y que generan serias dificultades en un sector clave del mercado santandereano y piedecuestano:

- los efectos del fenómeno del niño que para 2015 se asocian a la mortalidad del 1% de los animales a nivel departamental, al alza en los servicios de energía y al aumento de costes de producción por el transporte de agua hacia las granjas;
- la parcelación y la construcción de viviendas en tierras de uso predominantemente agropecuario;
- el impacto de los actuales precios del dólar para unas actividades que depende casi 100% de materia prima importada.

Ha sido importante profundizar en las actuales condiciones de la práctica avícola ya que ha representado un elemento de análisis fundamental para la construcción del mapa de riesgo, tal como se mostrará en el apartado 1.5 (componente ambiental).

- **Contexto participativo: Organismos de Acción Comunal**

La Constitución Política de Colombia de 1991 garantiza a partir del artículo 38 el derecho de “libre asociación para el desarrollo de las distintas actividades que las personas realizan en sociedad”. Este derecho es regulado y garantizado por la Ley 743 de 2002, en donde se establecen las disposiciones respecto a los organismos de acción comunal y en cuyo séptimo artículo se establece la clasificación por grados de estos organismos.

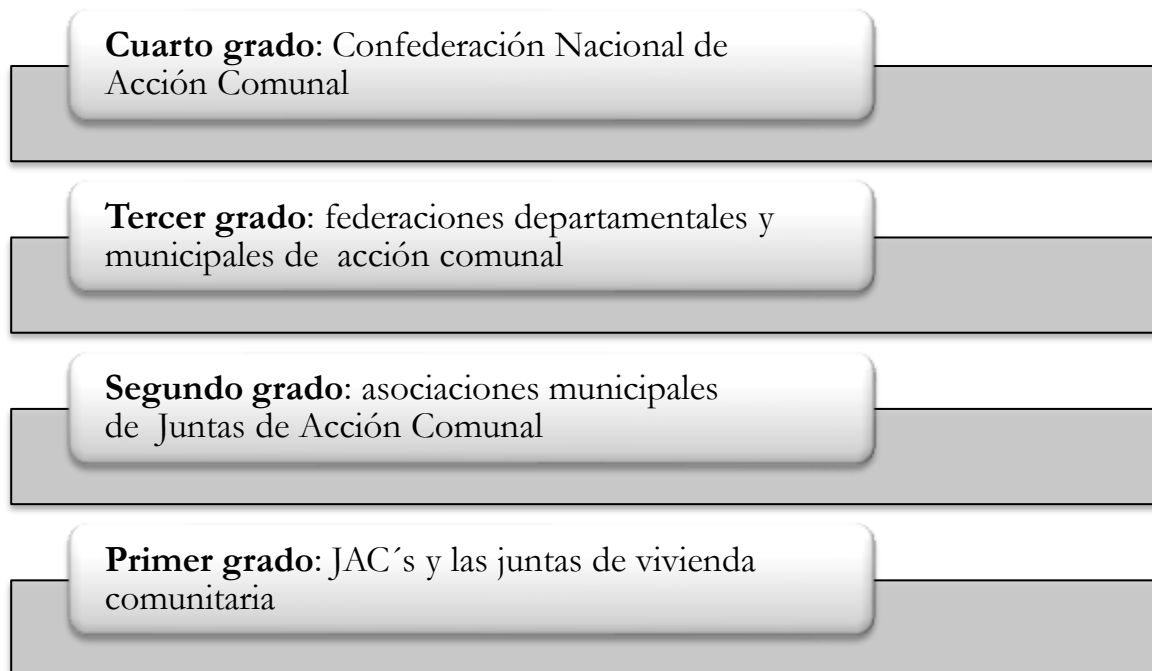


Figura 15. Estructura de la acción comunal en Colombia. Clasificación de Organismos de Acción Comunal. Elaboración propia con datos de la Ley 743 de 2002.

Encontramos en la clasificación de primer grado las Juntas de Acción Comunal (JAC's) y las juntas de vivienda comunitaria –organizaciones cívicas conformadas con propósitos de mejoramiento o autoconstrucción de vivienda–. En segundo grado están las asociaciones de juntas de acción comunal, de la misma naturaleza jurídica que las JAC's, y conformadas por los organismos de primer grado. Las federaciones de acción comunal son de tercer grado y se constituyen de las asociaciones municipales de juntas fundadoras. Finalmente, está la Confederación Nacional de Acción Comunal –organismo de cuarto grado– que consolida y reúne la estructura organizacional de primer, segundo y tercer grado.

Las juntas comunales son la expresión de organización social más arraigada y de mayor tradición en Colombia, con cerca de 45,000 juntas en todo el país y asumiendo como antecedente la experiencia de comunidades rurales de Cundinamarca, a finales de la década de los cincuenta. Es por esta razón que la estructura de acción comunal va desde lo local hacia lo nacional, teniendo a las JAC's como base de la acción civil.

De acuerdo con la información de la Secretaría General y de Gobierno, en Piedecuesta existen a la fecha 129 organizaciones de acción comunal, 77 de carácter rural y 52 urbanas. Dentro de estas estructuras se encuentran también las

organizaciones comunitarias conformadas por los residentes de sectores irregulares en suelos rurales y periféricos. Si bien dichos asentamientos no son reconocidos como formales o aún se encuentran en proceso de legalización urbanística, les ampara el artículo 38 de la Constitución mediante la figura de juntas de vivienda comunitaria. Así entonces, al representar un canal directo de comunicación con las autoridades municipales, las juntas son espacios de participación y encuentro comunitario en donde se exponen las principales necesidades del sector, se unen esfuerzos para buscar soluciones y se tratan asuntos de interés comunitario como, por ejemplo, la seguridad vecinal, el mantenimiento de la infraestructura urbana y la gestión del riesgo. Para este último caso, algunas juntas del municipio cuentan con comités o grupos enfocados en la comunicación del riesgo, el seguimiento de amenazas y la educación para la prevención, especialmente aquellos sectores que presentan antecedentes por desastres (como el asentamiento de Nueva Colombia).

Adicionalmente, en el área urbana hacen presencia 20 asociaciones comunitarias constituidas por diversos grupos sociales, entre las que se encuentran: Asociación de Madres Comunitarias, Asociación de Pensionados de Piedecuesta, Asociación de Discapacitados de Piedecuesta (ASODISPIE), Consejo de Juventudes, tercera edad, Defensa Civil, Asociación de Conductores, entre otras.

1.5 Componente ambiental

Piedecuesta se encuentra dentro del nido sísmico de la Mesa de los Santos, relieve que limita además con las fallas de Bucaramanga, del río Suárez y del río de Oro. La altitud a la que se ubica el municipio es de 982 metros sobre el nivel del mar (msnm), aunque su formación topográfica se caracteriza también por mesetas onduladas (800 - 1,200 msnm), áreas quebradas con altitudes elevadas (600 msnm) y por el ecosistema páramo (Páramo de Berlín) a 3,600 msnm. Es precisamente este factor (altitud) lo que determina el tipo de clima y la variación de temperatura entre las franjas que componen el municipio.

Gran parte del territorio piedecuestano está conformado por zonas templadas, con una temperatura típica del clima tropical (23 °C) que pasa de ardiente a cálida o fría, según la altitud (PMGR, 2013). No obstante, tal como lo muestra la figura 16, las zonas correspondientes a cada piso térmico tenderán a desplazarse a medida que la temperatura del planeta se incremente –por la concentración de GEI (Gases de Efecto Invernadero) de origen antrópico–; así entonces, si en Colombia se da

un aumento de 3 °C, el clima de cada región se modificaría en un equivalente al desplazamiento de 500 m más cerca al nivel del mar (Duque, 2011).

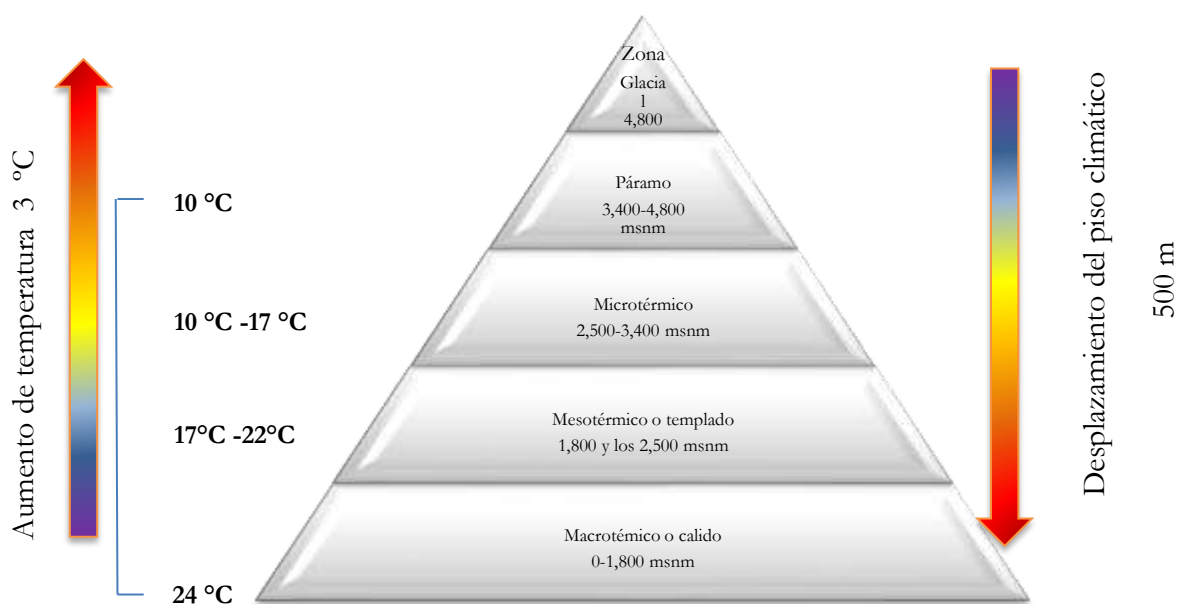


Figura 16. Desplazamiento de los pisos climáticos en Colombia. Elaboración propia con datos de Duque, 2011.

En los sistemas climáticos locales esta variabilidad es más difícil de predecir ya que, si no se prolonga en el tiempo de acuerdo con las tendencias globales, disminuirá la capacidad de resiliencia institucional.

Cabe señalar que el territorio colombiano está ubicado en la zona tórrida o tropical, de ahí que no cuente con estaciones climáticas sino con ciclos de precipitación cuya frecuencia regular es característica de la época de invierno y su escasez es predominante en la temporada de verano. La variabilidad y la intensidad de los ciclos de lluvia las determina principalmente la “vecindad con los océanos Pacífico y Atlántico, fuentes muy importantes de humedad que penetra hacia el interior” (Mejía *et al.*, 1999: 7); a razón de ello, el territorio nacional presenta una alta exposición a amenazas hidrometeorológicas, como por ejemplo aquellas derivadas del fenómeno climático ENSO (El Niño-Southern Oscillation).

Para el caso de Piedecuesta, la mayoría de las amenazas identificadas se relacionan con la alteración en los ciclos y niveles de precipitación que, vinculados con alteraciones en el entorno físico, potencializan el riesgo. Avalanchas, movimiento de remoción en masa, inundaciones y vendavales afectaron a la población rural y

urbana durante la emergencia invernal de 2010-2011 (fenómeno de la Niña), mientras alertas por sequías e incendios forestales fueron la constante entre 2015 y 2016 (fenómeno del Niño). El desarrollo de este tipo de desastres nos hace prestar especial atención en dos aspectos fundamentales para el análisis del espectro ambiental; por un lado, los usos potenciales del suelo y, por otro, la demanda y oferta hídrica en el municipio. Estos datos se expondrán a continuación.

- **Uso del suelo**

El ciclo errático del calentamiento-enfriamiento del océano Pacífico ha alterado no solamente las características climáticas del municipio, sino además las potencialidades en el uso del suelo, poniendo en amenaza zonas de conservación por las modificaciones en los medios de subsistencia principalmente rurales. A falta de un Plan Básico de Ordenamiento Territorial actualizado, la administración local se ha enfocado en la vigilancia, monitoreo y recuperación de franjas forestales.

La zonificación ambiental del municipio desarrollada por la CDMB²⁵ se presenta en la figura 17. Aquí se muestran las áreas correspondientes al suelo de producción rural o agroforestal, con una extensión aproximada de 12,267.75 ha, y al suelo de protección (30,783.23 ha) que se divide en bosques, ecosistemas de alta montaña, tendencia a la aridez y amenaza natural (PNUD *et al.*, 2013). La zona nororiental se caracteriza por suelos “ricos en materia orgánica con pequeñas concentraciones de óxido de hierro” (PMGR, 2013: 54), lo cual favorece el crecimiento de vegetación, la preservación de cuencas y el mantenimiento de fauna silvestre; caso contrario ocurre en el sector sureste, en donde el terreno presenta inestabilidad y carencia de material orgánico, condiciones que favorecen los procesos de erosión. Las zonas de amenaza natural se distribuyen en el este, norte y centro del territorio, con una extensión de 5,634.59 ha, casi el 12% del total municipal. Adicional, el 40% del territorio presenta erosión o procesos de desgaste, esto a pesar de la moderada a alta capacidad de infiltración (PMGR, 2013) que disminuye los niveles de precipitación que escapan de los suelos sub-superficiales –escorrentía superficial baja–.

²⁵ Ver nota al pie 23.

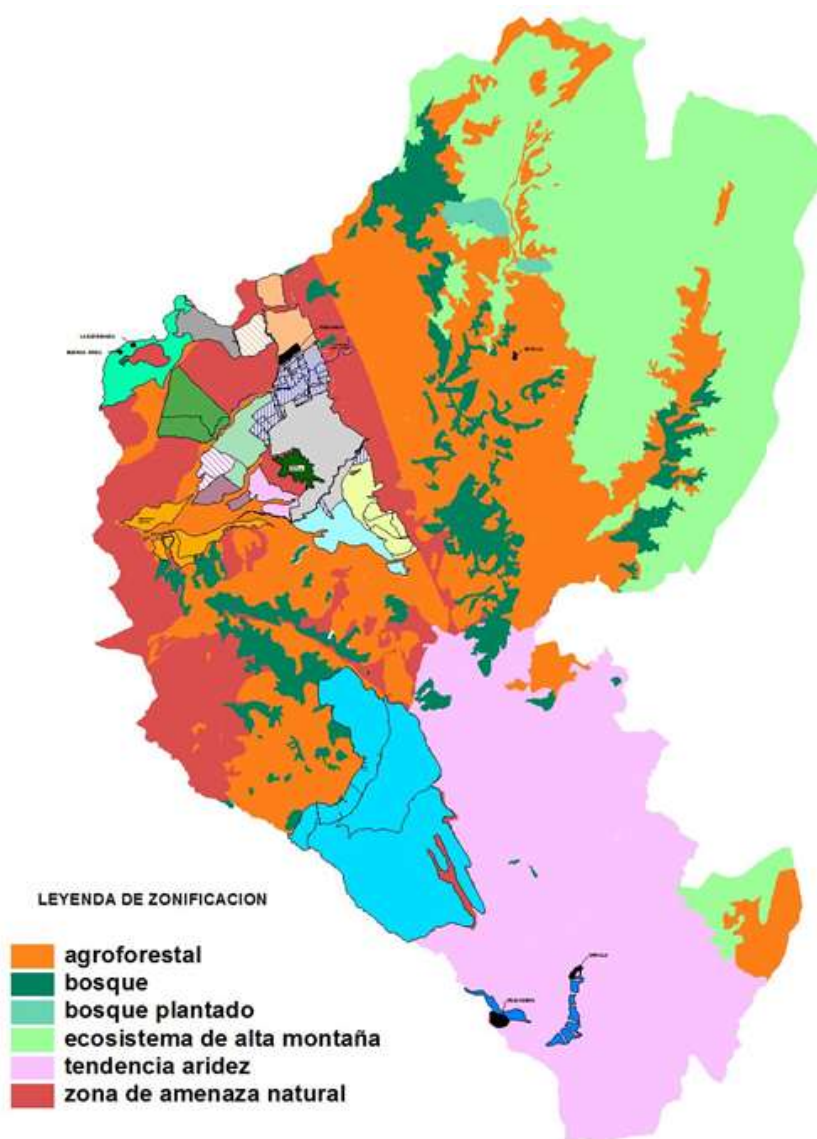


Figura 17. Zonificación ambiental (Uso del suelo). CDMB

Respecto al uso potencial del suelo, el perfil productivo de Piedecuesta (PNUD *et al.*, 2013) acentúa en las actividades agropecuarias (avícolas, silvicultura, cultivos), de ecoturismo, producción agroforestal, industria y recreación para el suelo rural, así como en la comercialización, la prestación de servicios, la industria y la residencia como actividades llevadas a cabo principalmente en el suelo urbano. Esta especialización por sectores particulariza los problemas ambientales a los que se enfrenta cada zona, y que evidentemente repercute en la percepción tanto del habitante urbano como rural –sin con ello indiciar que no existe una sinergia entre ambos sectores–.

En la ciudad los discursos de deterioro ambiental destacan el vertimiento de desechos a fuentes hídricas, la acumulación de basuras en zonas verdes y la explotación artesanal de arena en los lechos de ríos. La contaminación generada por los sistemas sépticos son quejas de los sectores periféricos. Por otra parte, en la zona rural las prácticas que más han afectado son la deforestación para el aumento de la frontera agrícola, el mal manejo de residuos sólidos –las quemadas que pueden generar incendios forestales y los escombros que contaminan y obstaculizan el cauce hídrico–, el acaparamiento de agua para actividades agropecuarias y el vertimiento de desechos porcícolas y avícolas en ríos y quebradas aledañas (información extraída de cuestionarios de asociación libre).

- **Recurso hídrico**

La ubicación en la cordillera oriental y la riqueza hidrográfica del territorio hacen de Piedecuesta un municipio productor de agua. Su sistema fluvial se alimenta de cinco ríos (río Lato, río de Oro, río Manco, río Umpalá y parte del río Chicamocha), de los cuales cuatro nacen en el páramo de Berlín, así como de quince quebradas que bañan la geografía municipal (PNUD *et al.*, 2013). Sin embargo, este contexto de abundancia se ha alternado en los últimos años con situaciones extremas de sequía, trastocando la cotidianidad de la población y modificando sus conocimientos y prácticas.

Por mucho tiempo en Piedecuesta los índices de producción habían superado la demanda del recurso; en consecuencia, la vulnerabilidad por escasez, incluso en tiempo seco, era de un rango no significativo. Ante estas condiciones, casi 28% del excedente de oferta hídrica²⁶ ha sido destinado a actividades pecuarias y piscícolas, teniendo en cuenta que la subzona hidrográfica a la que pertenece utiliza entre 75 y 100 millones de metros cúbicos (MMC) para este sector, según datos del IDEAM (ver figura 18).

²⁶ La oferta del recurso en el municipio es de 354 MMC y de la demanda es de 6.10 MMC, lo cual genera un excedente de 348 MMC. De este excedente se considera el valor más alto presentado por la escala del IDEAM respecto a la demanda hídrica para el sector pecuario y piscícola: 100 MMC.

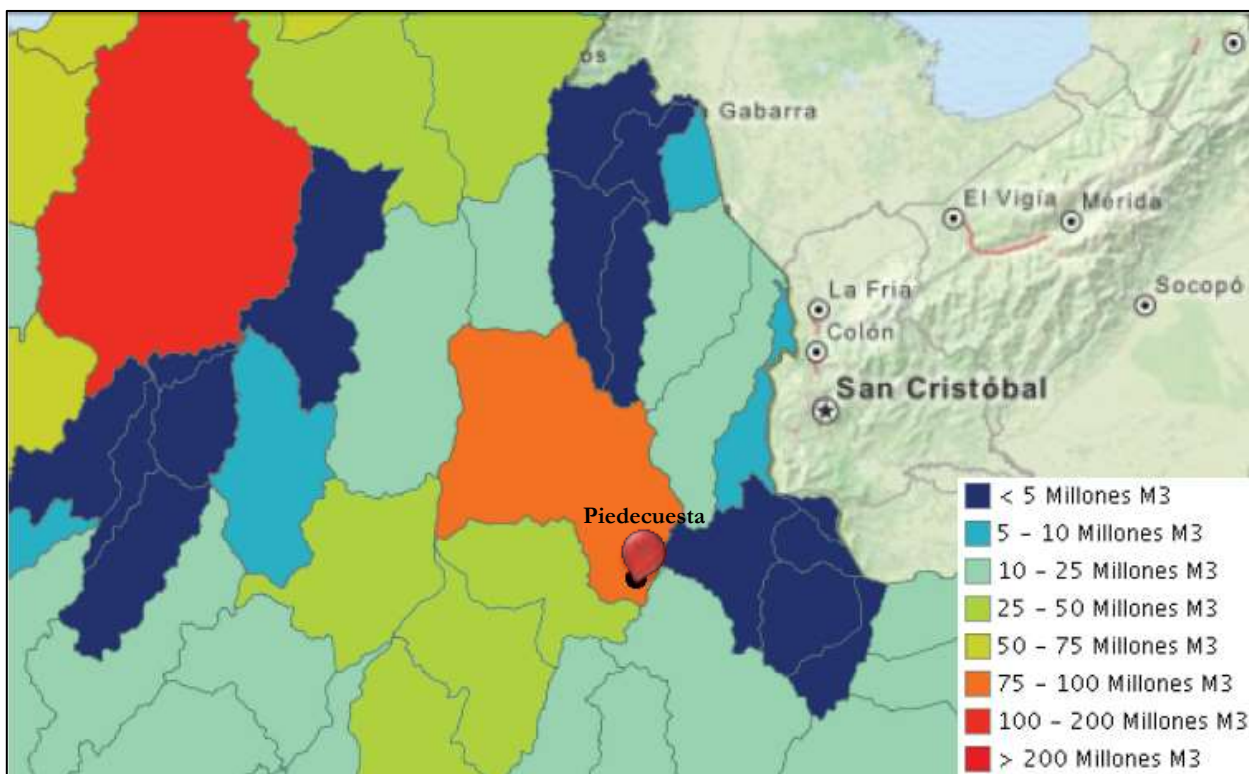


Figura 18. Demanda hídrica nacional del sector pecuario y piscícola por subzonas hidrográficas, 2016. Fuente: IDEAM [<http://visor.ideam.gov.co>], modificado.

La abundancia del recurso ha hecho parte de la identidad de la población piedecuestana, permeando en la memoria de residentes y visitantes, al punto de ser un elemento recurrente en mitos y leyendas de la narrativa popular local.

“Piedecuesta era un paraíso realmente, en su época, relativamente, incluso aquí por la, por el parque, venía una tomita de agua, el río era donde, ahí de esa toma se surtía la gente [...] ahí había una pila pública donde todo el mundo venía ahí a recolectar el agua y abañarse y a lavar la ropa. Incluso se tejía por ese entonces un mito sobre lloronas y a mucha gente ahí los asustaron y los sacaron corriendo a diferentes horas de la noche las famosas lloronas” (Gustavo, AC-Ru; 73, vereda Barroblanco).

En Piedecuesta, otrora conocido como “cielo roto”, las emergencias por el desbordamiento de ríos y quebradas han dejado durante años saldos esporádicos de víctimas y sujetos damnificados. La ola invernal de 2010-2011, vinculado al fenómeno de la Niña, se revive como uno de los desastres más significativos en los últimos 60 años, tal vez por el hecho de que la emergencia traspasó la frontera urbana –área que concentra el 80% de la población–. El barrio San Cristóbal fue uno de los sectores más afectados del municipio, en donde el 16 de diciembre del

2010 se presentó un alud de tierra de 5,000 metros cúbicos que destruyó cerca de quince viviendas y afectó parcialmente otros inmuebles de las etapas III, IV y VII.

“En la madrugada del 16 de diciembre de 2010 se vino un alud de tierra de la montaña, cubriendo el frente de unas casas vecinas. Se presentó la defensa civil, la policía, los bomberos y revisaron a ver si había heridos y verificar los daños causados por el derrumbe. Nos informaron que teníamos que evacuar las viviendas y fuéramos a quedar donde familiares y amigos cercanos (...) volvimos a habitar la casa al mes en medio del derrumbe” (Martha, A.C-Ur; 53, barrio San Cristóbal).

De acuerdo con el mapa municipal de amenazas, actualizado a partir de los eventos de la ola invernal, 10 veredas se encuentran expuestas a emergencias por avalancha, 23 presentan peligro a deslizamientos, 9 a inundaciones y 5 a vientos de gran intensidad. Sin embargo, tal como se advertía al principio, la variación climática ha revertido drásticamente los niveles de precipitación.

Entre 2015 y los primeros meses de 2016, la zona Andina (a la que pertenece Piedecuesta) y el caribe colombiano experimentaron déficit de lluvia e intensos períodos de sequía. En Piedecuesta se activó la alerta en 18 sectores –zonas que no cubre el sistema de agua potable– que a la fecha presentan escasez debido a la disminución en los niveles de las represas, ríos y quebradas de las que se han abastecido tradicionalmente. Los mecanismos alternativos de extracción –cisternas o el bombeo de agua– ya no son suficientes para subsanar la demanda. Algunas prácticas como el acaparamiento del recurso para actividades agropecuarias, la tala de bosques, la modificación de los cauces o la perforación en búsqueda de aguas subterráneas potencializan la exposición, contribuyendo simultáneamente al fortalecimiento de un conflicto social que por mucho tiempo ha estado latente en las zonas rurales.

2. DIAGNÓSTICO VULNERABILIDAD-AMENAZA

La política de gestión del riesgo de desastres en Colombia se rige por la ley 1523 de 2012 mediante la cual se organiza el sistema nacional direccionado hacia el mismo fin –Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres–. El modelo propuesto por el SNGRD es replicado en los entes territoriales locales bajo la dirección de los consejos municipales. En Piedecuesta la gestión del riesgo funciona como un consejo adscrito a la Secretaría de Gobierno, precedido por el alcalde municipal y conformado además por organismos de defensa civil, entidades privadas y comunidad en general.

La participación en las sesiones de este consejo ha permitido identificar a las personas y organizaciones que manejan información relevante para el estudio, actores que se han asociado por grupos de interés: actores institucionales (personal técnico y de protección civil), empresariales y comunitarios. Para el último caso (actores comunitarios) resultó pertinente desarrollar subgrupos con relación al lugar de residencia: periferia, área rural y urbana.

Atendiendo a los objetivos del estudio, la muestra representativa para la aplicación de instrumentos se ha centrado principalmente en los actores sociales de las tres áreas ya señaladas. La información de la escena institucional fue incluida tanto para complementar los hallazgos, como para señalar las particularidades del contenido representacional de acuerdo con el contexto. Cabe señalar que el sector empresarial, si bien se ha incluido como un área de interés en la elaboración del diagnóstico y en los mismos procesos de gestión de riesgo, no hará parte de la presentación de resultados, debido a que no ha sido posible acceder a los comentarios y opiniones de esta población durante el desarrollo de la investigación.

Bajo estas condiciones, el mapeo de actores se ha desarrollado principalmente en los contextos rural, urbano y periurbano (asentamientos precarios). Interesa identificar aspectos asociados a problemáticas sociales de cada zona, el cuadro de amenazas percibidas y los tipos de relaciones experimentadas entre actores (colaboración, organización, tensión, conflicto, inexistente y de autoridad). Dichos aspectos hacen parte del diagnóstico vulnerabilidad-amenaza producto de la caracterización realizada con datos documentales y de campo, destacando las siguientes problemáticas globales:

- bajos niveles de ruralidad;
- concentración de bienes y servicios en el área urbana;
- deficiencia en cobertura de educación, salud, deporte, cultura, vivienda, servicios públicos y seguridad;
- asentamientos precarios en zonas de alta amenaza;
- presencia de población desplazada e inexistencia de políticas eficaces de atención, siendo las localidades periféricas las áreas de mayor recepción;
- amenazas asociadas a actividad geológica y a eventos hidrometeorológicos;
- alta vulnerabilidad del sector base de la economía municipal ante los cambios extremos del clima; y
- malas prácticas agroindustriales en el uso del suelo y del recurso hídrico.

- **Caracterización de la zona rural (área muestra)**

El cuadro de vulnerabilidad-amenaza presenta variantes de acuerdo con la zona de estudio, teniendo en cuenta las características contextuales y relacionales que intervienen en la representación del riesgo.

Para el caso del área rural, la población manifiesta una alta exposición a temporadas de sequía y un incremento en la vulnerabilidad de la economía y la salud de sus habitantes ante el panorama de variabilidad climática. En la vereda el Duende (área muestra), con un aproximado de 80 familias, los eventos por sequía se han prolongado en los últimos cinco años y este escenario de amenaza se relaciona con tres situaciones que han afectado a la población campesina, especialmente de esta vereda: 1) las alteraciones en los ciclos de lluvias; 2) el déficit en cobertura del servicio de agua potable; y 3) el acaparamiento del recurso hídrico por parte de las granjas avícolas y fincas ganaderas —canalización, obstrucción, represamiento y bombeo de agua—.



Foto 25. Canalización de aguas.



Foto 26. Obstrucción y represamiento del agua.



Foto 27. Incendios forestales.



Foto 28. Bombeo de agua.

A diferencia de la primera (temporadas de sequía extrema), la falta de cobertura y los conflictos en el uso del recurso son problemáticas de larga data en la zona. Las alternativas para subsanar esta deficiencia han disminuido ante las bajas precipitaciones, llevando a nuevas prácticas que acentúan la situación de desabastecimiento como perforaciones en búsqueda de aguas subterráneas –actividad que disminuye los niveles de agua disponibles y contamina las fuentes hídricas–, desviación del curso de los ríos y acaparamiento del recurso hídrico.

“Bueno, entonces resulta que no, que ése no vive al lado del río, entonces, cava pozos profundos de treinta, cuarenta metros, y succiona esa agua, y resulta que esa agua, como está arriba en la loma, esa le iba a caer a la que está en la finquita en la parte de abajo, allá le hacía el nacimiento y de pronto ese nacimiento se acabó, ¿por qué?, porque el que está arriba llegó y succionó esa agua y eso la gente no lo capta. Uno lo ve y uno no puede ir a decirle, “oiga...”, porque se forma un problema social” (Alfredo, AI; 60, jefe de operaciones de Bomberos Voluntarios de Piedecuesta).

La actual crisis ambiental que experimenta el territorio rural ha generado nuevas dinámicas para la población, al tiempo que incentiva un mayor debate en torno a las problemáticas que se han hecho permanentes.

Los residentes manifiestan dificultades en el registro de tierras, hechos que vinculan a un sentimiento de inseguridad. La titularidad de la tierra, de acuerdo con los sujetos, es una condición fundamental en la exigencia de derechos ante los abusos de los empresarios avícolas y ganaderos, las malas prácticas agropecuarias y los conflictos que por linderos se presentan entre vecinos, aspectos que son recurrentes en el sector.

Para entender este panorama, es necesario señalar que los problemas por deslindes de parcelas o registro de propiedad se relacionan con antiguas prácticas de sucesión que carecían de un acto jurídico formal –generalmente el padre dividía su propiedad en el número de hijos, sin realizar los trámites legales pertinentes– o testamentos que no cuentan con las características hoy requeridas. Esto ha conllevado inconvenientes por la definición de límites y por el aprovechamiento de algunos recursos que se comparten como los ríos o quebradas.

“La finca es de los papas, compraron las fincas hace mil años y ya se van a morir, entonces le entregaron su pedacito a cada uno ¿En dónde están las escrituras?, pues no se puede porque el POT no permite hacer esas escrituras, como que no admite sino dos subdivisiones, algo así; yo no me acuerdo como es la cosa. Nosotros somos ocho y ahí estamos también porque no se puede” (cartografía social; vereda el Duende).

Los riesgos asociados a la tenencia y la importancia de esta temática en la agenda ciudadana no son ajenos a la trama de relaciones que se ha construido entre los diferentes actores del área de estudio, relaciones que, para este caso, se caracterizan por ser de tensión y conflicto, principalmente.

Gran parte de la vereda el Duende se ha conformado de la migración de jubilados que retornan al campo para el cuidado y el disfrute de tierras heredadas, siendo común la construcción de pequeñas viviendas que los dueños arriendan por lo general a trabajadores de las granjas (relaciones de colaboración), ante la evidente dificultad para desarrollar actividades agrícolas. La creciente urbanización de la vereda ha incrementado los problemas por desabastecimiento de agua y la contaminación de predios por la saturación de los pozos sépticos, acentuando los conflictos.

La actividad avícola, siendo la más importante de la región, atrae a población migrante que proviene de otras veredas o países (Venezuela) y que se aloja en las casas o habitaciones puestas en arriendo; no obstante, para los dueños de otros predios, la presencia de estos migrantes altera la seguridad y tranquilidad (relaciones de desconfianza) debido a las acostumbradas prácticas de los trabajadores en día de pago –consumo de alcohol y fiestas–. Las fincas avícolas también son acusadas de un mal manejo agropecuario –acaparamiento de agua y mal manejo y disposición de desechos– por parte de los residentes aledaños, problemática de difícil resolución como corolario de la nula comunicación que existe con los titulares de las granjas, que suelen residir fuera de la vereda.

Es importante destacar que las actividades vinculadas al suministro de agua y al manejo de emergencias son algunas tareas que se le han confiado al sector institucional (alcaldía y bomberos). Es común, por ejemplo, que los residentes organicen el cronograma para la entrega del líquido directamente con el encargado de gestión de riesgo de desastres, así como se presenta habitual que la población alerte a los bomberos sobre incendios forestales o deslaves (relaciones intermitentes). En lo que se relaciona a la resolución de conflictos con las fincas avícolas y ganaderas, la confianza se reduce a razón de un desconocimiento de los vínculos que puedan tener las empresas con las autoridades municipales, hecho que mantiene los problemas ambientales en la zona y obstaculiza la organización necesaria para el afrontamiento de problemas colectivos.

Bajo este contexto, el mapeo de relaciones entre actores clave del área rural se puede graficar de la siguiente manera:

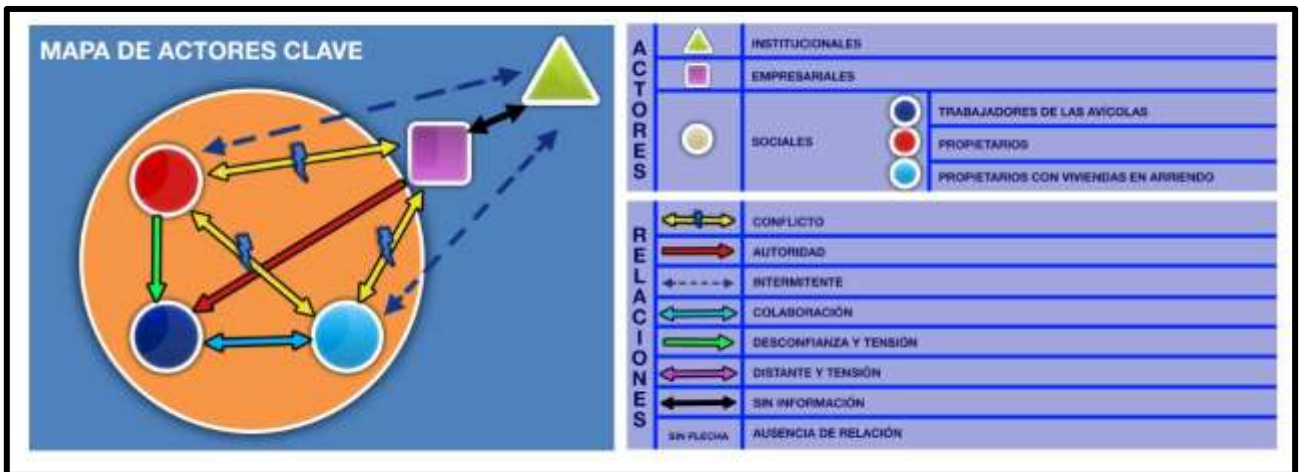


Figura 19. Mapa de actores del área rural. Elaboración propia con datos de Ortiz *et al.*, 2016.

- **Caracterización de la periferia (área muestra)**

Respecto a la zona periférica en donde se ubican los asentamientos irregulares del municipio, los derrumbes y la remoción en masa son los principales fenómenos asociados a condiciones de exposición, de acuerdo con los resultados de la cartografía social.

La comunidad²⁷ de Nueva Colombia (área muestra) –ubicada en un espacio rural²⁸, pero con evidentes procesos de periurbanización– es un caso representativo de este diagnóstico: pese a que la totalidad de los hogares –entre 400 y 500 familias– son cubiertos por el servicio de agua potable, no cuentan con sistema de alcantarillado, por lo que las aguas residuales son depositadas en pozos sépticos y desaguadas por terreno escarpados. Dada la topografía del territorio y la ubicación de la mayoría de las viviendas, la acumulación de agua en las zonas de laderas genera una exposición continua a deslizamientos de tierra, condición que se agrava durante la temporada de lluvia²⁹.

²⁷ Sin entrar en el debate del concepto.

²⁸ En la vereda de Guatiguará se ubican tres asentamientos irregulares de gran crecimiento en las últimas décadas, a saber: Altos de Guatiguará, La Vega y Nueva Colombia.

²⁹ Es muy común que cuando los habitantes se refieren a temporadas de lluvia o periodos de baja precipitación los relacionen con el (fenómeno) Niño o la Niña, respectivamente.

“Las aguas negras es un factor fundamental porque es que las aguas negras, no hay alcantarillado aquí [...] La piedecuestana dio una orden que era una hora por día aquí y aquí todos los días y todas las noches, no tiene control el agua potable, entonces es un riesgo que nosotros tenemos porque el agua se filtra [...] no tenga control, se venga un cerro y se cae en todo esto. Ese control lo inicio el presidente de la junta [...] y la Piedecuesta y el gerente le dijo que tenía que ser una hora y él la coloca todos los días y toda la noche” (cartografía social; sector Nueva Colombia).



Foto 29. Vivienda en la periferia municipal.



Foto 30. Sector de Nueva Colombia.

De acuerdo con el Plan de Desarrollo de Piedecuesta (2016), la mayoría de las familias que habitan estos territorios son población desplazada por violencia, procedente de otros lugares de Santander (especialmente del Magdalena Medio Santandereano, Soto Norte y Rionegro) e inclusive de otros departamentos del país (Norte de Santander, Arauca, Bolívar y el Cesar). Estos grupos representan población de alta vulnerabilidad con escasos lazos sociales de apoyo en la zona, encontrando en la invasión de terrenos baldíos una solución a sus necesidades más inmediatas de alojamiento y en la organización de grupos vulnerables una forma de asegurar el restablecimiento de derechos y la paulatina urbanización del asentamiento.

El desplazamiento forzado generado por el conflicto armado interno, y en algunos casos por el desarrollo de desastres socioambientales, ha aumentado la compraventa de terrenos ilegales –proceso identificado como la principal modalidad para la ocupación de territorios precarios– y ha incrementado la percepción de inseguridad ligada a problemáticas como la delincuencia, la

drogadicción y la prostitución, actividades que impiden la movilización segura de sus habitantes en las horas de la noche. Esta situación ha generado sentimientos de desconfianza que se manifiestan en las interacciones intermitentes, en ocasiones muy distantes (ausencia de relación), que los antiguos pobladores y pobladoras del sector –familias fundadoras del sector, principalmente personas desplazadas– mantienen con las nuevas familias que han estado llegando al lugar, lo cual ha dificultado el fortalecimiento de las relaciones de colaboración que se han construido entre los grupos que se reconocen como población vulnerable –demás habitantes de la zona–.

Al interior del asentamiento también se observa una relación de conflicto entre los residentes y los miembros de la Junta de Acción Comunal (JAC), a quienes acusan de malversación de fondos y del incumplimiento de las responsabilidades que deben cumplir –como la gestión del riesgo³⁰–. Las personas cuestionan la creciente politización de estas organizaciones, tendencia que asocian a las relaciones de complicidad y poder que sostienen con los partidos políticos presentes en la región.

“Inclusive no la estamos pagando actualmente (agua potable), porque eso lo pagábamos, pero hubo un problema de la junta [...] Aquí pagábamos cuatro mil pesos mensuales, hubo un problema de la junta que el mismo presidente se robó hasta el contador de la pileta y nos dijo el mismo tesorero que había ahí en la junta, dijo, “no paguen más agua, no paguen hasta que no se legalice eso”. Entonces, estamos en ésas, ya es agua legalizada, lo que no nos han puesto es contadores” (cartografía social; sector Nueva Colombia).

De forma contraria, según los testimonios, los grupos de mayor vulnerabilidad – entre los que se encuentran las familias desplazadas– han logrado otro tipo de acercamiento con los actores institucionales y políticos locales, acercamiento basado en la exigencia de derechos. Precisamente esta condición de vulnerabilidad, en respuesta al marco legislativo nacional y a las acciones organizadas por esta población, ha permitido una interacción permanente y dinámica con las autoridades competentes en donde se reclama la responsabilidad estatal en la solución de las demandas transmitidas. Dichas interacciones fluctúan entre relaciones desconfianza y colaboración, según el tipo de actor institucional: para el primer caso, se hace referencia a los candidatos en campaña y autoridades de alto

³⁰ Si bien los miembros de los grupos encargados de la comunicación y la gestión del riesgo procuran el desarrollo de una agenda de trabajo, los conflictos entre la JAC y los residentes obstaculizan el logro de objetivos, según lo manifestado en testimonios.

rango (alcalde y gobernador) que han incumplido las promesas de legalización de los terrenos –principal solicitud de la población–; en el segundo caso, la comunicación entre los residentes periurbanos y el personal técnico (funcionario alcaldía) y operativo (Cuerpo de Bomberos de Piedecuesta) ha sido más directa, en una relación de confianza configurada en torno a la atención de riesgos inmediatos.

Respecto a los riesgos de mayor relevancia expuestos durante el taller de cartografía, se encuentran los conflictos suscitados por el uso y disposición del agua –ante el peligro de deslizamiento de terrenos– y los problemas relacionados a la tenencia de los predios que han sido habitados en las últimas dos décadas. Si bien el sector de Nueva Colombia ha sido dotado de equipamiento e infraestructura urbana para el mejoramiento de la calidad de vida poblacional, la municipalidad se ha negado, pese a las exigencias de la población, a la entrega de escrituras de terrenos, atendiendo a las recomendaciones y observaciones de los estudios de amenaza desarrollados en el lugar.

Desde este análisis, el elemento agua y tierra resultan ser factores determinantes en el discurso periurbano del riesgo, respondiendo, claro está, a dinámicas y relaciones diferentes de aquellas gestadas en el sector rural y urbano (ver figura 22). Así entonces, el mapeo de relaciones entre actores clave de la periferia se puede graficar de la siguiente manera:

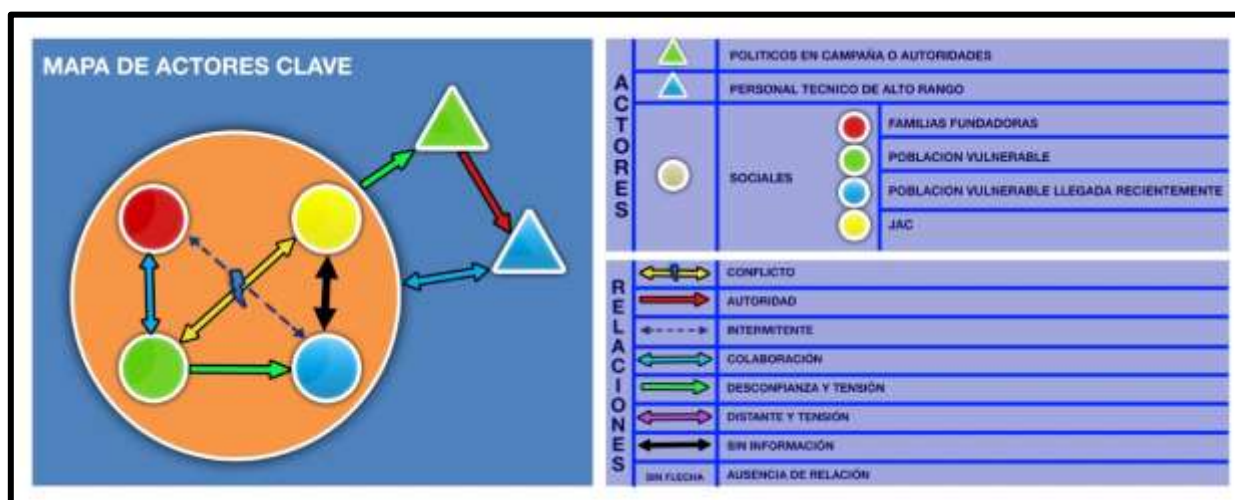


Figura 20. Mapa de actores del área periurbana (asentamientos ilegales). Elaboración propia con datos de Ortiz *et al.*, 2016.

- **Caracterización de la zona urbana (área muestra)**

Para la caracterización de la zona urbana se ha tomado como área de referencia el barrio Barroblanco, sector situado al suroccidente del municipio que colinda con la urbanización la Candelaria, muy cerca del Cementerio Principal de Piedecuesta. Cabe destacar que este barrio, aunque es uno de los sectores tradicionales del municipio, no hace parte del grupo de barrios más antiguos del lugar, como es el caso del Centro, la Feria y San Rafael (barrios más antiguos). Desde su origen la urbanización de Barroblanco –como proyecto de vivienda de interés social–, construida desde hace más de treinta años, ha estado expuesta a inundaciones y ha sufrido diversas emergencias por el aumento del caudal del río (río de Oro) que colinda con el sector.

“Bueno, la historia del barrio, muy bien así que la conozco..., se fundó, ya 30 años de fundada, y éramos los últimos de Piedecuesta, el barrio era de los últimos de Piedecuesta, aquí prácticamente eran siembra de tabaco, a veces le pusieron siembra de legumbres y eso. Se construyó el barrio por MARVAL (constructora)... Sí, fueron de interés social al principio y eso fue cambiando un poco porque los dueños le daban la diferencia de venderlas y ya prácticamente, pues, hasta el momento se lleva a cabo. Anteriormente no teníamos un muro de contención fortalecido como el que tenemos ahora, era un muro más débil y el río pues siempre por lo general cuando llueve [...] siempre se torna muy violenta en la forma de que recoge muchos palos, escombros, material de reciclaje, pasar desde la parte de arriba hasta acá, se siente bastante, con mucho estruendo y da miedo” (cartografía social; barrio Barroblanco).

Como corolario, la administración de Ángel Becerra (administración pasada), en respuesta a las peticiones de la población, impulsó por medio de la Piedecuestana de Servicios Públicos (PDS)³¹ la construcción de un muro de contención –con más de 140 metros de largo– para la mitigación de la amenaza, obra que fue entregada en el año 2015 y que reemplazaría al antiguo muro que existía desde el inicio del proyecto de vivienda –el cual no cumplía con las especificaciones técnicas para soportar un posible desbordamiento del río–. Los residentes también recalcan el deterioro ambiental de la fuente hídrica debido al manejo inadecuado de residuos

³¹ Entidad prestadora de servicios públicos domiciliarios en el municipio, encargada de la gestión operativa y técnica de acueducto, alcantarillado y aseo.

por parte de los residentes, lo cual ha convertido al río en foco de contaminación y agente de peligro para la salud de las personas.



Foto 31. Muro de contención diseñado al inicio del proyecto de vivienda. (Créditos: <http://www.vanguardia.com>).



Foto 32. Desarrollo de la obra. Muro de contención del barrio Barroblanco. (Créditos: <http://www.vanguardia.com>).

Sin embargo, la representación social del riesgo no solamente se ha centrado en los eventos de inundación y en las condiciones de contaminación. Dentro de las principales problemáticas mencionadas durante los talleres, se encuentran las condiciones de inseguridad que se han incrementado en el barrio por la presencia de vendedores de estupefacientes y delincuentes que se han apoderado de los espacios públicos. De acuerdo con los testimonios, la población de mayor riesgo son los menores de edad (infantes y adolescentes), expuestos al consumo de drogas y a la violencia por robo.

Los puntos del sector señalados como de alta inseguridad por el desarrollo de estas actividades son la cancha pública, la quebrada que se encuentra muy cerca del colegio “Luis Carlos Galán” y la peatonal de la calle 17 –entre carreras 4 y 5–.

Las personas aseguran que los grupos delincuenciales –con los que se tienen evidentes relaciones de conflicto– provienen de otros lugares, en específico de las invasiones que se han conformado en la periferia municipal, percepción que ha dificultado la construcción de relaciones solidarias y de colaboración con la población vulnerable de los asentamientos ilegales. De esta forma, el vínculo entre estos dos conglomerados poblacionales apunta más hacia nexos de tensión y desconfianza, aunque no se puede asegurar que se constituyan como relaciones de conflicto, ya que la interacción es distante y limitada.

Otra problemática visibilizada por parte de los sujetos participantes de la cartografía social tiene que ver con el mal estado de la red vial y la deficiente señalización para el tránsito de automotores por la zona. También se resalta el deterioro de las instalaciones deportivas y las necesidades en materia de recreación para la infancia y la adolescencia, factores que pueden jugar un papel fundamental en las estrategias para la prevención del consumo de drogas.

Habitantes de Barro Blanco se sienten olvidados por la Alcaldía

▶ Según los residentes del barrio Barro Blanco, al suroccidente de Piedecuesta, desde que comenzó la Administración de Danny Ramírez no han visto la primera obra para el beneficio de su sector y algunos manifiestan sentirse huérfanos por la Alcaldía.



Foto 33. Nota periodística del 14 de septiembre de 2017 (<http://www.vanguardia.com>).

Ante este panorama, las exigencias hacia las autoridades competentes han aumentado por parte de la población: mayor presencia de la policía en la zona, mayor inversión en materia de seguridad y recreación, así como planes de contingencia ambiental más efectivos. De acuerdo a los sujetos entrevistados, el aumento de estas problemáticas se relaciona con dos aspectos: primero, el insuficiente esfuerzo institucional para la aplicación de medidas efectivas –condición que evidencia una relación distante entre las autoridades competentes y la población, incluso con los miembros de la JAC, con los que se mantienen encuentros esporádicos e intermitentes– y; segundo, la falta de conciencia ambiental de la población y la reducida capacidad de los residentes para la organización en el afrontamiento colectivo de vulnerabilidades y amenazas. Este último aspecto devela la trama relacional de tipo intermitente que caracteriza las interacciones entre vecinos del barrio.

“No, eso no [...] Hasta el momento no se habían organizado ni nada, siempre llegaban bomberos y llegaba la defensa civil a evacuar a la gente, niños y todo, pero sí, siempre hace falta trabajar con la comunidad porque es que la comunidad es uno de los puntos principales donde ven dónde está la vulnerabilidad y dónde se puede, como se dice, darle por raíz a una emergencia. Entonces, si uno no trabaja con la comunidad, no sabemos en qué momento se vaya a presentar algo en el barrio o en el barrio que sea.” (Leonardo, A.C-Ur; 43, barrio Barroblanco).

En resumen, el diagnóstico urbano ha señalado a los ambientes de inseguridad ciudadana (delincuencia, narcomenudeo y robos) e insalubridad pública (drogadicción) como contextos de alta percepción de riesgo, problemáticas que se asocian y reflexionan hacia la escena exterior del barrio –reflexión hacia afuera–; contrario a las condiciones de daño ambiental y deterioro de la infraestructura urbana (contaminación de ríos, manejo inadecuado de los desechos, daños y mal uso de las instalaciones públicas), caso en el que la reflexión se vuelca hacia la dinámica interna –reflexión hacia adentro– del área de estudio (ver figura 22).

Siguiendo esta línea de análisis, el mapeo de relaciones entre actores claves de la urbe se puede graficar de la siguiente manera:

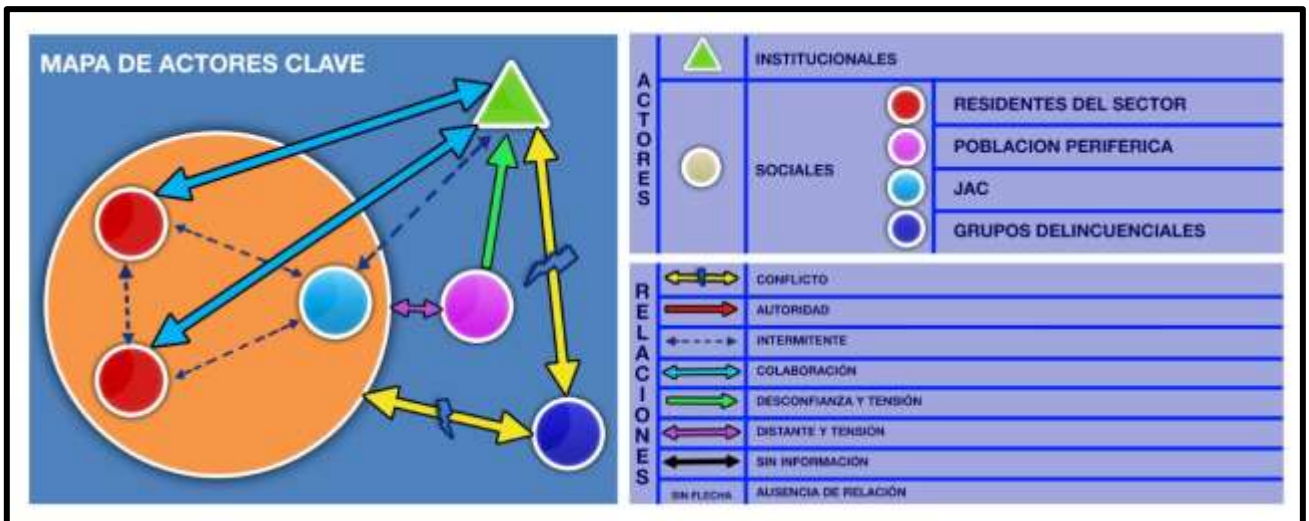
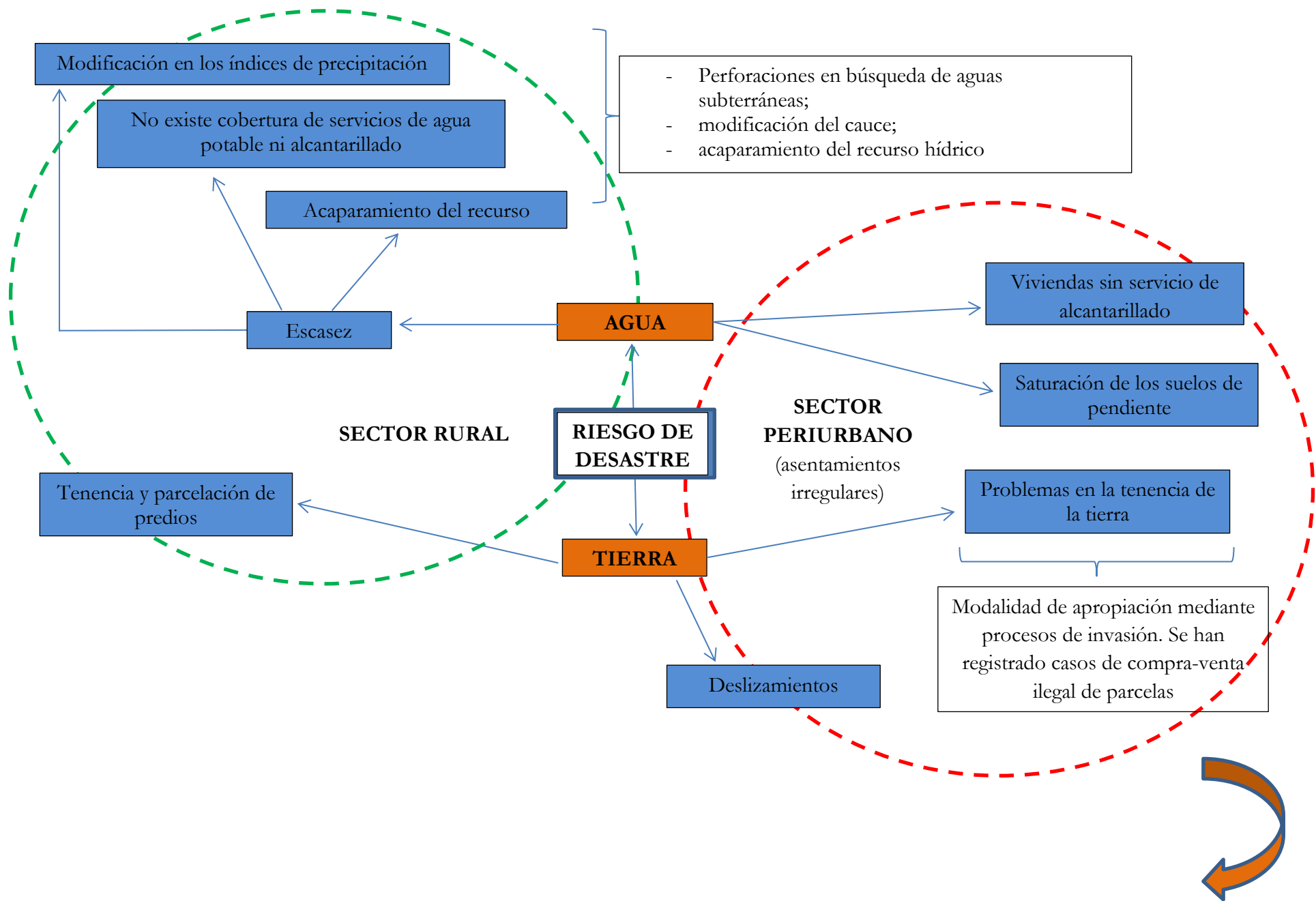


Figura 21. Mapa de actores del área urbana. Elaboración propia con datos de Ortiz *et al.*, 2016.



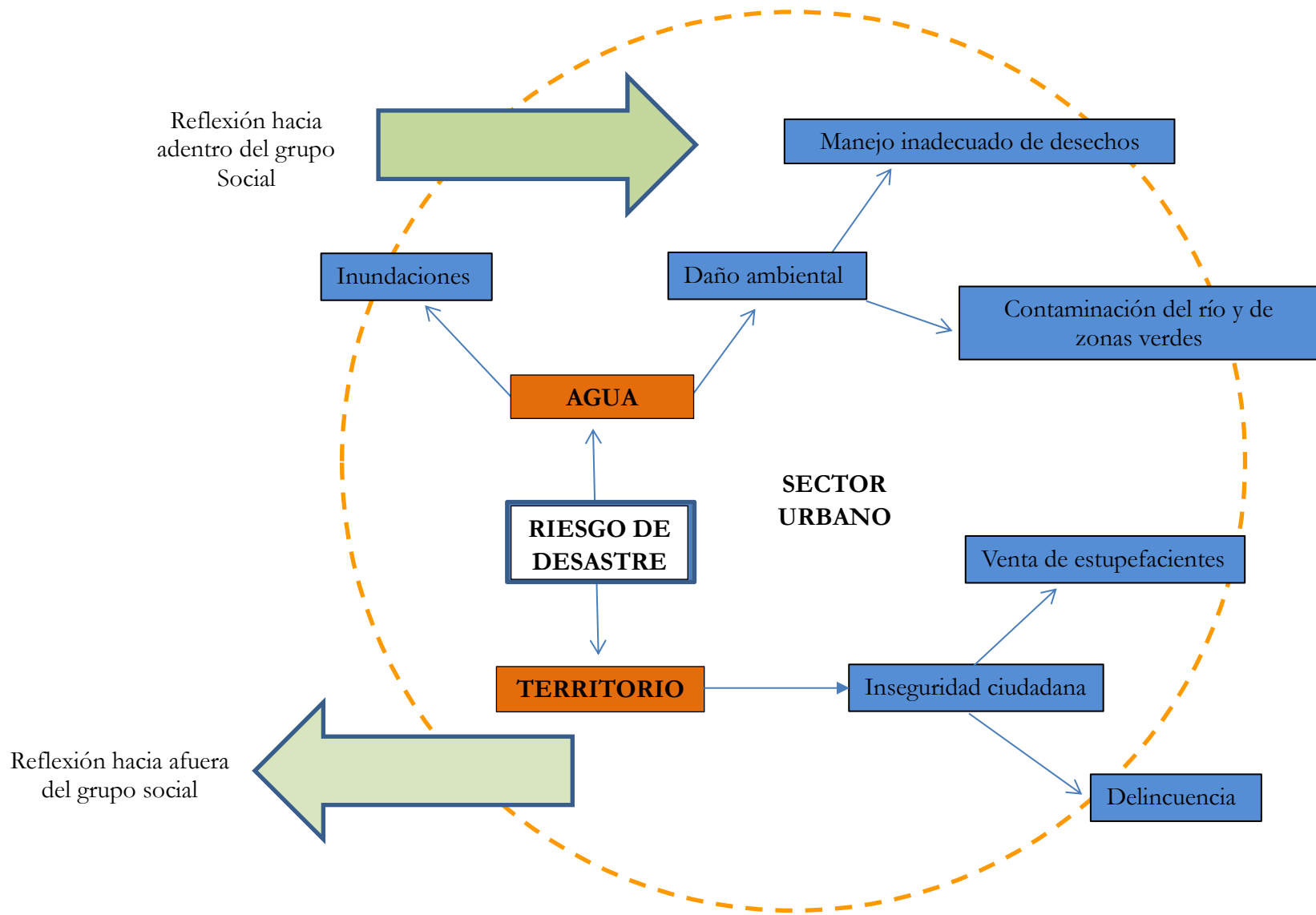


Figura 22. Diagnóstico de vulnerabilidad-amenaza del municipio de Piedecuesta. Elaboración propia con datos de campo.

IV. ANÁLISIS DE LAS DIMENSIONES SOCIO-REPRESENTACIONALES

El planteamiento analítico del presente trabajo reconoce la doble dimensionalidad del riesgo de desastres, configurada por las siguientes dimensiones:

- la dimensión físico-contextual que corresponde a las características geomorfológicas y climáticas del territorio, así como a las condiciones de susceptibilidad estructural que incrementan el nivel de exposición. Se incluyen aspectos socioeconómicos, culturales y ambientales a los que se puede acceder mediante la combinación de datos cuantitativos y cualitativos (informes técnicos, datos censales, planes de desarrollo, entrevistas, talleres y observación participante); y
- la dimensión socio-subjetiva-relacional (agencia social), conexas con la generación, apropiación, interpretación y comunicación de la información que circula en contextos vulnerables y expuestos. Se habla en específico de las diferentes formas del sentido común en que la población organiza, configura y re-configura el conocimiento del riesgo de desastres, el cual se vincula con las prácticas individuales y colectivas –elementos englobados en el estudio de referencia por el concepto de representaciones sociales–.

Atendiendo a la primera dimensión, se ha desarrollado en el tercer capítulo la caracterización del área de estudio cuyo objetivo ha sido el análisis de elementos contextuales que, en su conjunto, den cuenta de la relación vulnerabilidad-amenaza. Tal como se establece por el estudio social de los desastres, la relación vulnerabilidad-amenaza es un componente fundamental en la materialización del riesgo de desastres y a su vez, teniendo presente la problematización del vínculo, es equiparable a la categoría de sociedad-entorno o individuo-ambiente que ha sido implementada en otras investigaciones sobre RS como la de Martha de Alba (2004).

Según Piza y Peña: “Las representaciones sociales se conciben como la manera en la que los sujetos aprehendemos acontecimientos de la vida cotidiana tales como las características de nuestro ambiente, las informaciones que circulan en nuestro entorno y entre las personas presentes en él” (p. 207). Bajo este tenor, los rasgos del mundo relacional no pueden ser obviados.

Ahora bien, la importancia de este abordaje multidimensional (físico-contextual y socio-subjetivo) radica en poder ubicar en tiempo y espacio el discurso

representacional sobre el objeto de estudio, entendiendo que el binomio vulnerabilidad-amenaza cumple dos funciones: no solamente es el escenario en donde circulan, se reproducen y transforman las RS sobre riesgo, sino además es el insumo de aquella información que configura el sentido común sobre la temática. Esta última función se relaciona directamente con la dimensión socio-subjetiva-relacional (individuo-grupo) que, para este capítulo, ha constituido el elemento central de análisis.

Para poder caracterizar la construcción social del riesgo de desastres en el municipio Piedecuesta es necesario abordar las RS como contenido, es decir, como una forma particular de conocimiento que está ligado directamente a la cotidianidad Piedecuesta, así como a las experiencias individuales y colectivas de sus habitantes. Empero, para identificar y entender dicho contenido específico, resulta de gran interés para el presente trabajo –tal como se señala en los objetivos del mismo– explicar el proceso por el cual se generan las RS sobre riesgo de desastres en dicha localidad colombiana.

Se advierte así el rasgo en donde descansa la particularidad del presente trabajo: interesa abordar el proceso –no únicamente el contenido– de una temática que, si bien se puede ubicar dentro de los trabajos que sobre ambiente se han realizado desde la teoría moscoviciana, requiere de un planteamiento analítico innovador. Lo anterior teniendo presente que el riesgo de desastres es un tema que cuenta con elementos teóricos, conceptuales y metodológicos ya definidos (ver en capítulo I; apartado 1.2), aspectos que reiteran al desastre como fenómeno social y, por tanto, como área susceptible de ser estudiada desde la TRS.

El diálogo entre teorías da como resultado un esquema de integración teórico-conceptual; una especie de tejido analítico entre los elementos que configuran cada uno de los enfoques seleccionados. Este primer producto ha permitido: *(i)* corroborar la complementariedad de los enfoques; *(ii)* descartar posibles contradicciones a nivel teórico-conceptual; y *(iii)* determinar aquellas dimensiones que servirán como categorías de análisis para la presentación de resultados. Este último aspecto justifica la presentación del siguiente apartado en esta sección del documento y no –como era de esperarse– en el estado del arte.

1. INTERACCIÓN TEÓRICO-CONCEPTUAL DEL ENFOQUE SOCIAL DE LOS DESASTRES Y LA PERSPECTIVA MOSCOVICIANA

Ya el enfoque social ha entizado en la pobreza analítica que supone reducir el desastre al desarrollo de un fenómeno natural. Bajo esta premisa se ha indagado en los elementos de susceptibilidad social y riesgo por ser condiciones resultantes de la dinámica y de la percepción colectiva, sin dejar de lado el evento en sí. El riesgo, específicamente, supone una construcción social que depende tanto de procesos cognitivos como socioculturales, mismos que median en la apropiación de la realidad.

La incorporación de la TRS permite ir más allá del marco cognitivo para explorar en los esquemas de sentido socialmente compartidos, evitando estudiar el tema de interés (riesgo de desastres) como un fenómeno fragmentado. Siguiendo esta línea, se ha trabajado con las nociones de micro, meso y macro sistema (en interrelación). Se busca enfatizar en la continuidad y en la sinergia que existe entre los diferentes escenarios en los que las representaciones sociales circulan, se reproducen y transforman, así como entre los tipos de relaciones que se establecen desde “entornos próximos (microsistemas y mesosistemas) y por los contextos más grandes (macrosistemas) en los que están incluidos los entornos (Colás, 2006: 32).

Dicha visión sistémica es retomada de la escuela sociológica de las RS –ver en capítulo I; numeral 2.3.2– y puede equiparse con el modelo ecológico de Bronfenbrenner (1987). Estas vertientes reconocen la importancia tanto del sujeto –como punto de partida– como de los contextos inmediatos y macro-contextos en donde se desarrollan relaciones clave (interpersonales, familiares, grupales y estructurales). Para Bronfenbrenner los entornos más próximos corresponden al micro y meso sistema. El primero de ellos reúne las interacciones de tipo cercano, cara a cara, en las que la persona puede participar activamente, incluyendo “los factores de la actividad, el rol y la relación interpersonal” (Bronfenbrenner, 1987:41). El segundo, el mesosistema, se configura por la interconexión de microsistemas y se va ampliando a medida que la persona se integra a nuevos entornos. Finalmente, el macrosistema³² se determina como el patrón de creencias,

³² En el macro sistema se incluye el exosistema por considerar que, en el estudio del riesgo, los entornos que influyen en la persona, sin que esta participe activamente de ellos, generalmente son parte de espacios institucionales que se circunscriben al nivel societal-ideológico. Ejemplo: los roles o relaciones desarrolladas dentro de los comités municipales de gestión integral.

valores e ideologías que ordena y sustenta la base sociocultural amplia en donde coexisten los entornos micro y meso (Colás, 2006).

Del trabajo de Bronfenbrenner se destacan tres características del concepto extendido de ambiente o “ambiente ecológico” (1987: 41):

- 1) el sujeto es un ente dinámico que tiene la facultad tanto de acomodarse al hábitat en donde vive como de reestructurar dicho entorno;
- 2) en el entendido de que el medio también es una fuente de influencia, la interacción entre individuo-ambiente es bidireccional; y
- 3) el entorno inmediato, lejos de representar la totalidad del ambiente, configura solamente una parte del examen multinivel que debe considerar todo estudio interesado en la naturaleza de los fenómenos psico-socio-culturales.

Por otra parte, Doise (1986; citado por Serrano, 2010), uno de los principales representantes de la escuela sociológica de las representaciones sociales, propone cuatro niveles que pueden ser ubicados dentro de los rangos micro, meso y macro. Se destaca que, a diferencia del modelo ecológico, la vertiente sociológica de las RS ha incorporado elementos que corresponden a la relación con el self (ser relacional). El autor habla del nivel intra-personal, nivel inter-personal y micro-grupal, nivel inter-personal y macro-grupal y nivel ideológico.

Para la categorización de los datos se ha tomado en cuenta ambas estructuras analíticas, integrando los sistemas de Bronfenbrenner y los niveles de Doise, tal como se presenta en la figura 23.

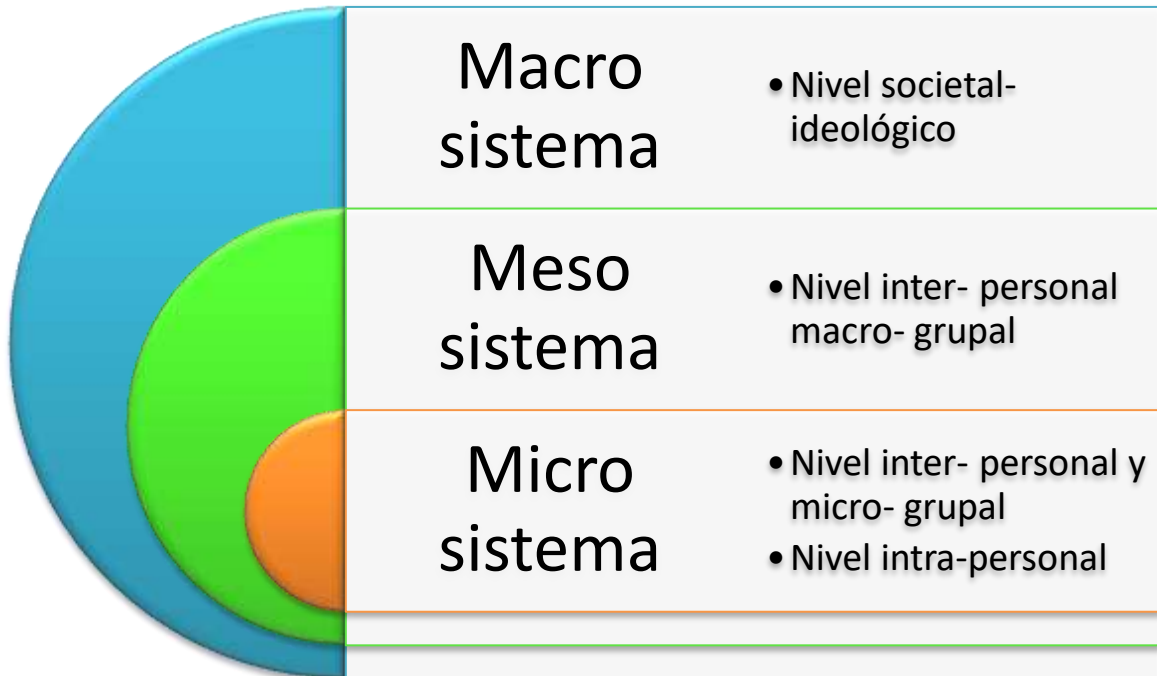


Figura 23. Modelo ecológico y los niveles de abordaje de las RS. Elaboración propia con datos de Bronfenbrenner (1987) y Doise (1986; citado por Serrano, 2010).

Las características físicas y la representación simbólica de la realidad, configuradas en un contexto micro, meso y macro, influyen directamente en la forma en que el riesgo de desastres es percibido, por tal razón es fundamental hacer uso de herramientas conceptuales tales como amenaza y vulnerabilidad. La amenaza (fenómeno físico) contiene las nociones de proximidad, nivel de exposición y frecuencia del evento. Respecto a las condiciones de vulnerabilidad, entran en debate los contextos que en su conjunto representan la estructura social (lo psico-social y lo cultural, lo económico y político, lo físico y estructural). Esta dimensión constituye el ámbito socioestructural, mismo que:

- a) contiene las variables contextuales más sobresalientes a las que las representaciones del núcleo figurativo están adaptadas;
- b) define el tipo de relación gestada entre el conjunto social y su entorno físico-subjetivo³³.

³³ Los conocimientos y las prácticas ante el riesgo de desastres no son productos exclusivos de la experiencia directa con un fenómeno *potencialmente peligroso*. Esta relación se encuentra mediada por una serie de elementos del marco social que establecen las características de la experiencia y su evaluación, teniendo como referencia la percepción de proximidad, nivel de exposición y frecuencia del evento.

Es esencial para el estudio del riesgo identificar los elementos del sentido común que más se repiten y que constituyen los rasgos que predominan como arquetipos sociales; para ello, además de los factores ideológicos (macrosistema), es fundamental analizar el nivel interpersonal-macro grupal (meso nivel) desde donde se explican más fácilmente, dentro de un grupo en específico, los conocimientos compartidos y las acciones generalizadas ante el riesgo; siempre en el entendido social, en otras palabras, como un saber-hacer común.

La noción de agencia también cobra importancia en este punto. Si bien la estructura ejerce una fuerza determinante en la formación del sistema de pensamiento, el sujeto-grupo tiene la posibilidad de modificar la información recibida mediante procesos de anclaje y objetivación –ver apartado 2.3.2 del capítulo I– con el fin de hacerla familiar e inteligible, al mismo tiempo que [la información] se re-construye y re-crea.

Sin embargo, la función específica de las representaciones sociales es adaptar conceptos e ideas abstractas –como los producidos por la ciencia– a la sociedad y, mediante la formación de conductas y la orientación de las interacciones sociales, asegurar la adaptación de la sociedad a nuevos conjuntos de categorías e informaciones. Esto se logra mediante dos procesos que muestran la interdependencia entre la actividad psicológica y sus condiciones sociales: la objetivación y el anclaje (Villaruel, 2007: 436-437).

No hablamos entonces de mecanismos mentales o imposiciones culturales, tampoco de simples reproducciones automáticas; son procesos sociocognitivos que permiten la circulación y el intercambio cotidiano de “lo representado” en los niveles intra-personales e interpersonales inmediatos (microsistema), sobre una base social amplia. La funcionalidad de los recursos sociocognitivos –de los que se vale las representaciones sociales– se define en las dificultades que enfrenta el sujeto ante un nuevo dato generalmente abstracto, significativamente cargado (exceso de significados) y descontextualizado. Como respuesta, el proceso de objetivación materializa y sintetiza. Al mismo tiempo, el anclaje proporciona los esquemas de modelización que sirven como referencia en la decodificación del elemento recién incorporado (Hollisch, 2014).

La agencia es social y por ende no corresponde a una teoría del individuo. El trasfondo epistemológico del pensamiento moscoviciano nos habla de la subjetividad en origen, naturaleza y función como un aspecto social, al igual que los diversos procesos que le integran –el anclaje y la objetivación–.

Partimos del reconocimiento del riesgo como una construcción colectiva en donde, para este caso en específico, la identidad ejerce como elemento articulador.

Siguiendo a Serrano (2010), la identidad recrea ese punto que conecta la acción psicológica y la acción social, configurando un instrumento dialógico entre las dimensiones inmateriales y materiales que componen la realidad. En consecuencia, las dimensiones sociocognitiva y socioestructural (categoría 1 y 2) están transversalizadas por lo que se determina aquí como tiempos identitarios; es decir, la narrativa del presente que va hacia atrás (pasado) y hacia adelante (futuro), entre la certidumbre que define mediante una historia personal-grupal y la incertidumbre que representa el riesgo *per se*.

La integración teórico-conceptual nos brinda además un tercer rango de análisis conexo al territorio que, al igual que el riesgo de desastres, se concibe en la forma de un producto social, por lo cual se ha definido como categoría socioterritorial (categoría 3). Si bien la visión sistémica señala el nivel macro como el escenario que contiene el conjunto de interacciones psico-socio-culturales, en el presente trabajo será el socioterritorio, como categoría y dimensión transversal, el que cumpla las funciones de ámbito totalizante-unificador de los diferentes niveles (micro, meso y macro). Lo anterior, en el entendido de que el territorio es –simultáneamente– organismo, medio y vínculo.

De acuerdo con Martínez (*et al.*, 2015: 33, citando a Milton Santos, 2000a): “El territorio, en la medida en que es usado y construido por la sociedad que lo habita, se constituye como un todo complejo, donde se teje una trama de relaciones complementarias y conflictivas. En otras palabras, se establecen relaciones entre el lugar, la formación socioespacial y el mundo. El territorio usado es, para el autor, una totalidad”.

El riesgo de desastres se ha dimensionado a partir de procesos y formas particulares de conocimiento-práctica que participan, a la vez que se sostienen, de una visión compartida del mundo. En este orden de ideas, la noción de socioterritorio permite definir aspectos claves del riesgo desde una necesaria interpretación espacial, tales como las materialidades y subjetividades que expresan acciones y saberes, el conjunto de relaciones que caracterizan el fenómeno representacional y la agencia socioespacial de los grupos urbanos, rurales y periféricos.

Cabe destacar que, al igual que al ámbito temporal, el territorio no es unidimensional, ni mucho menos fijo. Los atributos espaciales de los procesos colectivos tienen una existencia definida en el presente, así como una memoria identitaria constituida de las espacialidades pérdidas y unas expectativas de

permanencia y de control espacial ante condiciones de riesgo. Desde de esta perspectiva, se ha incorporado al desarrollo de la tercera categoría los conceptos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización (Herner 2009), elementos contenidos en la subcategoría de dinámicas socioambientales. Se deduce como corolario que el espacio se convierte en tiempo –más exactamente en tiempos identitarios– y el tiempo en espacio, de tal forma que lo micro, lo meso y lo macro, al estar transversalizados por los ejes de identidad y territorio, deben ser abordados como un sistema espacio temporal.

Todo lo anterior conlleva la generación de una imagen completa de los aspectos y procesos que caracterizan al tema de estudio. La figura 24 esquematiza la relación entre los diferentes factores que fueron *ut supra* revisados y que, de acuerdo con las consideraciones teórico-conceptuales, configuran la construcción social del riesgo de desastres. Se enfatiza en las sinergias e interacciones que se generan entre los niveles micro, meso y macro³⁴, así como en los procesos identitarios, sociocognitivos, contextuales y socioterritoriales que se presentan como insumos de las principales categorías analíticas.

³⁴ Escenarios en donde circulan y se reproducen las representaciones sociales.

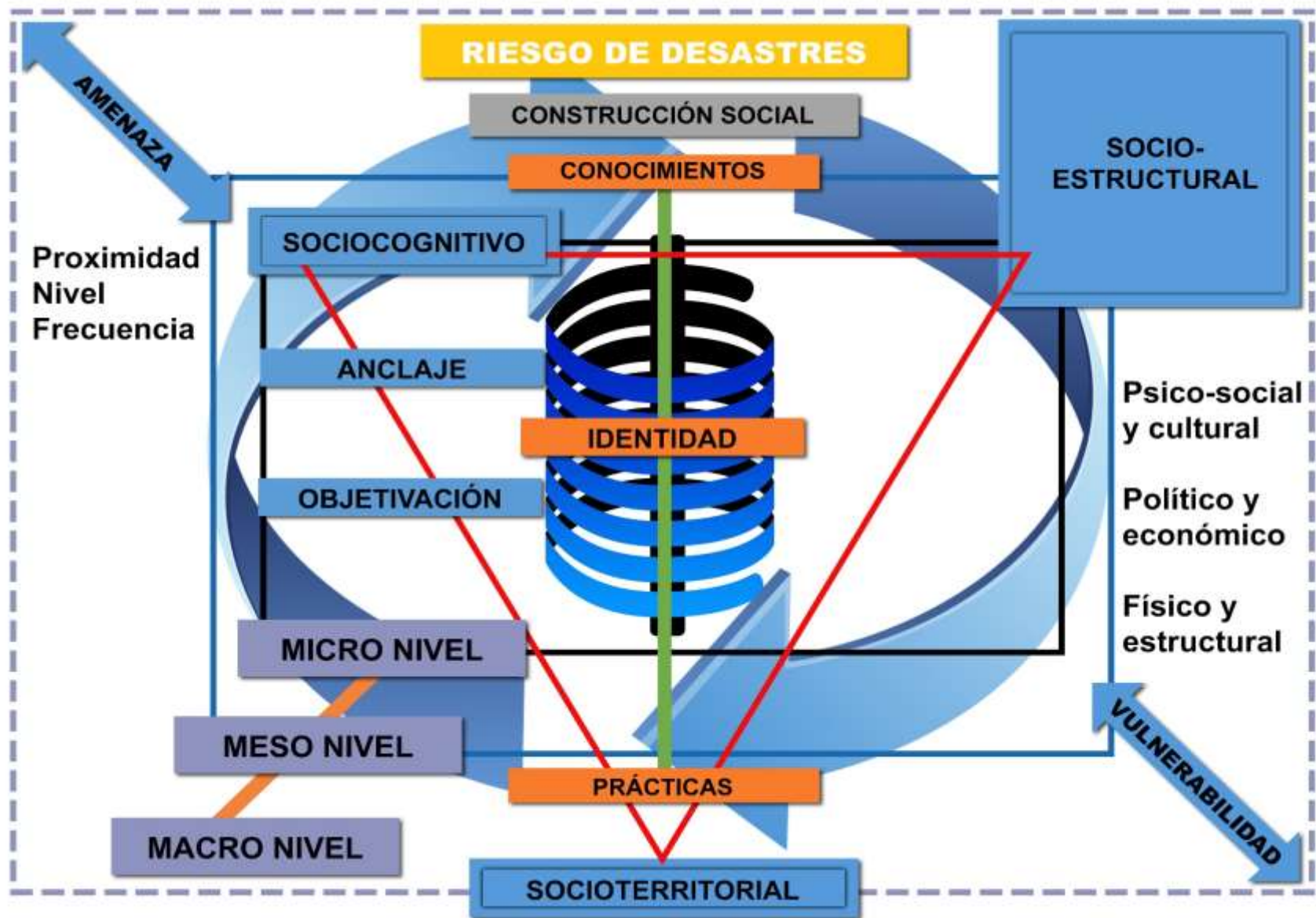


Figura 24. Integración teórico-conceptual. Elaboración propia.

1.1. Categorías, elementos integradores y contenido básico

Teniendo en cuenta la multifactorialidad que debe integrar el estudio social del riesgo, resulta conveniente generar un encuadre analítico que establezca puntos de encuentro, visibilice sinergias y genere unidad ante la posible dispersión de los elementos. El encuadre analítico se logra a partir de la triangulación de tres dimensiones que saltan a la vista en el esquema de integración teórico-conceptual: lo sociocognitivo, lo socioestructural y lo socioterritorial. Las dimensiones mencionadas poseen dos características en común: primero, se conforman de los diversos elementos de interés; y segundo, operan en alguno de los tres niveles en los que se manifiestan las RS –el micro, meso y macro nivel–.

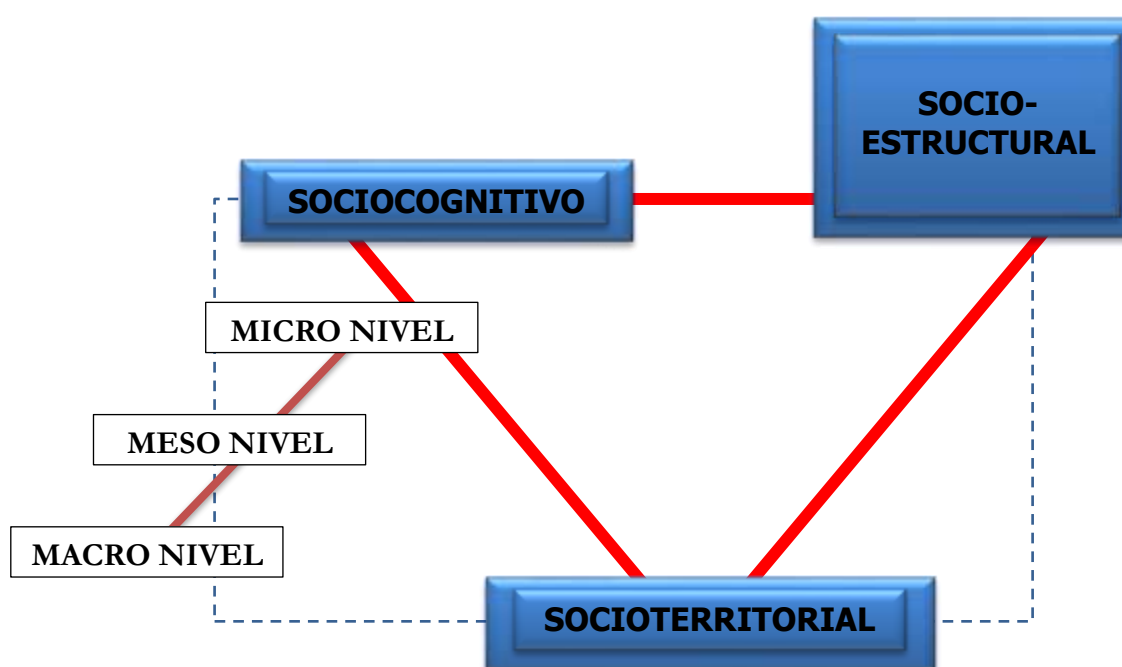


Figura 25. Encuadre analítico y categorías principales. Elaboración propia.

A partir del encuadre analítico se han identificado las principales categorías de análisis (sociocognitiva, socioestructural y socioterritorial), así como cada uno sus componentes, mismos que han sido denominados como elementos integradores (EI). Así, por ejemplo, sabemos que la dimensión sociocognitiva se relaciona con los mecanismos por los cuales se objetiviza la información obtenida del medio y se incorpora al bagaje ya existente, sirviendo como marco de referencia no simplemente para interpretar, sino además para actuar en dicho entorno. Los

componentes que integran esta primera categoría son los procesos de objetivación y anclaje, íntimamente ligados a los comportamientos y las prácticas.

La categoría socioestructural, por otra parte, contiene los elementos de vulnerabilidad-amenaza, más concretamente la forma en que la población del municipio percibe las condiciones de susceptibilidad y exposición al riesgo. La vulnerabilidad se relaciona con condiciones sociales, económicas, físicas, culturales y políticas³⁵ que reducen la capacidad de la comunidad para afrontar eventos peligrosos. Respecto a la amenaza, resulta fundamental indagar en la forma en que los habitantes se relacionan con su medio y las implicaciones emocionales, simbólicas y de valor que se configuran a partir de la percepción de proximidad, nivel de exposición y frecuencia, mismas que llevan a tipificar un elemento natural como peligroso.

La última categoría que es la socioterritorial, se explora a partir de la lectura del espacio habitado; es decir, las RS que la gente ha construido sobre su entorno en exposición al riesgo y de la forma cómo han actuado sobre el lugar que ocupan a partir de dicha representación. En este caso encontramos como elementos integradores los procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización (dinámicas socioambientales), analizados a partir de las materialidades y subjetividades que expresan conocimientos y prácticas ante el riesgo de desastres (saber-hacer común), el conjunto de relaciones que caracteriza el fenómeno representacional y la agencia socioespacial de las diferentes áreas de estudio. Así entonces, la dimensión socioterritorial es la dimensión totalizante-integradora que contiene los elementos del sistema espacio temporal, pero en su expresión relacional: lo intra-inter-contextual (ser relacional, relaciones sociales y base social amplia).

Pese a que los elementos integradores (EI) son aspectos más específicos que las categorías analíticas, siguen presentado un carácter abstracto que puede dificultar la inteligibilidad del dato. Por tal razón, se ha incorporado un tercer ítem que identifica, a modo de pregunta, los aspectos básicos en que se traducen los EI, denominados contenidos básicos.

La triangulación de la información recopilada en el trabajo de campo –a partir de la implementación de entrevistas a profundidad, cartas de asociación libre y talleres

³⁵ Aspectos que fueron profundizados con la población, tanto en las entrevistas a profundidad como en los talleres de cartografía social.

de cartografía social– se ha desarrollado en el marco de las categorías y subcategorías que han surgido del ejercicio de integración teórico-conceptual, de tal forma que los dos primeros niveles (categorías analíticas y elementos integradores) han orientado la búsqueda y la revisión de la información de campo, al tiempo que el tratamiento de dicho contenido básico –la respuesta a los interrogantes– las alimenta.

Mediante una matriz de datos –ver cuadro 5– configurada por un esquema tripartito, se registra tanto la organización de la información como la correlación entre las categorías analíticas, los elementos integradores y los contenidos básicos, en otras palabras, el enlace entre los aspectos teóricos y los hallazgos de campo. La funcionalidad de la matriz, en cuanto a organización y a correlación de componentes, ha dado paso a un análisis de mayor complejidad (apartado 2 de este capítulo) mediante el cual se busca entretejer los contenidos de una forma crítica y argumental para, posteriormente, generar el apartado de conclusiones.

Cuadro 5. Matriz de datos

Categorías analíticas	Elementos integradores	Contenidos básicos
Sociocognitiva	<p>Anclaje/Objetivación</p> <p>Conocimientos-saberes/ Prácticas-comportamientos</p>	<p>¿Quién sabe? /Sujeto cognoscente en riesgo</p> <p>¿Qué sabe? /Objeto representado</p> <p>¿Cuáles son las fuentes, los medios y los tipos de conocimiento relacionados con el riesgo de desastres?</p> <p>¿Cuáles son las prácticas y comportamientos ante el riesgo y cómo se justifican?</p> <p>¿De qué forma los saberes y prácticas ante el riesgo definen trayectorias sociales?</p>
Socioestructural	Amenaza/vulnerabilidad	<p>¿Cómo se explica, de acuerdo con la población de los diferentes sectores, la relación sociedad-naturaleza?</p> <p>¿Cuáles son los fenómenos naturales que se asocian con el riesgo de desastres?</p> <p>¿Cuál es la percepción de frecuencia, proximidad y exposición de los fenómenos naturales asociados con el riesgo de desastres?</p> <p>¿Cómo se representa el elemento natural en la relación sociedad-naturaleza? (amenaza-recurso)</p> <p>¿Cómo se expresa gráficamente esta relación?</p> <p>¿Cuál es la narrativa de vulnerabilidad que se relaciona al riesgo de desastres?</p>

		Desde dicha narrativa, ¿cómo se representan las condiciones físicas, sociales, económicas, políticas y ambientales del municipio en el análisis del riesgo de desastres?
Socioterritorial	Dinámicas socioambientales: territorialización/desterritorialización /reterritorialización	<p>¿Cómo la experiencia espacial que se configura en contextos de despojo y apropiación territorial se relaciona con el saber-hacer ante el riesgo?</p> <p>¿Cómo se manifiestan territorialmente las materialidades y subjetividades que expresan acciones y saberes ante el riesgo de desastres?</p> <p>¿De qué forma se articulan espacialmente las relaciones que caracterizan el fenómeno representacional objeto de estudio?</p> <p>¿Cómo se caracteriza la agencia socioespacial de los grupos urbanos, rurales y periféricos?</p>

Fuente. Elaboración propia.

2. DIMENSIONES ANALÍTICAS

Las categorías analíticas de la investigación se han construido en torno a tres dimensiones principales, a saber: sociocognitiva, socioestructural y socioterritorial. Es importante señalar que las representaciones sociales del riesgo, bajo estas tres grandes temáticas y como hallazgo de investigación, son narrativas continuas de un discurso compartido por el global de la población piedecuestana; empero, presentan características distintivas por grupo de estudio (sector rural, periferia y casco urbano), condición que ratifica al riesgo como una entidad conceptual dinámica, polisémica y cuestionable; no inerte, no unívoca, no inequívoca.

Para la primera categoría, los elementos distintivos se han identificado principalmente en los contenidos básicos de la representación: fuentes, medios, conocimientos y prácticas; por el contrario, los elementos integradores de anclaje y objetivación se configuran desde un sentido conjugado y simultáneo que, salvo algunas particularidades, permite unificar la generación y organización de los conocimientos sobre el riesgo en el municipio.

La dimensión socioestructural también responde a un proceso dialéctico de diferenciación-asociación de componentes. La amenaza es la representación diversa que los diferentes grupos tienen de la relación [problematizada] entre sociedad-naturaleza. Por su parte, la vulnerabilidad³⁶ contiene las variables contextuales más sobresalientes que moldean y articulan las representaciones más cercanas a la base social amplia —asociadas a los riesgos permanentes—, razón por la cual se habla de una narrativa continua y de vivencias socialmente compartidas entre los diferentes habitantes del municipio.

Finalmente, la categoría socioterritorial ha permitido identificar aquellos contrastes que se presentan en los procesos de des-re-territorialización y en la experiencia espacial que, en contextos de riesgos, caracterizan cada área de estudio. El análisis socioterritorial se ha sustentado de contenidos como las materialidades y subjetividades del saber-hacer común, el conjunto de relaciones sociales y los rasgos de la agencia socioespacial de los grupos urbanos, rurales y periféricos.

³⁶ La vulnerabilidad también hace referencia a la relación gestada entre el conjunto social y su entorno físico-subjetivo.

2.1 Dimensión sociocognitiva

La dimensión sociocognitiva contiene los mecanismos que definen la actividad psicológica y social desde donde se generan, construyen y se integran las representaciones del riesgo de desastre al sistema de pensamiento compartido. El anclaje y la objetivación son procesos que, aunque son susceptibles de estudio independiente, deben ser abordados como una totalidad que se hace inteligible mediante el análisis de:

- los elementos informativos que se producen y circulan entre la población respecto a un fenómeno representacional determinado; y
- las diversas líneas de anclaje que configuran la base social amplia y los comportamientos que derivan de la imagen producida de la realidad.

Se habla de aspectos catalogados como conocimientos y prácticas ante el riesgo, elementos integradores de esta primera categoría que han sido desarrollados teniendo como guía las preguntas formuladas desde el enfoque procesual: ¿quién sabe y desde dónde sabe?, ¿qué y cómo se sabe?, ¿por qué y para qué se sabe? y ¿con qué efecto se sabe de forma integradora?

De esta manera, el apartado sociocognitivo describe y analiza los aspectos que se relacionan directamente con el conjunto social de estudio (sujeto cognoscente), el objeto representado —que se ampliará con mayor detalle en la categoría socioestructural—, las fuentes, medios y tipos de conocimiento, así como las prácticas ante el riesgo.

2.1.1 Los residentes piedecuestanos y su saber-hacer común ante el riesgo de desastres

Las representaciones, si bien descansan en la psique, operan socialmente. Este carácter [social] ha permitido el estudio de las RS desde campos diversos como la antropología, las ciencias políticas y la sociología, más allá de su área de origen que es la psicología social. Desde hace varias décadas se ha generado un creciente interés por entender el sistema de pensamiento compartido que se encarga de orientar las relaciones, prácticas y comportamientos dentro de un grupo, sin obviar la relevancia del actor social.

La representación de la realidad descansa y se descubre desde el relato particular, aquel que se remite a saberes socialmente compartidos como creencias, costumbres e imaginarios, a la vez que se mezcla con vivencias, experiencias y

expectativas (personales, familiares y grupales). La representación del objeto es la representación de un sujeto, en este caso, un sujeto social. Así entonces, la riqueza y multidimensionalidad del dato permite obtener información sobre el actor cognoscente, el “quién sabe”; es decir, los habitantes de Piedecuesta.

El sujeto piedecuestano, cabe destacar, ya no responde como antaño a la denominación que se les otorgaba únicamente a las y los nacidos en el municipio. Tal como ha ocurrido con otros pueblos cercanos a las capitales colombianas, la dinámica de entrada-salida-retorno de población se ha intensificado en las últimas décadas en Piedecuesta. Algunas personas oriundas del lugar han migrado hacia distintos sectores, especialmente ciudades más grandes, mientras otras se han ido incorporando por razones económicas, labores, familiares y de violencia social.

“Bueno, la parte de que, como se dice, uno no es propiamente de un sector o de una tierra, sino donde más hay asentamiento mejor, entonces, prácticamente llegamos acá y acá nos establecimos y aquí nos quedamos” (Leonardo, A.C-Ur; 43, barrio Barroblanco).

“Sí, yo me considero piedecuestano, bumangués de nacimiento, pero piedecuestano de vida” (Edinson, AC-Ur; 30, barrio San Carlos).

“Bueno, yo soy un inglés afrancesado con cabeza de alemán, quiere decir que nací en Bogotá y cuando tenía seis años me trasladaron a una provincia de García Rovira en Santander [...] ya en un momento de mi vida me llamó la tierra y entonces decidí volver a Santander, por eso digo que no sé si soy santanderiano, bogotano y otra vez santanderiano” (Hernando, AC-Ru; 56, vereda el Volador).

Pertenecer a/ser [de] Piedecuesta se relaciona con el hecho de sentirse parte del lugar; no solamente de vivir en el pueblo, sino de vivir el pueblo. Piedecuesta es un territorio socialmente construido y así se experimenta. Disfrutar de los espacios públicos (parques, instalaciones deportivas, plazas) y participar de las actividades colectivas, por lo menos en lo que se relaciona al espacio inmediato –sea barrio, vereda o sector– y a los grupos cercanos, a fin de hacer público ciertos rasgos de la vida personal que aseguren salir del anonimato: ubicación de la vivienda, miembros de la familia, ocupación, etc.

Generalmente, un poblador del municipio se legitima como tal a partir del testimonio de sus cercanos (vecinos, amigos y familia), motivo por el cual el reconocimiento del otro es una parte esencial del “ser y sentirse” piedecuestana y piedecuestano. La disertación identitaria del ¿quién soy? constantemente es configurada a partir de ¿cuál es mi relación con el otro y lo otro? ¿en dónde me

sitúo? y ¿en dónde me sitúan?, sin obviar el hecho de que la profesión, el trabajo o la labor que desempeñan, además de denotar un tipo de actividad, también señala la función que cumplen para la sociedad.

“y llegando allá, yo mismo construí mi casa, construyo, todavía la tengo en construcción, y entonces ese hecho de estar haciendo las cosas hace que la gente se interese y pregunte, bueno ¿y usted quién es? ¿usted de dónde viene?, entonces ya se enteraron que era profesor” (Hernando, AC-Ru; 56, vereda el Volador).

“Mi nombre es Leonardo [...], vivo acá en Piedecuesta, soy voluntario en la defensa civil y también hago parte de los radioaficionados a nivel nacional e internacional” (Leonardo, A.C-Ur; 43, barrio Barroblanco).

“Mi vida ha transcurrido entre el servicio a la comunidad, porque (eh) siendo muy joven, apenas 18 años, ingresé al ejército como soldado, de ahí salí e ingresé, tuve la fortuna, la bendición Dios de ingresar a la policía, allí hice carrera, salí como sargento viceprimero en uso de buen retiro. Descansé unos años y luego tuve la oportunidad por medio de un amigo y algún familiar de que se me diera la oportunidad en bomberos, apenas complementaba, pues, la situación de servicio a la comunidad, porque me ha gustado mucho, me nace del corazón, eso no se hace, eso se nace. Y ahí estamos haciéndole hasta que Dios permita” (Alfredo, AI; 60, jefe de operaciones de Bomberos Voluntarios de Piedecuesta).

Es común referirse al carácter de sus habitantes, también conocidos como garroteros en referencia a una antigua arma, el garrote o “la cachiporra de clase social” –como la llamó Valenzuela (1996: 61)–, muy popular entre la gente después de la creación de la Villa. La valentía, tenacidad y rudeza del garrotero es algo que de lo que aún se habla, atributos tanto de las personas oriundas como de aquellas que así se autodenominan.

“Bueno, Piedecuesta fue como donde yo me crié, fue mi pueblo, ahora es ciudad. Simboliza mucho gente berraca, que somos gente echada para adelante, gente guerrera, no en vano nos llaman garroteros” (Edinson, A.C-Ur; 30, barrio San Carlos).

Para Luis Rubén Pérez, historiador de la Universidad Industrial de Santander, la piedecuestaneidad es “una expresión ideológica micronacionalista” que se proyecta desde la “personalidad cultural” e identitaria que ostentan las y los piedecuestanos (Pérez, 2005: 1.1). La piedecuestaneidad es el nombre que algunos analistas han dado a ese sentimiento de pertenencia y arraigo que descansa en aquel lugar del pueblo, ahora ciudad, en donde puede perpetuarse a pesar de la temporalidad,

dicho de otro modo, en sus propios habitantes. La percepción que tiene sobre sí mismo el sujeto cognoscente se construye en el marco de aquello que reconoce como el espacio global que ocupa y en el cual se desenvuelve, territorio subjetivado que contiene tanto el objeto a representar (¿qué y cómo se sabe?) como los medios para su conocimiento (¿desde dónde se sabe?).

De acuerdo con Lara (2005, citando a Álvarez, 2002), la experiencia con el objeto representado es un elemento esencial en la producción de representaciones sociales. Para este caso de estudio, los aspectos relevantes van más allá de la experiencia sujeto-objeto, conjugados en un ahora. El encuentro con aquello que se representa tiene necesariamente un trasfondo histórico (personal, familiar, grupal), una narrativa que conecta diferentes puntos sociobiográficos en una trayectoria marcada por los tiempos identitarios: presente, pasado y futuro.

“Por épocas de la violencia en tiempos hace aproximadamente veinte años atrás, pues, se puso muy difícil la situación, con muchos compliques, con muchos desaparecidos, con familiares muertos, con acribillados, distintas formas, entonces nos vimos en la obligación de emigrar, de salir, de desplazarnos, aunque cuando eso no se oía hablar nada de desplazamiento[...] Entrando, aquí por el lado de los bambúes, llegando al sector cuatro, el plan chino que llamábamos en ese entonces. Allá nos dejaron el trasteo porque ya no había más carretera, ya no había más entrada, ya un árbol me había tumbado un testero de una cama y se me había quedado por allá de camino, mejor dicho, eso fue una cosa impresionante, pero yo venía con mis dos hijos mayores, los cuales me estaban colaborando en cargar maletas y todo, y así fue como salimos acá a este planecito que ya había hecho mi esposo [...] Por fin teníamos otra vez techo, pero no se sabía que iba a pasar” (Eudora, AC-Pe; 65, sector Nueva Colombia).

Dicha complejidad se ha resaltado en las representaciones de cada grupo poblacional.

- **Representaciones del riesgo de desastres de la población periurbana: ¿qué sabe?, ¿cómo sabe? y ¿desde dónde sabe?**

En referencia a la población que se ubica en la periferia, en su mayoría llegada al municipio en la última década del siglo XX con historias de desplazamiento forzado, migración interdepartamental y pobreza extrema³⁷, las representaciones

³⁷ Con excepción de las familias que, teniendo su residencia en la zona urbana del municipio o en otros lugares, han comprado terrenos, sin escrituras o con escrituras falsas, aprovechado el bajo costo y la cobertura de servicios públicos como el agua y la luz.

del riesgo pocas veces separan el ahora de una memoria previa o de las expectativas futuras. Estas historias se caracterizan por tener un origen remoto –en tiempo y lugar–, un desenlace (movilización o traslado) y un final (llegada), que da inicio a una nueva historia inherente a la anterior. Aquí la experiencia opera como un instrumento de conocimiento.

El discurso representacional del riesgo sigue una trayectoria similar, razón por la cual aquello que se considera un desastre dista mucho de ser un suceso definido en tiempo y espacio. Por el contrario, se expresa como un conjunto de acontecimientos que, paralelamente, configura un proceso de aprendizaje. La función de la experiencia ligada a la generación de conocimientos y al acceso de información son herramientas útiles no únicamente para identificar el riesgo, sino además para superarlo.

El “ser-estar desplazado” en relación con “la importancia política de la autodefinición” (Castillejo, 2016: 239), permite contextualizar las estrategias para administrar la vulnerabilidad. Por ejemplo, el discernimiento que la población víctima del conflicto armado interno posee y ha desarrollado sobre la legislación colombiana que regula la materia (Ley 387 de 1997 y la Ley 1448 de 2011), en la cual se estipula la prioridad que deben tener estos grupos respecto a los beneficios otorgados por planes, programas y proyectos gubernamentales. En este sentido, existe un reconocimiento tanto de las condiciones de vulnerabilidad como de los derechos que deben ser restituidos por ley; lo anterior explicaría el por qué en la narrativa de los habitantes de la periferia piedecuestana se utiliza el término de “desplazados” (auto-reconocimiento) y no otros adjetivos como migrantes o desarraigados.

El riesgo también se percibe como un elemento movilizador. Palabras como organización, actuación, evaluación, preparación, unión y trabajo en equipo, sobresalen en la sistematización de instrumentos asociativos (cartas de asociación libre) y técnicas grupales (taller de cartografía). Estos conceptos indican el tipo de prácticas que se consideran fundamentales para el afrontamiento de problemáticas que, por un lado, configuren una necesidad sentida por el colectivo y, por otro, se prioricen en la agenda comunitaria. Esta afirmación no pretende relacionar la producción de representaciones sociales con la construcción de jerarquías rígidas en la categorización de saberes y prácticas; más bien señala la forma en que las actitudes de la población ante diferentes manifestaciones del riesgo, orientan el

comportamiento de acuerdo con la experiencia y al contexto en que dicha vivencia se desarrolle.

Las cartas de asociación libres son una técnica exploratoria que hace parte de los métodos asociativos para determinar las nociones con las que más se relacionan, de forma espontánea, el fenómeno representacional de interés. Las cartas de asociación libre grafican los resultados de algunos ejercicios asociativos realizados durante el trabajo de campo. Estos esquemas señalan, en colores distintivos, tanto el término inductor, que marca el inicio de la carta asociativa, como la primera serie desde donde se originan las diferentes cadenas. A partir de la relación del término inductor con las palabras de la primera serie (cadenas de la secuencia 1), se obtiene una segunda y tercera serie que relacionen por enlaces asociativos el global de los términos producidos. Cada secuencia de evocación se ha construido a partir de la asociación de la serie inmediatamente anterior, no en relación con el último elemento.

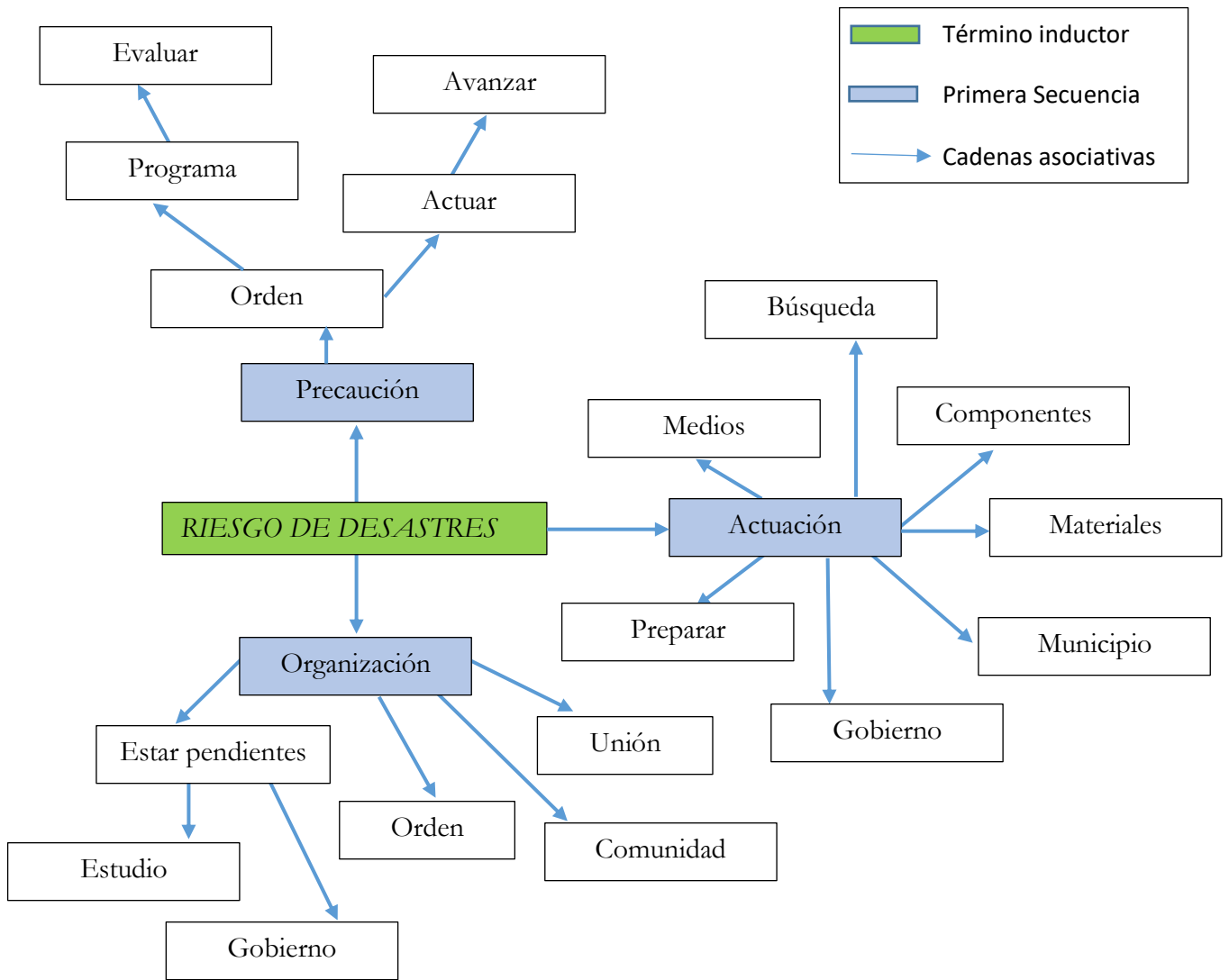


Figura 26. Carta de asociación libre, habitante del sector de Nueva Colombia. Datos de trabajo de campo.

La movilización no implica simplemente alejarse de aquello que materializa el riesgo, sino además generar condiciones que modifiquen esa sensación, algo que se relaciona con la agencia del sujeto social “que actúa, produce y transforma conocimientos y prácticas, así como su cultura y su historia” (Serrano; 2010: 33). No obstante, la reacción ante riesgo también se alimenta de ciertas contradicciones.

El sector de Nueva Colombia ha sido afectado por diversos eventos hidrometeorológicos, generando preocupación entre los habitantes de la zona y las autoridades competentes debido al alto grado de exposición. Ante la gravedad de los daños de recientes emergencias fue necesaria la reubicación de varias familias;

empero, los terrenos que fueron desalojados se han vuelto a ocupar de forma ilegal, pese al antecedente, mantenido estas peligrosas prácticas de asentamiento.

Entran en disyuntiva el riesgo por la exposición permanente a una amenaza y la necesidad de disponer de un alojamiento que permita el desarrollo de un proyecto personal, familiar y comunitario. La exposición al peligro se justifica desde aquellas experiencias que movilizaron (al individuo, familia o conjunto social) en busca de mejores condiciones de vida. En consecuencia, se manifiesta una “falsa percepción de seguridad” (Caballero, 2007: 109) que, sin negar el conocimiento del riesgo, traslada la amenaza (movimiento de laderas, derrumbes y caída de rocas) hacia grupos vecinos para atender otras necesidades de mayor prioridad, según la percepción de los mismos habitantes –legalización de los terrenos y la entrega de escrituras por parte de la administración local–.

“Porque se desliza la tierra porque por aquí es una tierra muy movediza, entonces se afloja y se ruedan esas piedras y éstas son las que afectan todos **esos** ranchitos [...] No, acá no, yo no soy desagradecido porque en este sitio si llueve, el agua escurre por todos lados, llueve y a la hora está seco, otra vez polvareda, aquí yo no he sido afectado por el invierno” (Manuel, AC-Pe, 78, sector Nueva Colombia).

“Sí, años anteriores ha habido muchos deslizamientos, de ahí que salió lo de La Diva. Los de La Diva salieron de acá, pero quedó un problema, los mismo que se fueron para La Diva dejaron ahí sus lotes y ahí se metió nuevamente gente, entonces, para mí tengo que eso fue basado en, digamos, en la Alcaldía, de no haber tenido en cuenta, de haber encerrado esos lotes de modo que, que ya que esa gente salió para La Diva, pues no hubiesen posesionado, no se hubiese posesionado nuevamente, porque ahí venía ya otra vez, sigue el problema, otra vez empezamos con que los que están viviendo ahí están en peligro, entonces por eso es que no se ha podido, digamos, legalizar en cierto modo este sector” (Eudora, AC-Pe; 65, sector Nueva Colombia).

Algunos residentes tienden a restar importancia a los hechos, mientras otros tratan de deslindarse de una condición general de peligro. Así entonces, la “falsa percepción de seguridad” (Caballero, 2007: 109) termina convirtiéndose en un elemento justificador de su permanencia en el lugar y, por lo tanto, en un aspecto esencial de las representaciones sociales sobre el tema.

En términos similares, Candreva y Paladino (2005) hablan de paradojas comportamentales, señalando que el acceso a información adecuada no garantiza el cambio de prácticas nocivas para el cuidado de la salud –ámbito de estudio de las autoras–. De igual forma, Festinger (1975) hace referencia a la tensión que se

puede presentar en el sistema de ideas, cogniciones y creencias a partir del concepto de disonancia cognoscitiva. Es preciso señalar que dichas contradicciones, tanto en la paradoja como en la disonancia, aluden principalmente al plano psicológico del individuo. Para este caso de estudio los contrapuestos entre conocimientos y prácticas se explican más desde el nivel societal. Por lo anterior, no se habla de inconsistencia o incoherencias ya que, para los actores, el comportamiento adoptado goza de plena racionalidad y lógica, sin generar incomodidad psíquica.

- **Representaciones del riesgo de desastres de la población urbana y rural: ¿Qué sabe?, ¿cómo sabe? y ¿desde dónde sabe?**

El hecho potencialmente desastroso remite hacia otros lugares y otros tiempos, al igual puede remitir a otros tiempos en el mismo lugar. Los habitantes de la zona rural y urbana más antiguos del municipio, reflexionan el riesgo como producto de una serie de transformaciones físicas, ambientales, económicas, sociales y culturales que no han sido asimiladas como parte de una cotidianidad, aunque algunos de estos cambios se estén manifestado cada vez con mayor frecuencia. La reflexión nace de un ejercicio comparativo entre las condiciones de vida de antaño y las de ahora, lo que nos lleva a hablar de un mismo espacio en dos temporalidades: la antigua Piedecuesta y la Piedecuesta de hoy. La reflexión, por supuesto, desemboca en unas expectativas a largo plazo que se generan desde la evaluación de las condiciones actuales o desde los deseos de cambio de los mismos habitantes: “lo que vemos” y “lo que sentimos”. Aquí operan nuevamente los tiempos identitarios.

“Pero yo recuerdo mucho que era muy tranquilo el barrio, no había problemas de inseguridad ni nada, tú podías dejar hasta la puerta abierta y sí, no pasaba nada. También fue por el auge de los ñeros en toda esta temporada a nivel nacional, han surgido esas personas que en su principio eran pandilleros o era gente que vivían en las calles de Bogotá y Medellín y no sé, como que esa forma de actuar, esa forma de pensar, de vestir [...] Yo la veo una ciudad inmensa, tal vez más grande que Bucaramanga; me gustaría que tuviera buena seguridad, que todos los impactos ambientales que hemos causado, pues, se hayan enmendado, me gustaría verla con metro, ¿y por qué no?, con un aeropuerto, así me gustaría verla” (Edinson, A.C-Ur; 30, barrio San Carlos).

“Mire, realmente es muy triste por dos aspectos, ahí no se habían visto veranos tan marcados y no se había visto, digamos, el detrimento de las fuentes hídricas en sus caudales como se está viendo últimamente. El clima ha venido vertiginosamente subiendo la temperatura a tal punto que hoy en día ya prácticamente ya es indescriptible” (Gustavo, AC-Ru; 73, vereda Barroblanco).

“A la iglesia sí porque este ha sido un pueblo que hasta hace poco fue un pueblo de muchísimo sentimiento religioso; ahora es que ya después de que vinieron los evangélicos, los adventistas, los testigos de Jehová y una serie de grupos cada uno con su mochila aparte a ver cómo la llenaban y ya las mismas religiones entraron en contraste y en odios mutuos. Todo eso ha hecho que la sociedad vaya cambiando” (Gustavo, AC-Ru; 73, vereda Barroblanco).

“La situación social es bastante complicada ahí, porque no se puede ya educar a la gente [...] Yo no le veo futuro a eso. Me da mucho pesar y yo quiero hacer muchas cosas y por eso pedimos la Junta de Acción Comunal, por eso nos la ganamos, pero la gente quiere es que usted haga, y así no se puede, si la gente no colabora, es imposible” (Gloria, AC-RU; 58, vereda el Duende).

La evaluación del riesgo no responde únicamente a una observación objetiva de la realidad. Pensar en escenarios de riesgo genera una serie de emociones, sentimientos y actitudes que otorgan nuevos significados a los sujetos, objetos o situaciones que se evoquen en dicha narrativa, formando un juicio o valoración respecto a estos elementos. Ahora bien, en el caso de los habitantes de la cabecera municipal y la zona rural, para el cual la percepción de opera como fuente de información, aquellas problemáticas vinculadas a la seguridad ciudadana (delincuencia, robos, venta de alucinógenos) y salud pública (drogadicción) tienen relación directa con la llegada de nueva población que, por lo general, se encuentra en condiciones de alta precariedad. Es el caso de los desplazados internos que se han asentado en la periferia y los migrantes venezolanos, en su mayoría trabajadores de las granjas avícolas.

Esta situación, de acuerdo con los testimonios recabados, ha complejizado la convivencia en la ciudad y el campo, trasladando hacia estos sectores nuevos riesgos cuya percepción interviene en los juicios prematuros que experimentan dichos grupos poblacionales.

“Están llegando los venezolanos, pero entonces yo, pues nos dimos cuenta de cositas malucas, que ellos a veces, pues sí trabajan, pero no les pueden dar contratos fijos, no pueden tener empleo fijo porque no tienen documentos [...] no aguanta, por ejemplo que, si yo le arrendé a tres personas, me lleguen diez, imposible, no hay agua, no hay nada, entonces, en eso sí se están poniendo como exigentes. Y que de pronto nos traen otra gente que venga a hacernos daño, porque allá (vereda El Duende) no hay ladrones, allá no hay esas cosas, y de pronto nos pueden traer otros problemas, entonces, ya lo están entendiendo” (Gloria, AC-RU; 58, vereda El Duende).

“Los barrios cercanos son San Juan, que la mayoría fueron invasiones que se hicieron; arriba Halcón de Granada, que no sé si fue invasión o compraron los lotes, no sé cómo fue el negocio ahí, pero en esos barrios hay bastante..., pues se nota mucho el desempleo y por lo tanto hay mucho vago o gente que se gana la vida de manera fácil haciéndole daño a la gente” (Edinson, A.C-Ur; 30, barrio San Carlos).

De forma contraria, en lo que respecta a condiciones de daño ambiental y deterioro de la infraestructura urbana (contaminación de ríos, manejo inadecuado de los desechos, daños y mal uso de las instalaciones públicas), la reflexión se vuelca hacia las prácticas desarrolladas por los propios residentes del sector y hacia una necesaria toma de conciencia sobre la interferencia humana en los ciclos de la naturaleza. Es claro que para el ciudadano es más fácil el acceso a la información institucional a través de reuniones y talleres informativos; no obstante, el interés sobre esta temática en específico (riesgo de desastres) parece incrementar solamente después de ocurrido un evento.

“Entonces, en ese lapso de tiempo entre el temblor y los meses siguientes hay una necesidad de la población de absorber información en cuanto a procesos de evacuación, de estructura, de cómo está generado, pero se va dilatando ese interés porque vamos sondeando la situación que pasó, vamos entrando en nuestra cotidianidad y como que dejamos de lado esa responsabilidad que tenemos con nosotros mismos como ciudadanos frente a prepararnos para cuando se vuelva a presentar una situación que es muy latente que se pueda a presentar, podamos generar una respuesta” (Julián, AI; técnico operativo para la Gestión del Riesgo).

Los conocimientos del riesgo como producto de una transposición de las dimensiones temporales y de la combinación de información de diversas fuentes – selección de diferentes datos de la experiencia, de la percepción de cambio, así como de la información institucional o de medios masivos de comunicación–, también es un rasgo que se ha podido identificar en la narrativa del poblador rural. Este discurso tiene, por razones evidentes, una fuerte relación con la dinámica individuo-naturaleza, aunque también se explica desde condiciones sociales amplias –tal como lo señalan algunas cartas asociativas–.

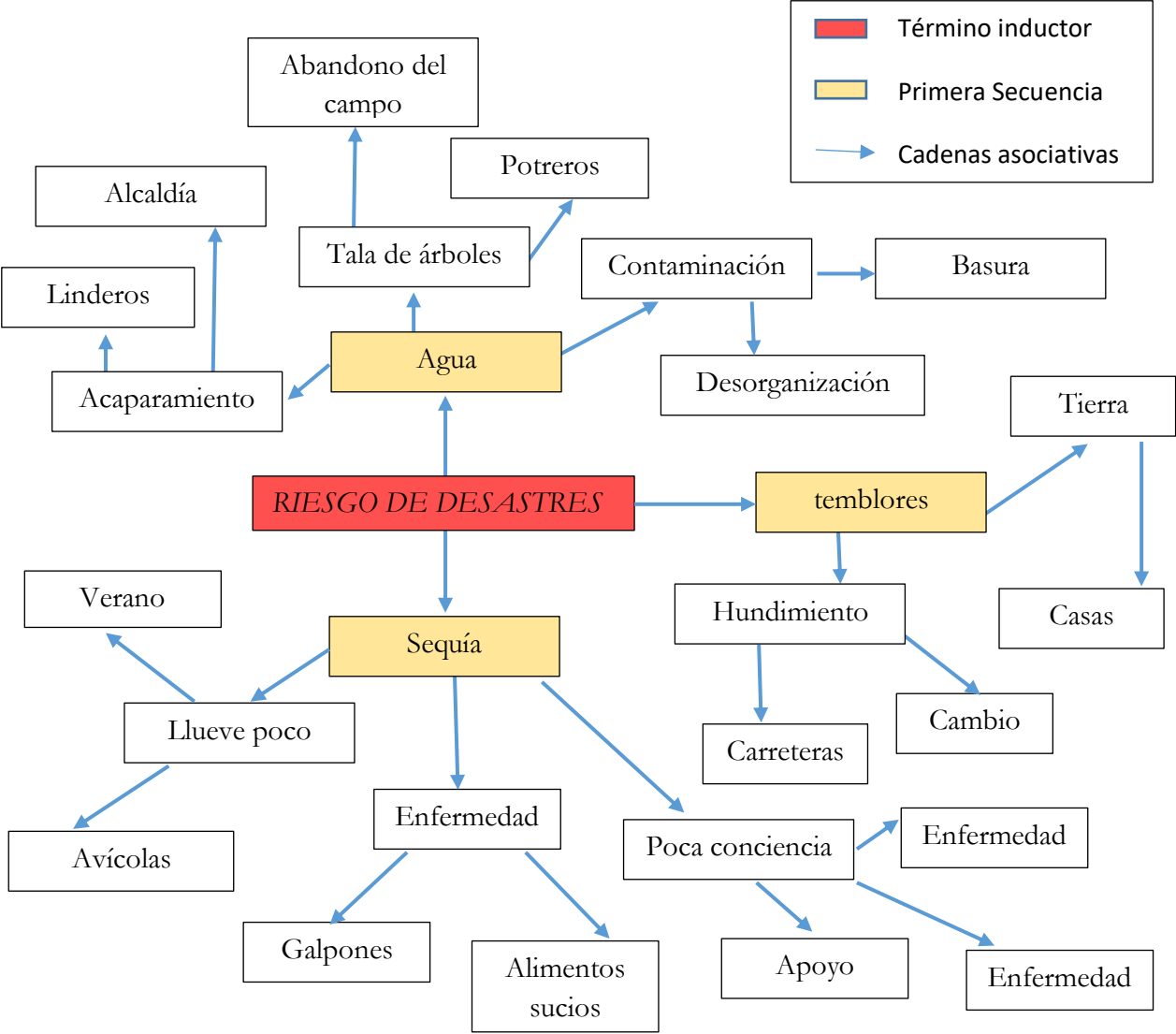


Figura 27. Carta de asociación libre, habitante de vereda el Duende (rural). Datos de trabajo de campo.

El déficit de abastecimiento de agua es uno de los temas trascendentales para los habitantes rurales, asunto que se configura como una problemática compleja y multidimensional. Pese a que se pueden identificar por separado, difícilmente se encuentra un discurso sobre riesgo de desastres en donde se realice una estricta disociación entre causalidades del orden natural y aquellos factores vinculados a conflictos sociales latentes, mismos que se han agudizado en el marco del riesgo climático. Lo anterior dificulta la configuración de tipologías de representaciones sociales del riesgo, cuando menos de la forma en que se ha desarrollado para la temática de medio ambiente (Reigota,1990; Calixto, 2008; González & Valdez, 2012), ya que la construcción social del tema no se sustenta de representaciones singulares que se puedan analizar por separado.

Cuadro 6. Causas y factores asociados al riesgo de desastres por desabastecimiento de agua en el sector rural de Piedecuesta

<i>Causalidades de orden natural</i>	<i>Factores asociados a conflictos sociales latentes</i>
<ul style="list-style-type: none"> • Fenómeno de El Niño/La Niña • Cambios en los patrones de precipitación • Sequías 	<ul style="list-style-type: none"> • Acaparamiento del recurso por parte de las granjas avícolas y fincas ganaderas • Contaminación de los ríos por las actividades avícolas • Alteración del curso natural de los ríos • Conflictos de propiedad

Fuente. Elaboración propia con datos de campo.

Para los residentes rurales, la exposición al riesgo en términos de desabastecimiento hídrico no representa un catalizador para la organización grupal y la búsqueda de soluciones a largo plazo, hecho que, de acuerdo con el análisis de los datos de campo, se relaciona con la dinámica social de la zona y las características de su población. Gran parte de la vereda el Duende, área de estudio, se ha conformado de la migración de jubilados que retornan al campo para el cuidado y el disfrute de tierras heredadas, enfrentando en diversos casos algún conflicto por linderos o por titularidad. Otros terratenientes, aprovechando la extensión de sus parcelas y ante la evidente dificultad para desarrollar actividades agrícolas por la escasez de agua, han construido pequeñas casas o habitaciones que arriendan a trabajadores – únicamente hombres– de las granjas cercanas y a sus familias. De igual forma se

encuentran los titulares de las avícolas, personas que generalmente no habitan en la zona, por lo que manifiestan poco interés ante los problemas de la vereda.

Por consiguiente, podemos hablar de tres grupos representativos: 1) terratenientes o responsables de las fincas con disputas vecinales –sea por linderos, agua o convivencia–; 2) arrendatarios que van de paso o tienen poco tiempo para participar en las actividades comunitarias; y 3) empresarios indiferentes ante las dinámicas internas. Este panorama ha dificultado la organización y participación necesaria para el afrontamiento de problemas colectivos, pese a que a que la vereda cuenta con una Junta de Acción Comunal. La falta de organización es un aspecto que también se ha identificado en otros sectores rurales de Piedecuesta.

“Por ejemplo, hace un poco de tiempo dieron una partida para cierta..., las dos veredas ahí, entonces, decidieron que era para arreglar caminos carretables, no alcanza sino para 40 metros de huella u 80 metros de huella, entonces, que ¿dónde la hacemos?, que si la hacen aquí es para beneficiar a fulanito, que si la hacen aquí, para el otro, siempre queda la gente insatisfecha, entonces hay que decidir” (Hernando, AC-Ru; 56, vereda el Volador).

“Pero con la Junta de Acción Comunal pasa lo mismo que con nosotros, todo el mundo espera que doña Judith haga y así no es [...] Se elige la junta y entonces, todo el mundo quiere que solamente sean los de la junta, se forman los comités y los comités nunca trabajan [...] y después se echa la culpa que la junta (Cartografía social; vereda El Duende).

Las antiguas prácticas de extracción del líquido (cisternas o el bombeo de agua) se han intensificado para la agricultura de autoconsumo y de higiene personal, mientras que las necesidades básicas se satisfacen mediante el abastecimiento de tanques familiares, ya que la construcción de un tanque público o multifamiliar, que sería una solución viable según la municipalidad y los propios residentes, se ha dificultado por los ya mencionados conflictos.

“Ya las partes donde se pudo evidenciar que hay ya sequía, entonces, hablábamos ahoritica precisamente y de ahí se les empezó a decir, “oiga, hay la necesidad de que ustedes hagan tanques comunales porque no es posible llevarle a cada uno cien, doscientos, trescientos litros ¿cierto?”, y lo primero es que no van a ser bien abastecidos; lo segundo, eso es una situación que requiere de mucho tiempo para los bomberos, nosotros no nos podemos dar el lujo de perder el tiempo entregándole el agua, subiéndonos por allá a una loma donde tienen el tanque para quinientos litros, por decir algo, porque de allá la bajan por gravedad hasta la casita y todo eso, mientras que si hay un tanque comunal, nosotros lo que hacemos es vaciar ese tanque comunal y de ahí las veinte o treinta familias se surten” (Alfredo, AI; 60, jefe de operaciones de Bomberos Voluntarios de Piedecuesta).

“No porque no hay agua, no se puede. Nosotros vivimos, pues algunos tienen cisternas que dan una gotica y lo que nos mandan de aquí [alcaldía], entonces, por ejemplo, yo no puedo utilizar agua de la quebrada, mi hermano me manda agua de la quebrada pero para los baños y para lavar de pronto, pero no me sirve para comer porque donde lavan los galpones, todo eso va para la quebrada, ellos [las avícolas] sí tienen unos huecos, eso es como para limpiar esa agua que sale de los galpones pero viene con químicos [...] y así se filtre un poco en la tierra, llega mal a la quebrada. Nosotros hicimos una cisternita muy cerquita a la quebrada, el agua es podrida y es amarilla todo el tiempo, entonces es imposible aquí uno ir a consumir esa agua; le eché alumbre, le eché cloro y nos enfermamos de todas maneras, mi esposo y yo pues no estamos acostumbrados a eso, nos enfermamos, entonces, no podemos utilizar esa agua” (Gloria, AC-RU; 58, vereda El Duende).

¿Cómo explicar estas contradicciones sociales desde el estudio representacional? Si partimos del hecho de que las representaciones sociales del riesgo no son unidimensionales, ni están conformadas por un solo tipo de conocimiento, es lógico pensar que, de acuerdo con las exigencias del contexto, un rasgo de esa construcción de la realidad sobresalga para orientar futuras prácticas. Por ejemplo, sin dejar de asociar la precarización del campo con otros aspectos de tipo social, económico y político³⁸, es claro que las alteraciones climáticas han agudizado la percepción sobre los problemas de abastecimiento de agua para este sector. Se espera entonces que las acciones y comportamientos sociales a corto y mediano plazo tengan como objetivo la solución definitiva de este asunto.

Ahora bien, debido a los diferentes nodos de interés que en su conjunto representan la construcción social del riesgo (ver cuadro 6), la toma de decisiones se complejiza ya que varios aspectos requieren, a la vez, de la atención del sujeto cognoscente. En este entendido, la donación de un terreno para la instalación del

³⁸ Durante los talleres de cartografía social también se resaltaron problemáticas como el abandono del campo por parte del gobierno nacional y municipal, las falsas promesas políticas, los niveles de desempleo y la pérdida de valores familiares y comunitarios.

tanque comunitario y la denuncia formal de las malas prácticas de las granjas pueden empeorar, según los testimonios de la población, tanto los conflictos por tenencia de tierras y límites de los predios, como las relaciones entre vecinos, problemáticas con las que llevan lidiando por más tiempo; como corolario, se prefiere mantener antiguas prácticas de abastecimiento, pese a reconocer su insustentabilidad (ver numeral 2 del capítulo III). Se habla entonces de dilemas socio-comportamentales, concepto que ya fue analizado en el caso periurbano.

Conforme a lo anterior, es lógico pensar que la materialización del riesgo³⁹ puede influir en la modificación del sistema de pensamiento compartido; sin embargo, si la información generada durante estos periodos de emergencia –que es solamente una parte del proceso de conformación e inserción de conocimientos al sistema de sentido común– no se articula con eslabones más complejos y definidos del acervo cotidiano⁴⁰, sin entrar en conflicto, difícilmente los cambios conductuales trascenderán en el tiempo.

- **Representaciones sociales del riesgo de desastres de los funcionarios institucionales**

El enfoque representacional implementado en la presente investigación, busca enfatizar en el sentido común (sociocognitivo) que precede y sustenta la conceptualización y la práctica ante el riesgo en el municipio de Piedecuesta. Bajo este tenor, la clasificación por tipos de conocimiento (institucional, académico y lego) no es un objetivo primordial del estudio; empero, es importante rescatar los elementos narrativos del discurso de funcionarios que, al estar cercanos al tema y a la población, no únicamente complementan los hallazgos, sino también señalan las particularidades del contenido representacional de acuerdo con el espacio o contexto desde donde se genere.

La implementación de métodos interrogativos y asociativos ha sido desarrollada con personal técnico (funcionario alcaldía) y operativo (Cuerpo de Bomberos de Piedecuesta) de la gestión del riesgo en el municipio, lo cual nos ha permitido: a) acceder a los conocimientos que se gestan tanto en los procesos de diagnóstico como en los procesos de ejecución; y b) identificar los escenarios formales e informales que operan como fuentes de información. Para los fines aquí expuestos,

³⁹ Materialización del riesgo que, aunque tomada como una externalidad, es en realidad la combinación de estados de vulnerabilidad y amenaza.

⁴⁰ El acervo cotidiano se explica no únicamente a nivel cognitivo, sino también a nivel sistémico y territorial.

se ha explorado el discurso técnico y operativo –nivel medio de la estructura municipal de la gestión del riesgo– como espacio y contenido:

- el punto de encuentro y cotejo entre las directrices señaladas por la legislación y las necesidades derivadas de la realidad social y;
- la narrativa que marca la forma en que ambos tipos de datos se cotejan y entrelazan.

Ahora bien, el emparejamiento de información de origen diverso puede ser complementaria o contradictoria, condición que supone un conflicto para las y los funcionarios en la interpretación práctica del problema.

La ley 1523 de 2012, por la cual se adopta la política nacional de gestión del riesgo de desastres y se establece el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres, ha determinado tres líneas de acción específicas (conocimiento, reducción del riesgo y respuesta a emergencias), así como la necesidad de generar recursos, tanto económicos como técnicos, para la consecución de las metas concretadas por el Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres, antiguo CLOPAD⁴¹.

El rubro de conocimiento se establece como la fase inicial de diagnóstico en donde se identifican las manifestaciones territoriales, sociales y económicas del riesgo, por supuesto, bajo los parámetros de evaluación establecidos desde la conceptualización normativa.

Riesgo de desastres: corresponde a los daños o pérdidas potenciales que pueden presentarse debido a los eventos físicos peligrosos de origen natural, socio-natural tecnológico, biosanitario o humano no intencional, en un período de tiempo específico y que son determinados por la vulnerabilidad de los elementos expuestos; por consiguiente el riesgo de desastres se deriva de la combinación de la amenaza y la vulnerabilidad (Concepto de riesgo de desastres; Ley 1523 de 2012).

Atribuir al desastre una temporalidad fija y sintetizar el riesgo a daños y pérdidas potenciales, dista de la noción que se ha venido construyendo a partir de la narrativa social, razón por la cual las medidas derivadas del análisis institucional frecuentemente carecen de compatibilidad con las expectativas y necesidades percibidas por la población. Los titulares, que manifiestan conciencia sobre el hecho, lo asocian a la falta de compromiso político y a la carencia de estrategias efectivas de inversión social.

⁴¹ Comité Local de Prevención y Atención de Desastres.

“Bueno, es importante que haya una voluntad política en desarrollar procesos de atención y respuesta a la comunidad, pero no ha sido fácil esa transición porque no se han generado, pues, las acciones pertinentes a cumplir con esos compromisos como son inyectarle a cada una de las líneas el factor económico y el factor técnico para que se pueda desarrollar [...] Pues, por ejemplo, la parte de los administradores públicos y el mismo funcionamiento de la estructura de una administración municipal visibilicen la necesidad de implementar la política al quehacer de la dinámica municipal, porque de todas maneras está ligado, es algo que está establecido, que es claro y que permea a cada una de las líneas de acción de la administración pública”. (Julián, AI; técnico operativo para la Gestión del Riesgo).

Es innegable que la legislación colombiana de gestión de riesgos ha marcado un parteaguas desde finales de los ochenta. El decreto 919 de 1989⁴², anterior a la Ley 1523, estableció la inclusión de estrategias de participación comunitaria en la elaboración de soluciones ante los desastres, así como la importancia de un abordaje integral por parte de las autoridades competentes.

La contradicción se marca en la necesidad de generar acuerdos entre las instituciones y la ciudadanía a partir de visiones que se muestran distantes, contradicción que se hace evidente para los actores institucionales al pasar de los espacios formales de conocimiento a los espacios informales; en otras palabras, del estudio de la legislación vigente al diagnóstico e implementación de acciones con la población. Generalmente estas incoherencias se resuelven mediante el relego del saber cotidiano y las prácticas sociales para imponer la visión tecnocrática imperante, de tal forma que las causas del riesgo se trasladan al individuo sin cuestionar el *statu quo*.

La funcionalización del riesgo es una condición que dificulta la circulación y el intercambio de conocimiento, los consensos a través de prácticas colectivas y la generación de confianza entre los actores involucrados, condiciones clave en los procesos estructurantes del saber-hacer social. La respuesta al riesgo, tradicionalmente, se ha sustentado en una estructura de roles en donde a la ciudadanía se le ha asignado un papel receptivo y consultante, mientras la esfera gubernamental –nivel superior de la estructura– ha tenido el control en la toma de decisiones y la ejecución de medidas.

⁴² Aunque el decreto 919 fue derogado por el artículo 96 de la Ley 1523 de 2012, los principios de descentralización, autonomía, participación ciudadana y prevención, se perpetuaron en la actual política nacional de gestión (Ley 1523 de 2012).

La vulnerabilidad participativa-comunicativa se relaciona directamente con el papel delegado desde el discurso tecnocrático, al individuo, grupo o comunidad –sociedad en general– en las estrategias elaboradas como respuesta a la problemática, en donde tradicionalmente se les han asignado roles específicos como damnificados y solidarios, durante las etapas de asistencia y reconstrucción, y como consultados dentro de los esquemas de formalidad institucional [...] (Jerez, 2014: 132).

En este escenario, técnicos y operativos –nivel intermedio– desempeñan funciones de mediación que buscan acercar las decisiones políticas a las realidades locales, por lo cual palabras como intervención, responsabilidad, inversión, comunidad, bienestar y acercamiento se repiten en los ejercicios asociativos desarrollados con ellos. El “deber ser” que se promulga desde la legislación nacional se hace presente en el discurso institucional; aunque, paralelamente, este discurso revela las fallas e incoherencias que se mantienen en el proceso. Por ejemplo, asociar el riesgo de desastres con diligencias y trámites, al mismo tiempo que se habla de gestión y diagnóstico.

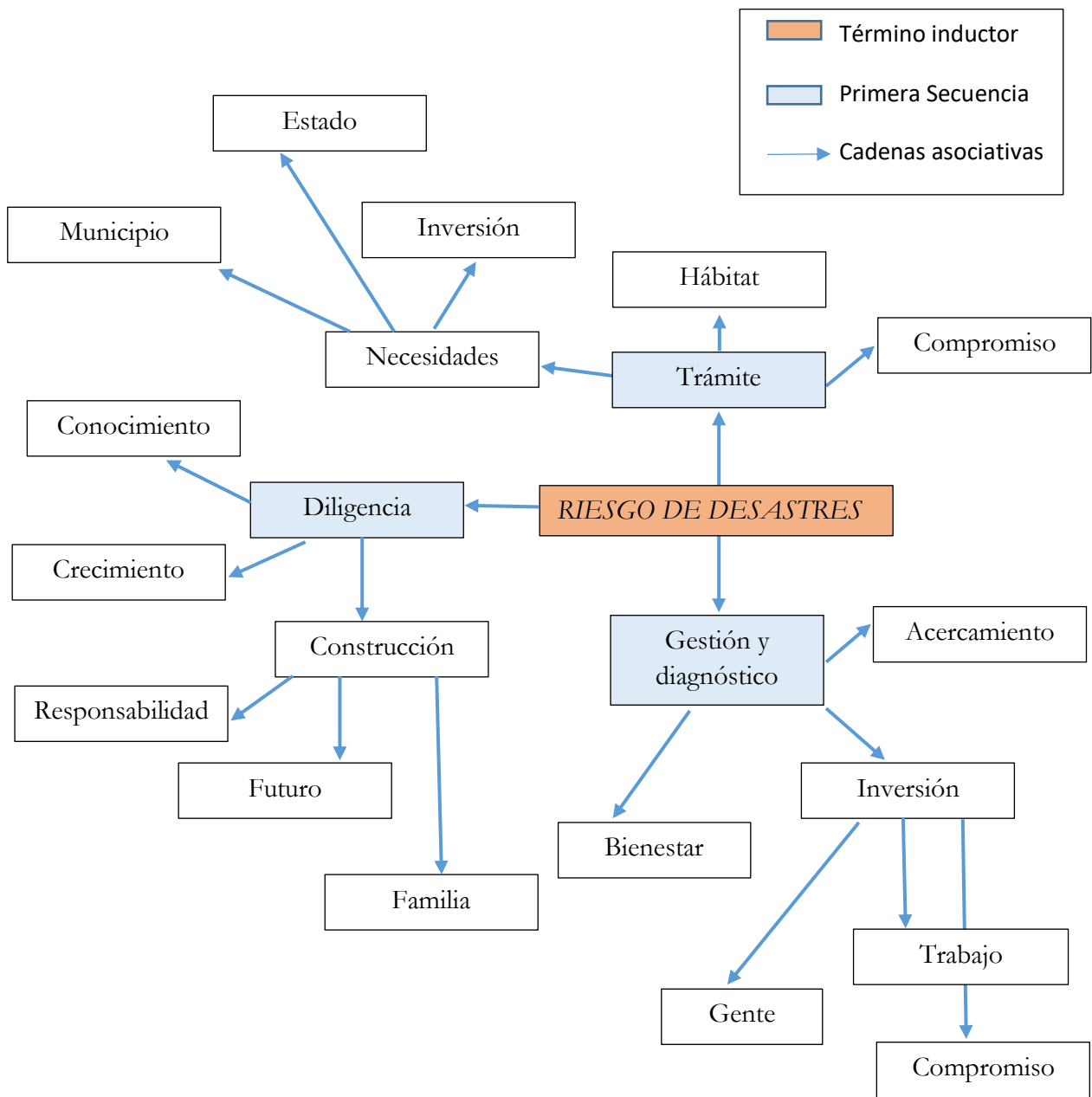


Figura 28. Carta de asociación libre, actor institucional. Datos de trabajo de campo.

Cabe recordar que la teoría de las representaciones sociales “también es una teoría del cambio social” (Acosta, 2006: 150, entrevista a Moscovici), tal como lo manifiesta Moscovici. La exclusión que se experimenta desde la arquitectura oficial de la gestión y la prevención de desastres, no impide que la población, a través de sus representaciones sociales, produzca y transforme opiniones, actitudes, conocimientos y prácticas que inciden en las acciones resilientes. Dicha condición se facilita en el momento en que el enfoque institucional y la perspectiva

comunitaria se integran. Es el caso de la incorporación al PMGR⁴³ del consumo de sustancias psicoactivas como escenario de riesgo, una problemática que, aunque no se encuentra señalada de forma explícita en la legislación nacional, presenta una alta percepción vinculada al riesgo y a los desastres entre las autoridades y la población en general.

“Bueno, como escenarios de riesgo le manifestaba lo de las avalanchas, los movimientos de remoción en masa, situaciones de incendios forestales, y tenemos identificados otro tipo de escenarios de riesgo antrópicos como son, por ejemplo, el tema de las sustancias psicoactivas, que eso salió en los ejercicios que nosotros tuvimos con la comunidad, por ejemplo, en las instituciones educativas problemas de microtráfico, en los barrios y en todas las comunidades, entonces, es un consumo totalmente disparado. Eso también puede ocasionar que la dinámica social colapse en el municipio porque se pueden generar unos focos de delincuencia como ya se han presentado en algunos sectores, y son ejercicios que nacen del desarrollo que se hace con la gente, en la descripción de esos escenarios” (Julián, AI; técnico operativo para la Gestión del Riesgo).

“¿Qué se viene a través de esas casas prácticamente sin el amparo del papá y la mamá durante todo el día y durante tal vez cinco o seis días a la semana? Por un lado, la problemática de la drogadicción bastante arraigada, bastante arraigada no solamente en esta comunidad, sino en todas las comunidades y no solamente de Colombia, sino tal vez a nivel internacional ocurre esto, la problemática de la drogadicción bastante arraigada” (Alfredo, AI; 60, jefe de operaciones de Bomberos Voluntarios de Piedecuesta).

Las representaciones sociales del riesgo son manifestaciones prácticas de un pensamiento social que se construye desde escenarios formales e informales de reproducción de conocimiento, escenarios que, en interacción, responden a dinámicas intra e inter grupales de contradicción y complementariedad que pueden ser abordadas desde el sentido común. Los saberes cotidianos son reservas de conocimiento utilizadas por el sujeto, individual y social, para situarse en condiciones de certeza y control dentro de contextos extraños; en otras palabras, representan un mecanismo adaptivo y reflexivo de materialización cognitiva y enraizamiento social. Para entender mejor esta afirmación es pertinente dimensionar el proceso de anclaje y objetivación que subyacen al discurso piedecuestano, análisis que se expone a continuación.

⁴³ Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres.

2.1.1.1 Riesgo de desastres: Anclaje social y relaciones de objetivación

Los estudios de representaciones sociales del riesgo no corresponden al análisis de situaciones simples de toma de decisión o de conjeturas probabilísticas lineales, como puede configurarse desde otros enfoques como el bayesiano. Las RS del riesgo se relacionan con las situaciones y condiciones de la realidad que requieren de una respuesta [elaborada] a partir del acervo cotidiano, ambiental, histórico, cultural y contextual, manteniendo un objetivo práctico en la configuración de realidades concretas, para lo cual es necesario los procesos de anclaje y objetivación: ¿con qué efecto se sabe de forma integradora?

Mediante la objetivación se pretende entender tanto la actividad como la producción representacional. El anclaje, por otro lado, permite identificar “las tres funciones elementales de las representaciones sociales: la función de la integración cognoscitiva de lo novedoso al sistema de pensamiento ya constituido; la función de la interpretación de la realidad, y la función de la orientación del comportamiento y las relaciones sociales” (Lara, 2005: 89; citando a Álvarez, 2002). Concordando en que la representación objetivada y la RS anclada operan en conjunto (Candrea & Paladino, 2005; Lara, 2005; Serrano, 2010), nos centraremos, siguiendo la perspectiva procesual, en las líneas de anclaje y objetivación social como un todo, sin entrar en mayor detalle respecto a la configuración particular del proceso. Para ello se han estudiado dichas líneas de desde la noción de tiempo-causa.

- **La temporalidad y causalidad del riesgo de desastres**

Uno de los principales factores que intervienen en la percepción y construcción social del riesgo de desastres tiene que ver con la temporalidad de sus manifestaciones (TIEMPO). De acuerdo con los hallazgos de campo, se puede hablar de tres tipos:

- el riesgo inmediato, generalmente relacionado con condiciones de emergencia que alteran o modifican transitoriamente la cotidianidad;
- el riesgo latente, es decir, la exposición intermitente ante una problemática que aparece y desaparece en el marco de ciertos detonantes contextuales; y
- el riesgo permanente, aquel que agrupa las condiciones que generan mayor atención y expectativas en el grupo social (ver figura 29).



Figura 29. Temporalidad del riesgo de desastres como línea de anclaje. Elaboración propia con datos de campo.

El conocimiento tiende a organizarse de acuerdo con los criterios que evalúan la transitoriedad o permanencia del riesgo. Toda información que se catalogue como riesgo permanente (RP) es retenida con mayor facilidad, a modo selectivo, para entrar a hacer parte del sistema de pensamiento compartido. En ese orden de ideas, los RP presentan una mayor incidencia tanto en la formación de conocimiento como en la orientación de las prácticas, sin que la exposición cotidiana al riesgo llegue a normalizar el problema –como es el caso de la legalización tierras o la inseguridad ciudadana–.

“El alcalde que salió se comprometió a que iba a dar una partida de doscientos veinte millones para incidir en el estudio que ya estaba hecho, para agregarle esa bifurcación del tubo y todos los años se olvida, llega el agua y se olvida inmediatamente, no pasó nada, pero hace falta... Usted me preguntaba la reacción de la gente cuando empieza a haber falta de agua, es: ¿qué hubo profe? ¿qué pasó con lo del acueducto?” (Hernando, AC-Ru; 56, vereda el Volador).

“Aunque yo sé que eso está desde abril de 1999 un documento en la Alcaldía en el cual dice: “no al desalojo de Nueva Colombia”; entonces, nosotros dijimos que desde ese día no pueden aparecer documentos que acrediten propietarios de este sector, entonces, si cuando eso hubiesen seguido ese reglamento que llevábamos o eso de no dejar poblar tantísimo, porque la población mucha es lo que ha hecho, por un lado arregla el comercio, pero por otro lado afecta la inseguridad, entonces, hay una solución, pero también hay un problema. Yo diría que legalizar esto es lo mejor que se puede hacer, pero teniendo en cuenta en cada sector el riesgo, los que no estén en alto riesgo” (Eudora, AC-Pe; 65, sector Nueva Colombia).

Por el contrario, las emergencias y las situaciones coyunturales se procesan como el resultado de los conflictos del marco social amplio (riesgos permanentes). Por ejemplo, para los habitantes periurbanos, los peligros por deslizamientos obedecen a la saturación de agua en los terrenos ante la falta de alcantarillado; sin embargo, la solicitud de este servicio público se dificulta ante la ilegalidad de los predios que ellos ocupan. En este entendido, la solución se encuentra en la regularización de la tenencia.

De igual forma, los residentes de Barroblanco (cabecera municipal) celebran la construcción de un muro de contención que no únicamente los protege de la amenaza de inundación, sino además de la creciente inseguridad por robos y venta de estupefacientes.

La carga de sentido y significado que se ha construido y movilizado en torno a los RP tiende hacia una narrativa del colectivo homogeneizada –particularidad de las representaciones sociales–, articulando la percepción de los riesgos latentes y emergentes –como una totalidad– al universo consensual, sin llegar a invisibilizarlos. De esta forma, se pueden identificar las líneas de enraizamiento social de las RS, a partir de las frecuencias temáticas que van configurando el discurso de la población y los ejes relacionales presentes entre dichas temáticas.

Respecto a la aplicación de la política municipal, cabe destacar que la temporalidad también es un elemento fundamental para la organización del conocimiento y el desarrollo de acciones, aunque opera de forma inversa. Si bien en el diagnóstico

del riesgo ya se han detectado problemáticas que no se vinculan exclusivamente con la dinámica natural, la priorización de las medidas de atención ante la emergencia es una tendencia que se sigue fortaleciendo desde el enfoque fisicalista tradicional, omitiendo el abordaje integral que requiere la construcción de resiliencia. Este aspecto limita las funciones de los niveles institucionales intermedios –más cercanos a la población– y la participación real de la ciudadanía.

Se debe agregar que en la temporalidad se expresan, además, las relaciones psicosociales que el conjunto utiliza para estructurar y concretizar la información sobre el tema, relaciones de objetivación que se manifiestan, a su vez, en procesos socioterritoriales (intra-inter-contextual) desde donde se organiza el saber-hacer común. Para esta investigación se han identificado dos elementos de objetivación: primero, la relación entre riesgo de desastres y causales internas; y segundo, la relación entre riesgo de desastres y causales externas al grupo (CAUSA).

Los miembros de las tres zonas de estudio (periferia, zona rural y área urbana) racionalizan el riesgo de acuerdo con el origen que le atribuyan. Así entonces, el conocimiento recabado sobre los desastres que se pueden evitar por los propios individuos y aquellos que no, naturalizan ciertos comportamientos –de acción u omisión– por parte de los actores sociales. Existe, bajo esta lógica, una distinción entre riesgos merecidos (funcionalización del riesgo) y riesgos no-merecidos, lo cual desemboca en una reflexión sobre la idea de justicia.

Según los testimonios recabados, las condiciones de exposición “merecidas” surgen de la falta de pertenencia con el lugar y por la poca conciencia ambiental de la población, circunstancias que generan prácticas ciudadanas inadecuadas. La introyección social del riesgo y sus causas, tal como se puede identificar en algunos trabajos sobre percepción⁴⁴ (Schaer, 2015; Caballero, 2007; Bermúdez, 1994), también opera en la concepción religiosa que explican el desastre como un castigo divino ante el mal comportamiento del ser humano. En este tenor, los postulados colectivos sobre el riesgo de desastres pueden responder tanto al plano ético-cívico como moral. En la narrativa piedecuestana predomina el primero de estos, aunque el elemento religioso también se visibiliza en algunas opiniones.

⁴⁴ En la tendencia fatalista manejadas por algunos grupos para explicar los desastres, se reconoce una externalidad en la fuente y el manejo del mismo (destino, divinidad, suerte), aunque las causas sean internalizadas como un castigo y por lo tanto un riesgo merecido.

“Un desastre es una necesidad que hemos tenido en la cual nosotros mismos somos los culpables, defino, yo soy culpable de que hayan quitado el transporte, entonces, el desastre que sufrimos fue que nos hubieran quitado el Metrolínea (Sistema Integrado de Transporte Masivo de Bucaramanga) esas personas que están sufriendo el pago de este transporte y que no les está quedando prácticamente nada de lo que están ganando, los estamos atropellando los que cometimos esos errores” (Eudora, AC-Pe; 65, sector Nueva Colombia).

“ [...] el alcalde que salió se comprometió a que iba a dar una partida de doscientos veinte millones para incidir en el estudio que ya estaba hecho, para agregarle esa bifurcación del tubo y todos los años se olvida, llega el agua y se olvida inmediatamente, no pasó nada [...] De todas formas la cuestión es que ya nadie cree en eso ¿Qué estamos generando? Incredulidad y la gente ya está buscando soluciones personales, a la larga la vida es eso, cada quien tiene que solucionar tristemente lo que le está pasando y ahí es donde la gente está comenzando a poner canales, cualquier lluvia que haya, recolectar el agua, y ha sido una cuestión lenta” (Hernando, AC-Ru; 56, vereda el Volador).

“No sé, tal vez Dios nos ha mirado con mucha piedad y no ha habido, porque ha habido grandes deslizamientos, por la vía a Málaga hace unos cinco años o seis años hubo un deslizamiento que arrasó con kilómetros de tierra, carretera, casas, creo que hubieron [hubo] como doce viviendas totalmente arrasadas, pero las personas pudieron salir antes de que ocurriera el deslizamiento” (Alfredo, AI; 60, jefe de operaciones de Bomberos Voluntarios de Piedecuesta).

Desde otro ángulo, los riesgos que se derivan de acciones (ambientales, políticas, sociales, económicas o culturales) de terceros, ajenos a la cotidianidad del lugar, son más difíciles de controlar y predecir. En consecuencia, la conducta de los grupos varía entre actividades individuales que den una solución temporal y estrategias organizativas que busquen hacer frente a la complejidad del problema: construcción de aljibes por los habitantes rurales para la extracción y almacenamiento de agua y acciones vecinales en la zona periurbana que buscan la legalización de los asentamientos irregulares.

Esta dualidad comportamental manifiesta el carácter dinámico de las RS: el agente no únicamente se acomoda a las exigencias contextuales, sino que también puede modificar dicha realidad mediante la movilización de los recursos necesarios.

Ahora bien, el binomio justicia-injusticia es una noción que poco se ha explorado para temas como el riesgo o los desastres; empero, para el sujeto representa un componente cardinal a la hora de evaluar el saber-hacer común.

En el marco de condiciones de exposición, la funcionalización del riesgo implica el traslado de responsabilidades hacia el individuo o conjunto social. Este hecho se

encuentra precedido por la creencia de inevitabilidad y justicia considerando las consecuencias de los desastres. Por ejemplo, la contaminación ambiental o los castigos “divinos”. En contraste, encontramos aquellas problemáticas que se identifican por el colectivo como una injusticia, ya que vulneran derechos fundamentales que deben ser prontamente restituidos (legalización de tierras); en este escenario, la demanda de información por parte de los involucrados es mayor para los riesgos denominados como “injustos” (RP), que para aquellos considerados transitorios o latentes, muy seguramente merecidos. Lo anterior constituye un dato que no ha sido incorporado en los procesos de gestión municipal.

De acuerdo con Sen (2010): “Una calamidad sería cosa de injusticia tan sólo si pudiera haber sido evitada, y particularmente si quienes pudieran haberla evitado han fallado. De alguna manera, razonar no es más que pasar de la observación de una tragedia al diagnóstico de una injusticia” (p.36). Entonces, si un evento pudiendo ser evitado, ocurre, se traduce en una injusticia; por consiguiente, si existe una injusticia, coexisten causalidades y responsabilidades –así como responsables– que no pueden ser asumidas, en su totalidad, por el conjunto social (Jerez, 2014: 144).

2.2 Dimensión socioestructural

El riesgo de desastres es la interacción [en tiempo y espacio] entre la amenaza (fenómeno natural) y las diferentes formas de vulnerabilidad social, componentes que poseen una dimensión material y una subjetiva. Dicha afirmación es uno de los principales postulados del estudio social de los desastres, enfoque que advirtió las limitaciones del conocimiento fragmentado de la realidad en que se basaba el paradigma fisicalista. Analizar el desastre como un evento físico externo a las dinámicas sociales no solamente contradice la naturaleza de lo real, sino además la forma en que el sujeto cognoscente empalma la información circundante para construir conocimiento.

La dimensión socioestructural reúne los elementos de amenaza y vulnerabilidad que, en su expresión representacional, configuran la construcción social del riesgo. Se ha tenido en cuenta el sentido de totalidad que el conjunto social utiliza para articular la información del medio con aquellos saberes que nacen o se derivan de la propia experiencia. Así entonces, siguiendo la narrativa de la población, las nociones de proximidad, exposición y frecuencia del fenómeno se entretajan con las representaciones de la vulnerabilidad (psicosocial, económico, cultural y político), esto para dar sentido al saber-hacer común.

2.2.1 El elemento natural: ¿amenaza o recurso?

La cartografía social, como propuesta y herramienta metodológica, busca explorar en los conocimientos y la percepción que la población tenga sobre el territorio y entorno habitado, a partir de la generación de productos gráficos construidos colectivamente.

La cartografía social ha permitido identificar los fenómenos físicos más frecuentes en las diferentes zonas de estudio: sequías e incendios forestales en el área rural, remoción de tierra en la periferia y desbordamiento de ríos e inundaciones en el casco urbano. En algunas ocasiones la intensidad de estos fenómenos ha desencadenado situaciones de emergencia, recordando los damnificados de 2005 en Nueva Colombia –deslizamiento y caída de rocas– y la población del campo que fue afectada por las bajas precipitaciones durante los años de 2015 y 2016.

Ahora bien, la amenaza no es una categoría aislada del entramado de conocimiento que se tiene sobre el medio o el entorno, razón por la cual las actitudes ante el elemento natural no se anclan únicamente en lo negativo o lo positivo, sino que transitan de un ámbito a otro, de acuerdo con el contexto y a las características de la experiencia. Para entender mejor este punto nos remitimos a las representaciones en torno al agua, elemento cuyo sentido se modifica en la medida en que se asocia a contenidos de ausencia/presencia y abundancia/escasez.

De acuerdo con los habitantes del área periurbana, el exceso (presencia-abundancia) de agua en el terreno sobre el que se edifican la mayoría de las viviendas constituye una amenaza ante la inestabilidad de las laderas, peligro del que ya se tiene antecedentes. Según testimonios, la acumulación del líquido en la superficie se debe principalmente a la discontinuidad de la red de alcantarillado municipal, situación que ha perjudicado a estas comunidades. La población urbana también es altamente vulnerable a inundaciones, razón por la cual se habla de contextos de presencia-abundancia en el ejercicio cartográfico que analiza el riesgo. Bajo este tenor, el fenómeno natural es asociado a niveles de alta frecuencia y proximidad, generando escenarios prolongados de exposición.

“[...] Entonces, los que edificaron casas, por decir algo, bajo una piedra, con esos muros de pronto de sólo piedra, entonces, fácilmente el agua la erosionó, el agua hizo que hubiera esos deslizamientos, entonces, yo digo que también es como por falta de inteligencia de la persona, del ser humano” (Eudora, AC-Pe; 65, sector Nueva Colombia).

Para el caso del área rural, la narrativa en torno al mismo elemento (agua) se modifica de forma evidente, ya que al prevalecer las condiciones de ausencia-escasez, el agua se conceptualiza como un recurso de baja frecuencia y cada vez menos próximo, sin que esto constituya una reducción en los índices de exposición (amenaza por sequías).

“[...] Porque usted sabe que uno de los principios fundamentales de todo ser es el agua y si no hay agua, no hay vida en ninguna naturaleza. Entonces, si el agua se utiliza para el uso humano, el baño, preparación de alimentos y todo lo concerniente de lo que el hombre necesita, entonces, no alcanza para el sostenimiento de los productos agrícolas y entonces ahí viene una falla grave porque la gente no tiene cómo producir, entonces, tiene que decidir utilizar el agua para supervivencia y dedicarse a pasar hambre, o arriesgar su vida para poder medio producir cualquier cosa” (Gustavo, AC-Ru; 73, vereda Barroblanco).

“Entonces, él decía que quería cultivar, que quería tener ganado, que quería todas esas cosas, y sí, hicimos ahí algo hasta donde se pudo, la falta de agua no nos dejaba hacer mucho” (Gloria, AC-RU; 58, vereda El Duende).

El elemento natural tiende a variar respecto al sentido asignado por el conjunto social, entre amenaza y recurso, de acuerdo con el significado otorgado por la experiencia y sin perder conexión con el objeto de representación social (riesgo de desastres). De esta forma, la percepción del fenómeno físico en escenarios de riesgo presenta dos tendencias: a mayor frecuencia, proximidad y exposición, el elemento natural se relaciona con la noción de amenaza; por el contrario, ante la baja frecuencia y proximidad, y alta exposición, las asociaciones más comunes responden a la dimensión de recurso.

Cabe señalar que en el análisis del elemento tierra la interpretación mantiene una lógica similar, en cuanto si se asocia con deslizamientos (amenaza) o con los problemas de tenencia (recurso) que manifiesta la población –este punto será ampliado en el apartado de socioterritorio–.

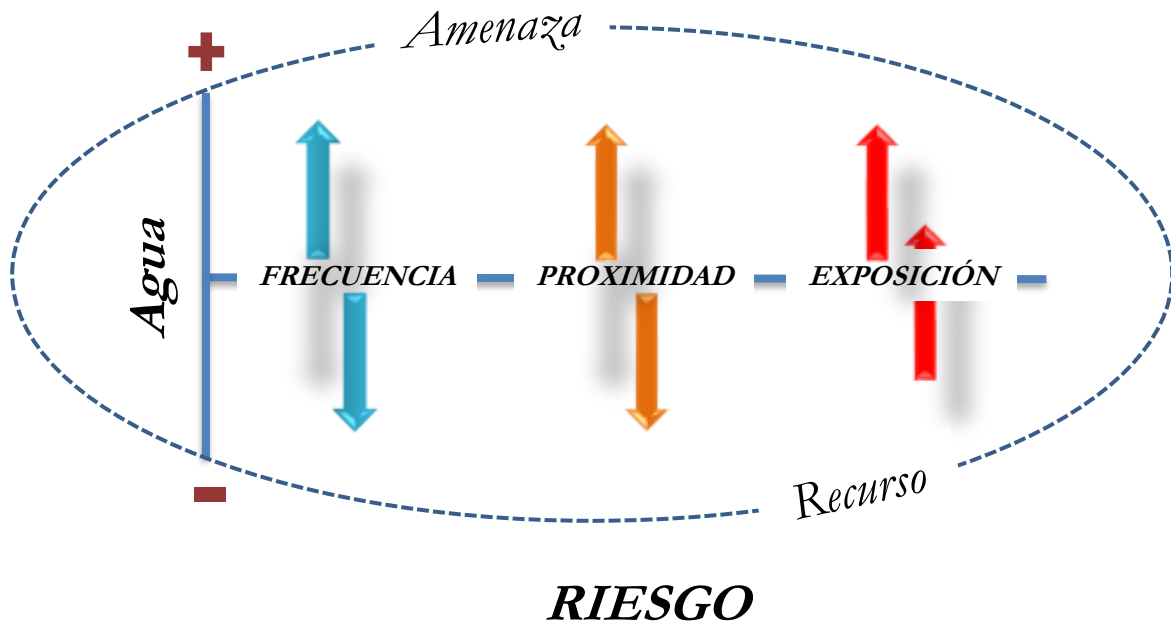


Figura 30. Nociones de frecuencia, proximidad y exposición del elemento natural (amenaza/recurso). Elaboración propia con datos de campo.

Hablar de amenaza o recurso no supone un hecho, sino una relación. La idea del riesgo desde el desarrollando histórico-cultural centra interés en el binomio sociedad-naturaleza, así como en los efectos territoriales de las relaciones agenciales. En este sentido, las RS del riesgo suponen la problematización de dicho vínculo, característica no tan frecuente en las representaciones del medio ambiente. Aquí entra en juego nuevamente la noción de identidad que, transfigurada en tiempo, permite tanto delimitar el entorno como orientar los comportamientos hacia este; la problematización simboliza, simultáneamente, un ejercicio de reflexión.

“La cultura, si no hay cultura, no hay supervivencia; si no hay cultura, no hay comprensión; si no hay comprensión, no puede haber cuidado del medio ambiente porque mientras nosotros mantengamos un sistema de cultura de envidia, de egoísmo, es decir, nuestra visión no alcanza a vislumbrar realmente los fenómenos que tenemos que evitar para poder tener una vida mejor” (Manuel, AC-Pe, 78, sector Nueva Colombia).

“El río pasa por la casa, pues según porque me tocó vivir acá, me establecí acá en el barrio por la tranquilidad y por todo y pues aquí uno convive con el río, tiene uno que adaptarse al ambiente en que vive uno [...] Sí, ya, toca ir con el riesgo, sí” (Leonardo, A.C-Ur; 43, barrio Barroblanco).

“En este momento nosotros, el común de la gente es que somos un municipio millonario en agua, pero nuestras fuentes hídricas se están secando, los nacimientos de estas fuentes hídricas han sido deforestados, encontramos foco de contaminación, entonces, por ejemplo, son muchas las carencias que existen y hay un clamor de parte del mismo contexto municipal por que se genere una atención, y no hablamos de actores humanos, sino de la misma naturaleza, y ha existido, no sé de qué manera manifestarlo, no sé si sea poco interés o haya sido negligencia, pero es importante que nosotros generemos una mirada a lo que está sucediendo en el municipio” (Julián, AI; técnico operativo para la Gestión del Riesgo).

El vínculo sociedad-naturaleza remite a un discurso espacio temporal que, en los términos aquí manejados, corresponde al binomio territorio-identidad del cual la base natural no es independiente. La proximidad, el nivel de exposición y la frecuencia del evento no son conocimientos plenamente objetivos, ya que estas nociones se modifican de acuerdo con la construcción que se haga del territorio habitado, una construcción evidentemente identitaria; así lo muestran los resultados de la cartografía social.

En el mapeo –parte de la cartografía social– realizado por los habitantes rurales se resaltan dos aspectos importantes en referencia a las fronteras territoriales: primero, la delimitación de la vereda en parcelas familiares y fincas agropecuarias (fincas avícolas y ganaderas) que operan en la zona, demarcando las áreas de propiedad privada y empresarial; y segundo, la exclusión de la vereda del territorio denominado Piedecuesta –que es el nombre del municipio del que la vereda también hace parte–, punto que en realidad hace referencia al casco urbano (ver foto 34). La cartografía social es producto de la articulación y socialización de información respecto de la manera en que se percibe y construye el territorio. El análisis representacional de dicho producto permite comprender el sentido que subyace a la realidad mapeada, por lo que la forma, el tamaño y la ubicación de los

elementos presentes en la imagen, remiten a un razonamiento socio-cognitivo, mismo que concuerda con las características del contexto.

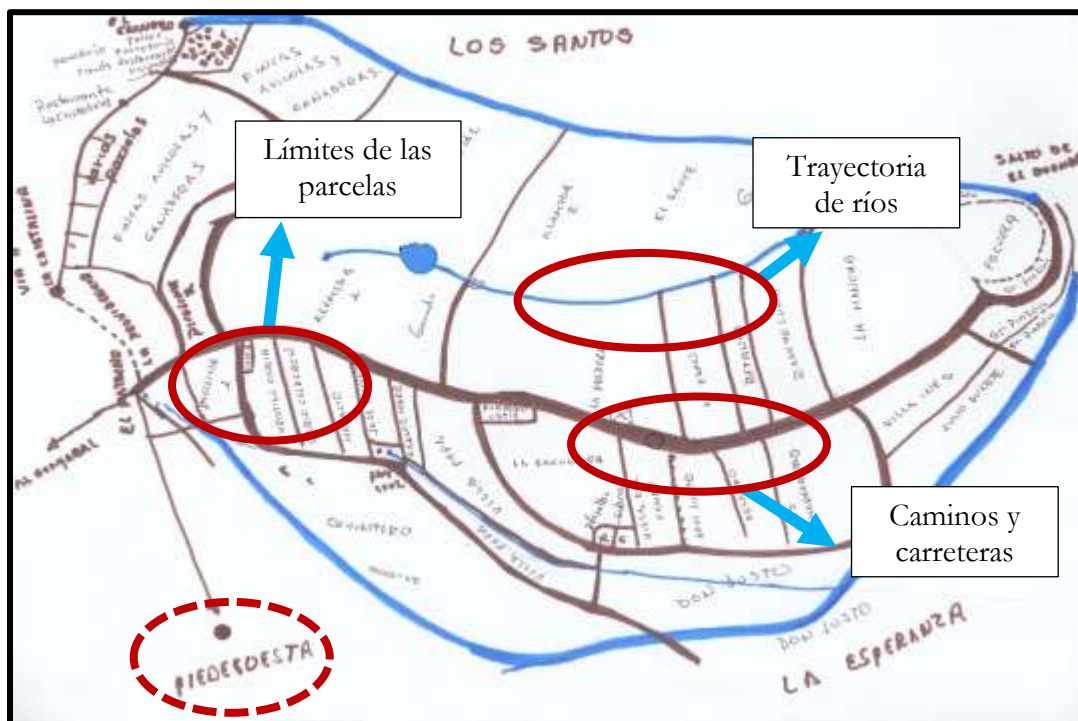


Foto 34. Cartografía social, vereda el Duende (sector rural).

Por ejemplo, el acento en la delimitación de los predios –cuidando los trazos rectos– y en las trayectorias de las ríos y quebradas, encuentra sentido en los problemas de tenencia, conflictos vecinales y acaparamiento de agua que se han presentado en la zona. Los habitantes rurales a partir de la cartografía intentan llegar a acuerdos en los límites de los terrenos familiares, la extensión de las granjas (avícolas y ganaderas) colindantes y las trayectorias de los ríos y las quebradas, acuerdos que se dan de forma implícita en las indicaciones trazadas en el dibujo: la cartografía señala claramente cuáles son las fronteras entre terrenos, cada parcela lleva el nombre de la familia propietaria o el nombre de la finca⁴⁵ y se han utilizado distintos colores para diferenciar los cursos de ríos y carreteras.

Siguiendo este análisis, la falta de atención por parte de la administración local es simbolizada en la exclusión geográfica que los residentes hacen de la vereda en relación del territorio denominado como Piedecuesta (casco urbano municipal),

⁴⁵ En la cartografía se ha dejado registro de los casos en los que no se conoce a la familia propietaria o la cantidad de lotes en que se divide el terreno.

una separación simbólica que manifiesta las desigualdades experimentadas por las pobladoras y los pobladores rurales en comparación con la urbe (ver trabajo de Vélez *et al*, 2012).

Los fenómenos de arraigo territorial identificados en las narrativas rurales se vinculan más a una pertenecía de tipo familiar; por el contrario, en el caso de la construcción del espacio periurbano, el arraigo se alimenta de las experiencias de desplazamiento, pobreza y marginación que la mayoría de esta población comparte, así como de la necesidad de superar dichas condiciones de despojo.

La perspectiva de la imagen puede decir mucho en este aspecto. De esta manera, cartografiar el espacio desde arriba (vista de pájaro), tal como se muestra en el mapa rural, supone el detalle no solamente del paisaje, sino además de las dimensiones de cada objeto, área o elemento.

En el dibujo periurbano (foto 35) la perspectiva es lateral, panorámica que opera como una perspectiva de contraste:

- entre terrenos planos y pendientes, aspecto que permite dimensionar las amenazas relacionadas a la topográfica del lugar⁴⁶; y
- entre el paisaje natural y el paisaje socialmente construido, aspecto que remite a la noción del espacio apropiado o territorio.

⁴⁶ El asentamiento de Nueva Colombia está dividido por sectores: Las Margaritas, La Travesía, Plan de la Virgen, Los Héroes, Plan de las Piñas y Sector Chino.

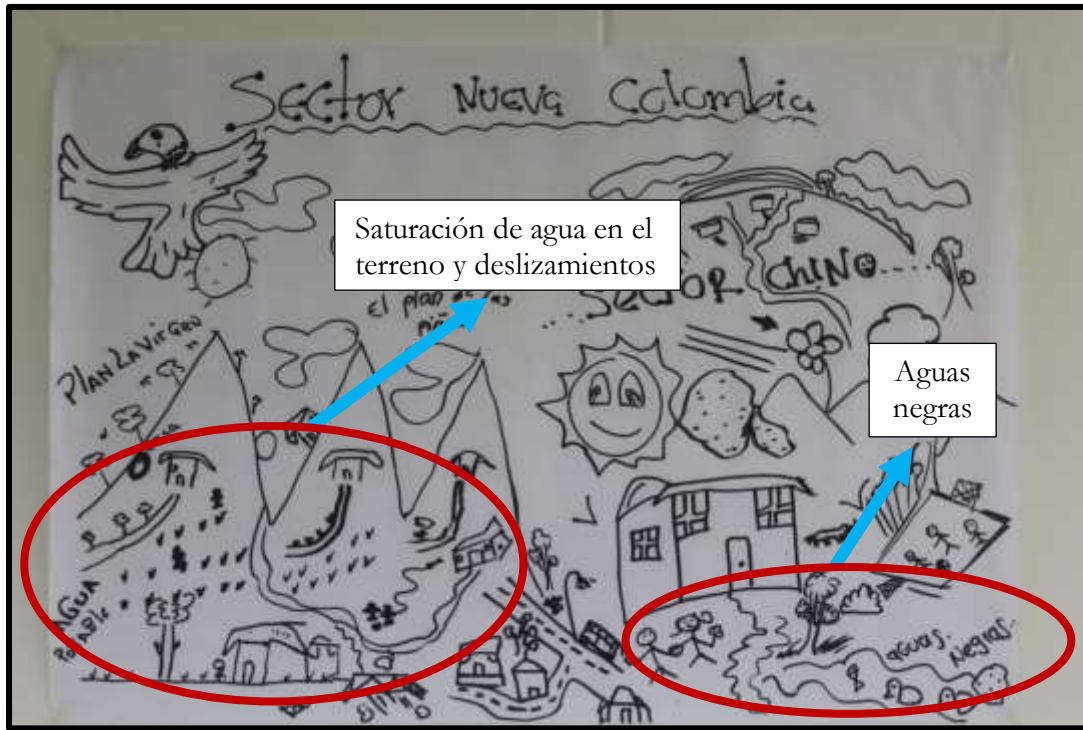


Foto 35. Cartografía social, sector Nueva Colombia (periferia).

De acuerdo con Giménez (2005):

[...] el espacio se considera como la materia prima a partir de la cual se construye el territorio y, por lo mismo, tendría una posición de anterioridad con respecto a este último. Dicho de otro modo: al margen de sus connotaciones geométricas abstractas o kantianas, el espacio sería una porción cualquiera de la superficie terrestre considerada anteriormente a toda representación y a toda práctica (p. 9).

El paisaje que resulta de la relación naturaleza-sociedad es un paisaje diferente al que antecede al proceso de territorialización, una apropiación que supera los objetivos instrumentales ya que también genera cargas afectivas, valorativas e identitarias construidas en torno al territorio (Giménez, 2005). Este factor se identifica en el dibujo elaborado por los residentes de Nueva Colombia, en donde se resaltan elementos del entorno natural y elementos del paisaje urbano, así como los resultados [positivos y negativo] de dicha interacción –la intervención humana en la naturaleza genera problemáticas como la contaminación del entorno o la deforestación de las montañas, pero también impulsa el desarrollo a partir de la apertura de caminos o la construcción de escenarios deportivos–. La apropiación también es pertenencia, aquella que no ha sido reconocida legalmente, por lo que

la seguridad de tenencia se instala en la acción cotidiana desde donde se materializa la posesión y se evalúa la amenaza.

“Pues ha cambiado todo porque no ve que esto era sólo rastrojo, por aquí no había ni gente ni había caminos ni había luz ni había agua, hoy tenemos de todo, todo se ha hecho a la fuerza. Hubo una señora que fue presidenta de la junta que colaboró muchísimo, esa señora hizo mucha cosa, la señora Luz Herminia que vive ahí pa' ese sitio, por esa señora tenemos parte de carretera porque ella estuvo en la junta y gestionó mucho, le colaboraron mucho con las maquinarias para hacer carretera; la luz también fue por ella; parabólica, también fue ella [...] Entonces, ése es el cambio, que ha cambiado todo porque esto eran rastrojos, esto no había nada” (Manuel, AC-Pe, 78, sector Nueva Colombia).

“Sinceramente, para nosotros es triste saber que un sector donde ya tenemos más de dieciocho años de vivir, de estar posesionados en forma pacífica, no se nos haya tenido en cuenta para legalizar nuestro terreno” (Cartografía social; Nueva Colombia).

Finalmente, el producto cartográfico urbano, también desde una perspectiva aérea, enfatiza en la ubicación de aquellas zonas consideradas inseguras, contaminadas o peligrosas, condiciones relacionadas con el riesgo de desastres (contaminación, inseguridad, problemas viales). En el dibujo se distingue el muro construido por la alcaldía para reducir la exposición por inundación ante la proximidad del río, el cual también se toma como referencia por los residentes para delimitar las fronteras de la colonia. El objetivo es distinguir las “otras” zonas de riesgo ubicadas fuera del sector y aquellos peligros que se encuentran muy cercanos de las áreas públicas de interés (colegio, instalaciones deportivas, parques).

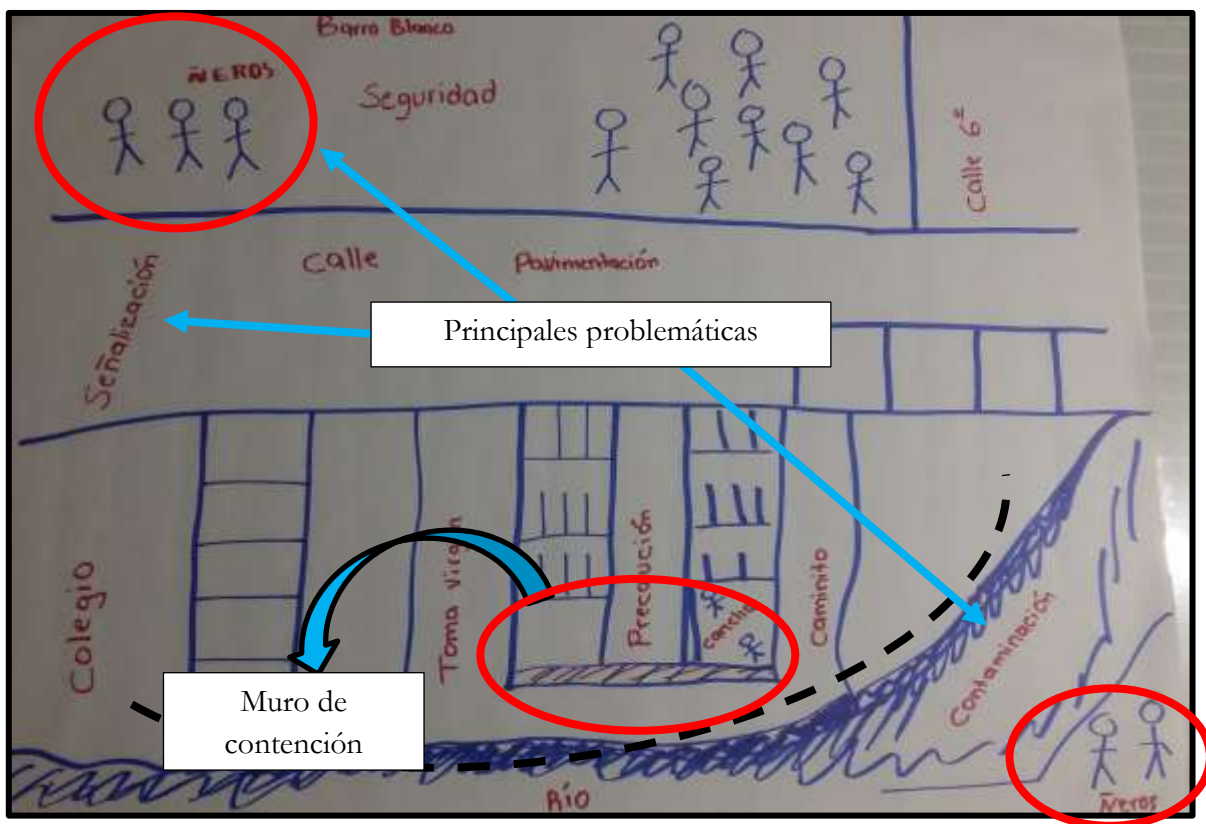


Foto 36. Cartografía social, barrio Barroblanco (sector urbano).

Las medidas de mitigación se visualizan como estrategias para contener no únicamente la amenaza natural, sino también la extensión de la vulnerabilidad, sin que esto suponga un control total sobre los dominios del barrio: las marcaciones de la otredad de las que habla Zapata (2008) en referencia a la obra de Edward Said, es un concepto pertinente a la hora de analizar el por qué se le denomina ñeros⁴⁷ a aquellos personas consideradas intrusos, que provienen de realidades confusas para el observador, pero que aún se siguen ubicando a los dos lados del muro. Los habitantes del sector relacionan el incremento de la inseguridad en la zona con la presencia de estas personas (ñeros) que han ido llegando con el paso de los años al municipio.

⁴⁷ Población que puede o no estar en situación de calle, asociada al consumo y a la venta de estupefacientes, así como a otras actividades delictivas como el robo.

“Los barrios, dice uno que la inseguridad porque la cuestión es que, no lo vamos a tomar lo que yo vaya a decir porque todos pasamos por ese estándar, personas que vienen de arriendo, las que vienen a arrendar una casa, una vivienda, entonces llega gente a vivir y pues los estudios de seguridad no se les hace al que arrienda, no conoce bien a la persona, qué hacen, en qué se desenvuelven, qué malas costumbres traen que vayan a perjudicar el barrio porque eso no es todo, son muy contados, entonces, relativamente, pues, la gente que llega al barrio forman conflictos y vienen a haber problemáticas de inseguridad y todo” (Leonardo, A.C-Ur; 43, barrio Barroblanco).

Así como ha sucedido con otros aspectos del estudio, es difícil hacer una distinción estricta de aquellas representaciones avocadas exclusivamente a la amenaza y aquellas que hacen referencia a las condiciones de vulnerabilidad. El fenómeno físico es resignificado desde la vivencia y desde el saber-hacer cotidiano, por lo que se expresa desde una narrativa del entorno relacional y no desde la mera contemplación de la naturaleza; la “totalidad transaccional” de la que nos habla De Alba:

La unidad de análisis es la totalidad “transaccional” compuesta por una confluencia espacial y temporal de gentes, escenas y actividades, regulada por un sistema normativo de valores y de reglas de uso de los espacios. El análisis de estas unidades espacio-temporales complejas no busca necesariamente establecer leyes generales sobre los procesos psicológicos ni proveer modelos explicativos del comportamiento en un contexto particular, sino que busca más bien la comprensión y la descripción de relaciones cambiantes entre las personas, los contextos físico y social, y los procesos psicológicos (2004: 117).

En este sentido, el desastre se racionaliza a partir de una doble direccionalidad, una relación de ida y vuelta: el riesgo existe en la territorialidad alterada por un evento natural –viviendas destruidas por la caída de rocas o carreteras obstruidas por los deslizamientos de tierra– y en el paisaje natural socialmente intervenido –contaminación, erosión, tala de árboles–. Dichas condiciones aumentan la vulnerabilidad de las poblaciones y ecosistemas expuestos.

“Ahora, si nosotros miramos, la naturaleza nunca hace desastres, el desastre lo hace el hombre, ¿por qué?, cuando la persona va y hace su casa al lado de la ladera del río, ¿sería la naturaleza la que fue a buscar al hombre o el hombre fue a buscar la naturaleza donde no debía ir a buscarla?, es decir, a dañar taludes, a hacer su casa al lado donde es el lecho de río, en la ladera de la montaña sabiendo que eso es como una estructura física que hay ahí de tierra, si van y rompen esa estructura física que hay ahí, pues lógico, va a haber un daño y ese daño se va a manifestar en un derrumbe. Entonces, ¿quién fue el que dañó, la naturaleza o el hombre?, pues el hombre porque fue el que fue y dañó, interrumpió el ciclo normal de la naturaleza” (Alfredo, AI; 60, jefe de operaciones de Bomberos Voluntarios de Piedecuesta).

De acuerdo con el enfoque social de los desastres y el riesgo, las condiciones de susceptibilidad que presente una determinada población se pueden manifestar en varios niveles, bien sea psicosocial, cultural, económico, político y ambiental, tal como se interpreta desde el concepto de vulnerabilidad global planteado por Wilches-Chaux (1993). La caracterización de cada una de estas condiciones es fundamental para el diagnóstico de la exposición, entendiendo a los desastres como problemas no resueltos del desarrollo (Lavell, 2000; Wilches-Chaux, 1998; Jerez, 2014).

Es claro que la interacción en tiempo y espacio de amenazas y vulnerabilidades, sin ser una combinación estática, marca el proceso de los desastres. Según la EIRD, la vulnerabilidad se define como las “características y las circunstancias de una comunidad, sistema o bien que los hacen susceptibles a los efectos dañinos de una amenaza” (ONU, 2009: 34-35); para Lavell: “La vulnerabilidad es una expresión del desequilibrio o desajuste, en igual medida, entre la estructura social (ampliamente concebida) y el medio físico-constructivo y natural que lo rodea” (1996: 32).

En este entendido, dicha dimensión (vulnerabilidad), a diferencia de la amenaza, se experimenta a partir de un recurso temporal distinto; no como estado potencial, sino como una realidad que es reinterpretada cotidianamente. La representación de la vulnerabilidad o la vulnerabilidad representada, se identifica como la información base-contextual de los riesgos permanentes (RP)⁴⁸ y el nodo relacional entre las diferentes dimensiones y niveles que conforman el fenómeno representacional. De esta manera, la narrativa del riesgo se expone como una red asociativa, es decir, una narrativa continua que da sentido al discurso porque conecta diversos elementos explicativos de la realidad compartida, teniendo como referencia aquellos conocimientos que se vinculan a la estructura social común.

Por lo anterior, es pertinente entender a los desastres con relación a problemáticas multidimensionales con características espacio temporales complejas: la emergencia se presenta como un hecho, en un tiempo y un lugar determinado, fijo; no obstante, en el estudio de las causas y efectos del desastre, el tiempo-espacio de influencia parece extenderse no solamente en el plano material, sino en [y hacia] el plano simbólico. Hablamos entonces de un proceso, no un evento, que se

⁴⁸ Categoría que presenta una mayor incidencia en la producción y organización del saber-hacer ante el riesgo de desastres.

configura en contextos de vulnerabilidad materializada –ya abordada en el tercer capítulo– y significada –analizada a continuación–.

- **Vulnerabilidad representada**

Las condiciones de vulnerabilidad son realidades que se reinterpretan y dialogan cotidianamente; poseen una dimensión material y objetiva de importancia, pero difícilmente se manifiestan como un valor absoluto en el pensamiento colectivo. Las formas de vulnerabilidad se entretajan en ambientes inseguros, alimentándose mutuamente; de esta manera, la incertidumbre se moviliza entre territorios (desenfoque geográfico), se comparte y sustenta desde diversas perspectivas que conforman la narrativa continua –no fragmentada– del riesgo.

Empezaremos por abordar las diversas manifestaciones de la vulnerabilidad social. Llama la atención que la problemática más recurrente al momento de evocar el tema de riesgo de desastres, sobre todo para la población urbana y de la periferia, sea el contexto generalizado de inseguridad ante el aumento de la delincuencia, es decir, una temática que no se relaciona directamente con la dinámica de la naturaleza. Este aspecto ratifica la multidimensionalidad del riesgo de desastres, entendida como una construcción social, hecho que cuestiona las respuestas convencionales del Estado.

Los robos, homicidios y otros delitos se asocian a la venta y consumo de estupefacientes. Es importante resaltar que dentro del diagnóstico municipal este tema es abordado como parte de las estrategias de gestión de riesgo; empero, se reconoce la inexperiencia que puede acompañar las acciones que se han desarrollado en el municipio.

“Nosotros hemos estado tratando de meternos en ese cuento, pero eso sí nos toca, ¿cómo le digo?, unirnos con las autoridades de infancia y adolescencia, los programas de Bienestar Familiar, todos los programas gubernamentales que hayan con relación a esto, porque uno, nosotros primero que todo no tenemos como mucha experiencia en eso, nos anima el deseo de servir, eso es lo único que nos anima, y de ver cómo niñas y niños, digamos así, niños y niñas, adolescentes entre diez y quince, diecisiete años totalmente perdidos, cuando son personas que deberían estar estudiando, labrándose un futuro, y uno los ve ahí” (Alfredo, AI; 60, jefe de operaciones de Bomberos Voluntarios de Piedecuesta).

Las zonas con mayor conflicto por el consumo y venta de drogas son los asentamientos de la periferia; sin embargo, la población de otros sectores percibe

con preocupación la extensión de dichas problemáticas hacia los barrios y veredas más tradicionales del municipio, aunque no se podría asegurar que las actividades de microtráfico sean desarrolladas exclusivamente por residentes de los asentamientos irregulares, pese a la recurrente asociación.

Es importante establecer que, en la narrativa del riesgo, las fuentes y los efectos del mismo no siempre comparten un mismo territorio, aspecto que se vincula con la consolidación de límites simbólicos configurados desde el discurso de la otredad: la población rural y urbana asocia la extensión del riesgo con el arribo de nueva población de la cual generalmente se desconoce su procedencia y que ha llegado para incrementar los cinturones de marginalidad que rodean la urbe.

En palabras de Colombani: “Lo Otro abre el campo de lo fantasmagórico porque suele estar asociado a la idea de lo extraño. La huella etimológica del término griego xénos nos permite recorrer algunos aspectos de tal paisaje: extraño, extranjero, raro, poco familiar” (2008:28). Dicha conceptualización es contraria a la otredad que Enrique Leff (2004) relaciona con el reconocimiento de los saberes potenciales depositados más allá de la unicidad cultural.

Para el caso de estudio y en relación con los desplazados y migrantes, se habla de una otredad atribuida fuera del consenso, unilateral, que cuenta la historia desde la centralidad [urbana] de los procesos de distinción/identificación. No obstante, dentro de los cinturones de pobreza, la noción del nos-otros y la delimitación de “lo otro” y “los otros” también hacen presencia, tanto para heterogeneizar la población como para marcar los tiempos –identitarios– del diálogo: lo que era y lo que es.

“Principalmente eso porque es que vea usted, todos los días hay gente forastera por ahí sentados fumando basuco o mirando a ver a quién roban y de noche que no puede dejar uno por ahí nada afuera porque eso sí no amanece y no se sabe cómo es que. Esto era muy bueno porque no había más invasiones sino esta, pero ahora han hecho para allá un poco de invasiones y se cree que de ese sector vienen todos esos viciosos, eso es todo” (Manuel, AC-Pe, 78, sector Nueva Colombia).

En este argumento, la otredad no únicamente se relaciona con la caracterización de los sujetos, sino además con la elaboración de imágenes temporales que paradójicamente confluyen [en presente] en una realidad compartida. De acuerdo con la información recopilada, los escenarios que llevan a ese “otro” al consumo y

venta de drogas no son muy diferentes de las condiciones que la mayoría de la población tiene que afrontar. Por ejemplo, la falta de oportunidades para los jóvenes, la deserción escolar y la crisis de autoridad familiar ante las extensas horas de trabajo de los padres, son causales que se insertan en un contexto de precarización laboral y económica que percibe gran parte de los residentes. Existe entonces una paradoja discursiva que radica en la heterogeneización del individuo bajo esquemas de homogeneización del contexto.

De acuerdo con los testimonios, la transgresión generalizada de derechos vinculados a la seguridad ciudadana, la vivienda digna, la salud, la educación y el empleo, se explica por el mal funcionamiento del aparato de administración local. La vulnerabilidad política e institucional, altamente perjudicial para la experiencia efectiva de la democracia, se manifiesta en la desconfianza ciudadana hacia los actores políticos y diversas formas de organización social avalados por el poder institucional –tal es el caso de las Juntas de Acción Comunal (JAC) –.

“Pues es que la política es como el amor, es un arte de decir mentiras, entonces, en todo evento político, el político le construye a usted muchos castillos, le construye a usted muchas facilidades, pero en realidad no lo cumple porque a ellos lo que les interesa es llenar su satisfacción, hacerse populares y ganarse unos pesos y de ahí para allá ya no le importa mucho [...] es uno de los peores fenómenos de la politiquería en este país” (Manuel, AC-Pe, 78, sector Nueva Colombia).

“[...] se acabó hasta la junta, por último, lo que hizo él (presidente de la JAC) mismo fue robarse el contador, porque tenía contador para el agua y él mismo se lo llevó” (Manuel, AC-Pe, 78, sector Nueva Colombia).

Las poblaciones de mayor carencia perciben “un engaño en las promesas de campaña” dado que difícilmente estas propuestas se hacen efectivas. Se ubica como ejemplo el territorio de Nueva Colombia en donde se concentra un capital social con alto poder electoral, condición reconocida tanto por los candidatos políticos como por los residentes. En el sector han sido común los ofrecimientos de titulación de predios, pese a la conocida ilegalidad de los procesos de regularización en zonas de alta amenaza que impide el cumplimiento jurídico de dichas promesas. Este hecho deriva, pasadas las elecciones, en un sentimiento de disgusto general que va en incremento, al mismo tiempo que evidencia las distorsiones que, en escenarios de vulnerabilidad política, pueden presentar los

objetivos funcionales del conocimiento del riesgo: la prevención y la resiliencia social son reemplazados por objetivos políticos particulares.

“[...] Pero que por lo menos Serpa, cuando estuvo de gobernador, aquí vino también a hacer campaña y él nos dijo, “si yo gano, les legalizo este terreno”, ya cuando fue a salir, aquí estuvo sentado donde está el señor y le digo, “doctor Serpa, ¿usted se acuerda que nos dijo una vez que iba a legalizar esto?”, y dijo, “sí, pero en realidad no se puede legalizar, esto es zona de desastres, yo he paseado todo eso a pie y todo es zona de desastres, no se puede legalizar, desgraciadamente legaliza uno, hay un desastre, hay muertos, el “gobernador fue el que legalizó esto y nos hizo fue matar”, entonces, vivan ahí, nadie los echa de aquí, pero lo que no se les va a dar es escritura”, dijo” (Manuel, AC-Pe, 78, sector Nueva Colombia).

La confianza/desconfianza política se relaciona, según los expertos, con la percepción ciudadana en torno al cumplimiento/incumplimiento de las tareas institucionales, así como con los costos del sistema democrático.

“Confiar reduce costos en todos los sentidos, cuando en una democracia no existe confianza se hace necesario invertir más recursos para que esta se haga presente y con ello coadyuve a legitimar el sistema. Un nivel bajo de confianza en las instituciones políticas cuestiona la base de legitimación y las perspectivas del régimen democrático” (Palazuelos, 2012: 81).

En el caso de la gestión de riesgos las pérdidas y costos no solamente corresponden al rubro económico, también humano; el incumplimiento de las funciones de planeación, desarrollo y evaluación –causa de la desconfianza– se materializa en el aumento de la población expuesta en el municipio, principalmente por la vulnerabilidad física de sus inmuebles, sea por ubicación o por la calidad de los materiales. Esta problemática no es exclusiva de los asentamientos irregulares. Por el contrario, responde a una dinámica macro social en donde se pone en consideración, de manera simultánea, tres aspectos relevantes para los residentes piedecuestanos: el acelerado crecimiento de la urbe, el incremento de los proyectos de construcción en el municipio y la cuestionable capacidad de los organismos de regulación.

“[...] Llamémosle firmas de constructoras ¿Por qué?, porque de todas maneras frente a la situación, al componente de gestión de riesgo, se pueden de pronto estar omitiendo responsabilidades ¿En qué aspecto?, que, por ejemplo, cuando se genera un proceso de desarrollo urbanístico, hay que tener en cuenta cuáles son los riesgos que se puedan presentar dentro de ese contexto, identificarlos, improvisarlos, mirar si estamos cerca de una fuente hídrica o unos taludes, frente a una situación de un incendio de un edificio de diez, doce, quince pisos, cuáles son las salidas de emergencia” (Juan; AC-Ur; 38).

La crisis socioambiental que manifiesta la gente es otro componente fundamental que, al igual que la amenaza, evoca al vínculo sociedad-medio. “La vulnerabilidad ambiental es un concepto que se relaciona con la mayor o menor exposición que tenga un territorio para ser afectada por un evento, en este caso la magnitud de los posibles impactos generados por la problemática ambiental” (Pérez, A., 2012: 2). En este punto se distinguen dos tipos de problemáticas: 1) procesos globales que se manifiestan localmente; y 2) efectos generados por la sinergia particular del contexto.



Figura 31. Procesos globales con manifestación local y problemas socioambientales del municipio. Elaboración propia con datos de trabajo de campo.

La variabilidad climática experimentada desde hace algunas décadas se relaciona, según los testimonios, con el fenómeno del niño –concepto muy utilizado por las autoridades y los medios de comunicación nacionales– y el cambio climático, macroprocesos cuyos efectos se potencializan en un contexto de susceptibilidad ambiental localmente construido, como es el caso de los problemas de contaminación y mal uso de los recursos naturales. No es extraño que el riesgo asociado al clima se dimensione con más claridad por la población rural y de la periferia, sectores que presentan, con relación a la zona urbana, una mayor demanda de información sobre el tema.

“En la ley hay unas metas específicas que eran prevención y atención a las situaciones que se presentan en el municipio, esas situaciones se habían venido presentando, se presentó lo del fenómeno del niño 2010-2011 en la nación y nace la Unidad Nacional de Gestión de Riesgo con toda la nueva política pública que es la ley que le manifestaba, la 1523, y cambia totalmente” (Julián, AI; técnico operativo para la Gestión del Riesgo).

“El clima ha venido vertiginosamente subiendo la temperatura a tal punto que hoy en día ya prácticamente ya es indescriptible. La mayoría de las especies, de la flora y de la fauna, han venido desapareciendo producto del cambio climático; todos esos impactos que se han venido dando a través de nuestro mal cuidado, de nuestras malas actitudes frente al medio ambiente” (Gustavo, AC-Ru; 73, vereda Barroblanco).

Las pérdidas económicas y materiales se incrementan durante los periodos atípicos de lluvia o sequía, tanto por los daños ocurridos durante las emergencias, como por las afectaciones que se producen en los medios de subsistencia de familias campesinas. En este contexto, la vulnerabilidad económica anterior al desastre se potencializa ante la crisis ambiental en los sectores más precarios del municipio, condición que refuerza las experiencias de susceptibilidad en otros ámbitos de la vida social (salud, educación, vivienda, trabajo). Todas aquellas manifestaciones materiales y simbólicas de las fallas en la estructura social, se configuran como desastres cotidianos que son racionalizados, internalizados y comunicados como tal (desastres).

“Ya no, prácticamente no se produce mucho y lo poco que se produce es más veneno que productos, por eso si siembras tomate, ya el tomate es más veneno que tomate, si siembras pimentón pasa por el mismo sistema, las frutas que antes no se necesitaba ni siquiera mostrarle un insecticida, hoy en día, si usted no fumiga, la frutad desde la florescencia no recoge ninguna fruta sana, esos frutos ya no son ninguna garantía para la salud del pueblo [...] Ahorita la cuestión del agua se está viendo el grave problema de que el agua no alcanza para regadíos, para no tener el agua para regadíos, entonces no hay producción porque usted sabe que uno de los principios fundamentales de todo ser es el agua y si no hay agua, no hay vida en ninguna naturaleza” (Gustavo, AC-Ru; 73, vereda Barroblanco).

Así entonces, la vulnerabilidad representada, como concepto de mayor complejidad que la pobreza o marginalidad, hace referencia a este relato realista y significativo que conjunta las diversas experiencias de susceptibilidad [compartidas y diferenciales], una categoría fundamental para entender el proceso de construcción del riesgo y las razones de la exposición a las amenazas. La vulnerabilidad representada es una dimensión dinámica, re-creada y crítica que, para el caso de la zona de estudio, se ha sintetizado en la siguiente red asociativa:

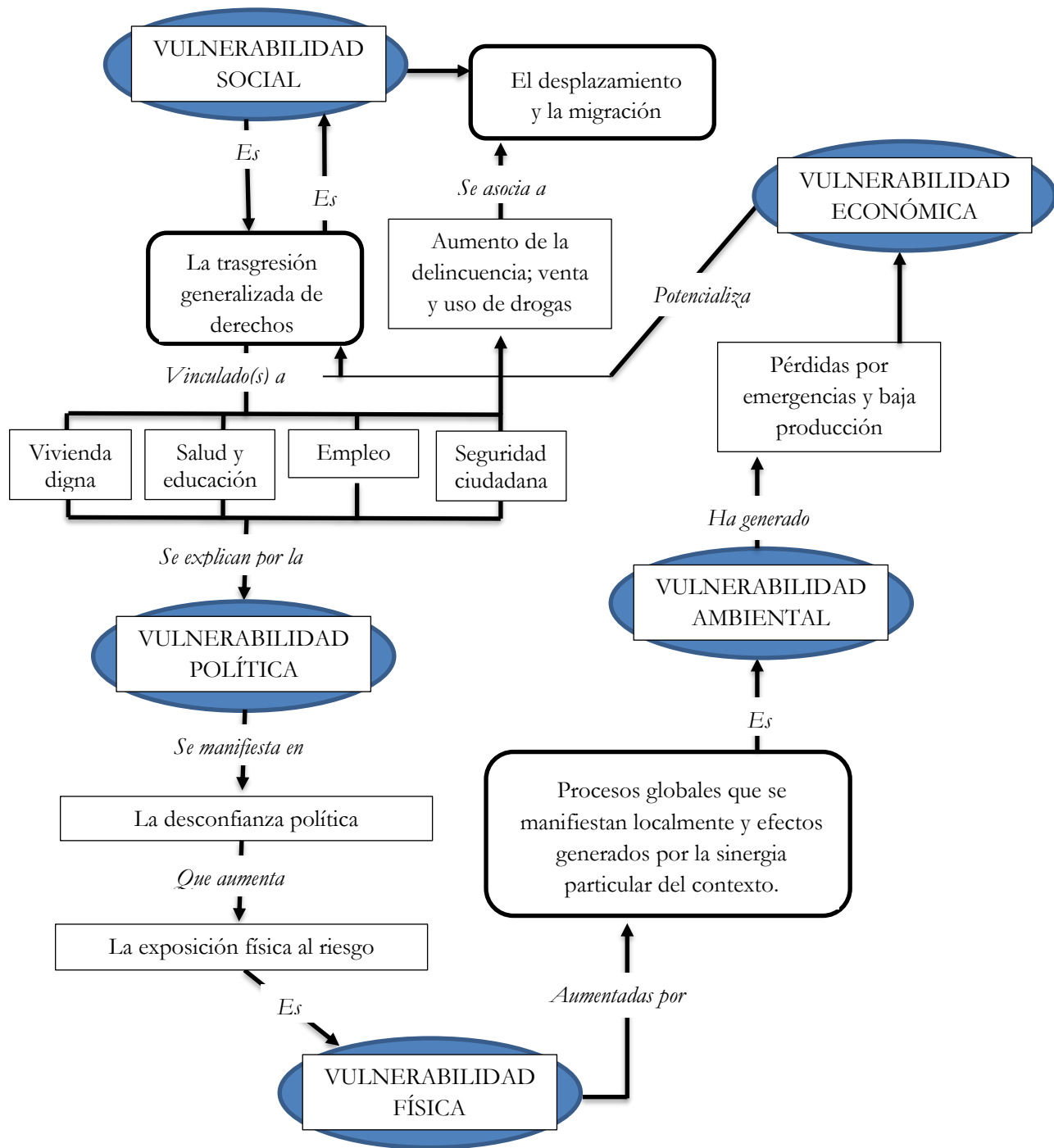


Figura 32. Vulnerabilidad representada. Red asociativa. Elaboración propia con datos de campo.

2.3 Dimensión socioterritorial

Pensar la relación entorno-sociedad en el marco de lo socioterritorial remite al ámbito totalizante-unificador de las relaciones simbólicas y significantes, ámbito que, sin embargo, no se exhibe infinito debido a que la narrativa del riesgo presenta recortes espaciales que se definen desde el territorio vivenciado.

Los resultados de la cartografía social han dado cuenta de la territorialidad piedecuestana como lecturas espaciales y temporales que se complementan, diversifican y, en algunos casos, se contraponen; como corolario, se habla de experiencias territoriales simultáneas, pero diferenciadas, que determinan las particularidades del fenómeno representacional. En este punto, las nociones de desterritorialización y reterritorialización marcan acento en la agencia social que se dinamiza bajo condiciones de riesgo, teniendo como cuadro de análisis las tres zonas de estudio.

2.3.1 Socioterritorialidad del riesgo de desastres en la periferia de Piedecuesta

La pérdida de control y poder sobre el territorio no solamente es una consecuencia de la materialización del riesgo, también se configura como una causa del desastre. Gran parte de la población que compone la periferia ha manifestado condiciones de pobreza extrema, marginación y violencia social que se dieron como resultado del desplazamiento y la migración.

Al igual que el desastre, la desterritorialización supera la noción del hecho o evento para configurar un relato que conecta diferentes puntos sociobiográficos, relato que evoca tanto al territorio de origen como al actualmente habitado. Bajo este tenor, la construcción del espacio [en escenarios de riesgo] se alimenta de memorias significantes movilizadas entre tiempos identitarios.

El trabajo con los residentes periurbanos que ha permitido reconstruir narrativamente la transición territorial, ha dado cuenta tanto de daños materiales y físicos como del alcance psicosocial y cultural de los procesos de salida, traslado y adaptación de la población vulnerable: la ruptura de lazos familiares y comunitarios, la tristeza, el miedo, la angustia y la desesperación que son consecuencias del desarraigo, se suman a los costos económicos por la pérdida de parcelas, casas, enseres y animales que son, además de patrimonio tangible, elementos portadores de significado.

“Sí, nosotros allá dejamos una casa muy bien hecha, junto con los hijos, mi esposo y yo la habíamos hecho, una casita muy bonita, una granja, teníamos animales, teníamos plantas, cultivábamos en fincas vecinas porque nos dejaban tierra para cultivar, entonces, nosotros así, entre todos los hijos en vacaciones, todos trabajábamos, mi esposo en construcción y lo que yo pudiera ayudarle en la labranza. Bueno, llegamos acá, mi esposo se había venido un tiempcito antes que mi persona puesto que él había sido amenazado, entonces, él viendo que ya habían desaparecido muchos, tanto familiares como vecinos y eso, entonces él una noche se vino, anocheció y no amaneció, y vino a parar aquí a Piedecuesta” (Eudora, AC-Pe; 65, sector Nueva Colombia).

En este punto, los saberes surgidos de la experiencia personal se entremezclan con los aprendizajes de la historia colectiva; como resultado, el conocimiento del riesgo otorga las herramientas necesarias tanto para la adquisición de habilidades sociales, como para la construcción de relaciones de identidad con personas que han experimentado trayectorias similares.

El auto reconocimiento como desplazados o población vulnerable ha dado paso al ejercicio de acciones sociales que buscan superar precariedades presentes en las formas de vida en común. La representación actual del riesgo, como realidad compartida, se construye desde la añoranza de las condiciones anteriores a la desterritorialización, proyectada hacia el futuro. Aún para aquellas personas que se vieron obligadas a migrar por otras razones diferentes al conflicto armado interno, el territorio de origen se vincula generalmente a sentimientos positivos como la familia, los amigos, las tradiciones y la pertenencia⁴⁹.

Por lo anterior, encontramos en la construcción social del riesgo diversas imágenes de contraste espacio temporales que son utilizadas por el sujeto para la toma de decisiones –de tipo social, cultural, económico y político– en los nuevos procesos de apropiación territorial. La población de la periferia mantiene prácticas asociadas a la vida en el campo, pero asumiendo las exigencias marcadas por una cotidianidad cercana a la ciudad que se materializa y subjetiviza espacialmente.

⁴⁹ El contraste entre el estilo de vida en el territorio de origen –generalmente también precario– y las condiciones en que se presentó el proceso de migración o desplazamiento forzado, conlleva que la mayoría de los sujetos de la periferia añoren la cotidianidad anterior a la desterritorialización.

Siguiendo a Ocampo (et al, 2017):

Nuevos referentes perfilan obligadamente el lugar donde habitar y tratar de concretar lo que les depara las especificidades materiales y simbólicas que, significadas ya por otros, los desplazados van dotando de sus propios significados. El orden conocido y familiar construido en lo rural es desconocido y resulta extraño en el medio urbano que requiere de otras habilidades que obligatoriamente reemplazan lo sabido para el cultivo de la tierra y las tradiciones (p. 173-174).

El debate liderado por Haesbaert (2011) que cuestiona el fin del territorio, ha señalado ya los inconvenientes de invisibilizar la agencia territorialmente manifiesta del sujeto colectivo, atributo que configura un aspecto esencial para los conocimientos y prácticas ante el riesgo. En efecto, los recursos para una reinención territorial no se agotan totalmente y aquello que supone la destrucción del territorio conocido es, de algún modo, una oportunidad para la reconstrucción física y simbólica del mismo.

En el relato del habitante periurbano, el emplazamiento supera el acto *per se*. El territorio vivido da testimonio de una agencia socioespacial, atributo que articula los procesos de territorialización y reterritorialización. En este sentido, la apropiación de nuevas tierras supone, simultáneamente, la recreación del espacio perdido.

La cartografía social ha permitido mapear las prácticas colectivas de apropiación y recreación territorial que cobran sentido en el ámbito del saber-hacer ante el riesgo. En el caso de la periferia resaltan dos formas de apropiación que han actuado territorialmente para consolidar los procesos de asentamiento humano: se habla de la apropiación de facto y la apropiación de derecho –relacionados con el entorno natural y el entorno urbano–.

Sobre la primera (apropiación de facto), es común encontrar en los relatos de los habitantes periurbanos más antiguos el rescate de las historias –personales y colectivas– que remiten a los periodos de fundación del sector. La llegada al lugar, los trabajos de deshierbo y limpieza de los terrenos, las labores de vigilancia para alertar sobre la presencia de fuerzas de seguridad, la delimitación de predios y la construcción de las casas, todas estas fueron acciones desarrolladas por los fundadores y sus familias para asegurar una primera etapa de emplazamiento y un ingreso económico, ya que los predios no utilizados se vendían.

“Bueno, llegamos y fue pasando el tiempo, fue pasando el tiempo, nosotros vivíamos de lo que él vendía de aquí para arriba porque él se hizo a un lote grandísimo, él se posesionó de un pedazo grande y nosotros al comienzo, él iba y medía, 9 por 12, 9 por 9, bueno, en fin, hacía sus planecitos, trataba de poner unas estacas, una cabuya y los domingos venía la gente de Piedecuesta, de Florida, aún de Bucaramanga y compraban el pedacito en veinte mil, treinta mil, cincuenta mil pesos, eso era todo lo que se pedía, como por las estacas que él había puesto como por la explanación que había hecho, bueno, en fin, y así es que llamaban de aquí para arriba la urbanización Sierra (apellido del esposo)” (Eudora, AC-Pe; 65, sector Nueva Colombia).

La distribución inicial de terrenos fue definiendo ciertas características de organización espacial que se relacionan con conocimientos y prácticas ante el riesgo; por ejemplo, los lugares de planicie y más alejados del río fueron ocupados rápidamente por los primeros pobladores como una estrategia para el ahorro de tiempo, trabajo y recursos en la edificación de las viviendas, así como medida de seguridad ante el peligro por derrumbes e inundaciones. Las zonas de mayor exposición percibida corresponden a terrenos que se ocuparon con el tiempo por nuevos moradores, tal es el caso del sector de “Las Margaritas” y el “Plan Chino” (sector cuatro).

“El riesgo está desde Las Margaritas, toda esa media falda de Las Margaritas a mí me parece muy peligrosa; en el sector cuatro, o sea, en el Plan Chino donde nosotros llamamos “La Quebrada”, los que estén muy cerca de la quebrada es lógico.” (Eudora, AC-Pe; 65, sector Nueva Colombia).

La recreación del espacio perdido se hace evidente en esta forma de apropiación de hecho, reconstruyendo un paisaje con vestigios rurales, muy cerca del casco urbano, que permite mantener prácticas y modos de vida insertados en la zona y ligados al lugar de origen, pero que se someten a intensas presiones. En la cartografía social se esquematizan actividades como el uso de recursos naturales (la madera se ha utilizado para la construcción de casas y la preparación de los alimentos), el cultivo de hortalizas y la crianza de animales domésticos; empero, dichas actividades, muy comunes desde la fundación del sector, se han reducido ante la amenaza por deslizamientos, la inseguridad por robos y el bajo valor productivo del área.

“[...] eso hace que estoy aquí manicruzado porque yo me hice de una parcelita aquí y vivo dedicado a eso, eso da frutica y yuquita, frutas. El problema es que en estos días nos han azotado los ladrones, vienen y recogen lo que hay y se van, eso es todo lo que ha ocurrido aquí, aquí hay una mano de ladrones tremendísimo, esperan que uno se acueste de noche y ellos vienen a recoger lo que hay, al otro día amanece ese lote vacío, sin fruta, sin nada, arrancan la yuca biche, las frutas también las recogen verdes.” (Manuel, AC-Pe, 78, sector Nueva Colombia).

En esta línea, el territorio se ha modelado no solamente por elementos significativos que provienen del pasado, sino además por los ritmos y condiciones que se imponen desde una nueva realidad –ni rural, ni urbana– y espacialidad de las diversas relaciones sociales (Ávila, 2004).



Foto 37. Cartografía social, sector Nueva Colombia (periferia); pequeños cultivos y crianza de animales.

Respecto a la apropiación de derecho, esta es entendida como aquella materialidad agregada y territorialmente manifiesta que es producto de la intervención institucional ante la acción colectiva y organizada de la población. Es el caso de la infraestructura eléctrica, el servicio de agua potable y energía, la ruta de bus y las instalaciones deportivas (cancha de fútbol), elementos del paisaje urbano que son portadores de un sentido [parcial] de seguridad (tenencia-pertenencia) y reconocimiento institucional, al ser percibidas como logros ciudadanos.

Dicha materialidad –vinculada a la apropiación de derecho– media en la forma en que los sujetos organizan simbólicamente su territorio, se ubican en el espacio y normalizan ciertas prácticas, implementando generalmente información sobre riesgo de desastres. Por ejemplo, es del conocimiento común que las zonas que cuentan con alumbrado público son más seguras para evitar robos durante los traslados por el sector, que el cuidado y uso de los espacios deportivos incide en la reducción del consumo de drogas en los jóvenes y que las zonas con saturación de

agua por la falta de alcantarillado presentan mayor amenaza ante los deslizamientos.



Foto 38 y 39. Cartografía social, sector Nueva Colombia (periferia); equipamiento urbano (ruta de bus, alumbrado público y cancha de fútbol).

Sin embargo, la apropiación de derecho no está completa, según los testimonios de los sujetos. La ilegalidad de los asentamientos periurbanos pobres es un riesgo que impide la resolución de múltiples problemáticas, a la vez que genera nuevos escenarios de conflicto al interior de la comunidad. Pese a los estados de exposición, en los asentamientos precarios las formas de apropiación de facto se siguen desarrollando como estrategias de pertenencia y territorialización simultánea (funcional y simbólica) que permite responder a la ausencia de seguridad de la tenencia y a la prolongación de la vulnerabilidad.

De esta forma, el territorio también responde a dinámicas que parecen sobrepasar la localidad del espacio. En el campo de la gestión de riesgos y el ordenamiento territorial, diversos instrumentos impiden la legalización de terrenos de alta amenaza, aunque muchas de estas normativas carecen de estrategias a nivel estructural que controlen la creciente expulsión poblacional hacia los centros urbanos. Este es tal vez uno de los principales retos que presenta actualmente la legislación colombiana sobre el tema.

2.3.2 Socioterritorialidad del riesgo de desastres en el área rural de Piedecuesta

Los procesos de desterritorialización y reterritorialización en la zona rural piedecuestana, encaran tensiones y dinámicas particulares que han sido configuradas históricamente.

Los problemas en el registro de parcelas y los conflictos por linderos entre vecinos, son producto de antiguas prácticas de sucesión de padres a hijos que, por lo general, prescindían de acciones jurídicas que validaran la entrega y división de la propiedad. Esta incertidumbre en la titularidad de la tierra ha incidido significativamente en las formas de interacción entre actores sociales, sobresaliendo las relaciones de conflicto y desconfianza que han impedido una organización efectiva para la resolución de problemas colectivos –sin obviar las interacciones de cooperación (ver numeral 2 del capítulo III) y los escenarios de convivencia que también hacen parte de la cotidianidad del sector–.

Pese a la marcada pérdida del habitus rural en el municipio, la vida en el campo mantiene una estrecha relación con el territorio y con el sentido de apropiación sobre este, principalmente, motivo por el cual el problema de tenencia es percibido como un riesgo de carácter permanente.

Partiendo de estas particularidades, los procesos de des-re-territorialización que generalmente se analizan como etapas, ahora se trasmudan en una serie de ejercicios cotidianos de construcción y deconstrucción territorial, debido en parte a aquella experiencia espacial que es definida en ambientes de tensión. De esta forma, las relaciones sociales contenidas geográficamente, a diferencia de lo que se plantea desde el espacio absoluto de Newton (Silva, 2016), modifican la naturaleza del territorio y dinamizan sus componentes.

En entornos rurales la propiedad territorial [física y simbólica] también genera certidumbre respecto al uso [físico y simbólico] de los recursos naturales, un aspecto que marca diferencia con la realidad urbana. El libre aprovechamiento de los recursos representa una forma de apropiación territorial que opera como elemento de oposición ante las arbitrariedades del sector agroindustrial, al tiempo define ciertas materialidades –relacionadas al saber-hacer ante el riesgo de desastres– del espacio: cercado de terrenos con linderos de madera, modificación del curso de los ríos y construcción de aljibes. No obstante, el peligro radica en que dicha apropiación se ha desarrollado en la carencia de bases organizativas que

regulen las prácticas sobre el entorno, configurando formas de territorialidad en disputa e intentos individuales y fragmentados de resistencia.

Ahora bien, el perfeccionamiento de diferentes modos de ocupación y aprovechamiento del espacio requiere, para su efectividad, de una producción constante y sinérgica de conocimientos sobre el medio. En el caso de la zona de estudio este tipo de conocimiento entra en el detalle, tal como lo evidencia claramente la cartografía social.

El ejercicio cartográfico del área rural adopta las características de un mapa⁵⁰ en tanto que puntualiza en los límites de los predios, el tipo de actividades económicas desarrolladas en las parcelas y establecimientos del sector, el trazo de caminos y carreteras, el curso de los ríos, las fronteras de la vereda y en algunas características geomorfológicas del lugar (se ubica el famoso “Salto del Duende” que es una formación montañosa con acantilados saturados de vegetación y una cascada que se forma principalmente en temporada de lluvias).

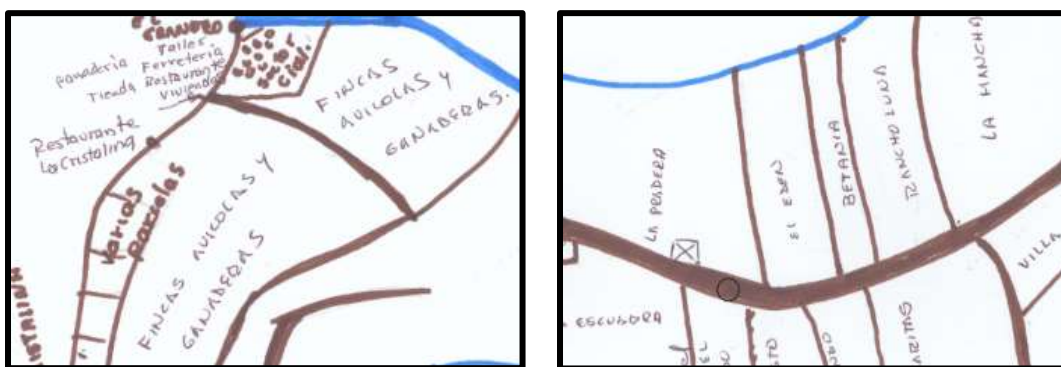


Foto 40 y 41. Cartografía social, vereda el Duende (sector rural); delimitación de predios, trayectoria de ríos y carreteras.

⁵⁰ Durante el desarrollo de los talleres de cartografía social se solicitó a los sujetos participantes la elaboración de “un dibujo” sobre su entorno. Este término (dibujo) ha sido utilizado con el objetivo de establecer flexibilidad en el formato, de tal forma que fueran las y los participantes quienes determinaran las características del producto cartográfico.



Foto 42 y 43. Salto del Duende, cartografía social y registro fotográfico.

La cartografía representa, además de la ubicación geográfica de los elementos, el conjunto de relaciones que se desenvuelven territorialmente: los sujetos grafican algunas prácticas de acaparamiento como la construcción de lagos artificiales –prácticas que han generado relaciones de conflicto–, pero también identifican los escenarios de convivencia como es el caso de escuela veredal (Colegio Holanda-Sede E el Duende), lugar en donde suelen realizarse actividades comunales⁵¹ organizadas por la JAC. Otro aspecto de importancia tiene que ver con la separación geográfica de la vereda respecto al punto denominado “Piedecuesta” – que en realidad representa al casco urbano municipal–, hecho que marca ciertas fronteras simbólicas y define las formas intermitentes de interacción entre la zona y el espacio que concentra los poderes institucionales.

⁵¹ Novenas de aguinaldos, actos litúrgicos, celebración de fechas especiales, etc.

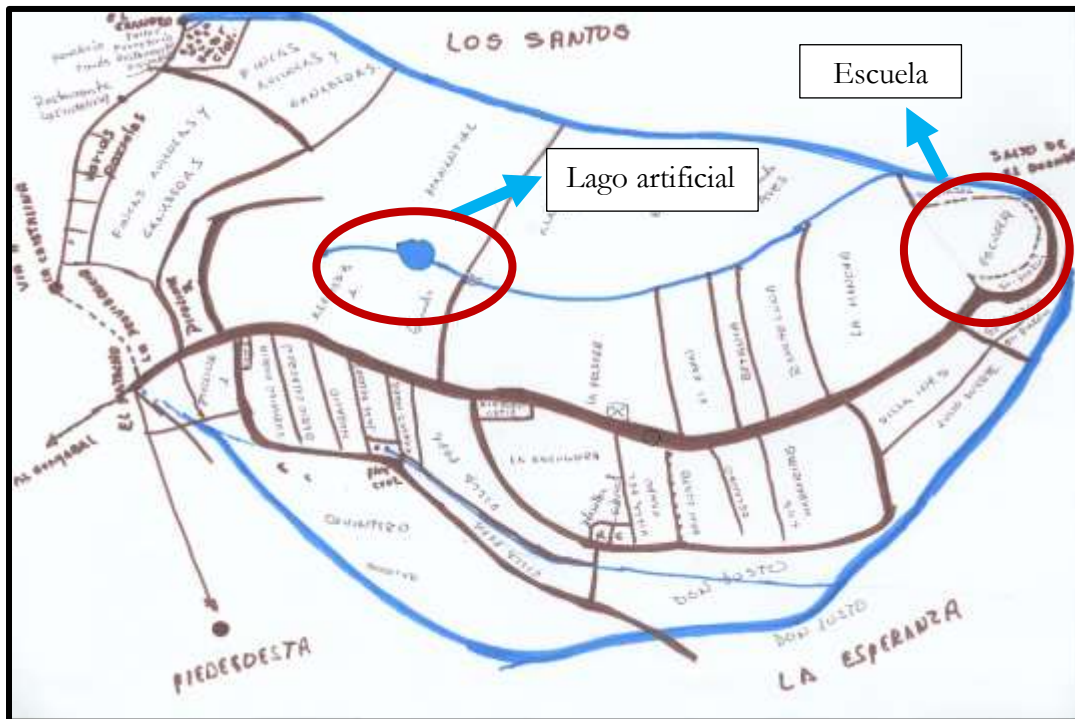


Foto 44. Cartografía social, vereda el Duende (sector rural).



Foto 45. Colegio Holanda- Sede E el Duende.

En perspectiva, el territorio es el marco de encuentros y desencuentros, es la base de la trama relacional que, simultáneamente, da vida y movimiento al espacio, tal como lo hace el tiempo. Como corolario, la trama relacional opera como un elemento dinamizador que se articula, en este caso, con los tiempos identitarios.

“Sí, nosotros nos bañábamos ahí, era una quebrada preciosa, no era muy grande, pero tenía unos charquitos donde nos bañábamos y de ahí se sacaba el agua para la casa, para el ganado, para cultivos, mi papá cultivaba, estoy hablando de hace 40 años, y ya metieron las avícolas y se acabó todo” (Gloria, AC-RU; 58, vereda el Duende).

“Se ha dicho que la memoria puede entenderse como ideación del pasado, para distinguirla de la conciencia, que sería la ideación del presente, y también diferente a la imaginación prospectiva o ideación del futuro” (Chávez, 2008: 26). Los cambios percibidos en la cotidianidad rural hacen parte de los conocimientos sobre riesgo y son formas de referencia temporal que conectan con memorias, conciencias e imaginarios (expectativas) que ubican espacialmente, y hacen inteligible y familiar la información que proviene del medio.

Desde esta lógica, la comprensión de la des-re-territorialización en el área rural, como proceso cotidiano, requiere de la conjugación de tiempos que da paso a la lectura semántica del espacio, recordando que la reflexión del territorio, en el marco de la construcción social del riesgo, ha abandonado el plano abstracto para recrear un escenario que existe como organismo, medio y vínculo.

2.3.3 Socioterritorialidad del riesgo de desastres en el área urbana de Piedecuesta

El territorio configurado desde la dinámica urbana cobra un nuevo sentido, en tanto que es un espacio en donde se identifican más fácilmente ciertos rasgos de desprendimiento de la vida social respecto del territorio que le sustenta (Beraún & Beraún, 2009; Hiernaux & Lindón, 2004). Las actividades labores, académicas y sociales, suelen desarrollarse en diversos escenarios que no solamente se circunscriben a los límites municipales. Piedecuesta, como parte del área metropolitana de Bucaramanga, presenta un flujo diario de población que sale del municipio para desplazarse a los lugares de trabajo y estudio –principalmente alumnos de los niveles superiores de educación–, retornando al finalizar el horario laboral.

El proceso de desterritorialización urbana está relacionado con este movimiento pendular de la población, de tal forma que, al igual que en el caso del área rural, el desarraigo espacial se explica desde sinergias cotidianas que se combinan con nuevas formas de [re]apropiación. La experiencia urbana se caracteriza entonces por una territorialidad diversa o multiespacialidad, y por un ejercicio continuo de valoración de los diferentes lugares en que se desarrolla la praxis social.

Ahora bien, para las personas de Piedecuesta el espacio habitando sigue manteniendo una estrecha relación con aquellos contextos que se circunscriben al ámbito familiar y comunal, razón por la cual los problemas que afectan al espacio residencial tienen una mayor relevancia en la valoración y percepción del riesgo. En efecto, las implicaciones sociales de la delincuencia, el consumo de drogas, la inseguridad vial y la contaminación del entorno, son expresiones permanentes de desterritorialización que involucran la pérdida paulatina del control territorial.

El territorio urbano es representado desde la cartografía social, desarrollada con la población del barrio Barroblanco, como un espacio simplificado, geométrico y de trazos definidos, pero con problemáticas sociales muy complejas. El ejercicio cartográfico puntualiza tanto en la identificación de los riesgos y peligros (inseguridad, baches y falta de pavimentación, deficiencia en la señalización, contaminación, amenaza por inundación), como en la georreferenciación de cada uno de estos elementos que son objeto de interpretaciones consensuadas.

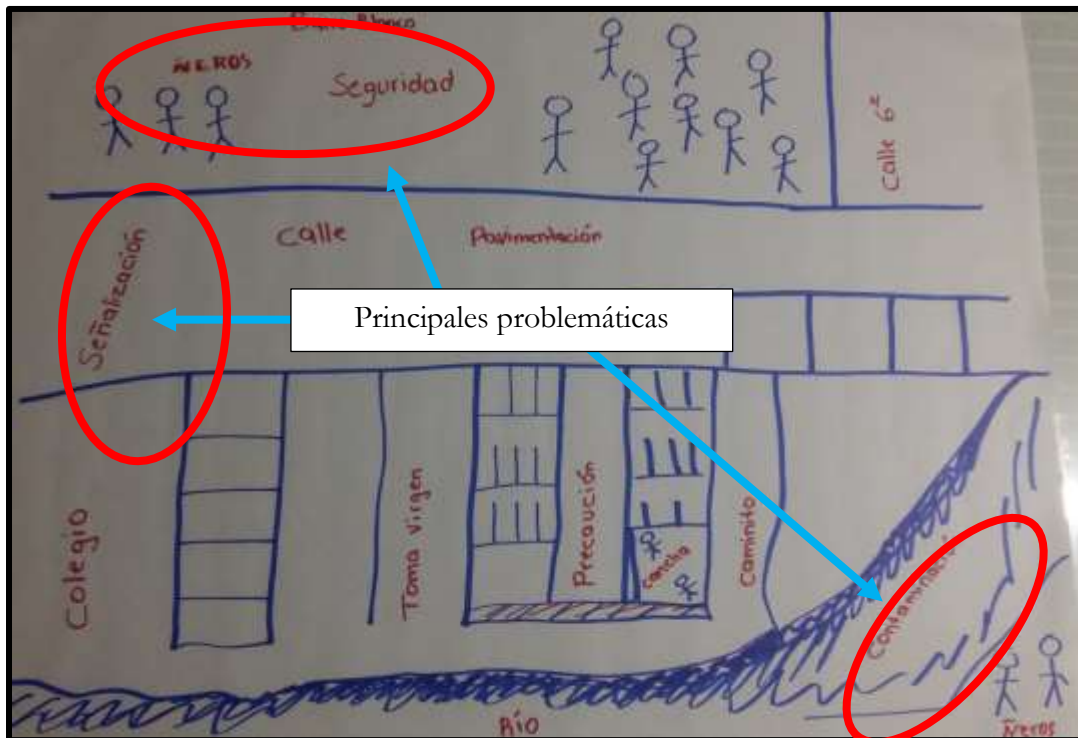


Foto 46. Cartografía social, barrio Barroblanco (sector urbano). Principales problemas.

Si bien la población urbana no manifiesta conflictos de tenencia o inconvenientes en el registro de propiedad, a diferencia del área rural y periférica, la prolongación del riesgo –en sus diversas manifestaciones– ha generado sentimientos de despojo y de desorientación respecto al disfrute del espacio público, escenario en donde se consolida la identidad que comparten como barrio o colonia.

Desde este contexto, el creciente interés en las problemáticas cotidianas puede ser reflexionado como una estrategia de agenciamiento ante la necesidad de recuperar el control perdido. En este punto resultan importantes dos aspectos: primero, la valoración del espacio pasado; y segundo, los límites simbólicos que se construyen en ambientes de vulnerabilidad extendida.

Ya L. de Souza (2003) ha establecido los conceptos de territorialidad móvil y cíclica para hacer referencia a las espacialidades que se caracterizan por el control territorial intermitente entre grupos de poder. En el caso de las ciudades y zonas metropolitanas, las temporalidades de la territorialización suelen relacionarse con los horarios establecidos por ciertos colectivos para el desarrollo de actividades que desplazan la cotidianidad y se apropian del espacio; es el caso de la venta de estupefacientes, la delincuencia o la prostitución, prácticas que generalmente son llevadas a cabo durante la noche y la madrugada.

Aun así, en el presente estudio, la temporalidad también opera como recurso que se utiliza en la evaluación del fenómeno representacional para establecer la dinámica del riesgo y determinar aquellos cambios que se han dado en detrimento de las condiciones sociales, modificando las configuraciones identitarias del espacio: la población urbana reflexiona el riesgo como producto de una serie de transformaciones físicas, ambientales, económicas, sociales y culturales que no han sido asimiladas como parte de la dinámica diaria.

Para Beraún (*et al.*, 2009):

Existe una diversidad de expresiones y de manifestaciones sociales que se plasman en el espacio, que configuran y reconfiguran la naturaleza del espacio geográfico, que generan nuevas identidades sobre él y que son coherentes al comportamiento de los grupos sociales que sobre ellas se asientan. Esto genera, a la vez, una diversidad de formas de concebir y trastocar al espacio y a los elementos que en ella se encuentran, dígame: un mosaico de identidades que genera un mosaico de espacialidades (p. 112).

Respecto a la configuración de los límites espaciales, las fronteras simbólicas que se han generado en un intento de identificar los riesgos trasferidos desde otros lugares, remiten a la disposición espacial no únicamente de ciertas materialidades, sino además de las relaciones sociales que se han establecido al interior y con otros territorios; por ejemplo, las relaciones de tensión con la población de la periferia municipal –grupo social que se ha relacionado con el incremento de la inseguridad en el casco municipal–, la casi nula interacción con la escena rural y la dinámica de intercambio con barrios cercanos. Tales formas de organización que se fijan desde el saber-hacer territorial, son parte del constructo social del riesgo de desastres.

Visto desde esta perspectiva, el espectro territorial parece superar la circunscripción político-administrativa, misma que recrea al espacio como un elemento independiente de la dinámica y sinergia social. El territorio institucionalizado, a diferencia de aquel que se representa desde la experiencia espacial del sujeto social, es más lento, abstracto y parco, ideado como una superficie neutra y libre de cargas simbólicas, hecho que supone un problema para la comunicación del riesgo y para la generación de propuestas participativas.

Más que la homologación de los criterios de interpretación, la propuesta se centra en la incorporación de directrices efectivas de diálogo y en la articulación institucional-comunitaria a partir de la reconfiguración dialéctica de las relaciones sociedad-sociedad y Estado-sociedad.

CONCLUSIONES

*“[...] poner a la vista, contra el pasado
que aún predomina, el futuro que ya
empieza a perfilarse”.*

Ulrich Beck

Caracterizar los procesos de construcción social del riesgo de desastres, objetivo general de la presente investigación, ha requerido del ineludible debate respecto de la importancia que reviste el sistema de sentido común y la relación conocimiento-práctica, en la comprensión de las realidades sociales que configuran escenarios de vulnerabilidad y exposición.

Cabe destacar que los saberes cotidianos son reservas de conocimiento utilizadas por el sujeto social para situarse en condiciones de certeza y control, dentro de contextos que pueden reconocerse como extraños (carácter adaptativo); la forma en la que el individuo “procesa y usa información bajo circunstancias cotidianas” (Wagner & Hayes, 2011: 10), alimentando dichas reservas. En consecuencia, la cercanía que se construye entre los entornos inmediatos y los espacios más amplios de la realidad, es un proceso mediado por la red de contenidos, conceptos e imágenes compartidas en una trayectoria social, cultural e histórica en común.

El saber cotidiano nace del acervo público y rutinario, condición que ratifica su naturaleza social y dinámica.

El conocimiento cotidiano, de acuerdo con Pozo y Gómez (1998), es “El producto de un aprendizaje en la mayor parte de los casos informal o implícito que tiene por objeto establecer regularidades en el mundo, hacerlo más previsible y controlable” (p. 103). De esta manera, el carácter adaptativo y la utilidad contextual se presentan tal vez como una de las principales funciones del sentido común, el cual se vale de la memoria social y de los referentes de espacio-tiempo en la necesidad de explicar lo desconocido.

Tenido en cuenta estas facultades, “Moscovici reivindicó el sentido común (sensus communis) como el capital simbólico a partir del cual se constituye, arraiga y

transforma el conocimiento de manera procesual” (Serrano; 2010: 35). En este sentido, las representaciones sociales y el conocimiento cotidiano, como perspectivas teóricas, están fuertemente ligadas, relación que se reconoce a partir de la tercera vía analítica presentada por el autor de la Teoría de las Representaciones Sociales.

Las RS se manifiestan como un entramado de significados, conocimientos, conceptos e imágenes internalizadas, que incide en la forma en que el sujeto social encausa y usa información bajo circunstancias cotidianas. Se trata de saberes implícitos, contextuales, episódicos y generalmente resistentes al cambio, organizados y dispuestos como un sistema de referencia y orientación bajo condiciones de incertidumbre.

Pese a la importancia que reviste esta red de sentidos y significados en las investigaciones abocadas hacia el comportamiento colectivo en escenarios particulares, el estudio social de los desastres se ha centrado más en aquellos factores externos al agente social, dejando de lado la forma en que el sujeto re-crea sus propias condiciones de vulnerabilidad y amenaza. Si bien los trabajos sobre percepción han rescatado el funcionamiento complejo (psicológico y social) de la respuesta humana ante los desastres, queda mucho por aprender respecto a los contenidos que, en escenarios de riesgo, median en la relación conocimiento-práctica.

Bajo este contexto y teniendo en cuenta los alcances de nuestro objetivo de investigación, el marco general se ha integrado por dos estructuras teóricas en específico: el enfoque social de los desastres y la teoría de las representaciones sociales. A partir del ejercicio de integración teórico-conceptual, que nace del diálogo entre estos dos planteamientos epistémicos, se han establecido las primeras conclusiones sobre el objeto de estudio:

- el riesgo es un concepto diverso y dinámico, en tanto representa un constructo social definido desde las particularidades del espacio-tiempo (territorial-identitario) y del conjunto de experiencias que el sujeto cognoscente adopta como instrumento –compartido– de aprendizaje;
- el riesgo de desastres también es multidimensional. La información que compone al sistema de sentido común desde donde se construye este objeto social, se alimenta de fuentes físicas, factuales, subjetivas y simbólicas que

requieren de la significación del sujeto social, entendiendo que el sentido común, como forma absoluta, es un imposible;

- la vulnerabilidad y la amenaza, ámbitos constitutivos de los escenarios de riesgo, representan, más allá de evidencias empíricas, narrativas que implican procesos modeladores de la realidad.

Dichas características han fundamentado el estudio del riesgo como fenómeno representacional, en la medida en que se encuentra constituido de diversas formas de entendimiento que intervienen en la producción de conductas resilientes y que únicamente a partir de la TRS se pueden analizar a profundidad.

En concordancia con este análisis, interesan los trabajos sobre medio ambiente que se han desarrollado desde la TRS, ya que el estudio del riesgo de desastres, al ser una temática ambiental, se aboca a la relación sociedad-medio. No obstante, la presente tesis ha intentado ir más allá de las tipologías de RS tradicionalmente manejadas desde este campo –naturalista, globalizante y antropocéntrica (Reigota, 1990) –, al incorporar aspectos de temporalidad e identidad que han develado un nuevo abordaje.

La integración del enfoque social de los desastres y la teoría moscoviciana, como marco interpretativo de los sistemas de afianzamiento del saber-hacer común, constituye una visión novedosa en la medida en que transita del hecho al sentido en el afrontamiento de la incertidumbre, en una investigación que ha buscado sobrepasar el ¿qué hacer? de los estudios tradicionales sobre riesgo y desastres, al ¿por qué se hace? del universo simbólico.

Así pues, el trabajo de campo desarrollado en el municipio colombiano de Piedecuesta –específicamente en tres áreas de estudio–, bajo la orientación teoría antes mencionada y las herramientas metodológicas aplicadas con la población, ha corroborado la intervención de procesos sociocognitivos, socioestructurales y socioterritoriales (ámbitos dimensionales) en la construcción social del riesgo de desastres, en donde la identidad, como sistema espacio temporal, cumple un papel determinante (hipótesis).

El análisis de estos componentes –sugeridos como categorías principales– y de sus diversos elementos integradores, ha generado una serie de hallazgos que constituyen las conclusiones más relevantes de la investigación.

Iniciamos por establecer la nueva naturaleza que adquiere la red de relaciones sociales dadas en los diferentes niveles del contexto representacional (micro, meso y macro). La trama de relaciones ha sido estudiada como parte del contenido significativo, visibilizando la importancia de las RS en la configuración de procesos de comunicación e interacción entre sujetos sociales; ahora bien, en el caso de las representaciones del riesgo, el conjunto de relaciones micro, meso y macro es abordado, además, como un sistema espacio temporal que incorpora elementos territoriales e identitarios (tiempos identitarios).

Se ha comprobado que el sujeto cognoscente se vale de recursos temporales y espaciales en la evaluación del riesgo, la clasificación de los conocimientos que remiten a este objeto social, la producción de prácticas resilientes y la construcción de narrativas sobre vulnerabilidad y amenaza.

Si bien es claro que la dimensión temporal no ha tenido la misma incidencia que el elemento territorial en los estudios sobre desastres, en esta investigación en concreto, los tiempos identitarios se han manifestado, en simultáneo, como instrumentos e insumos que moldean y dinamizan procesos esenciales de las representaciones sociales. Es el caso de las líneas de anclaje y objetivación que se han podido identificar a partir de la noción de tiempo-causa, análisis que ha derivado en la conceptualización de tres tipos de representaciones sociales (inminente, latente y permanente) que, a su vez, configuran una clasificación sobre el concepto de riesgo.

A partir del anterior referente de estudio, el riesgo permanente (RP) se presenta como el arquetipo de representación social a partir del cual se configura y organiza el entramado de conocimientos y prácticas asociadas a la temática. El RP es una forma de entendimiento y racionalización a partir de la cual se agrupan aquellas condiciones de la base social amplia que generan mayor atención y expectativas en el grupo. Este hallazgo cuestiona la falsa creencia, muy frecuente en las disposiciones tecnocráticas, que afirma que la población expuesta a peligros no sabe sobre riesgo de desastres o que excluye dicha información de la toma de decisiones cotidianas.

La cuestión radica, por el contrario, en la naturaleza diversa que puede adquirir el concepto de riesgo, con base en las particularidades del ámbito sociocognitivo que le genera y a la escena socioestructural en donde se reproduce.

El aspecto socioestructural, por otra parte, se relaciona directamente con las nociones de vulnerabilidad y amenaza, dimensiones que han sido detalladas desde su expresión representacional. En dicho campo, la investigación ha aportado información respecto a las particularidades de la relación sociedad-entorno –en contextos de exposición–, a las actitudes que se producen de acuerdo con la imagen construida del elemento natural (amenaza/recurso) y a la red de relaciones configurada desde las experiencias compartidas de susceptibilidad estructural. El binomio vulnerabilidad-amenaza constituye, por consiguiente, el contexto y el insumo del sistema de sentido común en materia de riesgo de desastres.

Otra conclusión destacada del actual trabajo se expresa en la importancia que, en el estudio del riesgo, adquiere el componente territorial –categoría principal y eje transversal de la investigación–, como ente dinámico y cambiante, en donde los tiempos identitarios también cumplen una función. Por ello, se ha acudido a los conceptos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización, analizados como estados temporales del espacio –procesos cotidianos o sucesivos– que posibilitan la construcción simbólica del territorio y otorgan sentido a las materialidades [geo]gráficas del riesgo.

Se advierte, entonces, un influjo de doble direccionalidad: las RS del riesgo no circulan en lo abstracto; muy por el contrario, se valen de la información suministrada de una escena espacio temporal demarcada, no infinita, que confiere sentido a las lecturas y narrativas de la realidad que el actor social desarrolle. De igual manera, el saber-hacer común ante el riesgo de desastres posibilita la orientación en el espacio, a la vez que interviene en las formas de apropiación (física y simbólica) desplegadas sobre el territorio.

Parece claro que el riesgo, como constructo colectivo y objeto social, remite a las condiciones de vulnerabilidad y amenaza representadas, a los procesos sociocognitivos del pensamiento colectivo y a las intencionalidades espacio temporales que recrean la relación territorio-identidad. Cabe destacar que cada área de estudio ha presentado ciertos rasgos que particularizan los procesos y contenidos cognitivos, estructurales y territoriales, aspecto que ratifica el carácter diverso y múltiple del concepto estudiado.

Ahora bien, desde el abordaje global del conjunto de elementos, la construcción social del riesgo también se expresa como un acervo de narrativas continuas que, lejos de configurar fenómenos aislados o desarticulados entre sí, se sustenta desde

la experiencia compartida de la base social amplia y del sistema de relaciones colectivas (micro, meso y macronivel). Este es uno de los principales aportes del ejercicio de integración teórico-conceptual, método que ha permitido analizar la sinergia de los diversos elementos del riesgo, sin que este (riesgo de desastres) pierda su naturaleza multidimensional.

Para finalizar, interesa exponer algunas propuestas de investigación y acción que se han evidenciado como nuevos campos de estudio e intervención a partir del asunto aquí abordado. Estas líneas de investigación y acción se relacionan con tres grandes temáticas, a saber:

- i. ***La comunicación del riesgo***; con relación al conjunto de fuentes, medios, escenarios y procesos de interacción que los diferentes actores (sociales, institucionales y académicos) utilizan para el intercambio de conocimientos aprovechables en la generación de respuestas resilientes. En este ámbito, el abordaje representacional del riesgo –en contenido y proceso– genera claridad respecto a la naturaleza y el significado de la información que está siendo comunicada en estos espacios de participación. Es importante señalar que tanto los estudios de RS, como aquellos que se abocan a la comunicación del riesgo, reivindican la agencia social como instrumento de transformación que involucra universos de producción, transferencia y consumo de saberes comunes.
- ii. ***Los procesos de base territorial e identitaria*** (generados desde la desmitificación del espacio-tiempo) que se recrean en las narrativas sociales del riesgo, aspectos que, si bien han configurado fundamentos esenciales para el análisis de los desastres desde las ciencias sociales, posibilitan nuevas interpretaciones en el estudio de las formas de apropiación, desapropiación y reapropiación del tiempo y el espacio por parte de la población vulnerable y expuesta.
- iii. ***El retorno al debate del espacio sociológico que contiene a las representaciones sociales***, más allá del triángulo básico de la relación sujeto, otros y objetos. El trasfondo epistemológico del pensamiento moscoviciano es social, por eso las subjetividades que funcionan en esta recreación de la realidad se construyen desde lo social y regresa a lo social, aunque existen y se ubican –al igual que las RS– en la mente de las personas. En este sentido, las RS del riesgo poseen una génesis y un funcionamiento

colectivo, que opera fuera de la estructura mental del individuo. Esta idea nos remite a otra gran área del trabajo de Moscovici –mencionada en el primer capítulo–, las minorías activas, temática que se propone como un posible campo de interés en los estudios de riesgo de desastres.

- iv. ***El papel de los saberes cotidianos en la generación de medidas resilientes***, reivindicando el saber-hacer común como conocimiento útil en la generación de estrategias de adaptación y prevención. Para ello, se requiere de escenarios políticos desde donde se promocióne y estimule la reconstrucción de lazos comunicativos y de interacción entre los diferentes actores que deben ser involucrados. Se insiste entonces en una comunicación horizontal, incluyente, flexible y permanente desde la cual se posibilite la interpretación colectiva del medio socioambiental, mediante el intercambio de perspectivas, relatos, prácticas y experiencias sociales.

ANEXO 1. Guía temática de entrevistas



Universidad Nacional Autónoma de México
Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales

Fecha:

Esta entrevista se realizará a población de diferentes sectores por lo cual, dependiendo el caso, se ajustarán algunas preguntas con el fin de adaptarlas al lenguaje, saberes y experiencia del sujeto informante. Durante el diálogo se explicará y ejemplificará lo que se está preguntando hasta llegar al punto que se desea, procurando, por supuesto, no influir en las respuestas del sujeto entrevistado.

I. Datos personales (nombre, barrio, edad, estado civil, escolaridad, ocupación, lugar de nacimiento).

Hábleme sobre usted

II. Estructura familiar (composición, dinámica, toma de decisiones, patrones de relación familiar).

1. ¿Me podría comentar sobre su familia? ¿Quiénes la componen?

2. En caso de una eventual emergencia, de su familia ¿A quién se le informa primero? ¿Quién toma las decisiones en caso de una emergencia? ¿Quién se encarga de resolver la situación?

III. Vivienda y entorno habitacional (condiciones habitacionales, tipo de tenencia, percepción).

Y sobre su vivienda:

3. ¿Cómo es? ¿De qué materiales está hecha? ¿La vivienda es propia, arrendada u otro tipo de tenencia? ¿Con qué servicios cuenta?

IV. Identidad y territorio (sentimientos y experiencias en torno a la vida comunitaria, las relaciones socio-culturales, pertenencia, etc.).

4. ¿Cómo es vivir en Piedecuesta?

5. ¿Cree usted que Piedecuesta ha cambiado en algo? ¿Cómo era antes y cómo es ahora?

V. Percepciones, prácticas y experiencias (riesgo de desastres, amenazas, vulnerabilidad, confianza en la institucionalidad, comunicación del riesgo, conocimientos, prácticas ante el riesgo).

6. Según su opinión ¿Qué causan los desastres? ¿Cree usted que los desastres realmente se puedan evitar?

7. ¿Cuáles son los fenómenos naturales más frecuentes en su localidad? ¿Le parecen estos fenómenos un riesgo? ¿Por qué?

8. ¿Qué haría en caso de un desastre? En relación con prácticas y acciones, individuales y colectivas.

9. ¿Se siente seguro viviendo en Piedecuesta?

10. ¿Podría mencionar algunas problemáticas en su localidad?

11. ¿Sabe usted respecto a algunas políticas, programas o actividades organizadas desde la administración municipal (alcaldía) sobre prevención de riesgo de desastres? ¿Qué opina del desempeño de estas políticas, programas o actividades?

VI. Cierre de la entrevista (profundización de algunos temas, resolución de preguntas realizadas por los sujetos entrevistados y agradecimientos).

ANEXO 2. Población por Sexo Según Rango de Edad

EDAD	Total Población (H+M)	% Población	Hombres	Mujeres	% Hombres	% Mujeres
TOTAL	149,248.00	100.00	72,576.00	76,672.00	-100.00%	100.00%
0 - 4	12,009.00	8.05	6,139.00	5,870.00	-8.46%	7.66%
5 - 9	12,049.00	8.07	6,106.00	5,943.00	-8.41%	7.75%
10 - 14	12,291.00	8.24	6,251.00	6,040.00	-8.61%	7.88%
15 - 19	13,145.00	8.81	6,741.00	6,404.00	-9.29%	8.35%
20 - 24	13,183.00	8.83	6,560.00	6,623.00	-9.04%	8.64%
25 - 29	12,431.00	8.33	6,121.00	6,310.00	-8.43%	8.23%
30 - 34	11,295.00	7.57	5,336.00	5,959.00	-7.35%	7.77%
35 - 39	10,106.00	6.77	4,802.00	5,304.00	-6.62%	6.92%
40 - 44	9,546.00	6.40	4,436.00	5,110.00	-6.11%	6.66%
45 - 49	10,044.00	6.73	4,599.00	5,445.00	-6.34%	7.10%
50 - 54	9,371.00	6.28	4,450.00	4,921.00	-6.13%	6.42%
55 - 59	7,301.00	4.89	3,406.00	3,895.00	-4.69%	5.08%
60 - 64	5,447.00	3.65	2,670.00	2,777.00	-3.68%	3.62%
65 - 69	3,887.00	2.60	1,873.00	2,014.00	-2.58%	2.63%
70 - 74	2,847.00	1.91	1,282.00	1,565.00	-1.77%	2.04%
75 - 79	2,084.00	1.40	907.00	1,177.00	-1.25%	1.54%
80 Y MÁS	2,212.00	1.48	897.00	1,315.00	-1.24%	1.72%

Fuente. Elaboración propia con datos del Plan de Desarrollo de Piedecuesta, 2016 y DANE, 2009.

BIBLIOGRAFÍA

Abric, J.C. (2001a). "A Structural Approach to Social Representations". En: Deaux, Kay Philogène, Gina (Eds.), *Representations of the Social*. Oxford: Blackwell Publishers, pp. 42- 47.

Abric, J.C. (2001b). "Metodología de recolección de las Representaciones Sociales". En: J.C. Abric (Coord.), *Prácticas sociales y representaciones. Filosofía y cultura contemporánea*. México: Ediciones Coyoacán, pp. 53-74.

Acosta, M.T. (2006) La psicología de las minorías activas revisitada: entrevista con Serge Moscovici. Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial [en línea], 2 (1) (primer semestre), pp. 141-177. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/pdf/726/72620106.pdf>> [consulta: 02 de diciembre de 2017].

Aguilar, M. & Brenes, G. (2008). *Percepción del riesgo en hombres y mujeres, en situación de riesgo ante desastres. Tomando como caso la Comunidad de Las Vegas de Sixaola*. (Tesis Doctoral). Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica. Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano".

Alba, M de (2004) Mapas mentales de la Ciudad de México: una aproximación psicosocial al estudio de las representaciones espaciales. Estudios Demográficos y Urbanos [en línea], (55), enero-abril, pp. 115-143. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/pdf/312/31205503.pdf>> [consulta: 23 de julio de 2017].

Alcaldía de Piedecuesta. *Plan de Desarrollo de Piedecuesta 2016-2019. Piedecuesta ¡mi plan!*, Piedecuesta, 2016.

_____ *Plan de Desarrollo de Piedecuesta 2012-2015. El contrato con la gente*, Piedecuesta, 2012.

_____ *Plan de Desarrollo de Piedecuesta 2008-2011. Piedecuesta incluyente: Solidaria, viable y productiva*, 2008.

Almarza-Meñica, J., Álvarez, M., Ortiz-Osés, A., Menéndez, E., Conill, J., Cortina, A. & Flórez, C. (1985). *El pensamiento alemán contemporáneo: hermenéutica y teoría crítica*. Salamanca: Editorial San Esteban.

Álvaro, J.L. & Garrido, A. (2003). *Psicología social: Perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid: MacGraw-Hill.

Ancízar, M. (1853). *Peregrinación de Alpha [Provincias del Norte de la Nueva Granada 1850 - 1851]*. Bogotá: Echeverría. Disponible en: <<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/perealpha/indice.htm>> [consulta: 12 de febrero de 2016].

Anderson, M. & Woodrow, P. (1989). *Rising from the Ashes: Development Strategies in Times of Disasters*. Boulder: Westview Press. (Reeditado en 1998 por Intermeditate Technology, Londres).

Andrade, H., Souza, M. A. de & Brochier, J. I. (2004) Social Representation of Environmental Education and Health Education in College Students. Psicologia: Reflexão e Crítica, 17 (1), pp. 43- 50.

Angrosino, M. (2012). *Etnografía y Observación Participante en Investigación Cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata.

Araya, S. (2002). "Las representaciones sociales. Ejes teóricos para su discusión". En: *Cuadernos de Ciencias Sociales* 127. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), San José, Costa Rica.

Arfuch, L. (1995). *La entrevista, una invención dialógica*. Barcelona: PAIDOS.

Ávila, H. (2004) La agricultura en las ciudades y su periferia: un enfoque desde la Geografía. *Investigaciones Geográficas*, Boletín del Instituto de Geografía de la UNAM, (53), pp. 98-121.

Banchs, M.A. (2000) Aproximaciones procesuales y estructurales al estudio de las representaciones sociales. *Papers on Social Representations*, 9, pp. 3.1- 3.15.

Ballesteros, J. (1989). *Postmodernidad: Decadencia o resistencia*. Madrid: Tecnos.

Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

Benedetti, A. (2011). "Territorio: Concepto integrador de la geografía contemporánea". En: P. Souto (Coord.), *Territorio, lugar, paisaje. Prácticas y conceptos básicos en geografía*. Colección Libros de Cátedra. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, pp. 11-82.

Beraún, J. J. & Beraún, A. (2009) Sociedades territorializadas: desterritorialización y reterritorialización en Lima Metropolitana. *Ensayos en Ciencias Sociales*, 3, pp. 109-142.

Berger, P. & Luckmann, T. (1966). *The Social Construction of Reality*. New York: Penguin.

Bermúdez, M. (1994) El manejo institucional y percepción de la población en el terremoto de Limón. *Revista Geol. Amér. Central*, vol. Especial Terremoto de Limón, pp. 221-224.

Bernstein, R.J. (1976). *La reestructuración de la teoría social y política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Boudon, R. (1980). *Efectos perversos y orden social*. México: Premiá.

Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidos.

Caballero, J. (2007) La percepción de los desastres: algunos elementos desde la cultura. *Gestión y Ambiente*, 10 (2) agosto, pp. 109-116.

Cabrera, M. A. (2004). *El diseño soy yo. Una propuesta desde las representaciones sociales*. (Tesis de maestría). Universidad de La Habana, Facultad de Psicología.

Calixto, R. (2008) Representaciones sociales del medio ambiente. *Perfiles educativos*, 30 (120), pp. 33-62.

Camacho, C. S. & Ramírez, V. C. (2005). *Estrategia de intervención psicológica en niñas y niños, a partir de la percepción de riesgo por desastres y su impacto psicológico*. (Tesis de grado para optar al grado de Licenciatura). Universidad de Costa Rica, San José.

Candrea, A. & Paladino, C. (2005) Cuidado de la salud: el anclaje social de su construcción. Estudio cualitativo. *Universitas Psychologica* [en línea], 4 (1), enero-junio, pp. 55-62. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64740107>> [consulta: 10 de septiembre de 2017].

Cárdenas, M., Parra, L., Picón, J., Pineda, H., & Rojas, R. (2007) Las representaciones sociales de la política y la democracia, *Última Década*, (26), julio, pp. 53-78.

Cardona, O. (1993). “Evaluación de la amenaza, la vulnerabilidad y el riesgo”. En: A. Maskrey (Comp.), *Los desastres no son naturales*. La Red/ itdg. Colombia: Tercer mundo editores, pp. 51-74.

Carugati. F. & Palmonari, A. (1991) A propósito de las representaciones sociales. *Revista Arthropos*, (124) septiembre, pp. 35-39.

Casas. F. (2006) Infancia y representaciones sociales. *Política y Sociedad*, 43 (1), pp. 27-42.

Castañeda, M.P. (2010). “Etnografía feminista”. En: N. Blazquez; F. Flores y M. Ríos (Coords.), *Investigación Feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales*. México D.F: UNAM, pp. 217-238.

Castilleja, A. (2007). *Construcción social y cultural de categorías referidas al espacio. Un estudio en pueblos purépecha*. (Tesis de doctorado). Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México. México.

Castillejo, A. (2016). *Poética de lo otro. Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Ceirano, V. (2000). Las Representaciones Sociales de la Pobreza. Una metodología para su estudio. *Cinta de Moebio* [en línea], (9), pp. 337-350. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10100909>> ISSN [consulta: 5 de enero de 2015].

Chávez, J. (2008) Tiempo y espacio, territorio y memoria. *Revista Universidad de Sonora* [en línea], (21), abril-junio, pp. 25-28. Disponible en: <<http://www.revistauniversidad.uson.mx/default.php?id=21>> [consulta: 18 de enero de 2018].

Colás, P. (2006) “Género y contextos sociales multiculturales: educación para el desarrollo comunitario”. En: E. Soriano (Coord.), *La mujer en la perspectiva intercultural*. Madrid: La Muralla, pp. 20- 43.

Colombia (1991). *Constitución Política*, Bogotá: Legis.

_____ Ley 617/2000, del 6 de octubre, por la cual se reforma parcialmente la Ley 136 de 1994, el Decreto Extraordinario 1222 de 1986, se adiciona la ley orgánica de presupuesto, el Decreto 1421 de 1993, se dictan otras normas tendientes a fortalecer la descentralización, y se dictan normas para la racionalización del gasto público nacional. Diario Oficial, 9 de octubre de 2000, núm. 44.188.

_____ Ley 715/2001, del 21 de diciembre, por la cual se dictan normas orgánicas en materia de recursos y competencias de conformidad con los artículos 151, 288, 356 y 357 (Acto Legislativo 01 de 2001) de la Constitución Política y se dictan otras disposiciones para organizar la prestación de los servicios de educación y salud, entre otros. Diario Oficial, 21 de diciembre de 2001, núm. 44.654.

_____ Ley 743/2002, del 5 de junio, por la cual se desarrolla el artículo 38 Constitución Política de Colombia en lo referente a los organismos de acción comunal. Diario Oficial, 7 de junio de 2002, núm. 44.826.

_____ Ley 1551/2012, del 6 de julio, por la cual se dictan normas para modernizar la organización y el funcionamiento de los municipios. Diario Oficial, 6 de julio de 2012, núm. 48.483.

_____ Ley 1523/2012, del 24 de abril, por la cual se adopta la política nacional de gestión del riesgo de desastres y se establece el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres y se dictan otras disposiciones. Diario Oficial, 24 de abril de 2012, núm. 48.411.

_____ Ley Estatutaria 1751/2015, del 16 de febrero, por medio de la cual se regula el derecho fundamental a la salud y se dictan otras disposiciones. Diario Oficial, 16 de febrero de 2015, núm. 49.427.

Colombani, M.C. (2008) A propósito de Dioniso y Apolo. Mismidad y Otredad: el juego de las tensiones. Nuntius Antiquus [en línea], (2), dezembro, pp. 25-40. Disponible en: <http://www.periodicos.letras.ufmg.br/index.php/nuntius_antiquus/article/viewFile/2018/1979> [consulta: 5 de noviembre de 2017].

Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres (CMGRD). *Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres* (PMGR), Piedecuesta, diciembre 2013.

Corbetta, P. (2003). *Metodología y técnicas de investigación social*. Madrid: McGrawHill.

Corporación Autónoma Regional para la Defensa de la Meseta de Bucaramanga (CDMB). *Zonificación ambiental del municipio de Piedecuesta* [mapa]. Escala no vista.

Cortés, E. (2003) La percepción psicológica del riesgo y el desastre. Revista Crisis, 1 (2), pp. 15-51.

Cruz Roja–Suecia (1985). “Más vale prevenir que curar: Informe sobre los desastres que afectan al hombre y al medio ambiente en el Tercer Mundo / Prevention better than cure”. Estocolmo. Disponible en: <<http://desastres.usac.edu.gt/documentos/pdf/spa/doc873/doc873.htm>> [consulta:12 de diciembre de 2014].

Cuny, F. (1983). *Disasters and Development*. Oxford: Oxford University Press.

Curiel, M. (2012) Un compendio sobre el estudio de las representaciones sociales. Revista Ciencias de la Educación, 22 (39) enero-junio, pp. 237-254.

Davis, I. (1978). *Shelter after Disaster*. Oxford: Oxford Polytechnic Press.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE. Censos de Población y Vivienda (1938, 1951, 1964, 1973, 1985, 1993).

_____ Censo Nacional 2005. *Déficit de vivienda en municipios*. Disponible en: <<https://www.dane.gov.co/files/.../boletines/.../DeficitViviendaCenso2005.xls>> [consulta: 11 de septiembre de 2014].

_____ *Proyecciones de población municipales por área*, 2009, junio, Bogotá.

_____ *Perfil municipal. Boletín*, 2010, septiembre, Bogotá.

_____ *Registro Único de Damnificados por la Emergencia Invernal en Colombia (2010-2011)*, 2011, Bogotá.

_____ Presentación de resultados. *Necesidades Básicas Insatisfechas – NBI, proyecciones a junio de 2012*. Bogotá. Disponible en: <https://www.dane.gov.co/censo/files/.../NBI_total_municipios_30_Jun_2012.xls> [consulta: 11 de septiembre de 2014].

_____ *Principales resultados del mercado laboral*, 2012, marzo, Bogotá.

_____ *Estimación y proyección de población nacional, departamental y municipal total por área 1985-2020*, 2018, junio, Bogotá.

Díez-Nicolás, J. (1994). “Postmaterialismo y desarrollo económico en España”. En: J. Díez Nicolás y R. Inglehart (Comps.), *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*. Madrid: Fundesco, pp. 125-156.

Di Giacomo, J. (1981). “Teoría y métodos de análisis de las representaciones sociales”. En: S. Ayestaran (Comp), *Ideología y representación social de la enfermedad mental*. III Curso de Verano de la Universidad del País Vasco, Bilbao, España, pp. 397-492.

Doise, W. (1991) Las representaciones sociales: presentación de un campo de investigación. *Anthropos. Suplementos*, (27), pp. 196-206.

_____ (1986). *Levels of Explanation in Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.

Doise, W. & Mugny, G. (1991) La Psicología social experimental: Investigaciones de la Escuela de Ginebra. *Anthropos*, (124) septiembre.

Douglas, M. (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Barcelona: Editorial Paidós.

_____. (1987). “Les études de perception du risque: un état de l’art”. En: Jean-Louis Fabiani & Jacques Thies. *La Société vulnérable. Évaluer et maîtriser les risques*. París: École Normale Supérieure, pp. 55-60.

Douglas, M. & Wildavsky, A. (1982). *Risk and Culture. An Essay on the Selection of Technological and Environmental Dangers*. Berkeley: University of California Press.

Duque, G. (2011). *Calentamiento global en Colombia*. In: El Día Mundial del Medio Ambiente, junio 6, Instituto Universitario de Caldas.

Durkheim, E. (2001). *Las reglas del método sociológico*. México. Fondo de Cultura Económica.

Echeverri, S. M. (2000). “Proceso de desastre y sus efectos- percepción de riesgo”. En: J. López (Coord.). *Intervención psicosocial en conflictos armados y desastres de origen natural*. Medellín: Instituto de Ciencias de la Salud CES, Centro de Entrenamiento Médico con Simulacros CEMPAS, pp. 1-10.

Evans, V. (1994) Percepción del riesgo y noción del tiempo. *Revista Desastres y Sociedad*, (3) agosto-diciembre, pp. 3-13.

Fabiani, J.-L. & Thyès, J. (1987). *La société vulnérable. Évaluer et maîtriser les risques*. París: École Normale Supérieure.

Farr, R. (1984). "Las representaciones sociales". En: S. Moscovici, *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona, Buenos Aires-México: Paidós.

Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (FICR), (2014). *Informe Mundial sobre desastres 2014: Cultura y Riesgo*. Disponible en: <<http://prensacruzroja.es/informe-mundial-sobre-desastres-2014/>> [consulta: 3 de noviembre de 2016].

Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (FICR), (2015). *Informe mundial sobre desastres 2015: Agentes locales, clave para la efectividad de la acción humanitaria*. Disponible en: <<http://ifrc-media.org/interactive/informe-mundial-sobre-desastres-2015/?lang=es>> [consulta: 3 de noviembre de 2016].

Federación Nacional de Avicultores de Colombia, FENAVI (2015a). Boletín Informativo 56. Seccional Santander, octubre. Disponible en: <http://santander.fenavi.org/index.php?option=com_content&view=article&id=61&Itemid=87> [consulta: 19 de febrero de 2016].

FENAVI (2015b). Boletín Informativo 49. Seccional Santander, marzo. Disponible en: <http://santander.fenavi.org/index.php?option=com_content&view=article&id=61&Itemid=87> [consulta: 19 de febrero de 2016].

Festinger, L. (1975). *La Teoría de la Disonancia Cognoscitiva*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Flores, F. (2001). *Psicología social y género*. México D.F: McGraw Hill/dgapa/UNAM.

García, A. (2008) Identidades y representaciones sociales: La construcción de las minorías. Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas [en línea], 18 (2), p. 211-222. Disponible en: <<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/18/alfonsogarcia.pdf>> [consulta: 2 de abril de 2015].

García del Castillo, J. (2012) Concepto de percepción de riesgo y su repercusión en las adicciones. Salud y drogas. Instituto de Investigación de Drogodependencias, 12 (2), pp. 133-151.

García, T. (2002). *Las mujeres y los equipos directivos. Análisis en los Centros Públicos de Primaria de dos provincias andaluzas*. (Tesis de doctorado). Universidad de Granada, Departamento de didáctica y organización escolar, Facultad de Ciencias de la Educación. [CD-ROM].

García, V. (2005) El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos. Desacatos. Revista de Antropología Social, (19) septiembre-diciembre, pp. 11-24.

Giddens, A. (1993). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

Gil Lacruz, M. (2007). *Psicología Social. Un compromiso aplicado a la salud*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

Giménez, G. (1997) Materiales para una teoría de las identidades sociales. Frontera Norte, (18) julio-diciembre, pp. 9-28.

Giménez, G. (2005) Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural. Trayectorias [en línea], VII (17), enero-abril, pp. 8-24. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60722197004>> [consulta: 22 de octubre de 2017].

Gómez, H. & Ruiz, C. A. (1997). *Los paeces: gente territorio, metáfora que perdura*. Popayán: Fundación para la Comunicación Popular/Universidad del Cauca.

González-Anleo, J. (1996). Prólogo. En *Psicología de las minorías activas* de S. Moscovici (pp. 9-14). Madrid: Ediciones Morata.

González, E. & Valdez, R. E. (2012) Enfoques y sujetos en los estudios sobre representaciones sociales de medio ambiente en tres países de Iberoamérica. CPU-e. Revista de Investigación Educativa [en línea] enero-junio, pp. 1-17. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=283121840001>> [consulta: 23 de julio de 2017].

González, M.A. (2006). “Representaciones sociales: pensamiento grupal y prácticas sociales”. En: M.A. González (Coord.), *Pensando la política. Representación social y cultura política en jóvenes mexicanos*. México, D.F: Plaza y Valdés, pp. 61-90

Grados, J. & Sánchez, E. (2007). *La entrevista en las organizaciones*. 2ª ed. México: Editorial El Manual Moderno.

Grediaga, R. (2000). *Profesión académica, disciplinas y organizaciones. Procesos de socialización académica y sus efectos en las actividades y resultados de los académicos mexicanos*. Ciudad de México: ANUIES.

Guitián, M. (2008). *Las consecuencias no buscadas de la acción y el riesgo en la sociedad moderna*. (Tesis de doctorado). Universidad Nacional Autónoma de México, Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Ciudad de México, México. [Biblioteca UNAM].

Habegger, S. & Mancila, I. (2006). *El poder de la Cartografía Social en las prácticas contrahegemónicas o La Cartografía Social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio*. Disponible en: <http://areaciaga.net/index.php/plain/cartografias/car_tac/el_poder_de_la_cartografia_social> [consulta: 8 de noviembre de 2015].

Haesbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización. Del “fin de los territorios” a la multiterritorialidad*. México D.F: Siglo XXI Editores.

Heineberg, H. (1996). “Desarrollo y estructura de antiguas ciudades coloniales españolas en América del Sur según los planos de Lima (1872), Bogotá (1852) y Montevideo (1865)”. En: Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel. Arango (Comps.), *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Bogotá: Banco de la República. Disponible en: <<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/hue/indice.htm>> [consulta: 18 de octubre de 2014].

Herner, M.T. (2009) Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari. Huellas, (13), pp. 158-161. Disponible en: <<http://www.biblioteca.unlpam.edu.ar/pubpdf/huellas/n13a06herner.pdf>> [consulta: 04 de agosto de 2017].

Hewitt, K. (1983). "The Idea of Calamity in a Technocratic Age". En: K. Hewitt (Ed) *Interpretations of Calamity*. Boston: Allen and Unwin, pp. 3-32.

Hiernaux, D. & Lindón, A. (2004) Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la ciudad de México. *Documents d'Anàlisi Geogràfica* [en línea], (44), pp. 71-88. Disponible en: <<http://www.raco.cat/index.php/DocumentsAnalisi/article/view/31833>> [consulta: 03 de enero de 2018].

Hoffman, S. & Oliver-Smith, A. (2002). *Catastrophe & Culture: The Anthropology of Disaster*. Santa Fe: School of American Research Press.

Hollisch, G. (2014) Las representaciones sociales y las ideas previas de los alumnos. En: Memorias del Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología, Innovación y Educación, 12-14 de noviembre de 2014, Buenos Aires, Argentina.

Ibáñez, T. (1988). *Ideologías de la vida cotidiana. Psicología de las representaciones sociales*. Barcelona: Sendai Editores.

Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (IDEAM). Demanda hídrica nacional del sector pecuario y piscícola por subzonas hidrográficas [mapa modificado]. Escala 1:6.930.000. <http://visor.ideam.gov.co>. 26 de enero de 2016.

Internal Displacement Monitoring Centre (IDMC) *Informe mundial sobre desplazamiento interno 2017*, Ginebra/ Nueva York, 2017.

Jerez, D. (2014). *Prevención y mitigación de desastres en Colombia: Racionalidad comunicativa en políticas públicas*. (Tesis de maestría). Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Maestría en Trabajo Social, Escuela Nacional de Trabajo Social, Ciudad de México, México. [Biblioteca UNAM].

Jodelet, D. (1986). "La representación social: fenómeno, concepto y teoría". En: S. Moscovici, *Psicología Social II*. Barcelona: Paidós, pp. 469-494.

_____ (2008) Social Representations: The Beautiful Invention. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 38 (4), pp. 411- 430.

Joffe, H. (2003) Risk: From Perception to Social Representation. *British Journal of Social Psychology*, 42 march, pp. 55-73. Available at: <<http://dx.doi.org/10.1348/014466603763276126>>.

_____ (2012) Cultural Barriers to Earthquake Preparedness. *Risk Management*, June 1. Available at: <<http://www.rmmagazine.com/2012/06/01/cultural-barriers-to-earthquake-preparedness/>>.

Lara, E. (2005) Sonaron siete balazos. Narcocorrido: objetivación y anclaje. *Trayectorias*, VII, enero-abril, pp. 82-95.

Lavell, A. (1993). "Ciencias sociales y desastres naturales en América Latina: Un encuentro inconcluso". En: A. Maskrey (Comp.), *Los desastres no son naturales*. Bogotá: Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina/La Red/Tercer Mundo Editores, pp. 111-127.

Lavell, A. (1996). "Degradación ambiental, riesgo y desastre urbano. Problemas y conceptos: hacia la definición de una agenda de investigación". En: M. Augusta Fernández (comp.), *Ciudades en riesgo. Degradación ambiental riesgos urbanos y desastres*. La Red/ USAID, Colombia, pp. 2-30.

Lavell, A. (2000). "Desastres y desarrollo. Hacia un entendimiento de las formas de construcción social de un desastre: el caso del Huracán Mitch en Centroamérica". En: N. Garita & J. Nowalski (Eds), *Del desastre al desarrollo humano sostenible en Centroamérica*. San José: BID/CIDHS, pp. 8-45.

Lavell, A. (2002) Riesgo, desastre y territorio. La necesidad de los enfoques regionales/transnacionales. Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe. Nueva Sociedad, (5), pp. 140-147.

Lavell, A. (2003). *La Gestión Local del Riesgo: Nociones y precisiones en torno al concepto y la práctica*. CEPREDENAC-PNUD.

Lavell, A. (2004). *Vulnerabilidad social: Una contribución a la especificación de la noción y sobre las necesidades de investigación en pro de la reducción del riesgo*. En: Memoria del Seminario Internacional Nuevas Perspectivas en la Investigación Científica y Técnica para la Prevención de Desastres, 24-26 de noviembre de 2004, Lima: Sistema Nacional de Defensa Civil/Perú; Save the Children/Suecia; itdg, pp. 48-55.

Leff, E. (2004) Racionalidad ambiental y diálogo de saberes. Significancia y sentido en la construcción de un futuro sustentable. POLIS, Revista Latinoamericana [en línea], 2 (7). Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30500705>> [consulta: 05 de noviembre de 2017].

Luhmann, N. (1992). *Sociología del riesgo*. México D.F: Universidad Iberoamericana.

L. de SOUZA, M. (2003). "Território: sobre Espaço e Poder, Autonomia e Desenvolvimento". In: I. Castro, P. Gomes, R. Corrêa, (Orgs.) *Geografia: Conceitos e Temas*. 5ª edição. Bertrand: Rio de Janeiro.

Lyotard, J.F. (1987). *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.

Martínez, E; Lorenzen, M. & Salas, A. (2015). *Reorganización del territorio y transformación socioespacial rural-urbana. Sistema productivo, migración y segregación en Los Altos de Morelos*. México: UNAM/Bonilla Artigas Editores.

Maskrey, A. (1993). *Los desastres no son naturales*. Bogotá: Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina/Tercer Mundo Editores.

Mazzitelli, C., Aguilar, S., Guirado, A. & Olivera, A. (2009) Representaciones sociales de los profesores sobre la docencia: contenido y estructura. Revista Educación, Lectura y Sociedad, 6(6), pp.265-290.

Mazzitelli, C. & Aparicio, M. (2010) El abordaje del conocimiento cotidiano desde la teoría de las representaciones sociales. Revista Eureka sobre Enseñanza y Divulgación de las Ciencias, 7(3), pp. 636-652.

Mejía, F., Mesa, O., Poveda, G., Vélez, J., Hoyos, C., Mantilla, R., Barco, J., Cuartas, A., Montoya, M. & Botero, B. (1999) Distribución espacial y ciclos anual y semianual de la precipitación en

Colombia. Revista de la Facultad de Minas de la Universidad Nacional de Colombia, (127) agosto, pp. 7-15.

Merton, R. (1980). “Las consecuencias imprevistas de la acción social”. En: R.K. Merton, *Ambivalencia sociológica*. Madrid: Espasa Calpe, pp. 173-185.

Milgram, S. & Jodelet, D. (1976). “Psychological maps of Paris”. IN: HP Proshansky, WH Ittelson y L. Rivlin (Eds.), *Environmental psychology: people and their physical settings*. New York: Holt Rinehart and Winston, pp. 104-124.

Molfi, E. M. (2000). Deconstrucción de las representaciones sobre el medio ambiente y la educación ambiental. Tópicos en Educación Ambiental, 2(4), pp. 33-40.

Mora, E. & Jaramillo, C. (2003) Aproximaciones a la construcción de cartografía social a través de la geomática. Ventana Informática. Centro de Investigaciones y Desarrollo Facultad de Ingeniería Universidad de Manizales, (11), enero-junio, pp. 129-146.

Mora, M. (2002) La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici. Athenea Digital [en línea], (2), otoño, pp. 1-25. Disponible en: <<http://blues.uab.es/athenea/num2/Mora.pdf>> [consulta: 28 de enero de 2015].

Moreno, A. & Peres, Frederico (2011) El estado del arte de la comunicación de riesgos en la región de América latina. Revista de Comunicación y Salud, 1 (1), pp. 52-68.

Moscovici, S. (1976). *La Psychanalyse: Son image et son public*. Paris: Presses Universitaires de France.

_____ (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Editorial Huemul.

_____ (1996). *Psicología de las minorías activas*. 2a ed. Madrid: Ediciones Morata.

Nuño, B. (2004). *Modelos de toma de decisiones con los que intentan resolver el consumo de drogas ilegales adolescentes consumidores y sus padres que acuden a tratamiento a CIJ en Guadalajara*. (Tesis de doctorado). Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Maestría y Doctorado en Psicología, Ciudad de México, México. Disponible en: <<http://www.tallersur.com/adolesc/TesisMaestriaNuno.doc>> [consulta: 6 de febrero de 2015].

Observatorio de Precariedad Urbana del Área Metropolitana de Bucaramanga (2013). *Problemática de Precariedad Urbana en Asentamientos y Barrios del Área Metropolitana de Bucaramanga. Proceso de investigación multidimensional*, 15 de mayo, Bucaramanga. Disponible en: <<http://www.compitem360.com/Documentos-Estrategicos-de-Santander/Problematica-de-Precariedad-Urbana-en-Asentamiento>> [acceso: 14 de febrero de 2016].

Ocampo, M., Chenut P., Ferguson, M. & Martínez, M. (2017) Territorialidades en transición: pobladores desplazados por la violencia del conflicto armado colombiano y la resignificación de su territorio. Psicología USP [en línea], 28(2), pp. 165-178. Disponible en: <<https://dx.doi.org/10.1590/0103-65642017a001>> [consulta: 02 de enero 2018].

O’Keefe, P., Westgate, K. and Wisner, B. (1976) Taking the naturalness out of natural disasters. Nature, 260 (5552), pp. 566-567.

Organización de las Naciones Unidas (ONU), *Estrategia Internacional para la Reducción de Desastres. Terminología sobre Reducción de Desastres*, Panamá, 2009. Disponible en: <<http://www.unisdr.org/eng/terminology/UNISDR-Terminology-Spanish.pdf>> [consulta: 14 de noviembre de 2017].

Organización de las Naciones Unidas/ ONU-Hábitat-Colombia, *La microfinanciación de la vivienda. Hacia la Configuración de un nuevo sistema habitacional*. Bogotá, 2006. ONU-Hábitat-Colombia, Ministerio de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial de la República de Colombia, DNP y First Initiative. Disponible en: <http://www.onuhabitat.org/index.php?option=com_docman&task=cat_view&gid=101&Itemid=81> [consulta: 01 de enero de 2016].

Ortiz, M; Matamoro, V. & Psathakis, J. (2016). *Guía para confeccionar un mapeo de actores. Bases conceptuales y metodológicas*. Fundación Cambio Democrático.

Palazuelos, I. (2012) La desconfianza en los partidos políticos y la percepción ciudadana de desempeño gubernamental: México ante América Latina. Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública, 1 (1), enero-junio, pp. 79-107.

Palmonari, A. (1998). *Conferencia sobre representaciones sociales*. Centro Universitario de Ciencias de la Salud, UdeG, 2 de abril.

Pancorbo, L. (1986). *La tribu televisiva. Análisis del documentaje etnográfico*. Madrid: IORTVE.

Panza, R. & Wiesenfeld, E. (1997) Las tres caras de los desastres: Percepción de riesgo, derrumbe y reubicación. Revista Desastres y Sociedad: Revista Semestral de la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina: Especial: Psicología Social y Desastres, 5 (8) enero-diciembre, pp. 76-90.

Paulus, N. (2004) Del concepto de Riesgo: Conceptualización del Riesgo en Luhmann y Beck. Revista Mad/Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, (10) mayo, pp. 1-63. Disponible en: <<http://csociales.uchile.cl/publicaciones/mad/10/paper07.pdf>> [consulta: 03 de febrero de 2015].

Perera, M. (1999): “A propósito de las representaciones sociales: apuntes teóricos, trayectoria y actualidad”. Informe de investigación. La Habana: CIPS.

Peretti-Watel, P. (2000). *Sociologie du risque*. París: Armand Colin.

Pérez, A. (2012) La integración de la gestión de riesgos en la gestión del desarrollo local desde la perspectiva de la vulnerabilidad ambiental en los territorios. DELOS, Revista Desarrollo Local Sostenible [en línea], 5 (13), febrero, pp. 1-7. Disponible en:<<http://www.eumed.net/rev/delos/13/apf.html>> [consulta: 18 de noviembre de 2017].

Pérez, J.A. y Mugny, G. (1985) Categorización e influencia minoritaria. Anuario de Psicología, 32, pp. 97-116.

Pérez, L. (2005). “Reflexiones para un conversatorio fallido sobre la piedecuestaneidad”. En: *Ensayos cortos sobre Piedecuesta, la Piedecuestaneidad y los piedecuestanos* [en línea], pp. 1-5.

Disponible en: <<https://es.scribd.com/doc/33439144/Piedecuesta-la-Piedecuestaneidad-y-los-Piedecuestanos#>> [consulta: 14 de noviembre de 2017].

Pérez, L. (2012). *Ciencias Sociales de Piedecuesta*. Piedecuesta.

Pérez, L. (2013) Transformaciones del modelo Neogranadino de parroquialización. El caso de la Parroquia San Francisco Xavier de Piedecuesta. Anuario de Historia Regional y de las Fronteras, 18 (2), julio-diciembre, pp. 293-320.

Petit-Breuilh, M. E. (2004). *Desastres naturales y ocupación del territorio en Hispanoamérica*. Huelva: Universidad de Huelva, Servicio de Publicaciones.

Petracci, M. & Kornblit, A. (2007). “Representaciones sociales: una teoría metodológicamente pluralista”. En: Kornblit, A. (Comp.), *Metodologías cualitativas en Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Ed. Biblos, pp. 91-111.

Pidgeon, N., Hood, C., Jones, D., Turner, B. & Gibson, R. (1992). “Risk perception”. En: The Royal Society (Comps.), *Risk: Analysis, perception and management. Report of a Royal Society Study Group*. Londres: The Royal Society, pp.89-134.

Piza, K. & Peña, S. (2013) Representaciones sociales sobre ambiente: una mirada crítica frente al desarrollo de algunas investigaciones. En: Memorias del VII Encuentro Nacional de Experiencias en la Enseñanza de la Biología y la Educación Ambiental y II Congreso Nacional de Investigación en la Enseñanza de la Biología, 23-25 de octubre de 2013, Bogotá, Colombia.

Pozo, J.I. & Gómez, M.A. (1998). *Aprender y enseñar ciencia: del conocimiento cotidiano al conocimiento científico*. Madrid: Morata.

PREDECAN (2009). “Cosmovisión del pueblo indígena Nasa en Colombia: reducción integral de los riesgos, planificación y desarrollo sostenible.” *SERIE: Experiencias Significativas de Desarrollo Local Frente a los Riesgos de los Desastres*. Disponible en: <http://www.comunidadandina.org/predecan/doc/libros/SISTE22/CO/CO_NASA.pdf> [consulta: 8 de noviembre de 2015].

Preciado, J. (2007). *Análisis de riesgo en la región de la Sierra Norte de Puebla: El papel de la vulnerabilidad y la inestabilidad de laderas*. (Tesis de licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Geografía, Ciudad de México, México. Biblioteca UNAM.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). *El cambio climático en Colombia y en el Sistema de las Naciones Unidas*. Bogotá, enero de 2010. Disponible en: <<http://www.pnud.org.co>> [consulta: 08 de marzo de 2015].

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)/ Ministerio de Trabajo de la República de Colombia/ Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA)/Ministerio de Educación Nacional y Universidad Industrial de Santander. *Estudio de Perfil Productivo Rural y Urbano del Municipio de Piedecuesta, departamento de Santander*, 2013.

Puy, A. (1994). *Percepción social del riesgo. Dimensiones de evaluación y predicción*. (Tesis de doctorado). Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Psicología, Departamento de Psicología Social, Madrid, España. Disponible en:

<<http://biblioteca.ucm.es/tesis/19911996/S/4/S4007501.pdf>> [consulta: 12 de febrero de 2015].

Puy, A. & Aragonés, J. I. (1997) Percepción social de los riesgos y gestión de las emergencias ambientales. *Revista Desastre y Sociedad*, (8), pp. 39-58.

Raiter, A. (2001). “Representaciones sociales”. En: A. Raiter (Comp.), *Representaciones Sociales*. Buenos Aires: EUDEBA, pp. 9- 29.

Ramírez, F. (1996). “Elementos conceptuales para el estudio social de los desastres”. En: A. Maskrey (Ed.), *Terremotos en el trópico húmedo*. Bogotá: Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, pp. 37-46.

Ramos, R. (2006). “La deriva hacia la incertidumbre de la sociedad del riesgo”. En: Juan de Dios Ruano (Dir.), *I Jornadas sobre gestión de crisis. Más allá de la sociedad del riesgo*. Universidade da Coruña. A Coruña, pp. 27-43.

Reigota, M. (1990). Les représentations sociales de l'environnement et les pratiques pédagogiques quotidiennes des professeurs de Sciences a São Paulo-Brésil (Tese de doutorado em pedagogia da biologia). Louvain-la Neuve: Université Catholique de Louvain, UCL.

Rizo, M. (2006) Conceptos para pensar lo urbano: el abordaje de la ciudad desde la identidad, el habitus y las representaciones sociales. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbanos*, (6), pp. 1-13.

Rodríguez, D. (1998). “Desastres y Vulnerabilidad. Entre las Ciencias naturales y las ciencias sociales”. En: M. Garza & D. Rodríguez (Coords.), *Los desastres en México: Una Perspectiva Multidisciplinaria*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 21-38.

Rodríguez Salazar, T. (2001). *Las razones del matrimonio. Representaciones, relatos de vida y sociedad*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

_____ (2007). “Sobre el estudio cualitativo de la estructura de las representaciones sociales”. En: T. Rodríguez & M.L. García (Coords), *Representaciones sociales. Teoría e investigación*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/CUCSH-UDG, pp. 157-188

Rueda, J. (1999) El campo y la ciudad. Colombia, de país rural a país urbano, *Revista Credencial Historia* [en línea], (119), noviembre. Disponible en: <<http://www.banrepcultural.org/node/32860>> [consulta: 6 de septiembre de 2014].

Ruiz, J.C. (2005) De la construcción social del riesgo a la manifestación del desastre. Reflexiones en torno al imperio de la vulnerabilidad. *Desacatos* [en línea], (19), septiembre-diciembre, pp. 99-110. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13901907>> [consulta: 08 de febrero de 2015].

Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel.

Schaer, A. (2015) Modelo teórico de comportamientos sociales frente al riesgo y el desastre. *Párrafos Geográficos* [en línea], 14 (2), pp. 97- 125. Disponible en: <http://igeopat.org/parrafosgeograficos/images/RevistasPG/2015_V14_2/24-5.pdf> [consulta: 23 de septiembre de 2017].

Serrano, E. (2010). *La construcción social y cultural de la maternidad en San Martín Tilcajete, Oaxaca*. (Tesis de doctorado). Universidad Nacional Autónoma de México, Posgrado en Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Ciudad de México, México. [Biblioteca UNAM].

Silva, D. (2016) Construcción de territorialidad desde las organizaciones campesinas en Colombia. Polis [en línea], 43, pp. 1-18. Disponible en: <<http://journals.openedition.org/polis/11786>> [consulta: 16 de enero de 2018].

Sistema de inventario de efectos de desastre (DESINVENTAR). [Internet]. Disponible en: <http://online.desinventar.org/desinventar/#COL-1250694506colombia_inventario_historico_de_desastres> [consulta: 29 de diciembre de 2016].

Starr, C. (1969) Social Benefit versus Technological Risk. Science, 165 (3899) Sep 19, pp. 1232-1238.

Torres, J. (2011) Individuo, estructura y práctica social: Tres debates en ciencias sociales. Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad, XVIII (50) enero/abril, pp. 35-63.

Valenzuela, G. (1996). *Piedecuesta, suelo y cielo de Santander*. Bogotá: Frio Impresores.

Vasilachis de Gialdino, I. (2003). *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona: Gedisa.

Vecino, N. (2009). Fundación de apoyo a jóvenes con problemas de drogadicción. Vanguardia.com [Internet] 5 de julio. Disponible en: <<http://www.vanguardia.com/historico/32660-fundacion-de-apoyo-a-jovenes-con-problemas-de-drogadiccion>> [acceso: 11 de febrero de 2016].

Vélez, I.; Rátiva, S.; Varela, D. (2012) Cartografía social como metodología participativa y colaborativa de investigación en el territorio afrodescendiente de la cuenca alta del río Cauca. Cuadernos de geografía. Revista Colombiana de Geografía [en línea], 21 (2), jul.-dic., pp. 59-73. Disponible en: <<http://www.scielo.org.co/pdf/rcdg/v21n2/v21n2a05.pdf>> [consulta: 22 de octubre de 2017].

Vera, H. (2002) Representaciones y clasificaciones colectivas. La teoría sociológica del conocimiento de Durkheim. Sociológica, 17 (50) septiembre-diciembre, 103-121.

Villarreal, G. (2007) Las representaciones sociales: una nueva relación entre el individuo y la sociedad. Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología [en línea] mayo-agosto, pp. 434-454. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70504911>> [consulta: 24 de julio de 2017].

Thomas, W. I. and Znaniecki, F. (1958). *The Polish Peasant in Europe and America Volumes I and II*. New York: Dover Publications, 1958 [1918/1920].

Wagner, W. & Hayes, N. (2011). *El discurso cotidiano y el sentido común: la teoría de las representaciones sociales*. Cuernavaca: CRIM-UNAM/Anthropos.

Wartofsky, M. W. (1983). *Introducción a la filosofía de la ciencia*. Madrid: Alianza Universidad [Título original: Conceptual foundations of scientific thought to philosophy of science, 1973]

Wiesner-Ceballos, C., Vejarano-Velandia, M., Caicedo-Mera, J.C., Tovar-Murillo, S. & Cendales-Duarte, R. (2006) La Citología de Cuello Uterino en Soacha, Colombia: Representaciones Sociales, Barreras y Motivaciones. Revista de Salud Pública, 8 (3) septiembre-diciembre, pp. 185-196.

Wilches-Chaux, G. (1993). “La Vulnerabilidad Global”. En: A. Maskrey (Comp.), *Los desastres no son naturales*. Bogotá: Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina/La Red/Tercer Mundo Editores, pp. 11-44.

_____ (1997) “El sentido de la participación”. En: A. Lavell (Comp.), *Viviendo en riesgo: comunidades vulnerables y prevención de desastres en América Latina*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)/ Centro de Prevención de Desastres Naturales en Centroamérica (CEPREDENAC)/ Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (La Red). Bogotá: La Red, Tercer Mundo Editores, pp. 103-120.

_____ (1998) *Auge, Caída y Levantada de Felipe Pinillo, Mecánico y Soldador o Yo voy a correr el riesgo: guía de LA RED para la Gestión Local del Riesgo*. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina. Quito, Ecuador: La Red. IT Perú.

Zapata, C. (2008) Edward Said y la otredad cultural. Atenea (Concepción) [en línea], (498), pp. 55-73. Disponible en:<<https://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622008000200005>> [consulta: 22 de octubre de 2017].